El éxodo de Yangana

ANGEL F. ROJAS



«El éxodo de Yangana», una de las más grandes novelas escritas hasta el momento en el Ecuador. «Sencillamente grandiosa», para describirla con palabras de Alejandro Carrión, «El éxodo de Yangana» narra la historia (que aún hoy puede leerse y parecer actual) de un pueblo que después de rebelarse contra las corruptas autoridades que lo gobernaban, avanza casi a oscuras, a través de una selva llena de peligros, en búsqueda de un nuevo amanecer y un destino mejor. Retrato de una sociedad de gentes sencillas y trabajadoras, en la que la administración de justicia «es una caricatura repugnante y profundamente desmoralizadora», y en que las élites viven completamente divorciadas del pueblo llano, a pesar de haber sido publicada hace cincuenta años, la novela parece una descripción del Ecuador de hoy. Escrita en un lenguaje cautivador, es difícil escoger cual es la mejor parte de la obra: si el retrato pormenorizado de esa humanidad que avanza en caravana por la selva; el análisis casi científico que el antropólogo Mr. Spark hace de un pueblo y unas costumbres en las que nos vemos descritos; o la nueva lucha por el poder, después de tumbado el antiguo, y la discusión sobre cómo debe organizarse la nueva sociedad de Yangana Libre.



Ángel Felicísimo Rojas

El éxodo de Yangana

ePUB v1.0
bibliofago 12.05.12

Título original: *El éxodo de Yangana*
Ángel Felicísimo Rojas, Editorial Losada, Buenos Aires, 1949.
Diseño/retoque portada: bibliofago

Editor original: bibliofago(v1.0 a v1.x)
ePub base v2.0

—Quién mató al Comendador?
—Fuenteovejuna, señor.
—¿Y quién es Fuenteovejuna?
—Todos a una.
Fuenteovejuna
LOPE DE VEGA

PRELUDIO:
En Palanda se oye un rumor extraño

—¿Pero qué es lo que pasa? —se preguntaba, por enésima vez, Joaquín Reinoso, en su solitario refugio de Palanda—. ¿Qué pasa al fin?

Desde el medio día ha estado inquieto. En la hora de la siesta, en que la manigua ardiente se adormece, los sentidos vigilantes del hombre, que vivían montando temerosa guardia desde hacía dos años, creyeron percibir una vaga vibración del suelo, que se propagaba fina y discretamente desde la distancia, ese fue el primer mensaje.

Suspendió un momento su tarea. Instantáneamente se apagó la vibración del machete entre las ramas. Escuchó, poniendo en tensión toda su vida, tratando de percibir y diferenciar.

Porque nunca faltan en la selva —lo sabía él— los intermitentes balbuceos de un lenguaje que el hombre familiarizado con la sombra de sus altas copas conoce muy bien: Una rama que se desgaja, un árbol que se viene abajo lentamente, demorando a veces días enteros a medida que van cediendo las raíces y las ramas chafadas de los otros, un tropel de saínos que pasa, una piara de dantas perseguidas por el puma, una bandada de monos o de pájaros que huyen, se refocilan o se quejan; la voz del viento, el bramido del río, hasta el mudo avance de la neblina, la convulsión de la tormenta que estalla a lo lejos, sobre las copas.

El hombre avezado los interpreta todos y mide intuitivamente las distancias. No son raros en él ciertos estados orgánicos incomprensibles que se caracterizan por un erizamiento de pánico, durante los cuales los sentidos consumen más

energía nerviosa, hasta fatigar horriblemente a su dueño y recobran, en compensación, una fulgurante viveza ancestral. En tanto transcurren estos momentos que parecen de morbosa excitación, el cuerpo entero, convertido en un vasto y delicado receptáculo que condensa en toda su superficie las modificaciones del mundo exterior, se asemeja a un grande, a un inmenso sentido total, hecho de la fusión de los cinco. Tan extraña integración asume una potencia de percepción inverosímil.

Es capaz, en alguna ocasión, de ver anticipadamente. Yconsigue, no solamente entender y localizar en la distancia los ruidos lejanos, sino acertar incluso con la dirección de donde proceden.

Pero resultaba indispensable diferenciar a fondo, pues los primeros datos que llegaban a su percepción parecíanle increíbles. Se tendió por primera vez de costado, pegando el oído a la tierra desnuda. Y se irguió nervioso, asustado por una amenaza cuya naturaleza, pese a su penetración de la selva, no alcanzaba a comprender. Érase una trepidación de rebaño, de cascos de solípedos; de talones humanos.

Nunca la oscura vibración telúrica había anteriormente hablado así a sus sentidos.

Y a medida que la tarde ha ido empujando el sol hacia las copas de los árboles del oeste, tras los cuales parece ir a pasar la noche, el ruido, las emociones inefables, que anticipan la presencia humana, han ido tornándose más y más patentes. Tanto, que, a continuación de su sexta pegada al suelo, ya sin sombra de duda, ha vuelto al rancho, a confirmarle a su mujer la evidencia de lo que fuera su sospecha al mediodía.

—El ruido que he estado oyendo toda la tarde es de gente, Rosa Elvira —dice, mientras sube pausadamente las traviesas de su escalera de guadúa—. Acabo de percibirlo ya más clarito. Y parece que es mucha gente. Un tropel de gente. Y que vienen también con animales, con muchos animales. ¡Viven por ahí, por donde vinimos nosotros, en busca del río!

—¿No serán jíbaros, tal vez? —pregunta la mujer, con su voz cantarina y mimosa, en trance de parecer serena.

—¿Los jíbaros con caballos? ¿Acaso ellos tienen caballos?¿L os jíbaros con vacas…? No son jíbaros.

Al cabo de un largo silencio, durante el cual el hombre ha estado en la

hamaca balanceándose pensativo, con las manos sobre las rodillas:

—¡No; no son jíbaros!

Nueva pausa.

—Tampoco pueden ser los gendarmes que vienen por mí.Porque de venir con vacas, vienen con vacas. Y los gendarmes no vendrían trayendo vacas. ¿Para qué tantos hombres? ¿Para qué tanto ganado?

—Preparémonos —le dice luego—. Desenterremos los cartuchos.

Hombre y mujer se ponen a la tarea, tratando en vano de entender qué significa esa ya indudable penetración humana en masa, dentro de la montaña cerrada; ese avance multitudinario que parece aproximarse, en línea ciega, a la solitaria pareja.

—¿Y si fueran los gendarmes efectivamente? —vuelve a preguntarse en voz alta. Como ninguna respuesta cae en el silencio, vuelve a hundirse en sus recelosas meditaciones.

El hijo duerme adentro. Tiene ya Reinoso una casa, una mujer y un hijo, y un plantío de plátanos y yucas que defender. Y, en todo caso, su libertad, que tan caro le había costado poner a salvo.

Los cartuchos, la inspección lo revela, se han conservado en la ceniza perfectamente.

Destapan los cañones de sus dos carabinas, y trazan un plan de combate, combinado con una huida personal aislada, que volverá a unir a los esposos —con el pequeño— en un lugar predeterminado.

Joaquín Reinoso, haciéndole una postrera recomendación larga, reiterada, insistente, se lanza carabina en mano, a explorar en el terreno que ahora pisan unos hombres que no conoce, movidos por propósitos quizá siniestros que no acierta a comprender.

PRIMERA PARTE:
La huida de un réprobo colectivo

Tal vez lleguen a ciento sesenta las familias en marcha.

Todo un pueblo desfila lentamente, semináufrago en la penosa montaña.

En nueve días de marcha, de sobresaltos y tensas vigilias, el maltrato ha hecho estragos en los hombres y en los animales. No obstante, avanzan sobreponiéndose al cansancio. Tienen, a lo que parece, una esperanza. Eso les infundirá valor. Otra fuerza los empuja así como aquélla los atrae: a sus espaldas acaban de dejar algo tremendo, por lo cual se han despedido cruelmente, y para no volver más.

En lo alto de la garganta de Cararango, la caravana se detuvo dos horas, volviendo la cabeza hacia el hermoso valle que veía por última vez. Allí fueron los sollozos y los suspiros. La muchedumbre toda, sintiéndose castigada por el destino, alzó un resonante clamor de adiós. Lloraron los viejos, y los hombres maduros se tragaron las lágrimas, gritando con una voz mojada en llanto a sus mujeres y a sus hijos para que se callaran.

Comenzó, tramontada la garganta de Cararango, el descenso. Unos pocos metros después, y ya las caras vueltas para recoger y chupar el paisaje familiar que abandonaban tras sí, y seguirlo saboreando en la imaginación con dulzarrona nostalgia, vieron sólo la vieja cruz, que dominaba el nudo, a un costado del camino. Y los que iban rezagados pudieron advertir también que el churón Ocampo —atezado, fornido y varioloso—, quien cerraba la marcha con una carabina terciada a la bandolera, se detuvo un instante, y, encarándose con el añoso madero, último símbolo del mundo que dejaban, le enseñó rabiosamente

el puño.

Tal vez lleguen a ciento sesenta las familias en marcha.

Apenas falta alguien: el pueblo entero se ha volcado, y se desliza pausadamente por la gradiente suave que cada vez se acerca más al río, con un movimiento de compás perezoso y solemne que se arrastra como una gota de aceite sobre una pared pulimentada. No ceja ni se detiene.

Más de seiscientas voluntades constituyen la fuerza de tracción.

1

Viene don Lisandro Fierro.

Don Lisandro Fierro es el hombre más viejo de la partida.

Procreador de una familia bíblica, sordo como una tapia, amigo personal que fue de García Moreno, en tiempos de su mocedad. Monta una yegua tordilla, mansa y ancha, en los sitios traficables. La cara del anciano es enorme.

Colorado y moreno, ostenta un cutis curtido por el sol, que le quemó cuando era aún fuerte, en la besana y que seguía calentando sus últimos años en las hasta ayer tranquilas mañanas de su pueblo. Las cejas se adelantan agresivas y borrascosas, cubriendo el relampagueo malicioso de unos ojillos que han visto muchas cosas y nunca han usado lentes. La voz es todavía un trueno ronco, y como no se oye, habla a gritos, estremeciendo, al mover la boca, sus barbas patriarcales. Constituye el terror de los chicos. Los pies, anchos y calzados, van alojados en un par de estribos de metal antiguo, y sus piernas, ya frioleras, las abriga un pellón viejo, de origen guadalupano, sobre el cual, una vez que ha sido tendido al suelo con estrépito, se desploma en los frecuentes altos del camino.

Uno de los juegos más populares de la región que abandonaban era el de la quina. Largas horas, de codos sobre la mesa y con los ojos ansiosamente fijos en la tabla numerada, aguardaban el anuncio estentóreo de quien iba leyendo las fichas. Las muchachas coloreaban al oír la designación metafórica de ciertos números, pero ponían sus fichas de maíz donde correspondía: estaban bien enteradas.

Los números que cantaba el croupier denotaban casi siempre un ingenio sutil, hinchado de alusiones sexuales.

El número 1 era una cifra fálica.

El número 13 se llamaba, abreviadamente, «entre más».

El número 14, «la niña echando goma».

El número 15, «sigue la goma" o "la niña en peligro», etc., etc.

Y el número más alto del juego, el 90, era, naturalmente,¡don Lisandro!

Don Lisandro era también para los mozos de su pueblo el símbolo de Príapo.

Estas gentes quieren, sin duda, a su viejo. Les parece una reliquia de otra edad, un anciano fabuloso, y hay quienes creen en serio que está hecho de una materia extrahumana, de un barro que no se desmoronará.

Conserva con sorprendente frescura el recuerdo de los sucesos de su juventud, que los cuenta en una forma literalmente igual cada vez que tiene oportunidad de hacerlo.

Los espíritus más positivos juzgan que no es, ni ha sido nunca, una notabilidad por su inteligencia; pero todos aprecian la autoridad de su testimonio del largo pasado que ha tenido la suerte de vivir. No faltan quienes lo creen una especie de oráculo, y se aprenden de memoria todas sus consejas, como si la sabiduría del pasado hablara por sus labios.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —comentan.

Pero el respeto que generalmente inspira no obsta para que los mozos, y especialmente sus propios descendientes —los nietos y bisnietos— hagan bromas a costa del viejo, en medio del escándalo de los ingenuos y de las protestas de los menos viejos, que hallaban en esa conducta un lamentable signo de los tiempos y de la irreverencia de los nuevos para la experiencia de las pasadas generaciones.

Mas toda admonición era estéril.

Tayta Lisandro seguía teniendo para esos mozos malcriados piel de iguana, o de lagarto, o de culebra equis; le continuaban creciendo las orejas y debía de sonarse la nariz con ellas, olvidando cierta asquerosa costumbre que conservaba de hacerlo con los dedos; y salía al campo en su yegua vieja, en dirección a los faicales, a los ceibos, a los bosques barbados de salvaje, con el objeto de conversar, a grandes gritos, con el diablo, mientras el viento bajaba del cerro levantando remolinos sobre las eras.

Viene con sus tres hijas, abuelas de robusta prole, en la cual abunda la hembra hermosa, de tez aterciopelada y blanca, de ojos azules y cabellos rubios,

confirmando la especie de que el padre de don Lisandro fue un chapetón que quedó después de la Independencia por esos lugares.

Unas casadas, éstas solteras, otras viudas: todas ellas, si han podido hacerlo, han parido, y arrastran sus críos.

2

Vienen los hermanos Mendieta.

Los Mendieta son los dos mejores jinetes. Unas pocas «sobadas» les basta para poner a las mulares suaves de andar, de espuela y rienda como una seda. Son capaces de hacer entrar al paso a una bestia por «guambi» que sea.

Uno de ellos es quizá también el mejor bebedor de la comarca. Bebido es, justamente, cuando da a las bestias la primera silla. Dice a quien quiera oírlo que las mulares conocen al instante la borrachera del jinete y que, como las mujeres cuando son mal tratadas, se portan mejor que nunca.

—Buenos suelos he aguantado —explica—. Pero estando bueno y sano. Cuando estoy con el «alimento», ninguna bestia ni mujer me ha derribado jamás.

Los paisanos que le han visto domar dicen que tiene razón efectivamente… en cierta parte de su jactanciosa afirmación. Le hacen fisga, en cambio, a propósito de la indomable madre de sus dos chicos, quien supo resistirse a diez años de requerimientos y no volvió a darse jamás a un borracho perdido.

Ha quedado él con los dos chicos: el varoncito tuerto y la mocozuela, que fueron arrebatados por Mendieta mayor en uno de sus desesperados intentos de domeñar a la testaruda mujer. Vienen con él y con el tío en buenas mulas y sobre hermosos arneses.

Los hermanos Mendieta no parecen ser hermanos de padre y madre, como afirman que lo son. El mayor es pequeño, de ojos achinados, delgado y lampiño; tiene el pelo lacio y negro. El otro es de buena talla, barbado y crespo, de color levemente aceitunado y cejas espesas. Un único rasgo físico común parece unirles: la escandalosa estevadura de las piernas.

Y como Mendieta menor tiene estatura más elevada que el otro, el paréntesis que hacen sus largas piernas es mayor.

Las bromas que recaen sobre ese defecto común prefieren, en consecuencia, al menor de los Mendieta: por el arco que dejan esas piernas, cuando están en posición firme, puede pasar un buey cargado de paja, sin que el dueño de aquéllas se entere.

Traen una hermosa piara de mulares jóvenes, de lomos nerviosos, sensibles al más leve cosquilleo, y de orejas inquietas. Caminan atadas entre sí por largos cabestros de veta y a ratos se atropellan, se tascan, se rechazan a patadas, echando hacia atrás las orejas altas y emprendiendo carreritas bruscas, que terminan en brutales sacudidas de las cuerdas. Los gritos y blasfemias de los chalanes las aquietan.

La madre del chico tuerto y de la mocozuela, el tempestuoso amor antiguo del mayor de los Mendieta, viene también, pero va lejos.

Procura no perderla de vista, y sigue pensando en que volverá, ya después, a pertenecerle. Como aquella vez en que se metió borracho a caballo, en la casa de ella, que medio loca de susto, dejó hacer. La última por cierto; hacen diez años.

3

Viene la «Virgen del Higuerón», considerada como la muchacha más bella de los contornos.

Es alta, esbelta, tiene las caderas anchas y la cintura fina.

¿Qué pudiera decirse de sus ojos brillantes y profundos; qué de sus hombros admirables, que sabía ostentar, con tranquila seguridad en el río, mientras se bañaba; qué de la curva de su pecho, y de sus piernas poderosas y maravillosamente rectas, y de su piel tostada, sedosa, fresca?

Los mozos se inquietan al verla. Desvelaba el sueño de muchos hombres. De la madre parecía haber heredado el ardor, a la vez inocente y zalamero de las miradas, y la manera de hablar un poco cantarina. De su presunto padre Carlos Botado, tan suertudo en aventuras amorosas, le llegaba quizá ese profundo atractivo que ejercía en las personas del otro sexo. Frecuentes serenatas arrullaban a la doncella: no sólo porque era alta, porque era fresca, porque era fácil a la sonrisa y al sonrojo, porque vestía a lo ciudadana y cosía en máquina de pie, sino, principalmente, porque un algo de su cuerpo y de su espíritu hacía hervir la sangre de los muchachos.

Este algo tenía que ver, en la opinión de sus paisanos, más aún que con el hecho de que ella fuera el producto alquitarado de un amor volcánico, adulterino y perseguido, con el hechizo un poco funesto del higuerón bajo cuya sombra creció.

El higuerón es un árbol «pesado». Así lo reconoce todo el mundo en la provincia. Gusta de nacer y lanzar su follaje tupido sobre la orilla de las quebradas cerreras, haciendo más fosca la noche que desciende prematuramente

sobre ellas. Cuando el viento lo bate, sus hojas ásperas entrechocan con un rumor lúgubre. Hace de esta manera un acompañamiento fúnebre al latigazo del agua que cae sobre las piedras. Nadie debe reposar bajo la sombra maléfica de los higuerones y el caminante hará bien en guardarse de abrevar su cabalgadura con el agua que corre entre sus raíces.

Las apariciones de ultratumba gustan entrañablemente de descolgarse de sus ramas, y es de muy mal agüero vivir cerca de ellos.

Pero doña Pascuala, o porque no lo creyó así, o porque lo creyó demasiado, construyó su casa bajo la sombra del higuerón que queda en el camino, a un "kilómetro del pueblo, y enseñando los dientes a todo pasajero, se puso a criar a su hija allí. A los doce años la chica era ya hermosa, y comenzaron a llamarla bajo esa advocación extraña.

Mucho del dañino poder de los higuerones había de tener, que por eso producía un amoroso malestar en quienes se le aproximaban.

Para los más resueltos, para los que parecían listos al sacrificio, la divinidad inasequible tenía una defensa más: la espantosa viperina de la madre. Así, entre ésta y los admiradores temerosos ayudaban a la muchacha a atravesar imperturbable las estrechas calles del pueblo, en medio de las miradas del deseo, de la pasión insensata y del amor desesperado de sus paisanos, como una culebra atraviesa a nado un río crecido.

Era corriente entonces tenerla por orgullosa y suspirar pensando en que aquella boca carnosa, y aquellos brazos flexibles, y aquellas manos inquietas, se reservaban para un forastero, para el paladar feliz de un hombre de las ciudades, que la iría llevando consigo, espléndidamente, a un mundo mejor.

Solamente en los carnavales, los mozos podían apretujar su cuerpo soberbio. Caían por bandadas furiosas en la antes inabordable casa y la empapaban en aguas de colores, frotándole la linda cara tersa con polvos verdes, rojos, azules; la levantaban en vilo para sumergirla, enloquecidos, en el agua de la quebrada vecina; o teñían de pitahaya el pecho trémulo, dejando, al pasarle una mano hambrienta que empuñaba la roja fruta reventada, un manchón de color sangre en el vestido, que excitaba a los jugadores hasta el frenesí.

Y ahora la «Virgen del Higuerón», emancipada ya del abrigo nefasto de su árbol tutelar, viene trayendo todavía, en su sangre y en su espíritu, algo del atractivo abisal de los higuerones, cuando braman con el viento en las noches

oscuras, a la orilla de las quebradas.

4

Con ella viene su madre, doña Pascuala Bailón, la mejor viperina.

La temida y temible doña Pascuala, de hablar meloso, fácil y zalamero en sus buenos momentos. Trae ganada una indiscutible reputación en su especialidad. Ha derrotado en diferentes épocas a hombres y mujeres de virulento vocabulario, después de torneos calenturientos de dos y tres horas, verificados a gritos en medio de una avalancha de curiosos.

Le conceden que su triunfo más sonado fue el que obtuvo cuando, hace algunos años, impuso silencio al hombre más deslenguado que haya tenido Yangana: al bocón Camilo Isidro, sujeto sinvergüenza y procaz que, acorralado por los furibundos golpes oratorios de doña Pascuala, optó por bajarse los calzones delante de su contendora. Se cuenta que ésta, mujer feroz e implacable, lejos de correrse con eso, sacó inmediato partido de su inspección ocular, lanzando sobre el canalla derrotado ciertas frases que no pudo soportarle.

Desde entonces, el bocón se convirtió en otro hombre. Y nunca perdonó el que doña Pascuala se haya ocupado con menosprecio burlón de su virilidad.

La saluda todo pasajero, muy atentamente, cuando se encuentra con ella, y le pregunta cómo ha amanecido. Las gentes del pueblo son muy corteses, sin duda. A veces las detiene a conversar, en medio camino; y ensaya entonces una especie de disculpa para sus hirientes arrebatos:

—Tengo que proteger a mi hija —les dice—. Soy una persona sola, y la muchacha es bonita. Yo soy la espina, ella es la rosa. ¿Qué fuera de la pobrecita sin mi amparo?

Todos estaban de acuerdo en ello, y no solamente por complacer a la preclara

lenguaraz.

5

Viene don Joaquín Torres, médico y boticario en una pieza.

Posee un inmenso surtido de hierbas medicinales y un imponente acopio de frascos empolvados. Y el complejo arte de curar, indistintamente, los males que envía Dios y los que ponen en el cuerpo de sus semejantes los prójimos malvados.

Don Joaquín Torres es un mestizo de exigua estatura, ya viejo y calvo, que huele apestosamente a medicamentos, a valeriana, a ruda, a izhpingo.

Conoce las enfermedades haciendo orinar a los pacientes.

Discrimina en el examen urológico si se trata de una enfermedad natural, o si es mal hechizo. Desde luego, la mayor parte de los enfermos que examina tienen este último. En los males puestos por los hechiceros, hay que distinguir todavía: o el mal es fresco y, por lo mismo, curable casi siempre; o se trata de una enfermedad cuya curación ha venido a hacerse demasiado tarde.

—Cuando el mal hecho está «pasado» —explica—, la «contra» es muy difícil de dar—. Vence el brujo.

Para entonces es imprescindible seguir un tratamiento especial, a base de tenidas nocturnas que duran semanas enteras, durante las cuales las bebidas de aguacolla, los pases con varas de chonta para ahuyentar al brujo y las «singadas»embriagantes —líquidos espirituosos que han de sorberse por las narices en conchas de caracol— constituyen, combinadas con el esperado influjo de la luna en menguante, el recurso supremo.

Entre la gente del pueblo se conocen dos versiones principales que enjuician la naturaleza de las artes que profesa don Joaquín Torres.

—Es brujo, brujazo, brujo fino; más brujo que los brujos que ponen mal hechizo: por eso cura. —Tal es la una versión.

—No es brujo, sino solamente un buen curandero. Si fuera brujo, mal podría darles chicote a sus compinches: es acertado, y cura los males que manda Dios —dice la otra.

Con esta reputación ambigua, menospreciado por los sanos y deseado por los enfermos, sucio, maloliente, herbolario y esmirriado, don Joaquín Torres forma parte también de la caravana.

6

Viene doña Petrona Alcocer, la decano de las comadronas.

Tendrá unos sesenta años de edad y más de treinta de práctica. Se mueve con pasos lentos, como si su fabulosa sabiduría botánica le pesara, y llevara sobre sus espaldas anchas un hato con todos los críos que ayudara a venir al mundo.

Cuentan que, desde hace veinte años, ha podido predeterminar el sexo del nuevo ser que está en el vientre de una mujer a partir del tercer mes de embarazo, sin haber fallado jamás.

Encadera rápidamente a las primerizas, acomoda la posición de la criatura en los últimos días de gestación y hace arrojar infaliblemente la placenta si ésta ha quedado rezagada, con solamente tres tomas de una cocción de hierbas de las cuales ella posee secretos exclusivos.

Sus manos sabias, grandes, enjutas para la corpulencia de su dueña, no sólo saben echar afuera críos en sazón. Conocen manipulaciones y pócimas jíbaras que hacen abortar en los primeros meses a las mujeres encinta, con una facilidad increíble y sin que nadie se percatara; porque también sabe guardar celosamente estos secretos.

Y las mujeres aligeradas así, ya sea de hijos en agraz, ya de chicos maduros, después de un largo baño en cocidos de raíces y hojas desconocidas, ya sin temor de nada, endurecidas y tonificadas, quedaban, a los pocos días, en aptitud de volver impunemente a las andadas.

¡Doña Petrona Alcocer, decano de comadronas, hombruna, comprensiva y sabia, cuántos bebés y cuántos honores salvó la intervención de tus enormes antebrazos remangados!

7

Viene Fermín López, el hombre de la mala suerte máxima, el hombre perseguido por el fuego.

Es bastante joven todavía: unos treinta y cuatro años a lo sumo. En una cara blanca, fina, pálida, barbada, brilla una sonrisa que muchos encuentran cargante o por lo menos insolente. Los ojos son los de un ajusticiado: esas pupilas parecen haber visto ya todos los horrores, y la muerte cerca innumerables veces. Hállanse instaladas a la sombra de unas cejas altas, una de las cuales, más cercana a la frente que la otra, exhibe el mordisco de la primera de sus quemaduras.

El hombre ha caminado siempre con los pies descalzos.

Fácil es enterarse, con la primera inspección, de las atroces huellas que el fuego ha dejado en una de sus piernas. La carne de los dedos gordo e índice se ha fundido en una soldadura que los ha convertido en una sola pieza deforme.

Las cicatrices están por todas partes, y un entendido podría determinar en el color de los lívidos costurones las épocas aproximadas en que se produjeron, porque los accidentes de fuego le han ocurrido a López en varias épocas…

Gusta a López, hombre de palabra fácil, hablar de lo que pudiéramos llamar su sino combustible y comburente, y ninguno de los que lo oyen pone en duda lo que cuenta.

Antes bien, hacen comentarios sobre la base de que López, «Fosforito», es una especie de mandatario del fuego en esta tierra, como lo dicen los chirlos espantosos de su cuerpo.

—Le dijéramos a Fermín que lo ha orinado el añas, y que a eso debe su mala

pata —explicaba, por ejemplo, Anacleto Aliaga—, si no fuera que él nada tiene que ver con los líquidos que no sean inflamables, y porque la orina del añas ya le habría ayudado a apagar todos los incendios: tan hedionda es.

—Decir que es un hombre de mala leche tampoco sería exacto. La leche no produce incendios: puede apagarlos más bien, si se vierte sobre el fuego. Una especie de fulminante, una especie de mecha, un hombre de pólvora: eso sí que es.

La triste canción de las llamas que perseguían a Fermín López, alias «Fosforito», se entonaba, más o menos, así:

> «Las llamas fueron el ama de cría de Fermín López. Padres y hermanos perecen en la quema de su casa, ocurrida en el campo de los alrededores de Yangana. Fermín López queda por uno de esos milagros que solamente el amor del fuego puede realizar. El fuego lo ha pasado besando, y el infante tiene la frente ampollada, los párpados en carne viva y la ceja derecha casi engullida en el cariñoso arrebato del primer ósculo. Las llamas conocen ya el sabor que tiene la carne de Fermín López, achicharrada por sus caricias; y querrán seguirle otorgando sus candentes dádivas.»

> «Pasan los años, y el muchacho, que tiene ya siete en el cuerpo, está necesitando preceptor. El fuego toma debida nota de esa urgencia pedagógica, y le lleva de arriero a la molienda de don Agustín Vargas. No ha estado seis meses todavía, y la molienda se quema, como se quema también la casa de su patrón Vargas. Fermín López, alias «Fosforito», sale de los escombros con una pierna dislocada y su pie desnudo arrastra por el suelo la piel desollada, como una media vuelta del revés a medio sacar.»

> «Fermín López ahora va para convertirse en hombre. Se le ha poblado de barbas la cara, la manzana se ha adelantado, fuerte y firme, como es firme y fuerte la voz. Las llamas tienen que darle una lección más: han de enseñarle que los niños, al hacerse hombres, dejan de llorar. Con este propósito, le conducen por la casa del indio Presentación Quille, cohetero, la víspera de la fiesta del pueblo. Estaba el mozo aplacando la sed con un mate de agua fresca que sostenía con ambas manos, en la

puerta de la cocina, cuando la pólvora que había sobrado en la preparación de los fuegos pirotécnicos, provocada por una chispa, se inflama con horrible explosión. En el saldo de sobrevivientes ha correspondido, naturalmente, a Fermín López su parte: un fogonazo le ha abrasado el pecho y arrojado lejos, sin sentido. La caya se ha salvado gracias al mate de agua que bebía.»

«Los brazos y las manos, desnudos y en primer término al momento de la catástrofe, han quedado tremendamente llagados. Los dolores son atroces, y la cara es toda ella una mueca de desesperación. Pero su dueño tiene dieciocho años, y ya no puede llorar, al retorcerse en la cama, como lloró cuando niño: aprendió a no llorar.»

«Fermín López, alias «Fosforito», vive después de esto tranquilo unos pocos años: los necesarios para que aprenda a gustar de la bonanza. Se cuenta que hasta llegó a tener dos buenas cosechas y que la mala suerte parecía haberse olvidado de su protegido.»

«Fermín López, alias «Fosforito», fue agricultor durante esos tiempos apacibles. Amó los campos recién roturados, tumbó árboles robándole tierras cultivables a la montaña, se extasió al ver salir, agujereando los terrones, a la frágil colita de paloma del maíz recién nacido, y admiró largamente el efecto del sol sobre las mieses. Vivía a media hora del pueblo y tenía su casita de barro y paja bastante lejos de la chacra, para evitar que alguna rama inflamada, en la quema anual de las rozas, prendiera fuego a la vivienda.»

«Pero un día Fermín López, alias «Fosforito», amaneció con los talones calientes. Se le ocurrió caminar sin rumbo.»

«A poco empezó a guiarse por el sonido distante de una hacha. Arribó así a la vecindad de una choza rodeada por un seto, y pudo ver, sí, señores y amigos de Yangana, que, tras el seto, una muchacha —detalle que no olvidaré nunca—, creyéndose sola, hacía una necesidad.»

«Su encuentro con esta mujer joven fue para Fermín López, alias «Fosforito», un encuentro más con el fuego.»

«Fuego tenaz, que le consume con deliciosa lentitud y va dejándole una cicatriz profunda que él no ve, como viera las otras, pero que la siente muy hondamente. La muchacha, pasada la gran vergüenza del encuentro, detalle rudamente prosaico para comenzar un amor, arde también bajo la envoltura de la misma llama. Meses después, la choza de él no queda sola cuando el flamante agricultor toma el camino de su chacra.»

«Y fueron felices, estrepitosamente felices, mientras ella germinaba, como la semilla en la chacra nueva. Y lo fueron, no obstante el pasajero dolor físico del alumbramiento, cuatro días después. Así, exactamente, cuatro días. En el cuerpo de ella se encendió la fiebre.»

«Ardió la pobre mujer durante cerca de un mes, y el hombre, con silenciosa desesperación, acariciaba sin cesar una mano cada vez más exangüe, en cuya muñeca parecía latir un pulso enérgico de vida que nace, no de vida que muere. Ese fuego lento consumió la vida de la madre, que dejó abandonado un chico que le sobrevivió, a fuerza de agua dulce y mazamorras con leche, doce días más.»

«Aquí es lo que encaja el relato de la rebelión de Fermín López, alias «Fosforito»; de su rebelión contra el destino incendiario bajo el cual nació. Trátase de su primera y última tentativa. Después… ya nada hará por emanciparse de su flamígera tutela.»

«Fermín López, alias «Fosforito», decide colgarse de un árbol y defraudar así al fuego que tanto lo ha hostigado. Se encamina al monte, con paso recio. Va dando un último vistazo a su chacra y a su choza. No, su choza no debe quedarse así. Se salvará él de las llamas, pero su casita, esa casita, esa casita donde quiso tanto a su mujer y a su hijo, no. Desciende corriendo, corriendo, con un haz de paja encendido en la mano. Minutos después, la cubierta arde de punta a punta. El hombre aun está sereno y logra mantenerse a prudente distancia del incendio. Sarcástico empieza a resultar para las llamas este rondar a su torno, sin chamuscarse, del pupilo al cual han modelado con sus tremendas caricias.»

«El atractivo funesto del fuego toma luego un disfraz sentimental.

> Fermín López, alias «Fosforito», se da cuenta, de pronto, que va a quemarse allá dentro el paño guadalupano que él regaló a la novia y que refrescó, con su suavísimo tejido de hilo fino y frío, las espaldas de la febricitante moribunda. No podía ser por nada de este mundo que fuera a quemarse este recuerdo de la difunta.»
>
> «No podía ser: lo necesitaba él para retorcérselo en las manos, para envolvérselo en la cabeza cuando esté, horas después, balanceándose de la rama más alta. Cerró los ojos y empujado por una fuerza irresistible, dio un salto y se metió a la hoguera. Cerca del anochecer fue encontrado, exánime, al pie de la chacra, con un trapo quemado entre las manos.»
>
> «¿De qué le habría servido —termina aquí la canción— insistir en el suicidio por la cuerda? Había que dejarse curar, había que tomarle miedo a morir ahorcado y volver a afirmarse en el deseo de vivir, hasta que el Amo Fuego le conceda una paz más duradera».

Viene Fermín López, alias «Fosforito», un poco temeroso quizá de que la vasta aventura colectiva vaya a degenerar, por culpa de su mala sombra, en fracaso trágico; y con una especie de vago remordimiento al sentirse cómplice inocente y ciego de la orgía de llamas que devoró, frenéticamente, todas las casas del pueblo de Yangana. No en cambio así los otros. Quienes se sienten en cierto modo protegidos por él, puesto que saben que todos los males caen sobre su cabeza, que todos los siniestros lo visitan, aplacando a los dioses crueles. Estímanle una especie de pararrayos o de condensador en el cual se descargan las furias elementales que, de faltar él, asolarían al resto de los moradores. Y así como el curandero Torres les defiende de los males que manda Dios y que manda el Diablo, Fermín López, alias «Fosforito», víctima oficial de los malos sucesos, niño mimado del fuego, enemigo jurado de las buenas cosechas, les preserva del azote de los elementos.

8

Viene la viuda de don Patricio Aldeán, la matrona más distinguida del lugar.

Mujer cuarentona, gorda, lenta, enfamiliada, toda ademanes y visajes, inteligente, conversadora amena y ditirámbica. Alma de las reuniones con gente de la ciudad e inevitable organizadora de la velada anual que, de acuerdo con una tradición de más de trescientos años, se celebraba en honor del Señor del Buen Suceso, patrón del pueblo que redujeron a cenizas.

Dirige personalmente los ensayos previos a la representación dramática, reparte los papeles a los actores y hace, en los estrenos, de apuntadora y traspunte, hablando casi a gritos con su voz clara y cálida.

Viste como ciudadana, entiende de corte, maneja diestramente los figurines y es capaz de confeccionar cualquier modelo de vestido con una facilidad que al coro de sus amistades le parece sorprendente.

Además, en su mesa es fama que se come muy bien. Las gentes que llegaban a casa de ella eran objeto de un trato fino y habían de engullir hasta reventar. La despensa estaba bien provista, porque doña Patrocinio, o «mama Patrocinio», como la llamaban, gustaba de prepararse platos sabrosos y le apasionaba, en general, la comida.

Quesos trabajados en las vaquerías de la altura, grasos, salados, amarillentos; cecina gorda en grandes pencas, extendida a lo largo de una cuerda que atravesaba la pieza de extremo a extremo; pescado traído del Perú en salazón; largos cordones de longaniza pendientes de las vigas del sobreado; un cajón donde guardaba, entre hojas frescas, el pan regalado que amasaba ella misma dos veces en la semana…

Y en el corral, una volatería numerosa, y el chancho de ceba. Sobre todo lo cual, doña Patrocinio, la viuda, ponía su mirada vigilante y glotona. Muy de mañana, a la hora en que las gallinas empiezan a saltar del árbol, las tres sirvientes de la notable matrona empezaban a corretear, con gran estrépito, el ave de corral que había amanecido de turno para el sacrificio.

Generalmente, las personas de la población la hacían objeto de grandes consideraciones.

Una prueba fehaciente de esto la da el hecho de que era ella la única persona que podía conseguir, de no importa qué padre, por escrupuloso que fuera, la o las muchachas que hacían falta para el desempeño de los papeles femeninos en las comedias. Había ya establecido para este trámite una especie de rito: negativa terminante de los padres al comité de festejos; intervención de doña Patrocinio, a quien le enviarían la respuesta una hora después; recado por el cual consentían —por las consideraciones que le tenían a la señora—; segunda visita de doña Patrocinio, para agradecer la excepción hecha en su honor e indicar el número de trajes, el color de las telas y el número de varas que debía adquirirse para vestir a la heroína y a las figurantas.

¿No había sido suficiente el que «mama Patrocinio» fuera capaz de salvar estos obstáculos para merecer la gratitud del pueblo entero?

9

Viene don Vicente Muñoz, el hombre más ilustrado de Yangana.

Decían que era hijo de patrón noble. Por lo menos, con hijos de rico había pasado los primeros años de su mocedad, en el colegio de enseñanza secundaria. Contaban una romántica historia de amor truncado, que le desarraigó de la ciudad para siempre y que —sin que por eso dejara de merecer la gratitud y la admiración de la gente del poblado— le ocasionó una perdurable chifladura: un amor excesivo por los libros, que sus vecinos no acababan de comprender.

Le llaman afectuosamente, «Chapetón», por el aspecto de caballero español antiguo que le encuentran.

El cuerpo es alto, delgado, un tantico cargado de espaldas.

Es blanco y pálido el color de la piel. La frente es muy amplia y más clara que el resto del rostro. Se deja la barba, que es bronceada, crespa y abundante. Encaja muy bien en esa cara larga, chupada y ascética. Las cejas, un tanto hirsutas y borrascosas, contrastan con la mansedumbre de los ojos azules.

En las manos largas, finas y huesudas, que empuñan con delicado brío las riendas de su cabalgadura, cuando están extendidas se advierte un ligero temblor. Huele a tabaco su aliento, y la voz, grave y sonora, se deja oír un poco ronca.

Sus anchas muñecas, otro contraste con sus manos delicadas, son velludas.

En grandes alforjas plataneras transporta sus libros. Es éste, no hay duda, el viaje bibliográfico más raro del mundo, en el presente siglo. Cuatro mulas robustas conducen la que es para él la más preciosa carga.

Era un bibliófilo a su manera. Había comprado muchos libros antes de la gran guerra, a precios ínfimos. En Yangana había poseído una casa pobre pero

limpia y bien cuidada. A la calle daba una pieza olorosa a cedro, con una ancha ventana. Los estantes eran de cedro del caliente y albergaban, en apretadas ringlas, los volúmenes.

Frente al perfumado cuartucho, al cuartucho recoleto olor de madera labrada y balsámica, el hombre tuvo dispuesto siempre otro cuartucho igualmente claro para huéspedes.

¡Cuántos amigos llegaron ahí! ¡Cuánto forastero desconocido, a lo largo de los años, en un pueblo donde no existían hoteles ni casas posadas, golpeó esa puerta hospitalaria con los nudillos de una mano cansada, apeándose en la calle silenciosa, y sosteniendo en la otra mano las riendas de su montura! ¡Cuántos prójimos de tránsito se sentaron a aquella mesa rústica, a compartir con el voraz lector arrinconado su frugal dieta de siempre!

El habla, tras la comida, una vez que la hija menor había levantado los manteles, era reposada y discreta. Nunca se ocupó de sí mismo, y se interesó, muy cortésmente, por las necesidades del viajero.

Conocedor de unos pocos de sus libros, hablaba de ellos con una seguridad desconcertante. Un tanto librepensador, citaba a menudo a Montalvo. Era uno de los pocos ecuatorianos que nombraba a don Juan porque lo conocía. Su gran debilidad eran las novelas de folletín. Dueño de una memoria feliz, contaba, cuando estaba locuaz, lo que por cierto era bastante raro, episodios del «Conde de Montecristo» o de los «Tres Mosqueteros», que eran escuchados con embeleso por la concurrencia.

También empuñaba la pluma ocasionalmente. Era el corresponsal del semanario de la ciudad y jamás se ocupó en hacer política lugareña. Alguna vez, una discreta campaña contra la rapacidad de ciertas personas que pretendían hacer al pueblo víctima de sus depredaciones. Y siempre que era necesario, hacía discursos. Mejor dicho, escribía la letra de los discursos que otros pronunciarían en las fiestas y solemnidades de Yangana, ya se trate del ofrecimiento de una velada, de la inauguración de un puente, de la clausura del curso escolar o del entierro de un personaje notable.

Manejaba el verso con soltura y facilidad, lo que le había valido en todo tiempo, ser quien corriera a cargo de escribir juguetes cómicos de circunstancias, para darle un sentido de actualidad a las representaciones dramáticas que en Yangana, pueblo apasionado por el espectáculo teatral, se ofrecían por lo menos

una vez al año.

Y ahora marchaba al frente de su pequeña familia, en medio de sus libros, y parecía ir profundamente pensativo.

Iba rodeado, es cierto, de todo linaje de consideraciones, pero su mano delgada trepidaba menos imperceptiblemente que antes.

Quizá medita —creen algunos— en la parte de responsabilidad que le haya cabido en lo que acaba de pasar en esto que se llamó Yangana…; quizá no sea sino la añoranza del pasado tranquilo que deja atrás y del olor a cedro que percibía al tiempo de rumiar, en su hogar antiguo, sus pertinaces lecturas.

10

Vienen Ignacio Gordillo, Elías Gómez y Benjamín Betancur, los tres músicos más reputados: un violín, una flauta de zade con huecos abiertos por la punta de un chuzón incandescente, y una guitarra, en su orden. El violinista es a la par carpintero y ha hecho él mismo su instrumento. Trátase de un hombre flaco, huesudo y pipón.

Usa zapatos siempre, le huelen un poco mal los pies y es de una admirable resistencia para manejar el hacha.

Benjamín Betancur, el guitarrista, tiene muy buena voz, es guapo y sonrosado, y además de gustarle explotar el físico todo lo que puede, es aficionadísimo a emborracharse gratis. Condiciones son éstas que le han permitido llevar acabo sensacionales conquistas amorosas. Cuando está bebido se pone jactancioso e insiste en contar que algunos enamorados serenateros le han hecho ganar plata en serenatas, tratando de conseguir el corazón de una mujer que no tenía dificultad en decidirse por el cantor. Este, desde luego, no podría ser su caso, cholito —explicaba, si el interlocutor era de los que le pagaban para que cantara en las jaranas—. Con usté no me meto: no hay plan. Me la lleva ganada.

Elías Gómez completa el trío musical, soplando con sus labios gruesos en la flauta de los siete orificios ribeteados de negro. También ha sido el artífice de su propio instrumento. Morosamente, lo ha confeccionado, cortando ambos extremos de la caña de zade, con una navaja fina. Y para que la flauta dé buenas voces, en vez de beberse la copa, acostumbraba a verterla en el interior de la caña, por lo cual el instrumento huele a aguardiente, mientras su dueño y

ejecutante permanece sobrio. Causa extrañeza a los entendidos que aquellos labios negroides, de embocadura adversa, puedan soplar un chorrito de aire tan fino, tan insinuante y diestro; un hilito que al colarse por las yemas de los dedos a medio levantar, produce sonidos tan dulces, tan jugosos, tan cantarinos.

Los tres, al decir de Gómez, quien, en opinión de los otros, no tiene mucha sal en la mollera, constituyen un buen dúo, un «dúo de tres» que se acompasa y combina primorosamente.

11

Viene Jacinto Peñaflor, Jacinto Picuita cuando él no lo oye, de oficio zapatero.

Camina a cuestas con sus dos apellidos. Uno, el que usa él y con el que gusta de ser llamado; otro, que merece su desprecio por estimarlo demasiado vulgar, nada eufónico, y, sobre todo, cholo, pero que es, en realidad, el que legítimamente le corresponde.

Zapatero remendón y gallero empedernido. Es un entusiasta aficionado al deporte de golpear dominicalmente a su mujer. Los vecinos, en la mañana del lunes, decían:

—Ya don Picuita ha pegado un remiendo negro en el ojo de su mujer.

Y producía un verdadero trastorno en los cálculos y en la glosa zumbona de rigor cuando, por una inexplicable despreocupación, pasaba por alto la práctica semanal del vapuleo.

Que amanezca con los ojos amoratados la mujer de Picuita era algo que teníase derecho a esperar cada lunes. Y había para ensañarse contra el hombre negligente cuantas veces infringía la disciplina rutinaria.

12

Viene Ulpiano Arévalo, antiguo soldado del ejército nacional.

Llegó a ser sargento segundo, regular cocinero y excelente tirador. Reclutado en la ciudad a los diecisiete años, fue llevado al cuartel con ocasión de la campaña de Esmeraldas. Había vuelto al cabo de largos años, hecho ya un hombre fuerte, callado y resuelto. Con el pie calzado y el andar airoso y marcial. Había dejado el poncho. Usaba la correa militar para ceñir su calzón, y guardaba el fusil del ejército que trajo consigo clandestinamente, y la pesada dotación de cartuchos.

Pasaba por ser un mañoso jugador del dedo y de la mano.

En la barbería de Vicente Orozco tenían por costumbre reunirse, la mañana de los domingos y días de fiesta de guarda, los más forzudos del poblado, para apostar en proezas de vigor físico.

Descartando a don José Toro, que era un hércules que excluía, por amplio margen, toda posible competencia, quienes más cotejas rivales resultaban entre sí eran, pues, este Ulpiano Arévalo, desertor, y el Sapo Labanda, herrero.

De codos en una mesa amarilla muy sólida, frente a frente, trabados entre sí los dedos cordiales de la respectiva derecha, forcejeaban hasta hacerse sangre, en pos de doblegar el tenaz puño contrario, en medio de los gritos de aliento de las parejas en receso.

Arévalo dirige ahora el pelotón de hombres armados y se entiende directamente con el jefe. Su fusil, reluciente, bien cuidado a través de años y años de aceitada semanal, mantiene los resortes suaves, limpios y prestos, y trae un tapón de trapo en la boca del cañón.

El ex soldado Arévalo, que parece haber vivido un pasado guerrero sangriento y valeroso, es un sujeto carente de imaginación y de dotes narrativas. La única persona que consigue hacerle hablar coordinadamente y en frases largas es don Vicente Muñoz, en las ocasionales veladas tibias de su patio. Contesta a don Vicente con precisión y seguridad, y es entonces, a través del interrogatorio que éste le hace, que se consigue entrever la historia. Después de la andanada de preguntas, don Vicente se forma ya un concepto del episodio. Lo narra entonces delante del propio protagonista, quien lo escucha como asombrado y con entusiasmo infantil, rectificando, muy respetuosamente, las pequeñas inexactitudes.

Arévalo, a través de sus laboriosos relatos, dados a luz merced a la tocológica labor de don Vicente Muñoz, parece no conceder ninguna importancia al valor personal, y su indudable intrepidez carece de la conciencia de sí misma y actúa en los períodos de prueba sin alarde y, sin esfuerzo.

Le faltan, en cambio, condiciones de mando e inteligencia.

Obedeciendo al churón Ocampo, que es el Jefe, desempeña a conciencia su papel. Nunca ha pasado quizá por su cabeza de piedra la idea de que una orden superior pueda ser desobedecida.

13

Viene José Vallejo, alias «el Chino», de profesión carpintero.

Le nombran así por la disposición oblicua de los ojos y por la cetrina palidez del rostro. Tiene una bien ganada reputación de carpintero hábil e hizo en el pueblo la mayor parte de los muebles de las casas bien tenidas, y, desde luego, la delicada ebanistería del altar, que le llevó dos años, así como la aromática estantería de don Vicente Muñoz.

No le pierde paso a su lindísima y mugrosa consorte. Y a fe que no está demás vigilar el sucio tesoro: la «cabezona» la mujer del chino causa la inquietud y la envidia de innumerables maridos por su cálida belleza, por su turbador atractivo sexual. Cuánto desearían quitarle al pobre chino, al descolorido chino, al horrible chino, la hembrota blanca, mal trajeada y tarosa que tiene sin merecerla, por una de esas exasperantes canonjías que en ocasiones dispensa el destino al puerco más ruin. Y quitársela para gozarla rabiosamente, trajearla como es debido, ponerle zapatos y conseguir que alguna vez peine su hermosa cabellera rizada de color de vino.

14

Viene José Clemente Piedra, futbolista.

Acompaña a la desigual pareja en su calidad de vigiladísimo pariente de la «cabezona» y anda no bien repuesto todavía de la fenomenal borrachera que comenzó con la fiesta.

Camina a pie, con una extraña indumentaria. Calza sus zapatos de fútbol, con puentes y suela puestos por él mismo en las plantas. Las gruesas medias avanzan hasta cerca de las rodillas. A esa altura, el cerco superior se dobla, ostentando una bandera con el tricolor nacional. Trae puesto pantalón de bota de color olivado, con anchos fondillos, y camiseta de juego, con mangas largas. Se ha anudado un pañuelo en la cabeza. En el bolsillo guarda una botella, que sobresale bajo las ropas con escandaloso volumen.

Si extraño puede parecer el traje, más extraño es que siga el rumbo que ha tomado. Se decidió en un momento en que apenas se daba cuenta de lo que hacía. Fue a la fiesta del pueblo lejano y de la cercana pariente bella, formando parte de un equipo improvisado de futbolistas que buscaban un pretexto para divertirse. Faltos de toda disciplina y unificación, a poco de llegar se ignoraban los unos a los otros: cada uno bebía y armaba escándalos por su propia cuenta.

Poco recordaba el futbolista José Clemente Piedra, intruso en el pueblo al fin y al cabo, el desarrollo de los hechos decisivos. Tal vez no se equivocaba cuando le parecía, como en un sueño, que él estaba en una chingana con el agrónomo fracasado Joaquín Gordillo, su buen amigo, comiendo un seco de chivo apetitoso, picante de ají, pimienta y cebolla, y bebiendo un espléndido claro de jora bien helado. Estaban algo así como «poniéndose en forma», cuando

sobrevino el gran incendio, y vieron sus ojos extraviados una especie de desfile de caras salvajes, de miradas enloquecidas, de brazos que enarbolaban hachones inflamados, y oyeron los gritos roncos, los alaridos de espanto y de cólera, el aullido de los perros, el bramar del incendio. El pavor fue con él… Y pasaron algunas horas.

Y él, José Clemente Piedra, hipando de borracho, dando traspiés, escupiendo sobresaltado una saliva glutinosa que no conseguía arrancar del todo de los labios, habría dicho, abrazado del antiguo estudiante de agronomía:

—Yo también me voy con ustedes, compañero.

15

Viene el dicho Joaquín Gordillo, ex-estudiante de agronomía, forastero también.

Es otro escapado de la ciudad, a quien capturó la avalancha, y que marcha con ella gustoso, semiborracho, semidormido y burlón. Le tocó en suerte sumergirse hasta las orejas en una aventura absolutamente inesperada, sin que pensara un solo momento en escurrir el bulto. ¡Que su familia de la ciudad diga lo que quiera! ¿No le sabían loco e inservible? Además, el pueblo de agricultores podía necesitarle. Y con una vaga esperanza beoda de llegar a ser útil, a ser tomado en serio por lo menos una vez en su vida, se agregó, sin un gesto de hesitación, a la caravana.

A ratos, lo desconocido del trance lo desazona. El mentón ancho y el entrecejo de gruesas arrugas del ceñudo futbolista, de andar firme y de grandes zapatos, vuelven a infundirle una tranquila confianza, y, por centésima vez, encoge los hombros.

Le soportan los vecinos amablemente. Empiezan a tomarle tal como es, y hay algunos que, para tenerlo de humor, le dan de beber de rato en rato, en pequeños tragos, puesto que pudiera ser que llegue a faltar la provisión.

16

Viene doña Liberata Jiménez, la litigante judicial número uno.

Proviene de vieja cepa india, como lo dicen los rasgos de su cara, lo negro de su grueso pelo lacio, lo bajo y rechoncho de su cuerpo y la falta absoluta de canas. En su sangre india lleva la tenacidad y el amor al pleito civil.

Es del dominio público que litigó durante dos años por reivindicar una yegua inservible que resultó, no se supo bien cómo, en poder de tercera persona. Gastó en ello casi todo lo que tenía e incluso se vio obligada a deshacerse de un soberbio cafetal, que prosperaba en un huerto rodeado de la más bella hilera de naranjos que se haya sembrado en Yangana. Tuvo la satisfacción de conseguir que el juez reconociera a su favor la propiedad de la yegua, pero el animal, extenuado por sus muchos años y por el ayuno prolongado a que lo condenó el secuestro, murió el día en que se ejecutoriaba la sentencia.

Las mujeres muy de su casa hallan todo esto muy mal y la llaman marimacho porque adora las lidias de gallos, gusta de jugar al billar y de beber aguardiente, y es una apostadora insigne. Aseguran que es buen puño. Desde luego, es zurda, y es con la mano izquierda que hace las más difíciles carambolas y tira los dados en el juego de la pinta. Anda sola a cualquier hora de la noche por donde se le ocurra, y afirman gentes que la han visto, que orina de pie.

Pero digan lo que digan, ha tenido una hija, y es —como aclaran las gentes de por ahí, malignamente— la mamá de su vástago, no el papá.

Esta hija de la cual doña Liberata es la mamá, no el papá, es una mujer alta, flaca, tiene los brazos larguísimos y la piel desagradablemente descolorida.

Es una pobre hembra cuya falta de pigmentación llega casi al albinismo. No

obstante su apariencia de fruta helada y de mosquita muerta, le había dado a doña Liberata un nieto insospechado muy a la chita callando. El sorpresivo retoño fue recibido —al decir de quienes estaban debidamente enterados—, primero con una sonora rabia, después, con un amor impetuoso que escogía, para decir ternezas, las frases más indecentes del vocabulario. La loba agria y cascarrabias quería acariciar a su nieto y le manifestaba su afecto en ásperos gruñidos. Sus manotones y blasfemias llenaban de espanto a la pobre mamá y al hijo. Desde lejos podían oír los vecinos los frenéticos trasportes de ternura de la mujerona y luego, tras la palabrota y el guantón amable, el agudo chillido infantil seguido de una ronca carcajada aguardentosa.

17

Viene Josefina Luna, la gorda más joven de la caravana.

Muchacha de unos diecinueve años, compañera de primeras letras de la «Virgen del Higuerón», tiene una apariencia de cuarentona.

El volumen de sus carnes fláccidas es ya impresionante.

Llora fácilmente y se mueve con mucha dificultad. No es de ninguna manera una gorda ágil. El cuello ha desaparecido ya, rodeado por la grasa floja de sus incontables papadas.

Sus manos empero son muy bellas, y ella lo sabe. Parecen haberse librado por un milagro de la adiposidad que ha invadido todo su cuerpo, y se mantienen graciosas, finas, con los tejidos firmes y levemente hoyueladas. Saben moverse con soltura y una elegancia espontánea que imparte al resto de la imponente mole un cierto aire ágil, librándola, como si dijéramos, de una buena parte de su peso.

Necesita ir mudando de acémila dos veces por día, e inútil es decir que no podría llegar por su propio impulso a la silla. El hombre forzudo ha de ayudarla. Come grandes fiambres y se enjuga la cara y el cuello incesantemente, con una gran toalla que exprime después. El padre le refresca la cara con agua fría en cada vertiente que encuentra en el camino.

Los mozos se divertían como niños con el gastado recurso de adjudicarle como supuestos novios a los tipos más flacos del lugar.

Era indispensable, eso sí, pensar en que toda precaución podía ser poca, decían:

—La fina Fina Luna Llena tiene que revolverse en el lecho con muchísimo

cuidado, para no aplastarlos con su peso.

O bien:

—El hombre que tenga la desgracia de caerse de encima de la montaña, se mata.

Etc., etc.

18

Viene don José Toro, hércules y fundidor en bronce y hierro.

Su verdadero apellido no lo conoce nadie. Toro es el sobrenombre que ha ganado por la fuerza descomunal que posee, no obstante sus cincuenta años bien bebidos y su vida crapulosa y manirrota. En el pasado, sólo un hombre ha habido en el pueblo como él de fuerte: don Lisandro, pero en otra generación y en otro tipo.

José Toro es un hombrón alto y fornido. Los brazos desnudos, morenos y musculosos, recorridos por la cañería apelotonada de las venas, parecen hogazas de pan de centeno. Las manos, enormes y callosas, conservan una temperatura que quema. Por sus palmas ásperas ha corrido mucha plata, ya que el hombre, como fundidor de trapiches de bronce, ha sido muy bien pagado siempre. Pero se la ha bebido toda con sus amigotes: no en vano es el más serio rival de Mendieta mayor, como copa brava.

Un cuello del ancho de la cara se implanta sobre los hombros redondos. La cabeza que se destaca a escasa distancia de ellos, es pequeña. El rostro, lleno de visajes, comienza a tener arrugas. Los párpados son globosos.

Barba tupida. Sonrisa fácil, que enseña unos largos dientes incompletos.

Ha sido él quien fundiera la última campana, la que ellos no lograrán. Apenas pudo ser estrenada en el día de la fiesta. Se quedó izada en el campanario de Yangana, en medio de la humeante soledad de los escombros. ¡Esas voces argentinas, que habrían oído tantas generaciones del futuro, se quedaron, potencialmente, en aquella garganta metálica que, acaso, ya no volvería a sonar!

José Toro, si bien no es un sentimental, se lamenta de que haya sido abandonada la campana que salió de sus manos.

—Se me quedó la novia, en la puerta de la iglesia, mire.

Estaba todavía doncella — agrega—. ¿Quién la logrará?

Y traga un bocado amargo, por mucho que trate de guiñar picarescamente su ojo amoratado y de enseñar, en una franca sonrisa, sus dientes amarillos.

La reputación que ha ganado su fuerza física es muy grande.

Se cuenta de barras de hierro dobladas como si fueran de alfeñique con una leve torsión de las muñecas; de bestias sacadas en peso del atolladero, la carga y los arneses incluso; de una lucha cuerpo a cuerpo con un puma en la montaña; de la movilización de una pipa de aguardiente con un solo esfuerzo…

Sobre ello no se discutía. Era algo como la longevidad de don Lisandro Fierro, como la mala suerte de Fermín López, como la belleza de la «Virgen del Higuerón», como los conocimientos de don Vicente Muñoz.

José Toro trae, como siempre, un ojo como tomate. El origen de estas tumefacciones oculares casi crónicas es invariable; borrachera con sus amigotes, a costilla de él, hasta doblegar al hércules. Provocaciones a respetuosa distancia del gigante. Un manotón dado por éste en el vacío, que le hacía perder el equilibrio. Y luego la tunda de sus compañeros que caían, en masa, sobre el cuerpo yacente, moliéndole con fruición las costillas, sin conseguir acabar con sus sonoros ronquidos.

19

Viene Carmen Valle, dedicada a la profesión femenina más antigua del mundo.

Es bastante delgada, la estatura mediana y proporcionada, y tiene los dientes muy blancos. Los notables la odiaban de día y amaban de noche. La ropa interior de seda que usaba, y el gozo impúdico con que se desnudaba eran objeto de comentarios muy reservados entre los austeros personajes de la población, que habían sido, cada uno por su cuenta, partícipes, a tanto la sesión, de aquellos encantos prohibidos.

La pervirtió la ciudad, pues a la ciudad fue como estudiante de colegio de monjas, ignorándose cómo la interna de convento llegó a convertirse en lo que era actualmente y por qué tuvo la audacia de regresar a su pueblo a continuar con la vida que empezó allá.

La miran de reojo y con instintiva repugnancia las casadas y las novias. Las despecha verla vestirse tan elegante, y quién podría decir qué sentimiento les produce saber que se desviste con hambriento descaro, porque parece, además, que ama las actividades de su profesión.

El futbolista es su compañero de viaje. Marchan alegres, dirigiéndose bromas en voz alta, sin que se les dé una higa por el aislamiento en que los dejan los demás y por las miradas que les brindan las viajeras que sobreestiman su propia honestidad. Con esta pareja camina también la hija del ciego, jovencita cuyas familiaridades con la profesional de la dentadura inmaculada, al decir de los moralistas de la caravana, pueden resultar de funestas consecuencias.

20

Vienen los hermanos Vásquez, trabajadores en la arcilla.

Juan Vásquez, ollero, poseedor que fue de un taller de alfarería instalado en un antiguo galpón donde destilaron aguardiente alguna vez, es un hombre joven todavía, paliducho, de pecho angosto y manos siempre heladas. Al acercársele, despide un repelente olor a orines, pues padece de incontinencia crónica, que, de acuerdo con el dictamen del curandero Torres, está vinculada directamente con su oficio de altarero: debe estar humedeciéndose todo el día en el manejo del barro, y es por eso que está pasado de frío hasta los huesos.

Tal vez lo ama la hija del ciego, la amiga de Carmen Valle.

Visitaba con frecuencia el taller pobre y helado, y no parecía molestarle el olorcillo aquel. La graciosa muchacha se quedaba absorta viendo surgir del torno, movido por el propio pie descalzo del artesano, las vasijas esbeltas. La maravillaba ver cómo pulía con una astilla de madera y con los descoloridos pulgares, las graciosas cántaras futuras, las cazuelas, las jarrillas, los platos, en tanto los ojuelos de Vásquez, desde lo alto, la contemplaban de reojo, con una especie de crítico interés.

—Quédate para que veas vidriar las vasijas que hice el sábado —decíale él, por no dejar de decir nada, al parecer.

A lo cual ella asentía, acudiendo al horno y echando, por su propia iniciativa, algunos leños más. Horas y horas se pasaba observando cómo se doraban las frágiles vasijas, y cuando, una vez frías, eran extraídas, con exquisito cuidado, del horno, ella gustaba ponerlas sobre una mano, llevarlas cerca del oído y darlas golpecitos con la otra, para constatar si la buena cochura las había dejado

sonoras como el cristal.

Y cuando, ya tarde, se marchaba la hija del ciego, a quien él no dedicaba, al despedirla, ni la más leve sonrisa, saltaba del torno y descubría, cerca de un montón de barro, una estampilla: la estatuilla representaba una figura de mujer.

Y el callado alfarero la acariciaba entre las manos diciéndole, muy paso:

—Te espero mañana, Luz Perpetua. Te quiero, te quiero.No te olvides de venir. Que tendré naranjas y mote caliente. Y vidriaremos un lindo jarrón que he hecho para ti.

21

Roque, el más acomodado de todos ellos, fue dueño de un tejar bien montado, en el cual trabajaban todos sus hijos, varones y hembras. Dos galerías techadas —cubiertas de teja, naturalmente—, hacían más sencillo el faenamiento del barro curado previamente en los noques adyacentes, de donde lo transportaban en carretillas de mano. Sobre un piso enarenado se oreaban las tejas y ladrillos recién salidos del molde. Al comienzo de la ladera quedaban los dos hornos, con una capacidad para ochocientos ladrillos o seiscientas tejas cada uno. La yunta de bueyes, con el barro chirle hasta el pecho, pasaba jornadas enteras dando vueltas en los noques, batiéndolo con su paso lento hasta que la arcilla se «cocine» suficientemente. Las colas de los animales, embebidas de lodo, proyectaban de rato en rato salpicaduras de pañete en la cara de la menor de las Vásquez, quien, desde el borde, azuzaba a los bueyes con gritos y vergajazos.

Ahora bien: todo ello se había quedado en las cercanías del pueblo, con todas sus riquezas presentes y futuras.

22

Miguel era albañil, experto preparador de mezclas para trabajar el bahareque y el adobe.

Levantaba paredes de adobe con increíble rapidez, después de haber hecho unos ciclópeos cimientos a piedra y lodo, con nivel, plomada y todas las de la ley. La capa de pañete que bruñía las paredes antes de recibir el enjalbegado definitivo era producto de una mezcla de duración perenne.

En prepararla incorporaba algunos ingredientes no muy limpios —boñiga de vaca, por ejemplo— y demoraba algunas semanas.

Faltaba al hombre el dedo anular de la mano izquierda y tenía el labio leporino. Era el más moreno de los hermanos.

23

Ignacio no era propiamente albañil: era tapialero solamente.

Era éste un hombre muy robusto. Estaba casado con una mujer bastante aceptable, de la cual tenía dos hijos. Socialmente, hallábase en un nivel inferior al que ocupaba Miguel, así como éste, a su vez, se encontraba por debajo de Roque, el personaje más notable de la familia. Pero no había descendido tan bajo, en su opinión, como para estar a la altura modestísima del ollero. Juan empero no opinaba así, y por nada del mundo se habría cambiado con un pobre tapialero asalariado.

Tapialero era Ignacio, y como tapialero, en asocio del cholo Luis España levantaba en pocas semanas las anchas paredes de tierra apisonada. Sobre los cimientos recién endurecidos, los dos hombres procedían a armar el molde del tapial, de pesados tablones unidos con pernos y robustos travesaños de madera. En aquella horma lanzaban desde el suelo paletadas de tierra húmeda, en impecable «palomita», y después la golpeaban rudamente con los pisones. A consecuencia de su pesado oficio, Ignacio Vásquez tenía unos pectorales enormes y la piel de la palma de las manos parecía suela. El cholo España, sujeto flacucho y vetoso, no representaba ninguna fortaleza, y sin embargo, en el manejo del pisón era infatigable.

24

Viene Eliseo Aliaga, el sembrador.

Más de cincuenta años de edad, tal vez. Color tabacoso y quemado; cara tallada como a cuchillazos; nariz grande; pómulos angulosos; barba cuadrada, y maseteros apelotonados; cuello arrugado como corteza de árbol; poderosa cabeza aborigen; manos sarmentosas. Arrastra la pierna derecha, anquilosada. Si se para sobre esa pierna, en medio de los árboles, y extiende los brazos, don Eliseo Aliaga, atezado, rugoso y ancho, es ya un árbol que ha hundido sus raíces en el suelo. Quien sea imaginativo, empieza a ver circular por el organismo del robusto labriego la savia que extrae desde la tierra ese único pie, absorbente cual un tronco.

Es una especie de árbol que ha procreado casi todos los árboles que se quedaron, de pie en Yangana, cuando se vinieron los amos.

Por eso en el portete de Cararango, al tiempo de volver los ojos a la campiña a medias incendiada que abandonaron, don Eliseo Aliaga, el vecino más difícil de traer, dio un gran alarido:

—¡Son mis árboles! —había gritado, y tendido los brazos en un ademán de desesperada despedida—. ¡Los he sembrado yo, y se me quedan!

No recordaba a qué edad plantó el primer árbol. Pero cuando tuvo uso de razón, se despertó enterrando en hoyos superficiales abiertos por sus manos infantiles, espontáneamente, pepas de aguacate, de aquellas que lanzaban sus padres y hermanos en el patio, a la hora de las comidas, a los hambreados lengüetazos de los perros.

Todos los días descubría las semillas, apartando la tierra de los hoyos. Hasta

que vio, con loco júbilo, que esas amables pepas hendidas en dos hojas carnudas tomaron en serio al chico y se abrieron lanzando un espolón hacia arriba.

Los aguacateros se pusieron en poco tiempo del tamaño del pequeño sembrador. Y ahora, que los abandonaba, eran personajes tan anchos y corpulentos, que apenas se dejaban abrazar por él, en los sabrosos coloquios de todos los días.

Así comenzó una vocación alimentada durante cerca de medio siglo.

Érase también un domesticador de árboles, un criador innato de árboles domésticos y domesticados. Había trabado muda amistad con árboles salvajes, extraídos de la parte más remota de la montaña. En largas caminatas verificadas en su juventud, cuando tenía sus piernas sanas, recorrió las grandes selvas de los Andes, descolgándose por sus estribaciones interminables. Su botín de caza eran las bellotas, las drupas de envoltura desconocida, los cotiledones en pleno crecimiento, sorprendidos en alguna abra del suelo, los arbolitos pequeños desarraigados, los hijuelos que arraigaban trabajosamente al pie de los grandes tallos…

Y a estas plantas que jamás habían conocido al hombre, que habían desarrollado en regiones inexploradas de selva virgen, que ignoraban, a lo largo de su milenario pasado, la caricia del cultivo, el martirio de la poda, el degüello del hacha y el diezmo de las cosechas sistemáticas, don Eliseo obligaba a obedecer: tales eran, entre otras, sus actividades y exigencias de domador, de amable verdugo.

Ni los más expertos conocedores de maderas sabían los nombres de muchas de estas especies, jamás vistas antes por ellos. Si en la cercana montaña familiar encontraban un huésped botánico que no les era habitual, tenían esta frase acuñada:

—Debe de ser un árbol de los que trajo don Eliseo Aliaga.

Gustaba hacer que los extremos se toquen, rizando el rizo, burlando los linderos señalados por la ecología subtropical.

La palma de las alturas, de fuste ojuelado, se daba modos a vivir, aunque a regañadientes, en el sofoco que hacía deliciosa la vida de las palmeras tropicales. El pino, el capulí, el manzano y el durazno prosperaban en el resuello cálido, sorprendidos de tener como vecinos al plátano y a la caña de azúcar y añorando un clima más ligero. Se alineaban, en estrecha proximidad los habitantes de la

montaña y el valle, enfrentando sus morriones a un mismo cielo y extendiendo el toldo de sus hojas a una común atmósfera inflamada. Serranía y tierra baja, cacao y peras, se daban, transidos de asombro, codo con codo. Se hallaban rodeados de cercas vivas, pues en don Eliseo Aliaga, una cerca muerta habría sido un contrasentido y una traición.

Las ringlas apretadas de pinllus, de piñones, con su látex corrosivo listo para la defensa, eran valladares infranqueables:

—Es una cerca por la que no pueden entrar ni los mosquitos —decía.

Dentro de esas murallas vivas se pasaba haciendo sus experimentos, manipulando árboles, cruzando especies, poderoso y hábil, como un demiurgo botánico que hiciera de las suyas con su dócil y abigarrada tropa arborescente.

Todo ello, que constituía para don Eliseo Aliaga su vida entera, era lo que el éxodo le imponía abandonar, no lo habría abandonado, no; pero el churón Ocampo, que se las valía como jefe y tal vez acertaba como conocedor del corazón humano, consiguió atraerlo encargándole el cuidado de la conducción de las semillas.

Y esto de traer consigo la simiente indefensa y alguno que otro cachorro inerme despertó los instintos protectores del plantador congénito. Y consolado a medias del dolor que le producía el desarraigo de la gente botánica adulta que se quedó en la soledad del pueblo achicharrado, se puso al frente del inmenso cargamento de semillas.

Cuando se le limpie la cabeza de aguardiente, el ex-estudiante de agronomía Joaquín Gordillo sería el segundo: había hablado tanto de conocimientos hortícolas que era preciso creerle y darle la oportunidad de revelar su sabiduría práctica.

Pero divisar desde lo alto de Cararango la espléndida tribu vegetal que dejaba fue para el austerísimo viejo una penosa novación de su amargura, y el hombre, para transponer la garganta y descender a la otra vertiente, rompió a llorar como un niño.

25

Viene María de los Ángeles Zaragocín, la estigmatizada.

Dieciséis años de edad, bella, morena de ojos verdes y bastante triste. Todos sus paisanos sabían que, cuando ella tenía sólo siete años, unos dos forasteros en la fiesta, la violaron salvajemente. El padre buscó en vano a los criminales. No se volvió a tener noticia de ellos. La pobre infante quedó hollada, y esto lo conoce el pueblo entero, y no lo olvida, no lo puede olvidar. Nadie tiene duda de esa doncellez desdoncellada. Ahora, que cuenta dieciséis años, y se mancha cada mes lunar, dicen que llora con horror del recuerdo de su infancia desflorada bestialmente. Pero la naturaleza, a quien nada importa lo sentimental, ha enviado, puntualmente, redondeces sensuales a su cuerpo.

El busto es alto y firme, las piernas, poderosas; los anchos talones desnudos y rosados se asientan en el suelo elástica y sólidamente.

Comentan algunos que odia a los hombres, a todos, a su padre incluso, que no fue capaz de vengarla. Hay quien rectifica: no es odio propiamente, sino cólera por el desdén de los machos para su cuerpo desvirgado. Maldice del prejuicio de los mozos y de los mayores. Es bella, y sin embargo, ninguno la ha pedido en matrimonio hasta aquí, para no soportar cierta clase de comentarios exasperantes la noche de bodas. Es la marcada, la señalada, la maldita.

A pesar de su rencor, es cortés, como su madre, si bien parece que guarda para ella un antiguo resentimiento: nunca quiso acompañarla lejos de Yangana a un sitio donde nadie conociera ese pasado terrible, ese pasado en el cual ninguna culpa tuvieron sus años infantiles.

Pero los hombres que podían solicitarla, redimiéndola así de la trágica

expiación que pagaba por una culpa cometida por otros hombres, no pensaban así. Y María de los Ángeles Zaragocín, despreciada, inhabilitada, estigmatizada: vasija rota, fruta servida, paquete abierto, venía también con sus involuntarios verdugos.

26

Viene Víctor Zaruma, curtidor de cuero.

Era dueño de una buena tenería, instalada en el interior de su propia casa, en el fondo del patio. Había abierto en él dos tanques, el uno con lechada de cal, y el otro con corteza de «huilco» pulverizada. Los cueros, tal como se los entregaba el matarife José M. Medina M., iban a sumergirse en el agua encalada hasta que perdían el pelo.

Hacia la segunda semana pasaban los cueros al tanque de Corteza, donde se tanificaban en un proceso de osmosis lentas. Para asegurar la curtida uniforme de las pieles, cosían los bordes de los cueros en forma de zurrón y los rellenaban de corteza nueva. El olor nauseabundo de la curtiembre, sobre todo cuando los cueros eran sacados de los depósitos y puestos a secar, se regaba muchas cuadras a la redonda, y era la atracción casi irresistible para los gallinazos. Dos veces por semana era renovada la corteza en los tanques y se removían los cueros sumergidos.

El «yunque» para esa apestosa labor no era, empero, Víctor Zaruma, sino su hijo guacho, el «Zurroncito». Criado por el propio padre con una abnegación que le valió entusiastas admiraciones, adorado por él, que le restregaba la barba en la piel infantil admirablemente suave y le manchaba la carita de sucios besos olorosos a suela y a tabaco; una vez que creció el chico, y apenas pudo ponerse de pie, lo hizo servir. Ninguna potencia logró arrancarlo un solo día para la escuela: el chiquitín era un pobre explotado por el padre, por cuenta de quien trabajaba de la mañana a la noche, y no tenía nueve años. Embebido en el tinte del "huilco», mojado todo él, de pies a cabeza, con los pies partidos por la

salcochadura de la cal, con una pobre bayeta cubriéndole la cintura hasta las rodillas, el ídolo destronado reducía a polvo la corteza caté con un mazo de madera, dejando enormes montones de material preparado, entre los cuales se perdía el diminuto obrero, unas veces medio alegre y otras, con gimoteos y un par de velas colgándole de la nariz a la boca.

Los compradores atribuían a Zaruma muy buenas ganancias y, claro está, juzgaban infame a un padre así.

Echaban cuentas, y sobre el papel demostraban, fehacientemente, que el hombre, de cada cuero, sacaba dos tablas de suela, obteniendo un provecho que duplicaba, justamente, el precio de la materia empleada. Y no faltaban, en la intención, competidores listos a terciar en el lucrativo negocio. Mas él, hasta que abandonaron el pueblo, había sido el único.

27

Viene doña Francisca Aldeán, tres veces viuda.

Su ardor conyugal la ha hecho célebre. Cuentan los maldicientes que en pocas semanas de luna de miel desaforada sorbió la médula de sus tres sucesivos compañeros, pese a que el segundo de ellos era fuerte como un oso y debió ofrecer resistencia a la succión de la insaciable vampiresa, y ahora no queda en el pueblo un macho audaz que se arriesgue a ser la cuarta víctima.

Tiene un sosegado encanto la mirada de sus ojos oscuros.

Es delgada, las piernas gruesas y anchas las caderas, y es abundantísimo su pelo rizado. La voz le suena gruesa, cálida y apasionada, un tanto ronca. Cuando ofrece la mano, estrecha fuertemente. Viste de negro. No ha tenido hijos. Sus carnes, que han chupado la vida de tres varones, siguen siendo duras y elásticas.

Para otros, doña Pancha Aldeán mató a sus maridos no a fuerza de caricias sino valiéndose, Barba Azul femenino, de procedimientos eliminatorios que obedecían a un plan diabólico: en suma, era una asesina. Pero como no había fortunas que heredar en ninguno de los tres casos, esta versión prosperó poco. No ocurrió así con la que se refería a su apuesta con Carlos Botado, acerca de la cual hubo durante años y años, aspavientos, protestas y exasperados comentarios entre los vecinos:

La triple viuda concertó un duelo con aquel hombre, famoso por su ímpetu viril, y se afirmaba que, naturalmente, el finalista fresco en aquel encuentro fue ella. Mas parece averiguado que se trataba de una infame impostura de doña Pascuala, pretendiente que fue en su mocedad del primero de los novios de doña Pancha Aldeán, y acaso querida ocasional de Carlos.

Un título del cual en cambio estaba orgullosa era el que le otorgaban de ser, «además», la mejor amasadora del lugar.

Hacía pan regalado que nunca necesitó guardarlo para el día siguiente. Con aquello del buen pan de doña Pancha Aldeán los mozos hacían una frase equívoca. Aclaraban, desde luego, que no se referían al que vendía, sino al que le quedaba, y al repetir la manida gracia, se reían ingenuamente.

28

Viene Carlos Alcocer, alias Carlos Botado, el don Juan de Yangana.

Es feo y hállase ya un tanto descalabrado por la injuria de los años y diversos maltratos: un hombre zarandeado, que ha permanecido en la costa durante largo tiempo, y vivido en las minas auríferas de Curipamba.

Seis viajes de vuelta a su tierra se recuerda. El primero, cuando vivía aún su madre doña Virginia Correa, la mujer de lágrimas más fáciles que haya existido jamás, y era él un jovencito con el bozo recién extendido por el dedo tiznado del tiempo sobre el labio. Muy amartelado con su tierra, desde hacía algo como dos años parecía haber apagado su sed aventurera: se estaba poniendo un poco viejo, y su desaliento de varón almizcloso y en tramonto se trocaba en amargura silenciosa cuando veía desfilar a las mujeres jóvenes, que trotaban, provocativas y desafiantes, cerca de sus narices ávidas, de sus labios gruesos, de su instinto de cazador.

Quedó de aquellos viajes una larga memoria en la sencilla crónica de Yangana. En cada uno de ellos había venido con una mujer distinta. ¡Y qué bonitas parecieron todas ellas!

La primera fue una peruana, de hablar alto, casi insolente y rasgado. Hacía sonar las erres entre la lengua con una vibración larga y vigorosa, que no cuadraba mal con su brutal franqueza y sus ademanes desenvueltos. Era de color atezado y piel tersa. Las rodillas, la nuca y los codos eran casi negros. Parecíales a las gentes que no andaba con mucha seguridad en las calles cuando se ponía tacones altos, de lo cual deducíase que su compañero, al traerla, le puso zapatos por primera vez.

Del poder de Carlos Botado, a los dos años de mancebía, salió encinta para unirse en matrimonio con un paisano suyo que la persiguió con sus proposiciones amorosas no obstante conocer todas esas correrías.

La segunda fue tímida y vivió cerca de él ruborizándose.

Tenía los cabellos muy rubios y los ojos extrañamente negros. En aquel tiempo se esparció en Yangana el rumor de que dicha cabeza rubia, que era una mala cabeza, festinó una buena herencia en la provincia de El Oro para unirse al juvenil conquistador. Y que fue dinero de ella el que la flamante pareja hizo correr en la población en la corta temporada que duró la visita.

Y esta mujer, que se encendía hasta el blanco de las uñas, y embozaba la cara con el filo del pañolón cada vez que su amante la miraba en el fondo de sus ojos oscuros, lo botó, inesperadamente un día, y se casó con un sujeto que asimismo sabía en qué poder ella gustó de las primeras caricias.

La tercera —¿o la cuarta?— fue costeña, y la mujer más bella que consiguió este don Juan criollo.

Rompía seda, y los pliegues de su ropa de colores vivos se ceñían a su cuerpo delgado pero vigoroso. Los senos se insinuaban audazmente tras la tela delgadísima. Se pintaba los labios. Paseó por el ambiente escandalizado del pueblo su silueta en realidad soberbia, casi desnuda, grácil, de movimientos que tenían al par una como estudiada y espontánea cadencia.

Se marcharon después de algunos meses, dejando ella un perfume urbano, de elegancias mal consentidas y de afrodisíacas tentaciones, y ningún juicio sobre el alma de esa mujer, cuyo cuerpo y atractivo sexual fuera, en cambio, objeto de tantos comentarios.

Y así, en cada visita, con otra mujer.

La última que trajo fue de uno de los suburbios de Curipamba. Le habían aconsejado sacarla de ese infierno y buscar las alturas heladas de Chuquiribamba para ver de cicatrizarla los pulmones desgarrados por la tisis. Carlos Botado, ya cuarentón, amó intensamente a la chica del campamento minero. La conoció haciendo gimnasia como alumna del último curso de enseñanza elemental, en la escuela del centro aurífero. Frisaría ella en los dieciséis años y era entonces la exclusiva propietaria de un cuerpo escultural. La vio por primera vez saltando una valla.

Rebasaba el obstáculo con una elegancia clásica: tenía estilo. Los senos en

agraz —él no podía dejar de advertirlo— saltaban también, temblando en una como gemela alegría.

—¡Esta polla se viene conmigo! —había dicho. La pobre deportista tenía ya un pulmón picado, y las nupcias ardientes aceleraron el proceso. En los brazos velludos del amante empezó a languidecer. Iba para los diecisiete años, y a semejante edad, la carrera de la enfermedad era desenfrenada. De Chuquiribamba descendieron a Yangana, un tanto calmada ya ella. Guardó seis meses de cama, reduciendo de peso y volumen día por día, a ojos vistas. Hasta que se le fue.

Todas ellas lo habían ido dejando, cada una a su manera.

Merecía, en buena ley, el remoquete que llevaba, y que llevaba ahora hacia el incógnito destino.

El viaje parece ser que lo sorprendió desamparado. Marcha solo. Pero no ha tenido empacho en comunicar sus propósitos. Piensa tomar, en un inminentísimo futuro, una esposa duradera y definitiva, la última, a la cual dará su nombre. Asentará la planta en Canaán, la tierra prometida, ya para siempre.

Era curiosa y quizá no dejaba de tener su patetismo esta postrera actitud de Carlos Botado, el don Juan número uno de Yangana, antes alzado y cerril, extendiendo ahora en el vacío los puños, ansiosos por ser esposados con la coyunda definitiva.

29

Viene Serafín Armijos, buscador de tesoros subterráneos.

Las varillas de San Cipriano para él no tienen secretos. Ha explorado con ellas todos los rincones sospechosos, ya por el aspecto, ya por los indicios de la tradición.

Ha determinado, por ejemplo, el lugar preciso donde yacen «huacas» prometedoras en los siguientes puntos de Yangana:

1º Al pie del parque en el cual dormían las gallinas de don Pablo Cuenca, tras del pueblo, pasando por la acequia grande. No cabía dudar de ello, puesto que Pablo Cuenca tenía fama de rico, era muy avaro y conservaba, a lo que parece, su plata enterrada.

2º En el pesebre de la casa de hacienda del patrón Gurumendi, que había pertenecido a chapetones. Tratábase de una casa antigua, muy antigua —don Lisandro la conoció ya vieja—, y los españoles de la colonia está comprobado que eran muy afectos a esconder sus riquezas bajo tierra, en los lugares menos sospechosos.

3º Cerca del corral de cabras que quedaba a la vera de la casa de los Leones. Tesoro era éste que tenía muy claros antecedentes. La casa de los Leones había sido en tiempo inmemorial de un cura rico, y la finca contigua, la residencia que prefería para distraer sus ocios lejos de la ciudad. Ahora bien: en el patio, los días de sol, con un sordomudo que tenía por paje, sacaba el oro de escondidas petacas y lo contaba y recontaba con una concupiscente avidez. Tras el recuento venía el ocultamiento en cierto lugar sólo conocido de los dos. Este sitio, con el tiempo, vino a ser un corral de cabras, y él, Serafín Armijos, con el pulso

tembloroso por la emoción, había podido escuchar el mensaje delator de las mágicas varillas.

Pero el porfiado husmeador nada ha descubierto para sí. Es un sujeto extremadamente pobre. Le sobreviene una alegría locuaz cuando puede referirse a las fortunas que ha permitido descubrir a los otros. En tales casos abunda en detalles acerca de la forma en que se hizo el hallazgo.

Nadie ha podido, eso sí, conseguir que revele los nombres de los afortunados. Por lo cual, en el pueblo, cuando se ve prosperar rápidamente a un individuo, sin que esté muy claro el origen de su éxito pecuniario, se piensa en la ayuda de las varillas de San Cipriano y en la mano certera de Serafín Armijos, intrépido buscador de tesoros ocultos y solterón empedernido.

30

Viene Juanita Villalba, ex-estudiante de segunda en señanza, con reputación de atea, de envenenada y de escéptica.

—Una víctima de la impiedad reinante —según el comerciante Godoy.

—Producto de las malas enseñanzas de esos colegios laicos, en los que se pierde el santo temor de Dios —al decir de la señora de Jesús Sarmiento.

—Marimacho resabida, que reniega de todo porque le fue mal en la vida y la dejaron plantada, y con un atracón de libros de todos los demonios en la cabeza —en opinión— la más moderada de las suyas— de doña Pascuala.

—Una simpatiquísima muchacha con la cual da gusto conversar y que reúne las siguientes originalidades: tener una ilustración notable para su edad y sexo; ser tan inteligente como bonita y tan bonita como inteligente; y pertenecer, no obstante ser mujer y ser joven, a la casta de los escépticos, que no abunda, por cierto, entre el bello sexo —según el criterio de don Vicente Muñoz, que parecía profesarle una especie de paternal simpatía, no obstante lo enconadas que eran a veces sus discusiones.

—¿Qué más da, después de todo? —concluía ella, con una especie de elegante desgano—. Lo mismo vale su opinión que la mía, aun cuando sean contrarias. Si los dos tenemos razón a un tiempo, ¿para qué pretender la exclusiva?

El severo interlocutor, dando un ligero taconazo de impaciencia, replicaba:

—¡Con usted, jovencita del escepticismo irremediable, nada es posible! ¡Ha estado discutiéndome una hora de mala fe, para salirme al final con la embajada de que lo mismo vale tener una idea que su contraria!

Pero amaban ambos este duelo amargo, del cual salían, ella más escéptica pero un tanto aliviada, y él más convencido de que conquistarla para el fervor, si bien tarea ímproba, podría llegar a ser para él su mayor triunfo intelectual y pedagógico y en todo caso, un hecho señero en su existencia. Por otra parte, don Vicente juzgaba necesario curar a Juanita de su incredulidad sistemática para el propio bien de la paciente. Se expresaba así:

—Es un caso de conciencia arrojarle un salvavidas a esta buena muchacha. Hay que convertirla a la fe en algo. No creer en nada es una infelicidad monstruosa.

Y le sacaba de quicio oírla decir, en una insufrible cantilena, su frase: «¿Y qué ganaríamos con eso?»: pregunta odiosa para don Vicente, desalentada y desalentadora, que se proyectaba como un chorro de agua helada sobre lo mejor de los juveniles entusiasmos.

—«¿Y qué ganaríamos con eso?»

Poseía la muchacha reconocidas aptitudes artísticas: alguna ocasión hizo por apuesta un papel dramático en la representación anual de la fiesta en el pueblo. Fue una verdadera revelación, como lo recordaban todavía incluso los más exigentes espectadores. Pero cuando le dijeron que debería volver a la ciudad y cultivar esas espléndidas facultades dramáticas irrumpió, poniendo altas las cejas, con el inaguantable estribillo: «¿Y qué ganaríamos con eso?»

A la ciudad llegó hace años el cine sonoro por primera vez.

Salieron las gentes más noveleras de Yangana con el objeto de escuchar la voz de los actores. Dábase una película musical. Juanita aprendio, con sólo oírla una vez, todas las lindas canciones y en el camino de regreso medio enloquecía de emoción a sus compañeros de viaje, al irlas recordando con asombrosa fidelidad, una por una.

Mas cuando le decían que había nacido para la música, y que debía aprovechar su estupenda memoria auditiva, detenía los entusiasmos caldeados del momento con la frialdad cargante de su muletilla: «¿Y qué ganaríamos con eso?»

Dicen que una vez amó, en la ciudad, cuando estudiante de tercer año, frenéticamente. Parece establecido que se trató de un idilio trágico y tempestuoso, que la obligó a suspender sus estudios por dos años. De ahí quizás surgió esa actitud que a don Vicente extrañaba tanto encontrar en una mujer

joven, y que era suficiente defensa para mantener a raya al más audaz de los galanteadores.

Despertaba muy calladas admiraciones, pero nadie quería correr el riesgo de ser parado en seco con una carcajada de ella envuelta en el ya famoso estribillo de: «¿Y qué ganaríamos con eso?» Con la excepción del gringo Spark, que se decidió al fin.

Su salud era bastante delicada, pero no se cuidaba jamás: lo mismo le daba, decía, vivir que morir, y a los cuidados del médico que iba espontáneamente a vigilar su dolencia, le esgrimía también su pregunta: «¿Y qué ganaríamos con eso?»

Negaba a Dios, sin importarle el escándalo con que la escuchaban, pero no se apasionaba con la defensa de sus puntos de vista: «¿Y qué ganaríamos con eso?»

Se había leído toda la biblioteca de don Vicente, y como poseía una extraordinaria retentiva, recordaba todo lo que había leído. Se ponía en ocasiones a citar con cierta vehemencia, con un poquito de calor, algunos pasajes que había encontrado aliñes con su temperamento. Instantes después, ese demonio interior que le helaba todos los arranques emocionales, empujábala las cejas encima de la frente, haciéndola prorrumpir en su fiel ritornelo: «¿Y qué ganaríamos con eso?»

Y, contraste peregrino: su amistad más sólida —¿pero qué ganaríamos con eso?, podría decirse— era la de doña Patrocinio, la fuerza y el espíritu tutelar de las fiestas de Yangana. Pasaban juntas a menudo, a veces por semanas enteras, formando, como podía advertirlo el más despreocupado, una antítesis viva y enérgica, así en lo físico como en lo espiritual. Doña Patrocinio, pesada, baja, achaparrada; Juanita Villalba, alta, delgada, longilínea; de hablar impetuoso y cálido la primera; de conversación pausada y casi sin inflexiones la segunda. Eran como dos principios contrarios, lo cual, en opinión del propio don Vicente, infundía un sentido romántico a esa amistad extraña, pues por un lado estaba el fuego y por el otro el hielo; aquí el entusiasmo y allí el desencanto; la ejecución, el hecho, la voluntad en doña Patrocinio; el análisis sombrío, la inhibición sistemática, la indolencia en Juanita Villalba. Por último —ateniéndose, nuevamente, a la información de don Vicente Muñoz—, ambas se profesaban una sincera envidia recíproca: doña Patrocinio, en los momentos más difíciles que afrontaba durante la ejecución de sus dinámicos programas sociales; Juanita

Villalba, en algún día primaveral que, a su pesar, le hacía repiquetear el corazón como una castañuela, inspirándole un pasajero deseo de hundirse hasta los hombros en la alegría de vivir. Doña Patrocinio reconocía que la tediosa pregunta de su amiga: «¿Y qué ganaríamos con eso?», la puso a salvo de muchas equivocaciones y proyectos precipitados, en tanto que Juanita daba gracias a su rechoncha amiga el haberle hecho olvidar, por algunos momentos, que en la vida había resuelto vivir, como una amazona, dispuesta a la ofensiva.

— ¡Y alma extraña para un pueblo ingenuo como el nuestro! —concluía don Vicente, negándole también, en la propia presencia de Juanita Villalba, su derecho a mantener esa actitud que no era de joven ni de mujer, y que chocaba salvajemente con el ambiente patriarcal que él encontraba al pueblo de Yangana.

31

Viene Melchor Celi, vagabundo.

Es jefe de familia, de numerosa familia. No ha sido, con todo, este un obstáculo para que sea el hombre más andariego de la provincia y para que movilice consigo a su mujer y a sus hijos. Nada tenía de gitano y sin embargo no podía asentar sus reales en ninguna parte. Vivía viajando.

Tenía, preciso es expresarlo, un amplio ciclo para sus incursiones, y volvía, con los años, a traficar por los caminos recorridos por él en otro tiempo. A Yangana había llegado, con ésta, tres veces.

Se trasladaba en bestias propias, con hatos y garabatos.

Los menores de sus hijos iban metidos hasta el pescuezo en árguenas sonoras cual una piel de tambor, ofreciendo un desusado aspecto de macetas humanas.

Cualquier día, estando ya establecido con su familia en un sitio, ganándose cómodamente la vida con sus siete oficios, con casa medianamente puesta, echando vientre y de buen color la cara, una desazón para él ya conocida empezaba a picarle el ánimo. La ansiedad por cambiar de cabecera se apoderaba del hombre. Se ahogaba. El horizonte que había encontrado amable convertíase en un ceñudo propietario que le miraba con ojos hostiles y le echaba de sus dominios. Las mismas caras, las mismas voces, las mismas casas, todo ese espectáculo que se sabía ya de memoria tornábase de pronto intolerable. Liquidaba entonces cuanto tenía, con excepción de sus cachivaches portátiles. Metía a los chicos en las retumbantes árguenas, llenaba de trapos las panzudas alforjas, ensillaba su piara de burros largos, encaramaba sobre las cargas a su mujer y a los hijos restantes, y, ya satisfecho, risueño, eufórico, empuñaba un

garrote, se apoyaba en él como en un cayado y, tirando del cabestro del primer animal de la caravana, emprendía la caminata.

En este viaje colectivo, nadie era más feliz ni se movía con tan familiar seguridad que don Melchor Celi, andariego incurable pero inofensivo, a quien sus provisionales vecinos denominaban «pailero», porque él y su gente, gitanos parecían.

32

Vienen el matarife del pueblo, el único matarife profesional de Yangana, José Manuel Medina, su rosada y fresquísima mujer y ¡sus veinticuatro hijos!

Prepara una cecina soberbia y es un tremendo reproductor.Veinticuatro hijos le ha dado su mujer únicamente. En cinco alumbramientos tuvo cinco parejas de mellizos.

«Pronto saqué la tarea» —explicaba ella—.

Gracias a la retardada menopausia se detuvo. «¡Qué bromas gasta la buena cecina y el picadillo de testículos de buey!» —comentaban, con un guiño picaresco en los ojos, los compadres.

Tras la casa, en el patio despejado, en vetas templadas de poste a poste, solía secarse al sol la carne fresca recién preparada. El color de las grandes postas tratadas con salmuera iba tornándose oscuro a medida que el sol las endurecía. Las moscas verdes rondaban por ahí, buscando en vano algún rincón olvidado por la salmuera para dejar su blancuzco paquete de huevos.

Los gallinazos montaban guardia a respetuosa distancia.

Miraban el suelo negro de sangre con no disimulada glotonería. Pero la vigilancia de cualquiera de los innumerables vástagos de la familia Medina no cesaba: era también un montar guardia perpetuo.

¡Estupenda «cecina de la provincia», de aquí, del pueblo ahora desierto de Yangana salías también! Partías en grandes rimeros con una noble y aromada fama, resalada, grasosa, sápida, para echarte a andar por los llamados caminos de herradura de una provincia sin caminos, en el vientre de las alforjas y canastas fiambreras! ¡Te dejabas asar, chirriando, retorciéndote y escandalizando con tu

pingüe perfume en el fogón improvisado junto a las quebradas cerreras, mezclándote al olor del café negro que hervía en el perol suspendido entre dos horquetas, en la pausa obligada de los hombres y las bestias caminantes!

Las mozas rubicundas, hijas, del matarife —solteras todas, hasta aquí—, viajan en apretado racimo, con un uniforme color de pelo al sol. Los últimos retoños, con alguna analogía con los del «pailero» Melchor Celi, vienen en grandes alforjas, constituyendo también un insólito cargamento rematado, junto a cada cairel lateral, por una cabeza rubia.

33

Viene Sebastián Japa, talabartero.

Llegó a Yangana hace años, con hijos ya crecidos, que aprendieron el oficio del padre, dividiéndose el trabajo de confeccionar sillas y arreos de caballería con tan buen sentido que a poco gozaban sus obras de una reputación que rebasaba las fronteras de la provincia.

Uno de ellos se encargaba de los bastes de madera, cuyo diseño, proporciones y ejecución, eran una fina obra de carpintería realizada en madera seca y fuerte.

Otro era el que curaba el cuero ya curtido, con aceites y barnices, dejándolo suave, flexible, inodoro, pulido y brillante. Hacía también los repujados y repulgos, las labores en alto relieve de las carolas, gualdrapas, faldones de las sillas, pretales, ataharres y estribos de suela.

Y el tercero, el último, tenía la labor de costura a mano hecha con puntada segura y matemáticamente igual. El hilo era preparado por él mismo, en cáñamo retorcido y encerado con repetidas sobadas de fragante cera negra. Si hacía falta, era también un hábil tejedor de riendas, pero odiaba ese último trabajo: lo consideraba indigno de un talabartero de reputación.

Y vaya que aquellos arneses y correajes merecían el renombre de que gozaban. Las monturas, con carecer de baste almohadillado, jamás tocaban un pelo de la cabalgadura. No importaba cuan cargada estuviera la bestia: la forma anatómica del sobrelomo ponía a cubierto a los animales de la injuria de una matadura. Esto, desde el exclusivo punto de vista de la eficacia en el servicio. Pero también la estética quedaba muy bien servida en los trabajos de primera

clase que hacían los Japa. Entre el tamaño de los estribos de suela y la dimensión de la silla guardábase una elegante proporción. El repujado de los faldones nunca se recargaba de adornos: era más bien severo, consistiendo, a veces, en solamente canales de color más oscuro, que corrían paralelos a la orilla. Y los arneses arrancaban del cuerpo de la silla con naturalidad como los dedos arrancan de la mano, acusando una perfección difícilmente superable. La suela había sido cortada con una precisión y firmeza de pulso admirable. La puntada a mano corría a lo largo de huequitos hechos por una lezna cuya exactitud de medida no fallaba ni en las más enrevesadas curvas. Y si las guarniciones estaban adornadas con piezas de plata, el efecto era realmente soberbio. Pues la perfección del trabajo comenzaba en la cabezada, se prodigaba en la venda, en la muserola, en la frontalera, en la brida, en la rienda; pasaba a la silla, corría a lo largo de la carola, saltaba a los estribos, proseguía por el pretal, ganaba el ataharre y la grupera y remataba en la baticola, haciendo el conjunto una vistosa exhibición de opulencia.

34

Viene Tayta Manuel Gustán, el viejo curaca polígamo.

Era en Yangana quien hacía jabón negro y velas de sebo para el consumo del pueblo y alrededores. Necesitó colaboración activa para su trabajo y pudo hallar una fórmula de acomodo que le permitió vivir años de tranquila holgura, satisfaciendo sin dificultad las demandas de los consumidores.

Tres eran las mujeres que le acompañaban, desde hacía tiempo: la «Vieja», la «Moza» y la «Chayona», a quienes comprendían las gentes en el mote común de «las veleras».

Bastante singular era la forma de estar constituida esta familia. El añoso curaca era dueño y señor de sus siervas y amantes, igualmente indias. La que primero estuvo con él fue, naturalmente, la que ahora representa más edad. Y le enseñó a labrar el jabón de potasa.

Con esta primera mujer, Manuel Gustán, entonces joven y robusto, abandonó su condición de colono, se instaló en el pueblo y comenzó a elaborar jabón con el sebo que le proporcionaba el matarife y conseguía por los alrededores.

Mientras él buscaba la materia prima, la mujer se quedaba en casa preparando la cocción del sebo con lejía en una paila de cobre que habían comprado a crédito. La tarea era pesada para la mujer, y una tarde, al volver su compañero del campo, de traer en sus alforjas una suficiente provisión de sebo y de ceniza de leña fuerte, encontró en su casa una joven que no hablaba una palabra de castellano, pero que se entendía con su mujer en idioma quichua perfectamente.

La forastera parecía de Saraguro, pues vestía de «anacu» negro de bayeta

delgada y se tocaba con sombrero de lana abatanada, bastante viejo ya. La ropa asimismo estaba muy deteriorada y olía mal.

Muy a regañadientes «tayta» Gustán había consentido en hospedar bajo el techo ahumado de su choza una boca más, la de la moza casi mendiga que, andando los tiempos, había de llegar a ser su segunda compañera de lecho.

Fue necesario que el hombre ensanchara la barbacoa que servía de cama a la pareja inicial, para dar cabida a la consentida intrusa.

El trabajo en la cochura de la pailada de lejía y sebo, que duraba día y noche, a lo largo de algunas semanas, pudo tener desde entonces entre las dos mujeres, alternativa y turno. Y las noches de amor también.

Acostumbrarse a ello debió haberle causado serias molestias a la vieja, que se veía desplazada o por lo menos compartida. Pero cuando a media noche, transida de sueño y cansancio, tentaba el bulto caliente de la otra consorte reposando en el estrado de cañas, y encontraba que un relevo pronto a tenerle la mano mientras ella durmiera estaba allí, se llenaba de calma y cerraba los ojos plácidamente.

La tercera mujer era una sobrina de «tayta» Gustán, hija de una hermana suya muerta hace cuatro años. Como quedara huérfana fue a pedir posada a su tío carnal, cuya casa quedaba a seis días de camino. Llegó trayéndole la nueva fatal y un poco de plata que había sacado en la venta de los animalitos que pertenecieron a la difunta. El viejo no halló mal el que su sobrina haya tomado tan juicioso acuerdo, le ofreció su casa, se guardó la plata que le entregara tan confiadamente y pensó acaso, en que Dios era un buen chico.

La tarde de aquel día, no salió en su asno en busca de sebo para la faena. Cortó tres horcones pequeños, hizo en el suelo de su choza otros tantos agujeros a barretazos e hincó los palos, terminados en horqueta por la parte superior.

Dichos agujeros fueron abiertos simétricamente y a dos pasos de distancia del filo de la barbacoa. Renovó los travesaños, sustituyéndolos por otros más largos y fuertes, los ató a las horquetas con fibra de cabuya y tejió un suplemento de cañabravas sobre los travesaños, extendiendo la anchura del lecho en una plaza.

Y por la noche, sin la más leve protesta de ninguna de las dos mujeres, sacrificó la virginidad de su sobrina.

Contando ya con tres ayudantes, proyectó ensanchar el negocio. Y en efecto,

se dedicó al poco tiempo a la elaboración de las velas de sebo.

Aquello requirió la adquisición de una paila más, que comprara con la plata de la sobrina, la preparación de pabilo de algodón para las mechas y una nueva distribución de tareas entre sus colaboradoras.

La india saragureña, hilandera magnífica, pasó a hilar los guangos de algodón que afianzaba en la cintura, al propio tiempo que vigilaba, junto al fuego, la cocción del sebo en la paila pequeña. La vieja se entendía en el cuidado de la paila grande, que era preciso mantener en fuego lento, removía su contenido con un palo, le cebaba lejía cada vez más fuerte para que vaya saponificándose la masa en ebullición, y acarreaba la leña del montón cercano. Y la sobrina tenía a su cargo alistar la lejía, escogiendo la ceniza de mejor calidad que trajera su amo y tío, así como, especialmente, la elaboración de las velas de sebo: trabajo fácil y rápido una vez que las mechas, ensartadas por un extremo en largas varas, estaban a punto de embeberse, en chapuzones sucesivos, en la estearina hirviente.

Más o menos una vez por año, el cura que llegaba para la fiesta de Yangana, llamaba desde el púlpito a los fieles remisos para que acudieran al confesonario a arreglar su conciencia. Aludía veladamente a ciertos corazones endurecidos y a personas que debían arreglar su vida. Pero «tayta» Manuel Gustán, creía que su vida precisamente, estaba arreglada cual ninguna.

—Usté, «tayta» Gustán, se ha dejado chiquito al mismo Carlos Botado —le decían.

Venía sin pena ni gloria, en compañía de sus tres siervas, tras los consumidores de su jabón de potasa y de sus velas de sebo. Cabalgaba un burro, y ellas, naturalmente, caminaban a pie, vigilando el traslado de las pailas y la seguridad del ya valetudinario propietario de sus cuerpos.

35

Viene Agustín Labanda, el herrero.

No es lo que se llama un hombre fuerte, a pesar de la tradición atlética de su oficio. En cambio, es la admiración de todos su prodigiosa memoria. Gracias a él se recuerdan las improvisaciones de don Vicente Muñoz, por ejemplo.

Tiene un ojo dañado a consecuencia de un chispazo que se apagó en la esclerótica. Parece mortificarle mucho esta imperfección porque nunca tolera la más ligera alusión a ella.

Numerosos son los menesteres para los cuales se empleaban sus servicios, su fragua y su yunque. Principalmente, la herrada de las bestias, la hechura de hoces para la siega, el calzado de las barretas, lampas, hachas y rejas, y los fierros para marcar la piel de los ganados.

La frente ancha se cubría de sudor y de tizne cerca de la fragua. Esa gran memoria, como un libro en manos de un analfabeto, vivía sin servirle para nada útil.

—¡Qué lástima que no haya podido estudiar! —comentaban las gentes—: ¡qué notabilidad hubiera podido llegar a ser!

Algunos de los más exaltados amantes de su propio campanario culpaban al destino hostil del poblado el que se haya truncado, antes de florecer, la carrera intelectual de uno de sus hijos mejor dotados, que pudo merecer gloria y lustre nacionales.

—¡Qué pérdida fue para el pueblo el no aprovecharse de la memoria de Agustín Labanda!

A don Vicente le cargaban estas consideraciones, y, medio desolado, concluía

la inútil prédica a los admiradores de Labanda:

—¡Estas buenas gentes no pueden distinguir la memoria de la inteligencia!

Pero esos interlocutores, atribuían a envidia las frases de don Vicente Muñoz.

36

Viene Froilán Zapata, inventor y mecánico.

No se trata de un herrero más, ni siquiera de un herrero mejor. Era mucho más que eso. No trabajaba para clientela venal, pues no era sino un aficionado que hacía sus cosas por puro gusto. Había heredado bienes raíces, incluso una casa situada en el centro del pueblo, que le bastaban para vivir tranquilamente con el canon de los arriendos. Su gran amor eran las armas de precisión y los trabajos de mecánica fina. Por cierto que pocas oportunidades le brindaba Yangana para emplear a fondo sus talentos: el arreglo de una máquina de coser que dejaba de hacerlo; la compostura o transformación de una escopeta que había perdido su gatillo; la reparación de un reloj de pared o de bolsillo; la limpieza de las carabinas y revólveres del pueblo; la recargada de los cartuchos, que él hacía en mecanismos de su invención…

Lo más frecuente era que el hombre tuviera que dedicar sus ocios a inventar aparatos ya inventados y trampas para atrapar animales, valiéndose de los más ingeniosos dispositivos. Y como el churón Ocampo era dueño de una espléndida carabina con lente, don Froilán Zapata, tomando de aquí una pieza, de allí otra, y a fuerza de lima, martillo y yunque, roscas, terrajas y tornillos, munido de una gran paciencia, se dio maña en hacer un arma de idénticas características: al decir de los entendidos, daba en el blanco con tanta seguridad como las mejores que habían salido de las fábricas extranjeras.

Ahora bien: entre las gentes de Yangana se creía con firmeza en una cosa: toda maquinaria era invento del extranjero, era cosa de gringos. Profesaban un respeto casi supersticioso por aquellos hombres rubios y grandes, de hablar

difícil, que conocían infúsamente los secretos de la técnica maquinística. Estimaban que los sudamericanos eran seres inferiores porque hasta aquí no habían sido capaces de dar al mundo un inventor de aquellos que son el asombro de las generaciones, y veían en todo gringo un genio de las máquinas, convencidos de que en éstos el dominio de la mecánica y la electricidad era una aptitud natural. Don Froilán Zapata, sudamericano y mestizo, de estatura baja, piel trigueña y pelo cholo venía a ser, a este respecto, la excepción que confirma la regla: un nacional tan bueno como un gringo para la mecánica. Que no vacilaría, sin duda, ante los trabajos más complejos. Así, la armada y desarmada de un motor de explosión, o la instalación de una estación de radio, por ejemplo: cosas que quedaban muy lejos del pueblo, en la ciudad distante, que no todos conocían.

37

Vienen muy juntos y agriados el uno para el otro, la madura pareja que forman Vicente Orozco, barbero, y Rosa Pullaguari, picantera.

El consorcio de sus dos oficios poseía una gran clientela de los alrededores. El hombre era dueño de algunas malas navajas compradas de segunda mano, y de dos fórceps viejos con los cuales fungía de sacamuelas. Al mismo tiempo, en las horas desocupadas atendía su taller de ahormar sombreros. La habitación-taller-fonda era un local estrecho, cuyo cuarto principal estaba materialmente emparedado de sombreros de paja toquilla. Después de lavar firmemente cada sombrero con una fuerte escobilla de cerda y jabón negro, los dos —él y ella—, los planchaban sobre las hormas, y, luego de engomarlos ligeramente para dar consistencia a la forma, los embadurnaban con una capa de albayalde.

La mujer preparaba, por su parte, en la cocina contigua, una comida suculenta para el expendio al público: caldo de patas, con yuca como «cocimiento», plátanos pintones, leche, arroz, pimienta, orégano y cominos. Temblaban en el cucharón, dentro de las ollas enormes, los tendones convertidos en coágulos coloidales. En el caldo espeso y sustancioso flotaba la grasa amarilla, reflejando la imagen del techo en sus miles de pupilas redondas.

La preparación había sido larga, y no en vano la mujer quedaba fatigada.

Compradas las cañas de buey, del casco a los corvejones, eran soterradas en el rescoldo, para que el pelo se chamuscara y sollamara las pezuñas. El olor repugnante de la borra carbonizada era la señal. Luego la piel tostada era raída con un cuchillo. Le quitaban los cascos, hincando la punta del arma en el nacimiento de las pezuñas.

Ya sólo faltaba pulverizarlas a hachazos, y verterlas en la gran olla, donde hervían bobamente horas y horas, hasta que el grueso cuero vacuno quedaba convertido en una masa de gelatina, añadiéndole, entretanto, los demás ingredientes que hacían de este poderoso plato un pesado alimento hipnótico.

Esta otoñal pareja del sombrerero-barbero y la fondista-picantera no había tenido hijos. Que ese caldo de patas no hubiera hecho efecto en Orozco era una de las omisiones que los filósofos del pueblo y sus cronistas nunca llegaron a explicarse satisfactoriamente.

38

Viene Matías Puglla, azucarero.

Trae la facha que tiene: la de ser una de las personas más torpes y repulsivamente físicas que pueda imaginarse. De la cabeza a los talones revela pródigamente una vaciedad estupenda… Su estrechísima frente, coronada por un rebelde mechón de pelo entrecano, es, como si dijéramos, de paredes muy gruesas y cóncavas. La surcan en sentido horizontal dos poderosas arrugas paralelas, que parecen tener la misión de acortar más aún el trecho escaso que separa el cuero cabelludo de las foscas cejas juntas. La nariz es chata y se tuerce hacia la izquierda, dando lugar a que la una ternilla se haya desarrollado a expensas de la otra. Desde estas desiguales cavidades parecen brotarle los bigotes en forma de un cepillo de alambre. Pasa con la boca habitualmente abierta y su labio inferior, grueso y colgante, hállase embebido siempre. En las comisuras, la saliva se recoge haciendo una espuma blancuzca y corroyéndole la conjuntiva, como si estuviera herpético. Se mueve cansadamente, arrastrando los grandes pies planos sin que hasta ahora le haya preocupado la forma en que van los botones de su pantalón: al ponérselo solamente recuerda que debe ir asegurada la cintura para evitar que se le venga tripa abajo. Por esa razón es lo que, al sentarse, le ha ocurrido más de cien veces cierto género de broma torpe y desagradable que es incapaz, empero, de animar un tanto, siquiera sea de vergüenza, su magnífica cara de papanatas.

Uno de los hombros camina más bajo que el otro. Y los brazos son extremadamente pequeños: alcanzan apenas la abertura de los bolsillos del saco.

Dentro de este continente hay, al decir de sus paisanos, un interesante, y

sobre todo, útil contenido. Antes de que él volviera a su tierra, cuando vagaba despreciado por todos y por muchos repudiado en las feraces laderas de Chaguarpamba, las gentes de acá tenían una firme creencia: En Yangana era imposible hacer azúcar. Debía limitarse a la elaboración y el consumo de panela. El jarabe de la caña no lo permitía. El principal mérito que reconocían a Matías Puglla era haber demostrado lo contrario y ensenado a sus coterráneos a elaborar azúcar, prodigándoles desinteresada —y babosamente— los conocimientos prácticos de «melero» que adquirió en Chaguarpamba, donde por largos años sembró también arroz, sembró maní y aprendio, siguiendo el proceso rutinario, a convertir la morena cara de la raspadura en el blanco pedernal de los panes de azúcar.

El hecho de haber beneficiado azúcar por primera vez en Yangana le mereció la gratitud de la población. Años después de haberse establecido en su finca e iniciado la entonces audaz operación, el azúcar de este valle había adquirido en el mercado de la ciudad una justificada fama por la pétrea dureza del producto, por su albo color, su mineral sequedad y sabor verdaderamente delicioso.

Inútil decir que en un principio tropezó con los escépticos: otros ensayos muy antiguos habían fracasado. La caña de estas regiones se prestaba solamente para la panela o el aguardiante. Y en cuanto a las perspectivas de consumo, el pueblo no compraría azúcar. Prefería, y tenía sus razones para hacerlo, la raspadura porque era más alimenticia, porque era más barata, y porque era más «saladora» que el azúcar.

Pero el baboso no cejó en su propósito por semejantes objeciones. Se escupió las manos y siguió adelante los trabajos preliminares de la instalación.

A las pocas semanas, el humo y el vapor de agua se escurrían hacia arriba por entre el envigado de la techumbre provisional. El uno, con sus grumos oscuros, de nube pesada. El otro, cándido, fragante, acuoso, levantándose de la superficie de la miel hirviente, animado de un leve temblor. Y el hombre baboso de aspecto estólido, movía gustosamente el guarapo cada vez más concentrado que se cocinaba en la evaporadora, con una espumadera enorme.

El trapiche de bronce rechinaba su gran dentadura áurea y hacía gemir las cañas entre sus masas. Los bueyes jadeaban y batían espuma en sus belfos, lamiéndose alternativamente las narices dilatadas. Y los moledores y arrieros lanzaban a gritos sus procaces juramentos.

La instalación, en líneas generales, difería poco de las moliendas destinadas a elaborar raspadura. Tenía, en vez de las mesas con los moldes rectangulares para vaciar el dulce fundido, dos largos tabancos de caña guadúa, a ambos lados y paralelos a la hornilla. En ellos, ordenados en hilera, esperaba su turno otro género de moldes. Eran éstos una ringla de recipientes cónicos, con el vértice truncado dirigido al suelo, abiertos como un embudo y trabajados con duelas de caña unidas entre sí en la punta, que se aseguraban por el extremo superior mediante cuerdas de cabuyo. Dentro de cada molde aguardaba una especie de cucurucho de gran tamaño hecho con hojas frescas de plátano, cuyo objeto era cerrar por dentro los intersticios que las duelas dejaban en las soluciones de continuidad, protegiendo al molde de una posible filtradura.

Ahora bien: para cocinar el guarapo y luego la miel de caña, Matías Puglla, por primera vez en la historia de Yangana, empleó, no los primitivos «fondos» singulares, que suponían un proceso enojosamente lento, de operaciones sucesivas, sino que sustituyó la paila de un solo compartimiento por la evaporadora de tres recipientes, en los cuales hervía sucesivamente el guarapo, la miel luego y por último, a la hora del temple, la miel cristalizable a punto de ir a enfriarse en los moldes.

Y para facilitar la defecación del guarapo y de la miel impura, usó, asimismo por primera vez en Yangana, no la lejía, como era costumbre secular, sino el bicarbonato de sodio, que producía, al ser lanzado a puñados en el líquido en cocción, una loca espuma amarillenta, que suspendía, entre sus mallas restallantes, todas las impurezas que alojaba el guarapo. Tal vez era en esta faena de recoger con la gran espumadera la nata de los ángulos de la evaporadora, la única vez en que la estulta faz de Puglla adquiría cierto fulgor inteligente. Atacaba con una maliciosa saña todos los reductos donde la cachaza, mucilaginosa y veteada de manchas oscuras, pretendía seguir incorporada a la miel bullente. Después de una hora de lucha, el color del líquido, libre de las suciedades, se había vuelto claro. Cuando el punto azucarado llegaba a su término, la miel era batida vigorosamente en un depósito frío hasta que se vertía en los grandes moldes. El futuro pan de azúcar quedaba envasado en una envoltura suave, pero atravesábalo de parte a parte una tremenda estocada: en el vértice del embudo obstruía la truncadura del cono una larga y afilada caña de azúcar que oficiaba de tapón.

Una vez que la mezcla batida se había solidificado, el operador quitaba a pulso el estoque, dejando en el centro del cono una herida profunda, por la cual el azúcar moreno —la panela— iba desangrándose, clarificándose, purificándose, en una lenta hemorragia de espesos goterones intermitentes. Para facilitar esta operación de purga, Matías Puglla, tal como lo vio hacer e hizo en Chaguarpamba, ponía sobre la superficie del molde lleno, una torta de barro chirle con un poco de ceniza. Por gravedad bajaba la miel a través de los poros del pan, y caía en un depósito. El sabor de esta miel era cargante al principio, el color oscuro, el olor fuerte. Transcurrida una semana, se renovaba el barro. Así era la miel más clara, más dulce y menos empalagosa. Con el tercer cambio de barro, una semana después, la purga terminaba, y le tocaba el turno a la remoción de la torta reseca y la del pan de azúcar del molde que le dio forma. El producto, de una deslumbrante blancura cuarzosa, quedaba empero un poco húmedo. Y para darle esa dureza roqueña que cobraba después, venía la dilatada exposición de los panes de azúcar al sol y al sereno. El aire seco y caliente del día y el relente de la noche los fraguaban como si fueran de cemento. Restaba solamente envolverlos en paja seca de caña, cargarlos, de dos en dos, con los vértices hacia abajo, sobre el lomo de las mulas, y llevarlos a la ciudad, a ofrecerlos en competencia con el azúcar granulado que los comerciantes traían de la costa, adquiriéndolo en los grandes ingenios.

¿Cómo no agradecer al baboso Puglla si en este viaje, sin ir más lejos, las gentes reparan las fuerzas y mitigan la sed chupando terrones de azúcar previamente mojados en agua fresca, en un continuo ir y venir de la mano que lleva el pedazo de la vasija a la boca y de la boca a la vasija?

Pero los observadores han advertido que trae la frente más estrecha que nunca.

39

Viene Rosita Sandoya, contrabandista de aguardiente y productos destilados.

Era dueña de una pulpería y compraba grandes cantidades de panela, como negocio principal. Cantidades evidentemente superiores a las que podía expender y enviar a la ciudad para la reventa. De esta circunstancia arrancaban las primeras sospechas de los guardas del Estanco de Alcoholes y Tabacos de la República, que iban a hacer turno en Yangana. Segundo, había obtenido una patente para el expendio de aguardiente al por menor y sus compras a las bodegas del Fisco eran a todas luces inferiores al volumen de venta del producto. Tercero, el aguardiente que suministraba a su asidua clientela era de mejor sabor, calidad y grado que el de las pipas del Estanco. Cuarto, los consumidores habituales lo adquirían a un precio inferior que el fijado por el Estanco para la reventa. Quinto, en el estanquillo de Rosita Sandoya se vendía un anisado destilado, legítimo, incomparablemente mejor que el del Estanco. Sexto, igual ocurría con el reposado salido de las clandestinas bodegas de Rosita: no admitía competencia posible, ni en el precio ni en la calidad.

Con todos estos antecedentes, era natural que el guarda que llegaba por estos lugares trajera una consigna especial: vigilar a Rosita Sandoya, indudable causante del mal estado de los negocios del Estanco de la República en Yangana. Y el guarda, ciñéndose frecuentemente a terminantes instrucciones recibidas del propio gerente, pensaba en el camino que su fusil y su puño de hierro se dirigían, precisamente, a cortar de raíz el mal en la apartada región, y se erguía a solas sobre los estribos. Llegaba derrengado a Yangana, tras fatigosas jornadas, y apenas echaba pie a tierra frente a la astrosa y destartalada pieza de habitación

que el Estanco proporcionaba a su servidor, una chola guapa, bien lavada, bien peinada, bien trajeada, comparecía con una enorme portavianda en una mano y un cesto grande y cargado en la otra. El cesto contenía cuanto puede apetecer un viajero recién llegado y sucio de la jornada: jarra y fuente, toallas olorosas a limpio, agua fresca y jabón. Mientras estaba desembarazándose de su carga, llegaba un muchacho literalmente cubierto de objetos diversos. Este segundo conductor traía una cama de tijera, un colchón arrollado, sábanas planchadas, colchas finas, una mesita, dos sillas y una hamaca. Ni el mosquitero con piola para suspenderlo faltaban. Menos el vaso de noche.

Un mantel se desdoblaba prestamente sobre la mesa, que pronto quedaba materialmente llena de platos humeantes.

La cama era tendida al instante, montado el lavabo sobre su armazón de fierro, la toalla extendida y suspendida la hamaca entre dos ángulos del cuartucho. En esta última operación y en la izada del mosquitero, la chola buena moza había tenido ya el cuidado de enseñar las piernas robustas al recién llegado, y éste, al ver tanta comodidad no esperada, se llenaba la cabeza de halagadores proyectos y se resolvía a pensar en que, con un poco de suerte y habilidad, la temporada de destierro en estas soledades podía resultarle menos dura.

Y ya para retirarse, los dos sirvientes, la chola buenamoza y el muchacho, cantaban a una voz, en un tono de dar recado, al trasijado viajero, la siguiente canción:

—Dijo la niña Rosita que lo mandaba a saludar, que cómo ha llegado, y que ahí le mandaba una sopita para que se sirva y también una copita de fuerte para que se cure el maltrato del camino.

—¿Y esta cama? —pregunta el guarda.

Las dos voces, a una:

—También se la mandó la niña Rosita, para que la use mientras permanezca en este pueblo.

—¿Y cuánto me costará la cama y la comida?

las dos veces, a una:

—Que eso no cuesta nada, y que mande a decir con franqueza qué otra cosa se le ofrece.

Uno o dos días después, el guarda, ya pellizcando el reverso de la chola

buenamoza, encontraba que todo esto era mil veces preferible a irse contra Rosita Sandoya, echarse encima una mujer simpática e influyente como enemigo y tener que invertir el ochenta por ciento del sueldo en comida, aseo de ropa y una hembra ocasional para tranquilizar sus sentidos.

Había, claro está, ocasiones en que la tolerancia del funcionario no se obtenía tan fácilmente. Era precedida a veces de un período de fuego graneado por parte del guarda y de un paulatino retirar de implementos prestados por parte de ella. Al fin, mal cuidado en el comer, durmiendo en el puro suelo, picado de los mosquitos durante la noche, sin tener silla en qué sentarse, llevando él mismo su ropa a la lavandera, sin un espejito ante el cual afeitarse, sin una fuente donde lavarse las manos, se cansaba de la inútil beligerancia, y, entre una fidelidad improductiva al Fisco tacaño e ingrato con sus mejores servidores y una pingüe perspectiva si se hacía de la vista gorda ante las trapacerías de Rosita Sandoya, prefería ser consecuente con la última. Y el Fisco ecuatoriano seguía perdiendo, en este remoto rincón del país, el dinero que ella embolsaba linda y ladinamente.

No ocultaba Rosita Sandoya —mujer todavía joven, atrayente y gruesa, de ojos cariñosos—, ni su actividad de contrabandista ni su sistema de cohechar a los empleados del Estanco. Antes bien, con respecto a éstos, se expresaba así, cuando le preguntaban cómo ideó un sistema que le resultaba tan seguro:

—Lo aprendí de los gringos de las compañías extranjeras. Ellos hacen así con los del Gobierno, y consiguen lo que quieren. Cuesta un poquito, pero se gana más.

Y los comentaristas que sabían dé ello, porque lo habían leído en los periódicos de la oposición que llegaban por ahí con dos meses de retraso, le daban la razón.

—Como dijo Montalvo… —iniciaba su glosa don Vicente Muñoz.

Si la cosa iba poniéndose castaño oscuro —cambio de autoridades provinciales, remoción de guardias remisos, etc.— hacía Rosita Sandoya un viaje a la ciudad, con una imponente caravana de dádivas, que llegaban, al fin, a quebrantar la más pétrea voluntad del nuevo mandatario.

Que sabía que, en último término, tenía también el cuerpo de ella como precio de la tolerancia administrativa.

Esta larga caravana de animales cargados de obsequios no difería mucho en su composición en aquellos casos excepcionales.

Comenzaba por una mula de las dehesas de los hermanos Quille, que fuera chalaneada por alguno de los Mendieta, blanqueando en plata sus arneses fabricados en la talabartería de los Japa.

Y venían luego:

Doscientas libras de arroz pilado a mano, de un grano grueso, brillante y pulido, cosechado en las vegadas bajas del pie de Yangana.

Cincuenta libras de cecina, algodonosa de grasa, escogida de lo mejor que se oreaba en las vetas del patio de José M. Medina M., el matarife.

Doscientas libras de azúcar en piedra, salido de la molienda de Matías Puglla; tan duro, tan seco, tan compacto, que fosforecía vivamente en la oscuridad al recibir golpes para fracturarse.

Cincuenta libras de queso ahumado, traído de los soberados de Presentación Pullaguari, el propietario del mejor corral de ganado de los contornos.

Un tarro de jalea de guayaba preparado por Rosita en persona, oloroso a mirtácea, pesado, duro y concentrado.

Un capón bien cebado.

Grasa volatería: pavos inmensos, pollos de largas zancas, patos obesos.

Cien libras de manteca de cerdo.

Y, en otro orden:

Un sombrero de paja toquilla muy fino.

Una alforja «de cama» para los viajes por la provincia, en lindas labores de color, con las iniciales del destinatario y el año del obsequio, etc.

Cuando Rosita Sandoya volvía con su piara de bestias vacías, y, en ocasiones, con las miradas mansas, como reveladoras de un sosiego animal de sentidos descargados, don Vicente Muñoz, que tenía la cabeza llena de recuerdos históricos, le decía, sin que ella supiera bien el alcance de la frase:

—Ya está de regreso nuestra Reina de Saba. Y como dijo Montalvo… iniciaba una nueva glosa.

40

Viene don Baltasar Zárate, comerciante.

Constituía el enlace económico principal entre la ciudad distante y de difícil acceso y el pueblo de Yangana con sus aledaños. Los comerciantes de la capital de provincia le conocían y celebraban entre ellos el modo cazurro pero al mismo tiempo ingenuo que tenía de proponerles un negocio. Jamás había comprado nada a crédito. No debía un centavo a persona alguna, y por su sistema de comprar al contado estaba en condiciones de obtener de mayoristas necesitados de efectivo para satisfacer sus compromisos, muy apreciables descuentos.

En casa propia, espaciosa y bien situada tenía sus almacenes. Una gran bodega que daba al patio interior dedicábala a guardar cueros crudos, café, cereales, y manteca de cerdo. Esta línea de productos de Yangana estaba destinada a canjearse con artículos peruanos: driles, tocuyos, panas, liencillos, jabón blanco, pescado seco, harina de trigo, sal gema. Largas recuas de burros iban por cuenta de Zarate a la frontera aligerando sus rebosantes bodegas. La mayor dificultad que debía vencer a su regreso era traer la sal en piedra, pues su introducción estaba prohibida a través de las aduanas del país. Pero el producto tenía en esta provincia un mercado seguro: la gente la prefería para el consumo doméstico y además para darla semanalmente a los ganados.

Zárate había sido en sus primeros años de hombre pobre, arriero, y como tal, conocía toda la provincia y buena parte del norte del Perú. Y su tienda de comercio, en la cual predominaba el «abarrote» y la ferretería, no le había sedentarizado. Antes por el contrario, él era quien dirigía personalmente el viaje de su piara de asnos hacia la distante frontera sur.

Era en esas ocasiones lo que el hombre se animaba, le brotaba de los ojos un fulgor inusitado y vestía elegante.

Su familia —sus hijas especialmente— encontraban intolerable que un personaje de sus ejecutorias, uno de los puntales más sólidos de Yangana, anduviera descalzo, por ejemplo, y que conservara, de sus tiempos de misérrima soldada, la costumbre de comer en la cocina, sentado en cuclillas junto al fogón, cuando ellas habían hecho habilitar un cuarto en la amplia casa para comedor, y podía —mejor, debía— sentarse con ellas a la mesa. Pero, en tratándose de viajar, ¡entonces era ya otra cosa!

La camisa que se ponía en sus viajes era blanca y fina, de albos puños y cuello postizos. No podía faltar la corbata negra de seda, cuyos extremos se hundían bajo los botones del ceñido chaleco de casimir. El pantalón era de casimir también, pero no de bota. Calzaba zapatos de ruso francés —zapatos que conservaba de su juventud— y espuelas de plata. Unas polainas coloradas le cubrían las piernas.

En el ancho cinturón iban el dinero, el revólver de acreditada marca alemana y la canana repleta de balines.

Encima del chaleco venía el fino poncho de lana de vicuña, fresco, listado y elegante, de origen peruano. Las puntas delanteras se las echaba tras el hombro derecho con un gesto resuelto, gallardo y casi desafiante, que no le era habitual cuando estaba junto al mostrador. Se cubría la cabeza, —como se cubría siempre, de día y de noche, hasta que era llegado el momento de acostarse— con un sombrero de paja toquilla recién ahormado y metido en una funda de tela cauchutada, que se ajustaba a la forma como un guante se ajustaría a la mano de su medida.

Si esmero había en su viajera persona, parecida elegancia ostentaba su cabalgadura. El «dependiente» de la tienda, desde la víspera, dedicábase a limpiar y pulir los arneses.

La gorda y alta mula peruana de silla en que el comerciante Zárate realizaba sus viajes blanqueaba de plata. Una pequeña «alforja de cama», a medias llena, había sido puesta sobre la silla. Encima, una frazada de viaje, de lana de vicuña, igualmente peruana, hacía mullido y abrigado el asiento.

Ordenaba que los peones adelantaran con las cargas en la madrugada. Salía él a las once, después de almorzar, picando levemente a su mula de silla para que

arrancara, hundiendo la grupa y a todo paso razano, delante de las personas que acudían a despedirlo.

El machetillo colgado del borrén delantero se golpeaba, en la carrera, con el metal amarillo de la lámpara de carburo, que iluminaría las jornadas recorridas en la noche, cuando ésta no era de luna.

Don Baltasar Zárate tenía sus ideas acerca del comercio y los comerciantes, a los cuales decía despreciar infinitamente. «Son brutos y ladrones» comentaba. A todo Yangana le parecía muy singular, pero al mismo tiempo muy significativo, que un comerciante se expresara en semejante forma de sus competidores. Y acudía la gente, de preferencia, a comprarle a él —de no haber habido además otras ventajas evidentes—, para oírle despotricar contra los comerciantes.

—Yo trato a los comerciantes de la ciudad como lo merecen —contaba al corro de amigos y compradores de Yangana—. Quieren echarme prosa, pero conmigo se estacan. Yo sé que todos ellos deben plata a los mayoristas de Guayaquil. Y que cuando esos mayoristas de Guayaquil les cierren el crédito, adiós prosa. Yo, que no debo a nadie, no pretendo ser más de lo que soy ni cambiaría mi pata al suelo por las de ellos, metidas en zapatos que no han podido pagar.

Más adelante, después de haber despachado una botella de kerosina, o un real de agujas, o de haber comprado una docena de cueros crudos, proseguía sus consideraciones:

—Y los comerciantes gruesistas de Guayaquil les echan prosa a los comerciantes de nuestra ciudad, en la misma forma en que ellos me la echan a mí. Y los comerciantes de acá los toman en serio y se achican. Yo por eso creo que son brutos. No saben, pero yo sí lo sé, que esos comerciantes de Guayaquil deben plata a los gruesistas más gruesistas del exterior, y que si los vendedores de afuera que les fían dejaran de hacerlo, los comerciantes de Guayaquil se arruinarían.

—Yo he puesto tienda de comercio solamente para no dejarme robar —expresaba más adelante—. Los comerciantes roban como si fueran salteadores. Y de esa rabia me metí a comerciante para reventarlos vendiendo más barato que ellos.

Otra razón para creer que los comerciantes eran brutos —«mismo son brutos»— la hallaba en su vil sumisión a los bancos y banqueros:

—Los bancos —decía— tienen la culpa de lo mal que andan los negocios.

¿Por qué meterse entonces con el enemigo? Fíjense ustedes en mí. Yo he hecho mi capitalito sin necesitar para nada de esos malvados. Ellos saben cuando uno anda fregado y le echan la soga al cuello. Entre los bandidos del despoblado de Piura que yo conocí cuando era arriero y los banqueros, no sé a cuáles quedar. Siquiera los bandidos arriesgaban algo… Y esos brutos de los comerciantes, señor, se meten con los banqueros, creyendo que lagarto no come lagarto.

Y caen en la trampa.

Finalmente, el comerciante Baltasar Zárate era germanófilo, también a su manera.

Creía en la ingénita bondad y superioridad de los productos alemanes.

La cuchillería de Solingen era para él la mejor del mundo, y si le ofrecían en venta algún producto manufacturado extranjero encomiando su calidad, peguntaba:

—¿Será entonces alemán?

Y como una vez, en su mocedad, había tenido oportunidad de viajar junto con un alemán, con el cual atravesó el despoblado de Piura y a quien vio comer en el camino grandes cantidades de fiambre, y todo lo que él preparaba en los altos de la jornada, infirió que los alemanes son unos grandísimos tragones, y que no puede saciarlos ni lo que haría reventar a seis hombres de los nuestros.

Ése era el terrible defecto que se oponía a sus grandes cualidades de manufactureros.

Las hijas de Zárate encontraban también muy censurable su manía de recordar a cada paso y a todo el mundo que había sido arriero en su juventud.

En los últimos meses, Baltasar Zárate, había empezado a comportarse como un filántropo en cierne. Su abultada contribución para la campana dejó desconcertados a los iniciadores. Y tenía prometido para el pueblo, en un futuro ya muy próximo, obsequiarle una banda de música, cuyo instrumental se proponía pedirlo directamente a Alemania, para eliminar a los intermediarios voraces —esos cochinos comerciantes, según él—. ¡Esperaba ya catálogos!

No había costado mayor trabajo incorporarlo al éxodo de Yangana, pueblo al cual, con las manufacturas alemanas, quería entrañablemente.

Pero las premiosas circunstancias no le habían dado tiempo para vestir la indumentaria clásica de sus viajes comerciales.

41

Viene José Angelo Maridueña, el as de los embusteros.

Tendrá unos cuarenta y cinco años de edad; de estado casado y padre de escasa prole. Es una de las vocaciones más firmes y reputadas: la gente está acorde en considerarlo como una bolsa de mentiras.

Es un sujeto gordo, alto, de grandes manos flojas y brazos muy largos. Vive en la exageración, en la exaltación y la declamación. Desde el «buenos días» familiar hasta el juramento, perora y bracea furiosamente. Las historietas cotidianas, por anodinas que parezcan, se transforman en sensacionales folletines cuando pasan por sus labios.

Amasa mentiras descomunales con los ingredientes que le proporcionan sus vecinos. Gusta también de hablar de platos sabrosos, y como es un hombre tremendamente expresivo, al hacerlo emplea tal entusiasmo, tal ímpetu, que traga saliva y saliva describiéndolo. Dicen por ello que tiene pasión por la comida. Hay en efecto que oírlo hablar de ella.

Por lo demás, es un hombre de diversas habilidades.

Tiene una admirable caligrafía, lo cual, él lo piensa, le da derecho a ser un colaborador espontáneo de los diarios capitalinos. Quincenalmente se da modos a remitirles largas correspondencias en las que procura dar noticias sensacionales, ya sean verídicas o supuestas. Como en ocasiones suministra relaciones con lujo de detalles, y está todo ello escrito en una hermosa letra inglesa, las colaboraciones no solicitadas de Maridueña merecen el recurrente honor de ser insertadas en el periódico al cual fueran dirigidas.

La habilidad que tiene para moldear historias —y decimos moldear, porque

tiene unas manos inmensamente expresivas para crear el ambiente que evoca— no le acompaña hasta el punto de impartir viveza y amenidad a sus relatos escritos, en los que, ciertamente, se empequeñecen sus cualidades de narrador de viva voz.

Pero el interés del tema sí queda preso en la linda letra, y ha dado lugar a que Yangana haya sido tomada en cuenta más de una vez por el poder central y las agencias extranjeras de noticias.

La primera de sus mentiras que rebasó los linderos de su pueblo y recorrió América fue el relato de un supuesto encuentro a mano armada entre un grupo de colonos ecuatorianos y la guardia civil peruana de uno de los cuarteles de la frontera sureste. En la lucha hallaron la muerte cuatro peruanos —la noticia, claro, era de acá— y un ecuatoriano, quedando dos heridos de parte y parte.

La voz de alarma la dio uno de los periódicos capitalinos, diario de oposición, que publicó, con grandes titulares, la noticia de Yangana, que, en la parte correspondiente, decía así:

> «El encuentro tuvo lugar en territorio ecuatoriano, por la disputa de unas chacras y sembríos de tabaco que tienen los colonos del Ecuador desde tiempo inmemorial. Los asaltantes incendiaron uno de los edificios e hirieron a machetazos al propietario. Mientras los pacíficos agricultores defendían palmo a palmo el suelo abonado por sus afanes, el piquete de la guardia civil que, armado de fusiles y vestido de uniforme, violó el territorio patrio, sufrió cuatro bajas, dejando también dos heridos en el campo. Dos de los nuestros, incluso el propietario del edificio, que resultó macheteado, quedaron heridos».

> «Tales sucesos —proseguía el artículo—, que se repiten a diario en estas apartadas regiones de la patria nos hablan de que por desgracia el gobierno y el ejército nacional nada hacen por defender la integridad del solar que nos legaron nuestros mayores ni por recuperar el territorio que, día a día, nos arrebata el audaz usurpador del sur».

La prensa cablegrafió ese mismo día a los periódicos afiliados a su servicio informativo, «que choques armados entre soldados de las guarniciones peruana y ecuatoriana, de la frontera sureste, habían dejado un saldo de seis muertos y un herido». Y agregaba, parece que informada en fuentes dignas de crédito, que «la

Cancillería ecuatoriana, por medio del Ministro del Ecuador en Lima, había demandado una explicación al gobierno del Rímac».

Y dos días después, en uno de los grandes voceros argentinos, aparecía un editorial que condenaba esta clase de sucesos y llamaba a la concordia a las naciones de la familia americana. Y la cancillería ecuatoriana, ante semejante polvareda, había ordenado a sus oficiales levantar una información.

Ahora bien: todo lo ocurrido era que, de regreso de uno de sus viajes comerciales por el Perú, don Baltasar Zárate había contado, por enésima vez, una antigua historia de bandidos en el despoblado, en la cual el propio Zárate, entonces joven arriero, figuraba como protagonista. Y que este relato de sucesos empolvados ya por los años, había sido oído por Maridueña.

Lo más raro que tenían los infundios de Maridueña es que, después de haberlos contado una vez, empezaba a creerlos a pie juntillas. En este caso, hallábase efectivamente convencido de que el encuentro sangriento había ocurrido en la forma en que él lo relatara, y tenía una rabia concentrada para la incuria del gobierno, que mantiene desguarnecida la frontera sur. Faltaba poco para que llorara de pena de los mártires defensores del suelo patrio, muertos trágicamente en el incidente fronterizo.

Otra mentira que prosperó con extraordinaria fortuna fue la del descubrimiento de unos yacimientos auríferos fabulosos, en la cordillera que nace desde el rio, frente al declive del valle de Yangana.

Un hombre, decía la versión de Maridueña, había ido hasta el río en busca de unas cabezas de ganado que andaban perdidas. En la orilla izquierda le dieron razón de que la vaca overa con su cría, y el torete «chulla-cacho», bayo y frontino, habían cruzado el río y subido la cordillera del otro lado. El perjudicado siguió, en efecto, el camino de la orilla opuesta, averiguó en vano entre los escasos finqueros de la cuesta, hasta que una tarde, mientras descansaba sentado en una peña, divisó… que el cuarzo con gruesas láminas de oro relampagueaba con el sol a sus pies.

Rompió un pedazo de piedra, notó que era sumamente pesada, y se dio maña a molerla. El oro estaba ahí, de «limpiarlo del cuarzo soplando con la boca, en grandes escamas». Pero unos foscos guardianes, días después, defendían el sitio. Eran hombres de la ladera, que estaban, a lo que parecía, resueltos a excluir del goce del yacimiento a cualquier intruso. Y el sujeto que hizo el descubrimiento

no pudo volver a poner los pies en el lugar, ni siquiera para seguir averiguando el paradero de sus semovientes perdidos.

Con este relato Maridueña supo ser más severo y escrupuloso: esperaría oírlo confirmar en buenas fuentes.

Cuando se le ocurrió por primera vez, parecíale que lo oyó contar a alguien, o quizá soñó en ello, no recordaba bien en qué fecha. Para fijarlo mejor y darle corporeidad al conjuro de sus manos elocuentes, corrió a contarlo en la peluquería un domingo cualquiera. La parroquia lo escuchaba embelesada, con los ojos ávidos y la boca abierta. No había pasado una semana cuando uno de los trabajadores de los hermanos Pullaguari, que venía trayendo ganado para el matadero le contó a él, a José Angelo Maridueña, que acababa de saber, por boca de uno de los Pullaguari, que un hombre de las vecindades de Yangana había descubierto al otro lado del río una mina de oro. Y a Pullaguari se lo habían contado algunos en el pueblo. Cuando Maridueña constató que eran otros lo que sustentaban la versión, ya por su cuenta, la hizo repetir, ingenua y hambrientamente, al peón de los Pullaguari, ante un corro de testigos.

—¿No les decía yo a ustedes? —les increpaba luego, como en resentido reproche—. La noticia es ciertita. Los Pullaguari son los que han contado.

Personas serias eran los Pullaguari, y si ellos lo decían, había que empezar a creer. Después de esto, más de cinco repitieron el relato ante el invariable asombro de Maridueña para la sensacional noticia. La moneda falsa estaba en circulación, y, como se había cerrado ya el círculo, era muy difícil dar con quien la hizo correr por primera vez.

Teniendo tan buenos fiadores para que la respaldaran, la versión pudo ser consignada sin mayor riesgo a un mentís, en dos hojas de papel rayado para carta, con esa bella letra de Maridueña, y enviada a otro diario capitalino y a algún diario de Guayaquil.

No se supo bien qué ocurrió con la noticia, pero no llegó a ser publicada. En cambio, un mes después, un ingeniero de minas de la compañía yanqui de Curipamba tuvo la peregrina ocurrencia de ir a pasar su mes de vacaciones haciendo una cacería de pumas en lo más cerrado de las montañas de la cordillera que tenía Yangana al frente, tras un penoso recorrido a lomo de mula, en pleno invierno. Y a poco, y como siguiendo las huellas del esplénico gringo, una comisión del Gobierno del Ecuador fue a tomar posesión de ciertos terrenos

baldíos situados hacia la misma región, en el nombre del Estado.

Las personas mejor enteradas creyeron haber averiguado que el gringo volvió de su aventura con un amargo rencor para Yangana. Y que el informe que elevó a sus principales de Curipamba destilaba cólera y sarcástico desprecio para «esos farsantes mestizos que no saben ni lo que dicen ni lo que tienen».

Y que el geólogo del Estado se rió de buena gana de las muestras de mineral que la comisión encargada por el gobierno para ocupar esos privilegiados territorios «por donde andaba ya merodeando el yanqui con su olfato», remitió a los laboratorios para el ensayo.

Otra reconocida habilidad de José Angelo Maridueña era la de ser un buen cocinero. Era especialista en preparar un estupendo arroz a la valenciana, potaje que aprendió a hacerlo del Cura Novarro, el cura español aquél que andaba haciendo adorar (sic) el cuerpo embalsamado de la que fue su amante, exhibiéndola a los campesinos como una santa. Ese curita, que adoró a aquella linda mujer —porque era linda la chapetona— la servía de rodillas y le preparaba, en persona, los domingos, después de celebrar misa de doce, arroz a la valenciana con pimientos morrones envasados en el extranjero y dos gallinas gordas.

Cuando la mujer del cura Navarro, murió, y él se fue, llevado por una ráfaga maldita de locura, de horror y de pasión, conduciendo el cadáver en un ataúd con tapa de cristal de pueblo en pueblo, dejó en herencia a Maridueña un libro de cocina del tamaño de un misal. Ése era el libro en el cual el curita Navarro celebraba la misa —afirmaba José Angelo—. Y de ahí he aprendido a hacer los platos sabrosos que yo sé preparar.

Sabía también componer dislocaduras y entablillar extremidades luxadas o fracturadas. Esas manos enormes eran manos hábiles para su cometido. Unos cuantos tirones, unas cuantas exploraciones y masajes entre huesos y tendones descoyuntados eran a menudo suficientes: un tratamiento sencillo, barato y no muy doloroso. Era, por último, un amigo excepcional, cuyo placer máximo era pedir un favor para los demás. Ésta puede catalogarse como otra de sus habilidades. Por lo demás, era incapaz de reclamar o solicitar para sí una aguja. Pero si veía un amigo en la desgracia, se lanzaba a las calles, braceando como un espantajo sacudido por el viento. Al primer transeúnte que topaba le caían sobre los hombros unas manos pesadas y cordiales, y, frente a frente, deteniendo a su

interlocutor con la presión de su barrigota sobre la boca del estómago de aquél, lanzaba su llamado:

—Tú no te vas de aquí mientras no me dejes algo para la viuda de Fulano de Tal, que necesita enterrar mañana a su hijo —por ejemplo.

Si había resistencia para la dádiva, había también la resistencia física de él, oponiéndose al avance:

—No te vas de aquí. ¿Lo oyes? Y venía, si el otro lo dejaba, la relación de los tormentos en que la orfandad había sumido a la desventurada mujer. No era raro que el requisado transeúnte depositara su contribución en la mano caliente de Maridueña con los ojos húmedos.

Como Maridueña era tragón y pobre —lo cual no constituye habilidad, desgraciadamente— no siempre avanzaba a quedar satisfecho su estómago grande. Pero en cambio, cuánta alegría espontánea manaba de sus labios, de sus manos, de su corpachón, cuando invitaba a su mesa al primero que encontraba en la calle, así fuera su propia ración la que le cedía.

Se frotaba las manos sin cesar, tragaba saliva —era muy goloso y muy glotón— y mientras el invitado se engullía su comida, el embustero, con los codos en la mesa, empezaba, aguijoneado por el hambre, su nuevo relato.

Y ahora que viene, viene hablando a gritos, pues no puede pensar ni hablar en otra forma.

Promete enviar, en cuanto sea posible, un reportaje sensacional a los periódicos, relatando la forma como ocurrió el suceso terrible que había arrojado a los pobladores de Yangana hacia la montaña indómita.

¡Qué narración sería ésa, si llegara a decir cuánto vio y creyó ver, cuánto oyó y creyó oír, cuánto hizo y creyó hacer!

42

Viene Agustín Carrasco, cultivador de tabaco y fumador exigente.

El más competente de la zona, sin duda. Hacia él mismo sus pequeñas plantaciones para darse el lujo de consumir tabaco por él sembrado y preparado por él. Esto, desde que el Fisco estancó el producto, convirtiéndole en el enemigo más implacable del monopolio estatal.

La gran preocupación de su vida —incluso en la época tan llena de diversas solicitaciones apremiantes del sentimiento que es la juventud—, ha sido perfeccionar su arte de beneficiar tabaco para deleitarse fumándolo y halagar su vanidad de experto oyendo el encomio apasionado de los fumadores calificados.

Resultaba ser el productor ideal: manipulaba el tabaco desde la semilla hasta el consumo. Quien siguiera de cerca su faena, en los largos meses de cuidados, quedaba, al decir de los peritos en el ramo, un experto en tabacología nativa. Pero no se trataba —en los últimos años, años de estanco, y para él, de sobresaltado cultivo clandestino—, de siembras extensas. ¡Oh, no! Lo necesario, nada más, para su propio consumo, con un pequeño suplemento de cuatro o seis hileras, que se destinaban a dar un festín de aromático humo a los amigos.

Buscaba para su siembra —para su menuda siembra oculta— los lugares abrigados de los vientos, las oquedades discretas. El suelo debía ser arenoso, suelto, y tener una buena dosis de tierra vegetal. Para aflojarlo como convenía era necesario removerlo varias veces.

La semilla, cuidadosamente escogida, servía para obtener los almácigos. Hecho el trasplante con una delicadeza de relojero de precisión, asistía, apasionado, al desarrollo lento de las matitas. Rondaba muchas veces por día en

torno a la parcela, pasando revista a las plantas, una por una. Les hablaba en voz alta, e iba contando los nuevos brotes. Uno de sus mayores orgullos era presentar a sus amigotes un campo de cultivo en el cual, a los ocho días de haber efectuado el trasplante del almácigo, no hubiera una sola mata marchita.

¡Y cómo sabía de estas cosas! Sabía…

Sabía cómo comportarse para que las hojas no resultaran demasiado largas ni demasiado anchas. «Nada que pase de los cuarenta centímetros a lo largo ni veinticinco a lo ancho: éste es el asunto» —dogmatizaba.

Sabía cómo preparar y. regular la distribución de los abonos, huyendo de los excesivamente nitrogenados, que hacían hojas de nervaduras demasiado gruesas.

Sabía cuánto y cómo deben aporcarse las matas, después de que el suelo había sido aflojado en torno.

Sabía que las hojas inferiores, las que besan el suelo, deben ser arrancadas por su mala calidad.

Sabía cuándo debe despuntarse la mata, en el periodo delicado de la eclosión de los botones, prefiriendo las horas de la mañana, o las horas serenas de la tarde.

Sabía cuándo el cambio de color de la hoja denuncia al sembrador que la hora del corte ha llegado.

Sabía cómo ir cortando las hojas sazonadas en el momentó de cosecharlas, y qué hoja debía despreciar por su escaso rendimiento.

Sabía cómo deben ordenarse las hojas maduras para trasladarse del campo de cultivo al lugar de secadura.

Sabía cómo han de colgarse las hojas para que se oreen a toda brisa, suspendidas de una cuerda amarrada entre dos palos.

Sabía cuánto debe durar esa orgía caliente que celebraban a puerta cerrada los microorganismos de las fermentaciones con la clorofila, con los hidratos de carbono, con las diastasas.

Sabía qué medida es conveniente emplear para que la química de las fermentaciones no pase de cierta prudente temperatura.

Sabía cuándo ha de dársele a los haces prensados, fermentados y removidos, el «encerado» de clausura, precedido de la lluvia atomizada de un aromático líquido a base de miel silvestre.

—¡Y sabía, ya por último, enrollar estas hojas de tabaco, olorosas, casi

mareantes, bituminosas, flexibles, pungentes, en grandes mazos cilíndricos, fuertemente prensados bajo un devanado de corteza de «pasalla», que fungía de cuerda!

¡Llegaba entonces la hora de la gran delicia, que bien ganada estaba!

La «huanlla» afamada, ceñida como una bobina por la tupida envoltura de la «pasalla», con su cuerpo vermiforme terminado por ambos extremos en redonda cabeza negra, iba al degüello y a la trucidación: la mesa de picar y la gruesa y afilada cuchilla la esperaba para cortarla en rodajitas primero y hacerla picadura fina después.

A poco, los afanes, y el sudor, y la espera anhelante, y el trabajo crujiente de la cuchilla se convertían en una nube en torno de la cabeza obstinada de don Agustín Carrasco.

Tiraba la respiración, como si descansara de largas jornadas de fatiga y se premiaba el esfuerzo entrecerrando los ojos, salivando a su gusto, y dedicándose a soñar.

Era entonces lo que, como colofón a sus trabajos y esperas, daba una opinión sobre sí mismo.

—No soy, amigos míos, otra cosa que un hombre que fuma —les decía a sus invitados a las primicias de la cosecha—. No soy otra cosa, efectivamente. Entre cigarrillo y cigarrillo me casé. En la pausa de otro cigarrillo me quedé viudo. Lo peor que me ha ocurrido ha llegado en la pausa que hago de un cigarrillo a otro cigarrillo. Y por eso, cuando deje de fumar he de morir. ¡Y he de dejar de fumar cuando muera!

Sus amigos que conocían ya el sentido de sus explicaciones, nada hacían por discutírselas. Algunos de ellos, los más comodones, le daban ocasionalmente la razón, y creían con él que la vida es, para numerosa gente, no otra cosa que un confortable local donde se fuman muchos cigarrillos sabrosos, un sitio donde hay un buen surtido de tabaco para ponerse a ensoñar, en medio del humo, con los ojos semicerrados.

43

Viene una santa: doña Justa Carreño —la señorita Justa.

La santa era una mujer que no lo parecía. Don Vicente Muñoz no le perdonaba su apariencia saludable, profana y burguesa.

—Una santa —alegaba él— debería ser delgada, liviana, anémica y extenuada. Tener unas manos muy pálidas y heladas. Hablar en voz baja y cavernosa. Caminar con los ojos en el suelo. Tener un rosario entre los dedos. Vivir comiendo poco y mal. Considerar al cuerpo como la cárcel inmunda del alma inmortal, y no acicalarlo sino mirarlo con un infinito desprecio y asco. Pensar día y noche en la divinidad y en la vida ultraterrena. Frecuentar la iglesia y el confesonario. Tener callos en las rodillas. Ser castísima, absurdamente casta, hasta en el pensamiento. Llevar cilicios bajo las viejas ropas sucias. Tener ningún atractivo sexual.

Ser incapaz de herir los oídos ajenos con una mentira o una frase torpe. ¡Y tener escasísimas facultades intelectuales, o ser una desequilibrada, para meterse a una profesión tan poco higiénica y elegante!

Pero he aquí —comentaba al enfocar el caso— que ella no llena ninguno de estos requisitos que consideraba yo esenciales: Es gruesa, robusta, sanguínea, de cuerpo achaparrado. Se ha casado en su mocedad y tenido varios hijos bien hechos, que demuestran con cuanto placer se dedicó a la procreación. Cuando se divierte —porque se divierte cuando cree conveniente— lo hace francamente, a boca llena, alegrándose toda ella, en cuerpo y alma. Mira de frente, aguanta una broma y no se escandaliza ante las debilidades ajenas. Tampoco vive en la frecuencia, ni calentando los ladrillos de la Iglesia. Es muy correcta en el vestir y

parece que se baña y se lava muy a menudo. ¡Y sin embargo, amigos, la consideramos como una santa!

Si bien se mira —continuaba— no es sino una persona muy correcta. Una excelente mujer, digna de los más altos elogios. Adivinemos dónde están sus condiciones de santa.

¿Será porque aguanta las borracheras de su marido? No: otras las aguantan también. ¿Será porque jamás ha tenido un disgusto con su suegra? No: ella no ha tenido suegra, pues su marido era huérfano. ¿Porque ha dicho siempre delante de una persona lo que diría también a espaldas de ella? No: algunos somos tan francos como ella, sin merecer esa reputación. ¿Porque ha sabido criar bien a sus hijos?

No: puesto que ello no es otra cosa que ser un buen padre o madre de familia. ¿Porque no ha sido celosa con su marido? ¡Hombre, tal vez por eso! ¿Porque no ha mentido nunca? Por eso quizá. ¿Porque no es curiosa ni se ocupa de las vidas ajenas? ¡Oh, puede que por eso sí! Que por esto sea una santa.

Ahora —añadía por último—, tenemos que sumar, amigos.

¿Quién o quiénes de nosotros, pobres pecadores, tiene ese total? Aisladamente, claro, entre todos, tenemos todas esas bondades. Pero ella… ella las tiene todas, y de una vez.

Además, resistió hace años al sitio que le hizo Carlos Botado, entonces en su pleno vigor. ¿Quién de vosotros, amigos míos, habría podido resistir otro tanto y cantar victoria?

Aquí las risas imponían una pausa a don Vicente. Cuando habían cesado, ya cambiando el tono de voz, concluía:

—Ella sabe dignificar la atmósfera del lugar donde está. La conversación cambia en el instante que llega y empieza a girar alrededor de tópicos más elevados, más sanos, más puros. El vocabulario mejora, cesan los «cachos" colorados, y la gente, con su sola presencia silenciosa, se pone, en cierta medida, espiritual. El bocón Camilo, por ejemplo, no despega los labios, se sienta correctamente y quizá le parezca que se halla en presencia de una gran claridad. Los borrachos, cuando la alzan a ver, dejan de beber y de decir sandeces. En un velorio, los concurrentes se ponen a la altura de las circunstancias. Con ella entran a cualquier sitio, por desordenado que se encuentre, el orden, la ponderación y la medida. Si hay bronca, ella la detiene en seco. Dan deseos, al

verla, de hacer un favor, de ser útil a alguien. ¿Han oído ustedes, amigos míos, gritar en una reunión desaforada: "|Ya viene ella! ¡Ya viene ella!» Todos se sienten chiquitos, bien chiquitos, como si tuvieran un papá muy severo, que fuera a encontrarlos infraganti al tiempo de cometer un hurto muy feo, quitarle las monedas a un pordiosero, por ejemplo. La compostura se establece de golpe, y las caras se miran, quizá avergonzadas, de que se hacía y se decía. ¡Y esto sí, todo esto, es algo, amigos míos, que sólo la santidad puede dar! Montalvo decía al respecto, a propósito del cura de Santa Engracia… —y aquí, después de aclarar que él mismo se sentía hechizado por la rechoncha figura de la santa, y que para defenderse hacía lo posible para hablar de ella en broma, iniciaba una nueva glosa montalvina.

44

Viene el bocón Camilo Isidro, el hombre del peor vocabulario de Yangana.

Érase un sujeto alto y enteco, de frágil contextura y una cierta elegancia espontánea de movimientos. Saludaba descubriéndose en una forma ceremoniosa, que hacía presagiar más bien a un sujeto de cánones sociales muy correctos.

Pero había que oírlo hablar.

Corresponded a su cortés saludo, preguntándole cómo ha amanecido, si lo queréis oír.

Él os dirá entonces…

Dejad, irritado, al día siguiente, de contestar su salutación matinal.

Que él os increpará diciéndoos…

Intentad conquistarlo invitándolo a una copa del mejor anisado que destile Rosita Sandoya.

Él os aceptará agradeciéndoos así…

Acceded a hacerle el favor que os pide, que él os agradecerá en estos términos…

Negaos a servirlo porque un tipo que emplea semejante lenguaje es indigno de recibir de vos la más insignificante merced, y él os recompensará así…

Viene en esta vez con la cara amarrada en un inmenso pañuelo sucio. Tiene un horrible dolor de muelas, síntoma que para él indica que una de sus amantes se halla encinta.

Atreveos a preguntarle cómo se siente, que él entonces, empleando lo más florido de su lenguaje, os dirá…

45

Y vienen:

El paralítico Asunción Medina, primo hermano del matarife de la prole innumerable, que se quedara inválido a consecuencia de una luna de miel desaforada. Policarpo Alvarado, mutilado hace tiempo, cuando una viga que se precipitó desde un puente en construcción le amputó ambas piernas: desgracia personal tremenda, que, sin embargo, no anuló al trabajador, pues todos reconocen en él a un vigoroso jornalero, sin hiel para la lampa y la barreta y a un jinete no vulgar. El manco Antonio Masa, serrano puro, indio puro, ya con pelo corto y calzón largo, que perdio su diestra en una molienda de caña. Doña Mercedes Guabán, que anda casi a gatas debido a su columna vertebral lisiada. Doña Teresa Tenemasa, con la cobriza garganta cargada de cotos voluminosos como chirimoyas. Agustín Fierro, del tronco de don Lisandro, antaño un hombre robusto, hoy un inválido, con dos hernias inguinales enormes y un cólico horrible cada luna por causa de las mismas. El ciego Nicanor Bazarán, a quien las viruelas atacaron en la infancia, en las niñas de los ojos.

En tres chacanas de varas delgadas, cubiertas con sábanas a modo de toldo, vienen tres enfermos delicados que no pueden servirse de sus piernas ni montar a caballo. Por cierto, una de las chacanas va ocupada por una parturienta, que arde en fiebre desde el primer día de la jornada.

La cuarta chacana, en el quinto tambo, fue arrojada al fuego con todas sus ropas… pues resultó inútil. El paciente que iba dentro falleció en condiciones no bien establecidas, y lo enterraron cerca, cerca de una de las fogatas encendidas en la trocha recién abierta. En una tosca cruz de madera fresca, desbastada a

machete, José Angelo Maridueña, con su bella letra, había trazado, con un carbón, estas dos iniciales M. O., porque Matías Ortega se llamaba la primera víctima de allende Yangana.

Viene, en fin, un muestrario acaso cabal de humanidad; un mundo comprimido y abreviado en el que están representados los vicios y las virtudes, los temperamentos y las aptitudes buenas o malas; las grandezas y miserias del hombre; la conducta, el pensamiento, la acción; el hambre, el deseo de no morir, el miedo, el odio y el amor.

Vienen todas las edades humanas. Viejos, jóvenes, adultos, niños, infantes de pecho. Hombres y mujeres; belleza y fealdad; blancos, indios y mestizos; mulatos, zambos y negros; flacos y gordos; altos y pequeños; ladrones y beatas; analfabetos y músicos, armadores de casas y sepultureros; hermosas muchachas y cuerpos deformes; borrachos y perdonavidas; curanderos y tinterillos; desequilibrados y tontos de capirote; optimistas y escépticos. Frentes estrechas y frentes anchas; ojos negros, café, azules, verdes, color de acero; ojos alegres y brillantes; ojos sombríos; ojos oxidados por la ictericia; ojos ribeteados de rojo. Pieles lisas, pieles arrugadas; velludas y lampiñas; frescas y cálidas; sudorosas; suaves y ásperas. Bocas desdentadas, labios gruesos, labios delgados, labios leporinos, labios rosados, pálidos, secos…

Un olor de cuerpos humanos, en masa, sudorosos, sucios, empapados, en que sobresale el tufo unas veces excitante, otras pungente, otras repugnante, de las axilas, se mezcla en el desfile con el olor de las ramas recién cortadas, con el del humus podrido, con el que se levanta de la piel de las bestias de carga, y del suelo hollado por centenares de cascos y pezuñas, mancillado por los excrementos de los densos rebaños.

Una sociedad en almácigo, con una explosiva voluntad de vencer a la muerte, era la que resbalaba trabajosamente, lentamente, por el cauce que iban abriendo los machetes en la montaña.

46

Los sentidos no habían, pues, engañado a Joaquín Reinoso.

Era casi de noche cuando logró ponerse a tiro de fusil del real de los viajeros. Un pueblo entero se venía. Una vez que, entre las sombras, alcanzaron a divisar, en la hondonada, la fogata del rancho de Reinoso, y oyeron el lejano rumor del río, dejaron escapar, cual un gran alarido de alegría salvaje, una palabra que luego repitieron las voces, con apasionada monotonía:

—¡Palanda! ¡Palanda! ¡Palanda!

Un largo rato después, todavía los más exaltados seguían con su ronco estribillo:

—¡Palanda! ¡Palanda! ¡Palanda!

Joaquín Reinoso, agazapado a favor de la oscuridad y de los gruesos troncos, avanzó con mucha cautela, tratando de reconocer los primeros grupos que divisaba penosamente.

Fue en vano. Había que esperar a que se encendieran las primeras fogatas: la orden de prender fuego acaba de ser impartida.

Ya más luego pudo ver:

Que el churón Ocampo, su amigo de la infancia, compañero de travesuras y correrías allá en Yangana, trabajador como él después, hace pocos años, en las minas auríferas de Curipamba, parecía ser el jefe. Y que los demás, que eran gente asimismo de Yangana, le obedecían.

Pues él fue quien destacó la cuadrilla de hombres que harían leña para alimentar el fuego hasta el amanecer.

Pues él fue quien dispuso que otra comisión se hiciera cargo de los rebaños

hambreados.

Pues él fue quien ordenó preparar el rancho.

Pues él fue quien se negó a permitir que se bebiera en alguna parte un poco de aguardiente o de chicha de jora fermentada, para celebrar la alegría de estar solamente a media jornada de Palanda, que era el fin del viaje.

Pues él fue quien comenzó a supervigilar a manera de autoridad suprema el cumplimiento de sus disposiciones, recorriendo, uno por uno, todos los grupos.

¡Era su gente, era su pueblo, las personas que Joaquín Reinoso consideraba suyas, las que venían!

La tremenda tensión de ese día y del anterior ante los temores de un peligro desconocido habían cedido su lugar a un estado de regocijado desconcierto.

Era para caerse muerto de pura perplejidad. Parecíale todo ello tan absurdo, tan inverosímil, que prefería a ratos imaginar que estaba soñando. ¿Se habían vuelto locos todos los pobladores de Yangana? ¿Qué mosca les había picado a todos ellos, ¡a todos!, y les traía en masa por estas soledades? ¿Debiera hacerse presente ante ese hato de desequilibrados, diciéndoles quién era y ofreciéndose para conducirlos al río, donde él tenía su casa, su chacra y su huerto? ¿Y cómo andarían de víveres? ¿No venían para caer como una plaga y arrasar los frutos que él había cultivado?

¿Y su mujer, que aguardaba sola en la noche, qué estaría pensando al ver que ni llegaba, ni daba la señal convenida?

¿Era posible rumbear a través de la montaña, en la oscuridad impenetrable, y llegar a la madrugada, con un silbido tranquilizador y una noticia sensacional y al mismo tiempo mansa, a copiarle que acababa de ver a toda la gente que puede verse en la plaza de Yangana en un día de fiesta, encaminándose al rancho que los dos tenían aquí, en Palanda, con el exclusivo objeto de hacerles una visita de cortesía, y barrer con cuanto había sembrado el joven matrimonio en un claro de la montaña?

¿Motivo de regocijo?

¿Amenaza de hambre?

¿Mortal peligro?

INTERLUDIO:
La canción beoda de las semillas

Gordillo, el agrónomo fracasado, pensaba, en tanto vigilaba el inmenso hacinamiento de semillas que conducía don Elíseo Aliaga, que era necesario, afrontando las consecuencias que podían sobrevenir, remojar la alegría indescriptible que experimentaba la gente del éxodo al divisar la tierra prometida. Esa fogata de Joaquín Reinoso, que palpitaba allí en lo hondo, con su muda llamada, inspiraba a Gordillo un irreprimible deseo de «estar al lado de una "limeta», como solía decir. Empero el churón Ocampo, ese ceñudo y autoritario jefe de la aventura, había prohibido beber en el campamento…

Don Elíseo Aliaga venía trayendo un calabazo de claro de jora muy bravo, que empleaba —¡oh, destino cruel!— en soplarlo en las narices, orejas y patas de las bestias para ahuyentarles la fatiga. ¡Si él, Gordillo, pudiera deslizarse sin que lo sintieran, hacia la deseada vasija!

—El dios de los bebedores está conmigo; se nos ha venido también —exclamó para sí, cuando don Elíseo Aliaga, recomendándole cuidado, se retiró un momento fuera del real.

Llenó, en cinco segundos, su jarro grande, al cual depositó despaciosamente, junto a una gruesa raíz. Luego besó largo, muy largo, la boca de la calabaza, cuyo vientre se elevó en dirección a las tupidas copas de los árboles.

Cuando don Eliseo volvió, tropezando en las raíces y abriendo mucho los ojos para ver dónde pisaba, percibió un olorcillo de licor derramado que se destacaba muy bien en el aliento fresco y húmedo de la noche en la selva.

—Parece que mi poto está mancornado y regándose —observó, y fue al sitio

para enderezarlo. Lo encontró bien tapado pero, al tentarlo, quizá lo notó más liviano, porque exclamó, como para que lo oigan:

—¡Humm!

Y no volvió a preocuparse más de ello.

Joaquín Reinoso, cuyo escondite quedaba cerca, exactamente tras las árguenas de semillas que ahora se hallaban cubiertas con las mantas y los sudaderos de las acémilas que las portaban, vio la escena, y tuvo deseos de reír y de volcarse el jarro a Gordillo. Pero en su vida había visto antes la cara de este mozo, y al avanzar, habría podido ser sorprendido. Era mejor dejarse estar.

A poco, la alegría de Gordillo iba a hacerle reventar. Miraba en todas direcciones, en busca de un ser humano digno de confianza para que comparta su júbilo, pero así, en la forma tumultuosa en que lo sentía él venir. La lengua le comía por hablar, por gritar, por perorar aun cuando sea a la nación entera. Por los brazos le circulaba un torrente de fuego dulce.

La estatura moral del churón Ocampo había descendido un palmo ante sus ojos turbios.

El nivel del jarro había descendido también.

De súbito, Gordillo pareció haber tomado una resolución y avanzó, sin vacilar, al austerísimo don Elíseo.

—Oiga, tayta Elíseo —le dijo—. Yo necesito que usted me haga un favor. Pero que me lo haga, como hay Dios.

—Habla, muchacho. Y… retírate un poco de mi cara, porque me puedes emborrachar.

—El favor que le quiero pedir a usted, tayta Elíseo, es que me oiga.

—Prefiero oírte que olerte —le contestó.

—Es que quiero que me oiga, tayta Elíseo, mi canción de las semillas.

Don Elíseo se encogió de hombros.

—¿Entonces la digo, tayta Elíseo? Sí, la digo. Porque si no la digo, y si no la digo ahorita mismo, me muero. ¡Me muero, como hay Dios! ¿A que la digo?

Ahora bien: la canción beoda de las semillas, que dijo Gordillo, semiloco, bohemio y estudiante fracasado de la Escuela Agronómica y hubo de oír, sin quererlo, Joaquín Reinoso, era así:

> «En primer lugar el loco debe cantarte a ti, simiente de la alegría, chicha madura de semillas germinadas, que lo han hecho un loco más loco, más

cargante y más locuaz.

«Al loco ha dejado de importarle, entiéndanlo bien, que el churón Ocampo, tirano del campamento, lo castigue de obra, ni que amanezca envenenado con el alcohol y con la lengua seca como algodón. Una nueva provisión de "alimento» no ha de faltarle. Por lo pronto, el loco está derrochando esa alegría ficticia que presta, está gastando imprevisoramente su cosecha de mañana. ¡Ya lo sabe, pero apenas le importa! La semilla está aquí, en las árguenas, y fácil es oírlas germinar en este clima cálido.

«El loco Gordillo ha venido pensando, en el camino, en que esta carga preciosa que han confiado a tayta Eliseo Aliaga, trae para la tierra nueva, para la tierra virgen, una simiente desconocida. ¿Han oído cómo en las árguenas retumbantes suenan las semillas; han venido sonando las semillas? ¿No han sentido la música de los cereales secos golpeando contra el parche de las árguenas, al trote de las acémilas?

«El loco es, desde hace pocos días, un amigo de ustedes. Es también un viudo desgraciado que se ha unido al porvenir que les aguarda. ¡Porque ustedes también son una semilla! Y el loco debe bendecir a la semilla de la alegría elocuente, que le hace hablar desde este depósito de las semillas que custodia tayta Eliseo Aliaga, corriendo todos los riesgos del castigo. Y vaya si conoce a fondo la forma como nace al mundo la potencia de esta chicha sagrada. ¿Quieren ustedes conocerlo?

«¡Sea! ¡Sea!

«Cada grano de maíz es el germen de cien palabras disparatadas salidas de una boca ebria. En una atmósfera húmeda, de humedad ciento por ciento, el grano de maíz blanco, vidriado, pulido, dental, marfileño, duro, siente que le bullen en las entrañas unas fuerzas oscuras. Le coge un escozor muy fuerte —¿recuerdan ustedes cuando va a salir un diente? — y para poder rascarse puja y puja como un animal atascado. Rompe el cascarón y saca un bracito menudo, un gusanito blancuzco para aplacar la comezón. El brazo crece, y si tiene en qué agarrarse, se convierte en tallo. Se hace inmenso, como una lanza plantada verticalmente y tremola

sus penachos y sus cintarajos ásperos. A los siete meses, del diente caído en el suelo ha nacido una mazorca poblada de dientes postizos.

«¡Por favor, negro Vilela, no deje usted que el bracito blanquecino crezca! ¡Al loco le conviene poder beberse las semillas! Usted las destina mientras están en jora. ¡Jora, jora! ¡Maíz partido, con las entrañas afuera, estás cometiendo, lejos del subsuelo, un pecado contra natura! La batea en que germinas se pone caliente al tacto. Se echa de ver que estás indignado, al ver que te escatiman el suelo en que debes arraigar. Luego te sumergen en agua levemente endulzada, en unas ollas panzudas, y por allí te cueces, y te obligan a dar lo que tienes en tu cuerpo y en tu espíritu.

«En unas ollas panzudas, borrachas ya, unos tipos, ciertos tipitos pequeños, muy pequeños, aguardan a que la bebida resultante se enfríe, e incuban, entretanto, la alegría de los hombres. ¡Madre de las fermentaciones, bendita seas!

«A los tres días, la chicha suena con un chasquido efervescente. ¡Eructa alegría! Así la ha encontrado el loco en cierta parte que se reserva. Estallan los tapones con estrépito. Burbujea y está picante, espirituosa y espiritual, capitosa, sápida y amable. ¡Esos bichitos invisibles, esas personitas menudas nos han dado elaborada la alegría!"

Las fogatas empezaron a prenderse en el real, y cerca de ellos, y a pocos pasos del orador borracho, un humo tenaz se retorcía entre la arboleda, haciéndoles llorar la combustión mal consumada de las ramas frescas. Joaquín Gordillo dirigió una mirada en torno, tosió un poco, y presumiendo que tras la humareda le escuchaba un absorto auditorio de sembradores prosiguió:

«Y ahora que está alegre el loco por obra y gracia de la chicha de maíz que ha bebido de cierto depósito que se reserva, exaltará también a la cebada, modesta compañera de sus hambres. ¡Campos amarillentos que le dieron la primera impresión del mar! También ha sembrado cebada, hundiendo los pies hasta los tobillos en la besana, tras el paso pesado de los bueyes. Ha desparramado puñados de semilla al voleo, lanzándolos, contra el viento, al porvenir. Lo ha hecho en los meses de setiembre,

cuando el maíz ha sido guardado en las parvas y los graneros, y sólo queda la estacada quebradiza de la gramínea seca. Creces, oh cebada livianita y cortezuda, en el frío de las altas laderas de Yangana, cerro arriba, en la rampa que conduce al cielo. No necesitas, como tu primo el arroz, aliento encendido y agua caliente. ¡El loco te conoce desde niña, cebadita! Empiezas siendo un tallito débil, una carlita capilar que apunta de la tierra su mechoncito. Un poco adentro, al alcance de los dedos te encuentras, oh amiguita enferma, entreabierta, hinchada, desencuadernada, malteada.

«Te nacen unas delgadas hojas ásperas. Y dentro de poco te pones púber, y te crece la espiga, un moñito cerdoso que defiende a los granos nacientes como una alambrada. Quien aplasta entre los dedos uno de aquellos granos blanduchos, ve estallar un chorro de leche: leche aún no coagulada en el albumen. Al loco le encanta arrancar las espigas maduras y colocarlas bajo las polleras de una chica, en sentido contrario a la posición que tienen en la planta. Al instante la espiga, con la ayuda de su cauda áspera, comienza a subir, a subir, a subir con los movimientos del cuerpo, al cual pasa haciendo una rasmillante caricia.

«Y después de la siega, la parva, la parva enorme y amarilla. Y luego, a deshacer la parva, echando a volar las gavillas en las eras. Moña de las eras, disco desnudo donde galopan los caballos: allí ha amado el loco, derribando muchachas en los montones de tamo. El grano en el centro, barrido con escobas de retama, hace de testigo impávido. Mientras que la paja, como espuma batida por los caballos, quebradiza, aplastada y muelle, se dispone a servir de colchón para las entrevistas nocturnas.

«Se aproxima ya la gran hora. Las mujeres te tuestan, menudita como eres, en medio de un humo negro, parecido al que levantan estos pésimos cocineros que rodean al loco. Quien tome un puñado del grano aún caliente podrá oler tu pancita quemada, de aroma saludable y cerril. Ya fría, te encaminas en grandes alforjas al molino.

«Y allí la cebada tostada, otra vez caliente por la mordedura de las dos piedras molares, huele magníficamente. Tras de la casa vieja, de paredes perforadas por los balazos de los hoyolos y abejas de miel silvestre,

suena la acequia de agua que se lanza sobre la rueda motriz, rota y babeante.

«De este sitio bullanguero y polvoriento, blanco y fragante, rodeado de hombres, mujeres y bestias de carga, vas a casa, a pasar por el cedazo. La mano corre sobre la harina, que conserva todavía la tibieza del molino, rascando la tela de cerda, como en una callada pero olorosa pandereta.

«Bajo el cedazo cae el polvo delicioso y durable, esta máchica que al loco tanto gusta, si bien un puñado de ese polvo mudo en la boca le impondría un transitorio silencio, y ya nada podría decir entonces de las semillas que se hallan en las árguenas sobre las cuales acaba el loco de derrumbarse.

«Y eso sería una traición a los cereales más sonoros de la creación, que aman el ruido sobre todas las cosas, oh, porotos dignos de todas las alabanzas!

«¡Porotos, porotos, que aquí vais llenando árguenas por docenas para sembrarse en las tierras de Canaán! Son alegres porque son coheteros. Gustan de la pompa de las detonaciones y de las salvas en honor de las digestiones. Inflan el vientre, que se llena como una vejiga. Horas después, la vejiga, en vez de estallar, prefiere perder aire estrepitosamente. ¡Taparse los oídos y las narices, ex-vecinos de Yangana!

«¡Porotos amados, sabrosos, nutritivos y escandalosos, cuánta pólvora gastáis en salvas! En cambio, muy poco exigís al chacarero. Crecéis a la sombra del maíz, y os abrazáis a su tallo, retorciéndoos como el recuerdo de su amor en cierto viudo ejemplar. Os siembran con el maíz, hacia el mes de octubre. El loco os ha visto nacer, cuando los chirotes malvados, cayendo a plomo sobre los surcos con una copla y una pechera sobre el buche, trataban de picotearos a mansalva. Erais una pobre cosita también. Hundidos en el suelo, como un testículo arrancado, os dividís al fin en dos alitas carnudas, de cuyo centro brota un pescuecito que más tarde se vuelve hoja de nuevo. A veces os quedáis

desamparados, sin tener dónde tender los tirabuzones de las guías. Os echáis a gatear entonces y os enroscáis donde sea posible, hasta que los hijos nazcan, amedrentado y enfurecido, como una perra parida.

«Pero a veces, ¡oh, tayta Elíseo, oh, amigos! les da a los porotos por hacerle la competencia a las habas y se ponen grandes y planos, como el dedo gordo del pie. Se llama poroto pallar cuando adopta ese gran empaque. Parece el matón de la familia, con su facha aplastada e imbécil de perdonavidas. Es el Primo Camera de las alubias. Tiene defectuoso, sin duda, el funcionamiento de la hipófisis. Debe preferirse el judihuelo, menudo y pintiparado, o la zarandaja, que tiene una cresta en el lomo y que, ¡oídlo bien!, no avienta el vientre. ¡Por lo cual, durante las noches, mientras se duerme, en la casa donde se comió zarandajas no se escucha ninguna salva de artillería pesada!

«Pero al querer dañar un matrimonio joven, alimentar a los novios con porotos y col. Y guisar con cebolla, con mucha cebolla. El loco sabe cómo lo dice.

«La col, ¡cómo la conoce! Trátase de una dama mal intencionada, polleruda y follona, que ha venido de los acantilados de la orilla del mar hasta las huertas de América. Señora gorda y culona, de enaguas almidonadas y sonoras, olorosa a azufre, presta este azufre para los malditos disparos de que el loco hablara.

«¡Y la cebolla! ¡Tú has hecho llorar al loco como si fueras una pena! Por ella ha llorado, como ha llorado también por su mujer muerta y por su carrera trunca. ¡Venid hacia el loco, que conoce de dónde procedéis, y cómo os comportáis bajo tierra!

«Es un topo, ¡oh, tayta Elíseo Aliaga, oh, amigos!, que elabora una pera debajo del suelo. En la superficie no es nadie: un tubo verdoso terminado en una plomadita blanca, que se balancea como campanilla en el sol que hace afuera! ¡Pero por dentro! La pera se hincha como un dolor de muelas. El bulbo es un tejido concéntrico de telitas suaves, más carnudas cerca del corazón, a veces rojo y en otras blanco. Parece un gran renacuajo botánico clavado de cabeza. El gran cráneo tiene unos

> pocos pelos en la coronilla. ¡Huele mal y sabe bien! ¡Y qué mal huele en el aliento del vecino o de la novia! Por eso decía ya el loco que contra matrimonio: cebollas, porotos y col.
>
> «¿Qué les parece, tayta Elíseo; qué les parece, amigos, esta receta?
>
> «¡Pero qué parentescos más inesperados le han descubierto los botánicos a la cebolla, amigos! Junto a ese olor, que está bien con ella, de su primo menudo, de agudos colmillitos, el ajo, que es también una interjección que el loco prefiere, va el noble de la casa, el aristócrata de la familia, que huele maravillosamente a pañuelo de mujer elegante: el lirio, de genio lánguido. ¿Y qué tiene que ver el perfume aliáceo con el del lirio, gran Dios? El loco se queda a gusto con el puerro, de anchos calzones en forma de palillos de tambor y con la cebolla lacrimógena, personajes que vinieron, según dicen los entendidos, desde el lejano Afghanistán, en tiempos remotísimos…»

Era indispensable ahora sí clavar los ojos en el auditorio, para acabar de magnetizarlo, y Gordillo, irguiéndose con alguna dificultad sobre las árguenas hacinadas, extendió sus miradas interrogantes sobre su redor, para consumar la obra.

Mas tayta Elíseo y algunos curiosos que habían estado riéndose de oír lo que Gordillo decía, ahora bruñidos por las llamas y completamente olvidados de la oratoria exaltante, asaban tasajos de carne en la fogata.

> «Oír, amigos, por favor —gritóles al verse desolado—; oír, que la canción de las semillas aún no se ha terminado. Al loco le falta aún hablar de las frutas: del aguacatero, envase verde de manteca que… de buena gana estrellaría contra ciertas narices presentes y ausentes a la vez; del plátano, de muslos hinchados con erisipela y grandes manos enguantadas de oro; de la piña, la naranja y el maní, de los testículos rancios del cacao… de esta arca de Noé de semillas que conducimos al futuro, al porvenir…»

Pero nadie, además de Joaquín Reinoso, que temía ser descubierto si se movía mientras el chorro de elocuencia de Gordillo se derramaba sobre un auditorio «con las narices ausentes y presentes a la vez», quería seguir

escuchando su canción.

SEGUNDA PARTE:
Yangana cuando era pura

Advertencia preliminar del traductor

Un año antes del gran éxodo, un gringo muy joven, que afirmaba ser norteamericano y llamarse Míster Spark, a secas, llegó a Yangana y estuvo herborizando largos meses en las montañas vecinas.

Parece bien averiguado que le interesaba principalmente el estudio de las quinas, y que por eso escogió, como era natural, entre todas las de la República del Ecuador, esta provincia, y en esta provincia, las cordilleras de Yangana, donde crece espontáneamente la mejor quina del mundo, la famosa *Cinchona Succirubra*.

Hizo del pueblo de Yangana el centro de sus exploraciones, y después de un incansable mariposeo por los bosques colindantes, dijo haber terminado sus labores en la región. Y un buen día manifestó a don Vicente Muñoz —y quizá también a otra persona, como lo veremos después—, en su ya aceptable castellano, su decisión de marcharse por el oriente para ganar el Amazonas y luego el Atlántico, siguiendo la ruta de los grandes exploradores clásicos, especialmente, el itinerario de un sabio inglés tuberculoso del siglo pasado a quien admiraba, un tal Richard Spruce, contra quien el joven explorador norteamericano tenía la queja —el testimonio es de Muñoz— de que no le dejó casi nada nuevo que decir ni que estudiar sobre las quinas.

Días después del anuncio, que según informaciones fidedignas, le resultó muy penoso de dar, precedido de un fuerte convoy de peones, macheteros y guías, y algunas bestias de carga, emprendió el viaje teniendo como punto de referencia el curso de uno de los todavía pequeños ríos sud-orientales. Y desde que se vio de Yangana la fogata que los viajeros encendieran en el cerro del

Colambo, en uno de los altos nocturnos de su camino, ya para tramontar la cordillera oriental, el curso ulterior de su aventura se convirtió en una leyenda que tuvo, en el pueblo que le alojara tantos días, hasta diez versiones diferentes. Pero en concreto, nada positivo ha podido saberse de él.

Dejó en Yangana algunos trípodes que le parecieron impedimenta demasiado incómoda, un nivel de ingeniero y varias libretas en blanco.

Seis libretas en blanco, menos una…

Los párrafos que siguen pertenecen a esa libreta olvidada por el viajero. La habían encontrado, con las otras, en una mesa del convento de Yangana, lugar de su partida al Oriente amenazador. Y fue a parar al archivo de la Intendencia General de Policía de la Provincia, a raíz de cierto reconocimiento póstumo que sufrió, por parte de hostigadísimas fuerzas armadas, el que fuera un tiempo «floreciente y original pueblo de Yangana», como lo llamaba, con una especie de reticente admiración, y en su bella letra estilográfica, el gringo Spark, del personal del «American Museum», cuyo paradero actual no se conoce con exactitud, si bien en Yangana se hablaba a ciencia cierta de su trágico fin.

— **El traductor.**

2.— Un pueblo de 1.500 habitantes que tiene más de trescientos años.

Este pintoresco villorrio es ya una población vieja, no obstante lo cual carece de historia fidedigna. Por los registros bautismales de la parroquia de Santa Rosa puede colegirse que Yangana existía ya como anejo en el siglo XVIII, en lo más cerrado de la época colonial.

Parece establecido que españoles de la ciudad de Loja edificaron las primeras casas, trazando, como era costumbre, la plaza pública en el centro de un descampado, a pocos pasos de un asiento de indios, del cual heredó el nombre quechua que ostentaba. En la plaza levantaron una maciza iglesia de adobes, que pudo desafiar con su solidez al tiempo impávidamente. A poco, la naciente población se convirtió en un hito de la ruta que los españoles seguían para ponerse en contacto con las riquezas auríferas orientales, teniendo a la ciudad como base de operaciones y de aprovisionamiento. Yen la época en que los salvajes destruyeron las avanzadas más profundas de los exploradores, Yangana quedó aislada del mundo, lejos de los puestos de penetración y todavía más lejos de la ciudad. Ahora mismo, casi seis días de un camino penoso se emplea desde aquí para llegar a ella, cuando el tiempo es bonancible. Si los ríos que precisa pasar están crecidos, y la vía tiene más lodo que de costumbre, la duración del viaje puede duplicarse.

Hace pocos años, la República la reconoció como parroquia, en atención a su antigüedad. Quedó incorporada a la Ley de División Territorial por obra de un Decreto Ejecutivo; hecho que para la población habría pasado desapercibido de no haber coincidido la expedición del decreto con la venida de un intruso que

cayó mal: el primer Teniente político de la parroquia. Esta primera autoridad civil inauguró en las peores condiciones un servicio que, con el andar de los tiempos, no hizo sino empeorar. Sus sucesores fueron respetando la tradición de ser extraños e incomprensivos. Porque, según he tenido oportunidades de observar, las autoridades de este país hay algo en que no fallan: tienen gran seguridad al escoger sus protegidos y sus colaboradores entre las personas que más daño pueden hacer a la comunidad que les corresponde gobernar. [1]

Con estos procedimientos no hace falta insistir mucho para conseguir que una población que antes carecía de autoridad civil considere que la venida de un representante estable del gobierno central sea una maldición, y que añore por muchos años la época en que los poderes del Estado, negándole su teórica tutela, le permitieron vivir en paz.

Las simpatías que despertó en mi ánimo este pueblecito me han hecho compadecerle a menudo y darle en parte la razón enla pugna que viene sosteniendo con los mantenedores de la ley.

3. — Descripción topográfica.

Yangana queda en el centro de un plano inclinado bastante extenso y de forma más o menos trapezoidal. La base inferior arranca del río, la base superior termina en el filo de una sierra y los otros dos lados están limitados por el profundo lecho de dos quebradas que rinden el tributo de sus aguas al río que corre al pie. Una de ellas, principalmente, se descuelga en torrentes escalonados que de lejos le dan una interesante vista.

A ella pertenece un cono de deyección en realidad gigantesco, que ha esterilizado en las crecidas de los inviernos rigurosos extensiones de vega

laborable en gran proporción. La otra, denominada quebrada de los Zorros, si bien tiene mayor caudal, corre con menos brusquedad y ha permitido que la mano del hombre desvíe una buena parte de sus aguas para utilizarlas en la irrigación de las huertas y dehesas que circundan a la población. Y en cuanto a los manantiales necesarios para que los hombres y las bestias abreven su sed, el villorrio está rodeado por dos vertientes: una que nace detrás de la iglesia y por lo tanto, en el centro mismo de Yangana, y otra que viene desde la cordillera, que tiene su caudal muy límpido y es agua potable de primera clase.

La quebrada brava, la de los daños a las vegadas que forma el río, recibe un nombre expresivo: se llama «Quebrada del Destrozo». Con esta denominación las buenas gentes de Yangana exteriorizan el juicio que les merece sus trapacerías.

La altura barométrica de Yangana, según lecturas cuatro veces verificadas en la plaza, me ha dado 1.298 metros. Es, como se verá, una zona de temperatura subtropical. Hacia la cordillera, se extendía la región de los cereales. De Yangana hasta el río, la de los cultivos del clima cálido. A medida que se iba descendiendo, la temperatura era obviamente más ardiente, el suelo más húmedo, el bosque más denso y los frutos de la tierra más desarrollados. En compensación, el valle hondo es enfermizo. Las gentes que viven en la orilla del río tienen muy mal color y tiritan con las tercianas crónicas.

En el pueblo se hace un distingo geográfico de los terrenos adyacentes con relación a su altura relativa. La parte que queda hacia la cordillera la llaman «el Cerro», y la que desciende hacia las vegas del río, «el Caliente». Así, «bajar para el Caliente» es descender en pos de los cultivos de la mejor caña de azúcar, del mejor plátano, de la yuca más blanda y mejor crecida. «Ir para el Cerro» significa hollar la zona de los cereales, los potreros y los corrales de ganado vacuno. El pueblo y su ejido constituyen el punto intermedio, el lugar donde empalman dos regímenes climatéricos distintos.

Hay un detalle revelador, por lo que hace al reparto de tierras laborables e irrigadas: las mejores se hallan en poder de tres propietarios de la ciudad, que por regla general las administran por medio de un mayordomo, trasladándose a ellas muy ocasionalmente, y sólo por pocos días. En la temporada que he permanecido por esta región, he visto las puertas de una de las casas de hacienda abiertas por una sola vez. Pero eso no es todo: la voz general en la población se

expresa mal del origen del derecho de dominio de esos propietarios. Se afirma que no tienen título legal sino que han ocupado arbitrariamente terrenos de comunidad, señalados desde la época colonial como ejido (2). Una de las razones por las cuales aquellos dueños van con tan poca frecuencia a sus predios es, sin duda, la sorda hostilidad que la gente del pueblo guarda para quienes cree que son los detentadores de su derecho inalienable sobre los ejidos que rodean la población de Yangana.

El río que corre al fondo no es lo que un río puede ser. Cabría, quizá, inculparle su demasiada despreocupación por la suerte de sus márgenes. Toda la ribera izquierda era estéril y vivía transida de sed. Por eso los habitantes de Yangana, que lo consideraban como un patrimonio suyo, se quejaban de que se haya preocupado solamente de vencer a los Andes sin recordar que también debía ir fabricando riberas amplias justamente con los materiales que iba denudando de su hosco vencido. Sin contar con que las quebradas antes de desembocar al río inundaban enormes retazos de vega laborable con piedras descuajadas en las crecientes. De suerte que el río abajo y los patrones arriba, habían impedido, según decían los vecinos, que Yangana fuera lo que debía ser.

4. — Aspecto de la población.

Apenas tiene calles. Las casas se levantan con muy dudosa alineación simétrica en torno a la única plaza. En la plaza, como queda expresado, se encuentra la iglesia. Y tras de la iglesia, la ladera.

La mayor parte de las construcciones tiene un solo piso. Las paredes son de tapia, adobe o bahareque. El piso está casi siempre bien nivelado y es de tierra apisonada. La puerta de madera tiene una sola batiente. La cubierta es

ordinariamente de teja. Y entre las pocas casas de paja, unas tienen techo de paja venida del cerro y otras, de hoja de caña de azúcar. Bajo el tejado, a poca altura del suelo, se extiende el sobrado, hecho con varas de cañabrava que se afianzan en sentido perpendicular sobre las vigas de madera labrada. El sobrado es oscuro y hace las veces de troje. Se llega a él por medio de una escalera de mano construida ya sea con «chaguarqueros», ya sea con cañas de guadúa.

En las construcciones se notaba también ésta como fértil dualidad climatérica del pueblo. No sólo en eso de escoger para cubierta unas veces la paja de las altas cumbres de la cordillera y otras la hoja seca de los cañaverales, sino en el espesor de las paredes, la disposición de la ventilación y el empleo de los materiales de fábrica. Por lo que, en el mismo sitio, se tenía simultáneamente construcciones de clima frío y construcciones tropicales. Las casas se componían comúnmente de dos piezas: una que hace de dormitorio común y de sala, y otra, la principal y más concurrida, la cocina. La casa, en estos lugares, está, puede decirse, reducida a la cocina. Mientras el otro cuarto no se abría sino dos veces en el día: a la hora de entrar a dormir y a la hora de salir a trabajar, la cocina se cerraba solamente de noche.

En la mayor parte de ellas, siguiendo la costumbre aprendida de los indios aborígenes, crían cuyes. Es curioso y al mismo tiempo extraño verlos cruzarse entre los pies de los hombres, a manera de ratas enormes. El olor característico de los orines de este herbívoro vuelve nauseabundo el ambiente de la habitación. Los animaluchos gritan de alegría cuando oyen el ruido de las hierbas que les trae su dueño bajo el brazo, y se precipitan a su rededor y roen las hojas de la gramínea con un vertiginoso movimiento de las mandíbulas. Pero el molestoso y repugnante roedor no se alimenta de hierba solamente: come cuanto cae en el «cuyero».

El fogón se levanta a ras de suelo. Tres o cuatro piedras grandes, las tulpas, sostienen las ollas de barro del cocido. La central tiene grano cocinado. La otra, o las otras dos, sopa con plátanos, con cereales, o puchero con carne.

En torno a estas grandes piedras negras se sientan las gentes, por las noches, a comer y a conversar, hasta que es llegada la hora de dormir. En pocas casas hay mesas para comer. Los platos se reciben directamente de la cocinera cuando están servidos y se mantienen a pulso mientras se apura su contenido. Los comensales permanecen en cuclillas, o en patillas de barro, de pequeña alzada,

adheridas a las paredes en un solo bloque.

Así, con la gran mayoría. Naturalmente, al lado de la minúscula casa de dos cuartos coexiste también la casa grande, estilo español, de patio rectangular y largo zaguán empedrado.

En tales casos, trátase de habitaciones numerosas y muy amplias, de piso de madera cuidadosamente cepillada y machihembrada, con ventanas a la calle, a ambos lados de la puerta de entrada. El patio, si no tiene un jardín y en el centro un pozo de agua con brocal, ostenta una superficie empedrada cuidadosamente en una forma artística, en la cual no faltan labores y motivos hechos con el cóndilo de fémures y húmeros vacunos, clavados de punta en vistosos arabescos. En estas casas los muebles son generalmente de cedro, y en la sala de recibo ocupa el sitio de honor una litografía del Corazón de Jesús o del Señor del Buen Suceso. No hay, en cambio, servicios higiénicos.

Las mejores casas son para estas gentes las que, además de lo descrito y de los anchos corredores enladrillados, tienen tras de la pared de fondo un solar adyacente. En tales casos, ese solar está cercado por una tapia alta de dos cuerpos y hace de huerto, de corral de cerdos y gallinas, y sirve para los menesteres del aseo. Da pena a veces ver mancillados hermosos árboles frutales por las deyecciones nocturnas de la volatería, que los convierte en asquerosos gallineros. No, no es la higiene el principal cuidado de esta población, que por otra parte me ha resultado tan amable.

5. — La dieta.

La comida diaria consta generalmente de dos platos: la comida a base de carne y la comida a base de queso. La primera es una especie de puchero en el

cual ponen ya sea la carne fresca o en cecina, unos huesos picados, achiote, manteca de cerdo, sal y especerías. Y luego, plátano verde en pedazos y tajadas de yuca. En veces, un puñado de arroz. Con alguna frecuencia, hojas de col. Momentos antes de separar la olla del fuego, agregan al cocido unas hojitas de orégano recién arrancado de la planta. Éste es el plato fundamental. El segundo es una sopa de cereales: el «mote-poroto», muy espeso, a base de queso, frejoles y maíz cocido, las arvejas con guineos verdes en menudos pedazos; una mazamorra de cebada previamente tostada y quebrada en el molino, con abundante manteca y leche; con menos frecuencia, el arroz aguado, guisado con requesón seco al humo.

Como compañeros de estos dos platos no falta nunca «el cocimiento», que es, quizá pudiera decirse figuradamente, una verdadera institución: en el centro de la mesa —en las casas en que hay comedor—, o en el centro del ruedo bajo, que forman los asistentes sentados en cuclillas, humea la gran fuente o cazuela de maíz cocido, de granos reventones y amarillos, como bellotitas que hubieran acabado de estallar; o de tajas de yuca, cortadas de extremo a extremo por una hilacha fibrosa central, dura cual un cordel, cocidas con un poquito de sal y sobre las cuales una mano de mujer había extendido migajones de queso fresco, que con el calor se hacía hilachas elásticas; o el plato de «máchica», cebada tostada convertida en harina fragante y amarillenta, que caía a puñados sobre el líquido del segundo plato y formaba con él un «chapo» espeso, una mazamorra improvisada que capturaba los granos como confituras; o la media alforja de aguacates, a la cual saqueaban manos armadas de machetes, que abrían en dos la fruta, lanzando la pepa hendida hacia el patio o el «cuyero"; o los plátanos pintones asados junto a las tulpas o chaspados con cáscara y todo en el rescoldo de las cenizas aún candentes; o el «molloco» o majado de plátano verde, cocido con la cáscara y después molido con maní tostado, en el gran batán de la patilla… A veces, estos «cocimientos» se abonaban con grandes pencas de cecina asada o con chicharrones de puerco.

Y el pan, el pan de harina de trigo, que es para nosotros un alimento básico, por ninguna parte. Es aquí un artículo de lujo.

No obstante, es para nosotros la comida por antonomasia. «El pan nuestro de cada día» nos significa el sustento mismo de los estómagos, el enemigo del hambre.

Desde fines de marzo, la fiesta de los granos tiernos varía el menú cotidiano. El segundo plato huele a culantro y a campo labrado. Los choclos cocidos exhiben sus dientes de leche, amenazando desde el fondo de las ollas; los porotos dejan comer sus cotiledones en agraz; las arvejas, de color intensamente verde, se destacan provocativamente en la blancura del arroz-seco; las «achogchas», con sus fachas de ratas destripadas, flotan en el caldo. Es este el tiempo en que los zambos y zapallos cuelgan sus calabazas todavía lechosas en las cercas; y el zapallo serrano, inmenso como un vientre de vaca, infla su balón con el sol y la lluvia, y el zapallo «yunga», de lomo listado, acendra el rojo encendido de su carne a la sombra de los méjicos; y el zambo, dulzaino y aguanoso como una sandía, se embute tras una vidriosa coraza… Y el hombre de estos lados echa mano de los individuos de la familia cucurbitácea y les acuchilla el vientre, como si se tratara de un corral de ovejas (8).

No falta después de los dos platos de comida con «cocimiento», el platillo de postre. Este plato dulce final es en veces el arroz con leche y miel; otras, la harina de cebada frita con raspadura y manteca de cerdo; o la miel con quesillo; o el zambo con leche, plato este último sembrado de pepas planas, cuya corteza quebradiza encierra una almendra chata de exquisito sabor; o la tajada dulcísima de zapallo yunga recién cocido; o, más simplemente, media tablilla de raspadura a solas o con maní tostado.

Y para los días de fiesta, o cuando hay huésped, nada más sencillo que extender la mano hacia el cuello de las gallinas del último patio; hacia los nidos de huevos del corral; hacia los cuyes que corretean y canturrean en la cocina; hacia el cabrito que se cuela por la tranquera; hacia el puerco de la ceba que se come los desperdicios tras de la casa; hacia el torete que rumia en el rastrojo: toda una vasta despensa está abierta al alcance de estas buenas gentes.

Pero la comida más pobre se compone, según ellos, con el café final, así como, recíprocamente, no puede haber comida buena si falta el café. La forma como lo preparan no sigue exactamente el sistema árabe, aun cuando se parece bastante.

Aquí le dan el nombre de «café asustado», sin duda por la circunstancia de que el polvo de café hierve en el líquido hasta que, para evitar que rebote de la vasija, le vierten un chorro de agua fría, que precipita casi instantáneamente los corpúsculos de café al fondo y detiene de súbito el violento borbotar. El líquido

es endulzado con panela al tiempo en que hierve con el café molido, y el producto es negro, bastante amargo y cargado, y fragante.

Saborean el café «asustado» con verdadera fruición a glandes sorbos.

6. — La indumentaria.

Hay que considerar aparte la ropa del diario vestir, del traje dominguero. En la primera se nota, como en la vida toda de Yangana, la influencia simultánea de la sierra y el clima cálido, que se interfieren recíprocamente dejando huellas que sería difícil explicar de una manera aislada.

La gente más acomodada usa traje de algodón para la faena: el calzón de lona o de dril peruano, la camisa de hilo o de lienzo pegada directamente a la piel, y el calzoncillo de la misma tela. Por la noche, con la frescura de la hora de oración, al recogerse del campo de labranza, se cubren en el amplio embozo del poncho de hilo de algodón, o con el pesado poncho de lana, listado de colores. Algunos se limitan a ponerse un saco encima de la camisa de trabajo. Todos se tocan con un sombrero de paja toquilla ordinaria, o de «ramos», tejido en trencilla acaracolada de paja de cebada. Los más calzan «ozhotas» de cuero crudo de res, confeccionadas por ellos mismos. Algunos usan zapatos todos los días. Yotros, finalmente, llevan las pies completamente desnudos, salvo cuando se internan en el campo y han de abrirse paso por entre las espinas de los faicales, de las higueras chumbas, de los abrojos.

Los domingos son una fiesta para el color. Lucen con frecuencia el pantalón de casimir inglés, el zapato de charol, la camisa de cuello de pajarita almidonada. Algunos deliran por el chaleco. Es ésta una prenda increíblemente popular. Para el gusto ciudadano era sencillamente ridículo ver a hombres de lo

más encopetado de Yangana en chaleco, con un sombrero recién ahormado en la cabeza… y el poncho, en vez de la americana, sobre el fino chaleco de casimir.

Claro está: los hay también de una elegancia que pudiéramos llamar discreta e inobjetable. Visten traje de casimir de tres piezas, los hombros del saco van bien planchados y al final del ruedo de los pantalones impecables completa el indumento un lujoso par de calzado de ruso francés. El sombrero es de fieltro y hasta se esgrime el bastón de madera fina y labrada, con puño de plata. Prospera también el hombre elegante, que pasea por las calles endomingadas, a mula, ostentando en la cabalgadura un lujo enjaezado, blanco de plata. En tales situaciones, el calzón de bota y las botas de tubo son de rigor.

De esta manera se aderezan para ir a los juegos y a las riñas de gallos, a donde acuden cabalgando animales briosos. Las cabalgaduras quedan arrendadas afuera, en la puerta de la gallera. Tampoco faltan frente a la puerta de la casa de la novia, o en la de la cantina, o junto a los pilares de los soportales de la plaza. Estos caballeros es de estilo que lleven en lugar bien visible un revólver ricamente envainado en una funda lujosa y un cinturón lleno de proyectiles.

En cuanto a las mujeres, vestidos de algodón para el diario, y de seda o paño para las fiestas. Según la edad es el alto del traje. Quienes pasan de la treintena, llevan sus vestidos talares.

Las muchachas enseñan la pantorrilla en medida que depende del rigor moralista de los padres. A las mozas que vuelven de haberse educado en la ciudad nada puede reprochárseles en cuanto a indumentaria, si no es el que durante largos años se endomingaban con las ropas que trajeron, exhibiendo anacrónicamente, con respecto al gusto ciudadano, hechuras y vestidos pasados de moda hace fecha. Claro está: para Yangana siguen siendo la última palabra, por mucho tiempo.

La que pudiera llamarse chica del pueblo anda calzada siempre, y con medias de algodón hasta las rodillas. Sale «a la calle» cubierta la cabeza y los hombros con una manta de seda o de merino color negro, y traje de casimir frecuentemente. No se empolva la cara, no se pone colorete ni rojo en los labios, ni se depila las cejas nunca. El único cosmético que usa es el agua con jabón.

Si la «visita» es cerca, o está ocupada en trajines de confianza, como ir a la molienda, salir a hacer un encargo a los arrieros que van a la ciudad, etc., sobre la bata de casa, confeccionada en tela de algodón, blanca o de colores, se echa un

pañolón de lana felpuda, de listado vivo, adornado a veces con macizos bordados de perfección sorprendente, no se cubre la cabeza con el tapado y cambia, cuando más el calzado bajo por el de tacón alto, que le favorece la talla.

Las mujeres de edad usan un vestido de lo más heterogéneo.

No solamente influye en ello la desigualdad económica, sino principalmente la clase social y la procedencia. Mientras por un lado se ve pasar a la mujer descalza, vestida con un «centro» de bayeta estameñada de color uniforme ceñido a la cintura y adornado de una reata de «barredera» en el filo inferior, que roza con el suelo; por otro cruza la «follona», trajeada con una pollera de bayetilla extranjera, suave y felpuda, y con una camisa de lienzo con bordados rojos en la hombrera y en los puños, bajo el embozo de un paño de hilo traído de las hilanderías manuales del Azuay; más allá camina una dama emperifollada, de zapatos finos y tacones muy altos, a quien acompaña el sonido de los fustanes y trajes almidonados, crujientes como hojas de un repollo de col de Bruselas.

Y consigno de paso un dato que pudiera parecer una falta de seriedad, pero que es fácilmente constatable: las damas de Yangana, pasada la cuarentena, no usan pantaloncito. Que los sociólogos o los freudistas resuelvan el no tan inocente problema.

Quizá resulte superabundante anotar que aquí las mujeres parecen gustar inmensamente de los gruesos anillos de oro y de los pesados pendientes del mismo metal, cuajados de perlas. No es raro encontrarse con estimables piedras preciosas engastadas en joyas, que los plateros de Yangana hacen con muy buen gusto. Pero bien mirado, en esta afición desmedida por las joyas, las mujeres de Yangana no son una excepción (8).

7. — La hospitalidad aquí es un hecho

consuetudinario.

Acabo de escribir el epígrafe que antecede, y me parece que estoy empezando a hablar del país de Utopía. Y sin embargo, si me refiero a Utopía, ni tengo la intención de mentir: esta gente de Yangana es asombrosamente hospitalaria. No concibe la posada o el hotel. El forastero se aloja forzosamente en la casa de alguien, pero no como comensal sino como huésped.

Nada le costarán su permanencia ni su comida. Tampoco, por supuesto, la de su cabalgadura.

Si usted es extranjero y comienza a buscar un alojamiento para pasajeros pierde su tiempo. El arriero o guía, cuando uno va: acercándose al poblado le pregunta: «¿Dónde va a "apearse" usted?» El forastero no tiene dónde "apearse» si no es en la casa de alguien que le recibe no como un cliente sino como un amigo. Y no cometa la torpeza de preguntar, al despedirse, cuánto valen el alojamiento y comida que a usted le han proporcionado: estas buenas gentes se le resentirían sinceramente porque usted les estaría imputando un sentido venal a lo que para ellos es una obligación alegre entre cristianos. Otra es la prestación que podrán exigirle a usted alguna vez.

En efecto: esta hospitalidad que le dispensaron a usted aspira a ser recíproca. Usted queda obligado a recibir al dueño de casa en la suya, cuando llegue la ocasión. Mis buenos amigos de Yangana, por ejemplo, si fueran a East River, no irían en busca de un hotel. ¡No, señor! Llegarían directamente a mi casa, se «apearían» en mi casa. Imagine usted lo que serían Nueva York o Londres si esta costumbre fuera universal.

Por otra parte el posante, al repetir su visita, adquiere cierto deber tácito, cual es el de llevar al dueño de la casa un obsequio. De aquí, la gente que se dirige a la ciudad, apareja con diligencia una alforja de presentes destinados para ese fin.

Suelen llenarla las raspaduras envueltas en «chante» de plátano; las calabazas llenas de conserva de guayaba; los aguacates en sazón; las mejores naranjas; la buena cecina. El más exigente de los destinatarios podía darse por satisfecho con estos presentes tan heterogéneos pero tan seleccionados.

Se me ha asegurado también que en esta acogida que sabe dispensar la hospitalidad se incluyen la inviolabilidad del huésped y la defensa de su vida y

hacienda, caso de que fueran atacadas. Empero las circunstancias en que me ha tocado actuar no me han dado hasta el presente una oportunidad de constatar la verdad de semejante aseveración. Y creo que, dada la altísima calidad moral de estas almas, las ocasiones en que hayan de plantearse situaciones de violencia capaces de obcecar los ánimos hasta el punto de que precisen recordarles por la fuerza un deber que ellos reconocen espontáneamente, se producirán como muy esporádicas excepciones.

8. — Las vías de comunicación.

El mal de que adolece esta región es su absoluta falta de caminos. La provincia entera está afectada por el forzoso aislamiento que proviene de omisión semejante. Del pueblo a la ciudad capital la distancia será de unos cien kilómetros, que se recorren dificultosamente por el pésimo sendero de herradura en unos cuatro, cinco o seis días. Más frecuentemente, como lo dije al principio, en seis. No hay en el trayecto del mal llamado camino sino un solo puente. Las bestias con su respectivo jinete tienen que esguazar en el invierno varios ríos y quebradas, crecidos y torrentosos, con grave riesgo para la vida de los pasajeros.

Así en el viaje a la ciudad como en los que hacen los nativos a la vecina república del sur con fines comerciales, los caminantes tienen que hacer jornadas de una extensión forzosa para llegar a un «tambo», y poder, en consecuencia, dormir bajo cubierta, al abrigo del riesgo del probable aguacero de la noche en la montaña, y de otros no menores, que sería largo enumerar.

El «tambo» es el rezago de una excelente organización incásica. Consiste el edificio en una chocita miserable casi siempre deshabitada, que se levanta a la orilla del camino, cerca de un arroyo. En un pequeño descampado, munido de

estacas gruesas, quedan arrendadas las bestias. Tras la casucha suele haber un cañadulzal abandonado, un gramalotal monstruoso, donde el caminante se provee gratuitamente de forraje para los animales. Y en la cocina-dormitorio tiene que prepararse, con el fiambre que debe llevar necesariamente, su comida de la noche.

Por estas razones, quien pretenda viajar por estas zonas, será bien que aprenda a cocinar, a menos que vaya a fiarse de un arriero que le haga compañía, pues éstos tienen que saberlo por razón de su oficio.

Cuando se trata de «tambos» habitados, las dificultades para el neófito no son mayores, ya que encuentra un posadero acogedor y comprensivo, que sabe ser «tambero». Pero los viajeros, para suplir las tremendas deficiencias que han de afrontar en los «tambos» deshabitados, contraen con el que les seguirá al otro día una especie de compromiso tácito: dejar al hipotético compañero de trance todo lo que pueda serle útil en el «tambo» que abandona. La caja de fósforos; las velas de sebo; la leña seca junto al fogón; el forraje cortado, en la sombra del alero.

Resulta penoso encontrar que el único medio de enlace del pueblo de Yangana con la ciudad sea un pésimo camino de herradura, que, sin exageración, no ha recibido la más leve reparación desde que fue abierto por los conquistadores españoles hace algunos siglos. ¡No existe el servicio de comunicación postal ni telegráfico!

Un buen amigo mío del cual tendré más adelante oportunidad de hablar, «don» Vicente Muñoz es, precisamente, el inspirador y presidente de un junta de mejoras que vive pidiendo sin cesar al poder central, el establecimiento de un correo semanal con la ciudad y la extensión de una línea telegráfica que ponga en contacto al valioso villorrio con el resto del mundo. Hasta el presente no ha obtenido otra cosa que vagas promesas, formuladas en el ampuloso vocabulario oficial.

Pero la falta de envíos postales se ha suplido, en cierta medida, por una costumbre que se observa con una fidelidad verdaderamente sacramental. Me refiero a la exactitud con que los viajeros, incluso los arrieros más humildes y de apariencia más torpe, cumplen los «encargos» y traen y llevan las cartas.

Si usted entrega a una de estas personas una lista de compras de cinco páginas, y de diez o veinte cartas, tenga la seguridad de que, así el comisionado

haya tenido que retrasar en uno o dos días el de su regreso, le traerá los «encargos», adquiridos en condiciones óptimas, sin ganarle un centavo, como también las respuestas a las cartas que usted envió, así el destinatario se hubiere encontrado fuera de la ciudad, pongamos por caso. Y asómbrese si le digo que, por tamañas molestias, usted no tiene derecho a ofrecerle una comisión. Pero aguarde: se desquitará haciéndole encargos a su turno. Por cierto, que he visto a arrieros desharrapados entregar una carta a su destino al mismo tiempo que una gruesa suma de dinero incluida al envío. Nunca he sabido que en estos depósitos y transferencias se haya distraído o malgastado el dinero entregado tan confiadamente y sin testigos a manos a las cuales yo, en un principio, no habría puesto un penique.

Es asombrosa la retentiva de los arrieros para recordar los encargos hechos a viva voz. Diez, doce, quince personas le encomiendan hacer compras en la ciudad, entregándole la suma correspondiente. Al regreso, en la semana siguiente, todos reciben lo que pidieron, sin una equivocación ni la más pequeña diferencia en la cantidad, la calidad del artículo o su identidad misma.

Pero todas estas excelencias no acaban de llenar el vacío imperdonable que constituye la carencia del servicio de correos en el pueblecito. Me resulta sumamente mortificante tener que permanecer en estas remotas soledades fuera de todo contacto con los míos. Las cartas de mi patria me llegan al cabo de cincuenta o sesenta días de haber sido escritas. A Guayaquil, como veo por los matasellos, arriban a los veinticuatro días, más o menos. Y de Guayaquil a Yangana demoran el resto. En la estafeta de la ciudad permanecen hasta que un arriero las reclama a mi nombre. Igual ocurre con los periódicos, y con la revista de la Fundación. El mismo lapso que invierten de mi patria a Guayaquil, emplean de Guayaquil a Yangana. Realmente parece increíble. Es como aquello de la hospitalidad de Yangana, que es su virtud consuetudinaria.

Quizá debí traer conmigo una receptora de radio de pilas, para oír, día por día, la marcha de los sucesos del mundo. Pero no lo hice, y me arrepiento sinceramente de ello… hasta cierto punto (5).

9. — Un gobierno paternal.

Estas buenas gentes viven rencorosas con el gobierno nacional. Han pedido una escuela mixta fiscal: la han negado.

Han pedido un local para la escuela que ellas sufragan de su peculio: lo han negado. Han pedido un correo semanal: lo han negado. Han pedido una carretera a la ciudad: la han negado.

Han pedido una reparación, por cuenta del fisco, del horrible camino de herradura: la han negado. Han pedido línea telegráfica: la han negado. Han pedido dos becas en el colegio de segunda enseñanza de la ciudad: las han negado…

En cambio, el gobierno les ha mandado un teniente político del cual, invariablemente, tienen quejas. Un guarda del estancó de alcoholes, tabacos, fósforos y sales, que es muy dado al abuso y les comisa la sal peruana que introducen de contrabando, y las chichas fermentadas. Y, periódicamente, avaluadores de la propiedad rústica que se cuelan por todos los rincones, fiscalizan las más mínimas pertenencias y hacen temidas anotaciones en sus libretas. A los cuales siguen, tras un corto intervalo, los recaudadores de impuestos, que les refriegan un título de crédito en las narices y les exigen el pago inmediato del mismo, porque «el contribuyente debe corresponder en forma de impuestos directos e indirectos a los servicios que le proporciona el Estado».

Es evidente que un gobierno que solamente «cobra» un tributo a Yangana, desatendiendo de un modo inveterado el clamor de ese pueblo, bien merece el epíteto de «gobierno deliciosamente paternal», que es como le llama mi buen amigo «don» Vicente.

Y por lo que hace a la conducta misma del teniente político y a sus repercusiones funestas en la población, vale la pena ocuparnos en párrafo aparte. Nunca será bastante insistir sobre ello.

10. — El teniente político.

Si bien en muchos respectos, la vida de los nativos alcanza aquí un nivel ético difícil de igualar en nuestro siglo, la administración de justicia, en contraste, es una caricatura repugnante y profundamente desmoralizadora. La creo capaz de corromper a la larga al pueblo más ejemplar.

Por mi parte, nunca he dejado de decírselo en este pueblecito a quien haya querido oírmelo, incluso, desde luego, a la propia autoridad civil. El instinto de estos pueblos patriarcales pocas veces se equivoca. De ahí que el sentir general afirma que mejor estuvieron antes de que viniera a la parroquia esta grotesca mascarada de administración política-judicial, cuyas corruptelas, farsas, contubernios y prevaricatos sería interminable enumerar.

La «oficina» de la tenencia política, abierta bajo las miradas un tanto desconfiadas de los pobladores, que habían esperado que la autoridad fuera elegida entre uno de los miembros de la comunidad, a cuyo efecto habían remitido al gobernador de la provincia una lista de lo más connotado del lugar, no tenía un solo mueble propio. Consistía, y sigue consistiendo en una pieza arrendada en una casa que da a la plaza, cuya pensión conductiva no se ha pagado a su dueño, por parte del fisco, desde que el despacho fuera abierto por primera vez. La mesa pertenece a un vecino, así como la silla en que la autoridad civil tiene su asiento. El resto del mobiliario lo constituye una banca de tiras, donde se sientan los personajes que vienen en busca de justicia o llamados por ella; un biombo de tela cretonada y una cama en que dormía el funcionario de gobierno, pues éste dormirá en la misma pieza donde «administra justicia en nombre de la República y por autoridad de la Ley». No hace falta recado de escribir. El teniente político rural apenas sabe firmar. Pero suple este vacío su secretario, otro forastero como él, ducho en el procedimiento de dar forma legal a toda corruptela, y tan odiado como su mismo jefe.

Cuando necesitan dinero para sus menesteres privados acuden a un expediente infalible: capturan las dos o tres primeras cabezas de ganado que se asomen por la plaza, arrendarlas frente a la tenencia política y tenerlas apicotadas ahí hasta que aparezca el propietario. En este poblado, el tráfico de ganados y puercos es lo corriente, por tratarse de una comunidad de ganaderos y

campesinos que carece de vida urbana. Por lo tanto, resulta realmente insólito aplicar a la letra el código de policía contra los dueños de tales ganados, si bien puede alegarse que la ley se hizo para ser cumplida y la infracción debe ser castigada. Según cómo y cuándo, replicaríamos nosotros. Porque aquí subleva el ánimo presenciar los juzgamientos, en los que se hace desvergonzadamente toda clase de preferencias, según la paga y el influjo del marchante, hasta el punto de que jamás se ha aplicado una multa contra los hacendados del contorno, por el solo hecho de ser poderosos. En tanto que el pobre campesino, si quería redimir la cabeza de ganado capturado por la autoridad, tenía que pagarle directamente una cantidad que, naturalmente, se repartía entre el teniente político y su secretario.

Y los sábados y domingos, la requisición de ganado vagabundo se sustituía con la detención de gentes borrachas, que producían más dinero, porque en este caso se trataba ya no de la libertad de sus bestias sino de la suya propia, y había que seguir bebiendo. Es infinitamente repugnante ver el juzgamiento de estas personas ebrias, que, dormidas en montón promiscuo en el corredor de la oficina, aguardan el turno para ser sacudidos, levantados en vilo, despabilados un poco y sentenciados luego a la cancelación inmediata de una multa por infractores del código de policía. Si pagan, recobran su libertad. Si no, siguen detenidos, hasta que algún deudo o amigo acuda a favorecerlos.

También es digna de ser tomada en cuenta la intervención de esta autoridad en lo que aquí llaman el «proceso electoral».

Como viven en una democracia, la elección de representantes a las municipalidades, cámaras legislativas y jefe del poder ejecutivo, debe hacerse por medio del sufragio. Para entonces, parece que los tenientes políticos de las parroquias rurales —el de Yangana, naturalmente, entre ellos— tienen para con el gobernador de la provincia una obligación sagrada: hacer triunfar en unas supuestas elecciones a la lista oficial de candidatos. El expediente no es difícil. En los días determinados por la ley para el sufragio, —me refiero a la experiencia personal que tengo de Yangana— sale al soportal de la casa donde funciona la oficina del teniente político, la mesa ajena, que ya conocemos, con unos librotes de pasta gruesa, enviados días ha por el gobernador mediante un propio que, para llegar más rápido, marcha a pie, cargándolos a la espalda. La mesa y los libros se guardan por la tarde, para volver a sacarse por la mañana del

día siguiente, hasta que se clausura el término legal de las inscripciones. La autoridad, presidente de la mesa electoral, permanece todos esos días largo rato acodado en el sitio, sobre el rimero de librotes. Tal aparejo se eclipsa por una temporada, hasta que surge nuevamente, cuando ha llegado el término determinado por la ley para las votaciones. Creo ocioso decir que nadie concurre a la mesa electoral, ni en el período de inscripciones para registrar su nombre, apellido, firma y rúbrica, ni en los días de sufragio, para depositar su papeleta con su voto en la urna.

Nadie, nadie. ¿Para qué? Y sin embargo… en las actas en que se registra la votación diaria, aparece un grueso número de electores. El escrutinio final arroja un resultado muy halagador: la lista de representantes indicada por el gobernador de la provincia, según órdenes del gobierno central, triunfa sin mancha. El librote de inscripciones está plagado de nombres y firmas supuestas. Y las papeletas que todas las tardes extrae de la urna, el teniente político y presidente de la mesa electoral, en los días que dura el sufragio, han sido depositadas, en paquetes, por su propia mano, en nombre, sin duda, de las sombras que fueron a llenar los registros con sus firmas inexistentes.

Con todos estos antecedentes, ya puede colegirse hasta dónde llegará el respeto que inspira a la población de Yangana la autoridad de la ley y la tutela del Estado. Y el concepto que les merece la moralidad política y administrativa del gobierno y sus representantes.

Cuando yo leí la traducción inglesa de un libro humorístico de un ecuatoriano que escribe con un conocido seudónimo en nuestra lengua (Jack the Ripper), encontré en alguna parte, ya hace años, una relación mordaz de cómo proceden en las elecciones de dignatarios los tenientes políticos rurales de Ecuador. Pues bien: ese relato, que parece al no conocer este medio una deformación cómica, es de una sorprendente veracidad. El notable escritor ecuatoriano, cuyo nombre español no recuerdo ahora, no mentía, no exageraba siquiera (6).

Me he extendido en estos detalles tan desagradables, y que se destacan con un odioso relieve en una población no contaminada, que no merece la autoridad infame que tiene, porque es indispensable conocerlos para entender lo que hizo, hace algo más de un año, con el teniente político que precedió al intruso que ahora ocupa ese cargo. Aquello fue salvaje, hasta cierto punto. Empero pocas

causas habrá más fáciles de defender que la de estas pobres gentes. El caso es que asaltaron una noche la tenencia política, sacaron al funcionario de la cama, en paños menores y lo flagelaron brutalmente, llevándolo descalzo y a varazos hasta un sitio alto de las afueras, donde el cabecilla de la asonada y víctima de la antevíspera, un tal Joaquín Reinoso, le aplicó en el orificio del recto, tres velas de sebo de seis pulgadas, dejándolo por muerto.

La administración provincial llegó a saber lo sucedido, y envió fuerza armada y un juez instructor para establecer las responsabilidades. El proceso se hizo voluminoso. El tal Reinoso, alarmado y convencido de que en la noche del asalto el hombre había perecido, se dio a la fuga, internándose, a lo que se sabe, por las selvas vírgenes del sureste. Las declaraciones no dieron ninguna luz sobre el asunto. Y es que, como decía mi amigo «don» Vicente Muñoz, ellos recordaban una famosa copla española:

—«¿Quién mató al Comendador?
—¡Fuente Ovejuna, señor!
—¿Y quién es Fuente Ovejuna?
—Todos a una».

Con todo, la fuerza pública acantonada por dos veces en este pueblo había dejado una huella de terror, abusos y exacciones que hacía que maldijeran furiosamente su recuerdo.

«¡Pueblo imbécil!», contaba "don" Vicente que había dicho el gobernador de la provincia: "Se desgañifaba pidiendo ser parroquia, y ahora que el gobierno les ha dado gusto, se sublevan contra la autoridad y le meten dos reales de velas de sebo en el trasero. Hay que darles bejuco al por mayor».

Que es lo que fue a hacer la fuerza pública, al pie de la letra.

A esta venganza injustificable de carácter oficial la llamaron «pacificación», y al gobernador de la provincia, un periódico semioficial le puso el mote de «Pacificador». En el epíteto no había la más leve sombra de ironía.

11. — Una autarquía económica primitiva.

Es notable la independencia casi absoluta que la economía de esta aldea mantiene con el resto del mundo. En tanto que los lazos comerciales van estrechando todo el planeta en un solo abrazo y creando un amplio intercambio de productos y manufacturas, con este minúsculo poblado ocurre lo contrario.

Cada vez su autarquía económica es mayor. A esto debe, sin duda, el considerable atraso material en que se debate. Por cierto que consigue un resultado: no depender sino en ínfima escala de los mercados de afuera. Constituye un ciclo cerrado, un tipo de economía bastante peculiar, y, por qué no decirlo, insuficiente, retrógrado y tontamente rústico.

Muy poco quieren deber al mundo de las manufacturas extranjeras. Como consumidores de una economía extraña a la suya, apenas significan algo. Buena parte de la población, la de las extracciones más humildes, se hace a sí misma su vestido, trabajando la tela con la lana de sus ovejas, y tiñéndola con colorantes vegetales que sabe manipular. En la construcción de casas no emplean otro material foráneo que los clavos, las bisagras, los tornillos y las cerraduras. El mobiliario se prepara con hacha y machete. Si se trata de muebles finos, tiene sus buenos ebanistas. Las frazadas de sus camas han sido tejidas en sus telares manuales, y por cierto que resultan excelentes. La mayor parte de la vajilla es de barro cocido, con el cual los alfareros del lugar suelen hacer vasijas verdaderamente primorosas. Y en el campo de los alrededores, trabajan azafates y cucharas de madera bien labradas.

Las herramientas de labranza que utilizan son muy pocas. El arado no necesita otro accesorio extranjero que la reja de hierro. El resto del apero se lo han hecho también ellos mismos. El machete es el arma-herramienta que más a menudo adquieren. Pequeñas compras en hierro y acero: he aquí algo de lo que son tributarios de la importación extranjera ultramarina.

He visto un solo producto comestible importado que ellos consumen, pero nada más que una vez por año; la sardina en conserva, el día viernes santo. La inmensa producción de alimentos envasados que se vende por todos los continentes pueden darse el lujo de ignorarla.

Con el norte del Perú hacen un comercio elemental: el del trueque. Necesitan

telas de algodón, alguna que otra tela de seda de ultramar, cortes de casimir inglés excepcionalmente, pescado seco, jabón de sosa y sal gema siempre. En cambio, tienen de sobra pieles de ganado vacuno y de chivo, reses gordas y tabaco en rama. Los peruanos que vienen a la frontera regresan a su tierra con la impresión de que han realizado con el trueque un excelente negocio. Y estas buenas gentes de Yangana, de vuelta de la frontera, traen asimismo la impresión de que han realizado, a costa de sus vecinos del sur, un excelente negocio. Y creyéndose a sí mismos avisados negociantes y creyendo sorprendido al otro, se regocijan íntimamente en sus respectivos caminos de regreso, y no se hacen mala sangre.

Carecen de necesidades costosas, y no sienten el deseo imperioso de vivir en un mínimo de comodidades. La mayor parte de ellos no entiende lo que nosotros llamamos confort.

Jamás se les ha ocurrido que su pueblo necesite alguna vez de servicios higiénicos. Para sus necesidades corporales, como aconsejaba Moisés a los israelitas, van al campo cercano y, con un bastón, hacen un hoyo en la tierra.

Es muy expresivo que, si bien conocen el uso de la rueda —¡no podía ser de otra manera!— no la emplean jamás en el transporte. Ni en nada casi. Fuera de las del torno del alfarero, de las de los cinco trapiches de bronce y dos de madera que tiene la población, de las de las carretillas de mano para acarrear barro a los moldes de hacer teja y ladrillo, de los rodillos para aplanchar el tabaco, de las de las tres o cuatro máquinas de coser, y la del viejo molino, no existen ruedas en Yangana.

Por otro lado, algunas de esas máquinas enumeradas, han sido hechas en casa, tejas abajo de la población. Hay fundidores que trabajan los trapiches de bronce en menos de una semana.

Para la destilación de aguardiente saben confeccionar sus alambiques y pipas con duelas de madera y cinchos de hierro.

Y el molino movido por fuerza hidráulica nada debe al esfuerzo extraño.

También eran manos del lugar las que habían tendido un puente de enormes dimensiones sobre el río, cuyo paso era forzoso llegando a la población desde el sur.

El molino y el puente son las obras más audaces. La del puente, en especial, es considerada con orgullo. Y es que la han realizado con su esfuerzo, con su

dirección y con su dinero.

Todo debía quedar allí. Esto también lo afirmaban con cierto puntillo de suficiencia.

12. — Una gloria local.

Naturalmente, Yangana tiene también su personaje ilustre. No iba a quedarse a la zaga de ninguna otra aldea ecuatoriana.

Vive aún esta figura célebre, muy lejos. Debió salir de aquí, que para su personalidad enorme habría sido un medio demasiado estrecho. Vive ahora en la capital de la república, donde, en opinión de sus coterráneos, es un hombre influyente, querido y admirado de todos. Interviene activamente en la política nacional. Ha viajado por el exterior y permanecido largas temporadas al servicio de su gobierno en Europa y los Estados Unidos.

Los hombres mozos de Yangana no conocen personalmente al doctor José Antonio Abril, quien ha salido de su pueblo natal hace muchos años, y lo sienten de verdad. Largas horas permanecen oyendo a «don» Vicente Muñoz, su condiscípulo de escuela, el relato de las proezas intelectuales que el chico llevó a cabo cuando era estudiante. Se había destetado como niño prodigio, sin duda. Y esto mismo ya constituía un singular honor para Yangana.

Las relaciones que el prestigioso abogado Abril conservaba con su terruño parecen ser, con todo, muy reducidas. Salido de la población hace más de cuarenta años, a sus parientes lejanos que dejó en ella, ya cuando se convirtió en hombre notable, no les contestó jamás una carta. Alguna vez un habitante de la capital de provincia viajaba a Quito y se avistaba con el glorioso comprovinciano. Ya de regreso contaba a sus amistades el encuentro. Y no era

difícil que, después de algún tiempo, en Yangana supieran el suceso.

Diputado y senador de la república muchos años, por la provincia a que pertenecía, en Yangana se lo cree el árbitro de las situaciones políticas. Ha confiado durante cerca de treinta años en que la poderosa influencia del hombre conseguirá que Yangana sea tenida en cuenta como beneficiaría del apoyo fiscal, y se la dote en consecuencia de una escuela, de un camino y de una línea telegráfica. Empero la gloria local permanece sorda a la petición de sus coterráneos.

Hace muy poco, cuando el pueblo necesitó hacer valer sus derechos imprescriptibles sobre los terrenos ejidales de Yangana, detentados por los hacendados vecinos, volvió a solicitar los servicios de su propio hombre célebre, de quien esperaba que remediaría la situación interviniendo ante los poderes del Estado para obtener un decreto salvador. Mas el personaje omnipotente no tuvo la gentileza de contestar siquiera por cortesía a las reiteradas peticiones.

Pero, ¡oh gentes chifladas por la fe y el cariño inmarcesibles!, nada consigue enajenarles la admiración y afecto que profesan a su ilustre paisano. Si usted quiere granjearse la hostilidad de esta aldea no tiene sino que hablar irreverentemente del doctor José Antonio Abril, abogado de los tribunales de la República y cuasi senador vitalicio por la provincia donde naciera. Es un expediente que no falla. Y que, por lo mismo, no se lo recomiendo.

13. — Las creencias.

Los críos son bautizados cuando el cura, una o dos veces por año, viene en provechosa gira por estos lugares. Tal es la ocasión en que ingresan a la grey cristiana, católica, apostólica y romana, estos seres. Y tal es la que aprovechan

las parejas casadas sólo civilmente para santificar su unión por medio del sacramento del matrimonio eclesiástico.

El patrono del pueblo es el Señor del Buen Suceso, representado por la figura de un Cristo apaleado, cariacontecido y ensangrentado, que descansa casi desmayado en una silla roja y llena de manchas. La triste figura tiene la corona de espinas sobre las rodillas. El escultor había querido, sin duda, representarla en el estado de postración en el cual quedó el Rey de los Judíos a raíz de la befa y maltratos que le irrogaron en lo de Poncio Pilatos. Pero esa gente, con un sentido casi brutal y sanguinario de lo patético, arrancaba a Cristo la cabeza de los hombros y la encerraba dentro de una urna de vidrio. La testa seccionada va entonces de casa en casa, visitando a los devotos y velándose, en tanto duran las «vísperas» de la fiesta. La colocan los favorecidos con la sagrada visita sobre una mesa corriente. Vista de lejos, ensangrentada sobre una bandeja, se le ofrecía al forastero una imagen macabra, atrozmente realística y cruel. Recordaba uno el pasaje bíblico del Bautista degollado, revivido con una fidelidad sorprendente. Ahí estaba, olvidado en una mesa, el presente de Herodes, cubierto de sangre y con los ojos acuosos y doloridos de borrego acuchillado.

Para esta fiesta anual, que el pueblo todo procuraba hacer espléndida, viene el cura de Santa Rosa, que tiene a su cargo también la administración de esta distante parroquia.

Permanece de diez a quince días. En lo espiritual, administra los sacramentos que puede a sus eventuales feligreses; pero recibe innumerables encargos de misas cantadas y rezadas —diez sucres las primeras y cinco las segundas—; plática por la mañana, después del Evangelio, y por la tarde, en honor del santo Patrón; exhorta a las almas al arrepentimiento de las culpas cometidas en el pasado inmediato a la fiesta anterior; les insinúa el recuerdo de que cierto mandamiento manda «pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios», y recomienda cumplir escrupulosamente con el recudimiento que hará a su hora, durante la época de las cosechas, el comprador que le había negociado la primicia del año.

En lo temporal, se preocupa del adecentamiento del convento y de la iglesia, cuyo campanario vacío está pidiendo a gritos una campana de buenas voces y tamaño proporcionado; encuentra imperdonable el que no se cuente con un melodio para embellecer las misas cantadas; que hagan falta ornamentos

sagrados, y que se carezca en lo absoluto de buenas reproducciones de figuras de santos. El buen sacerdote hace lo que puede para remediar esas faltas y abre erogaciones entre los devotos. Pero la mala suerte parece perseguirle: nunca llega a reunir la mitad siquiera de lo que cuesta el objeto por adquirirse, de manera que la antigua iglesia sigue tan desmantelada como antes.

La novena dura a veces más de nueve días. Tal ocurre cuando la cosecha ha sido buena, por ejemplo. Los feligreses, en dichos casos, tienen el alma más piadosa y agradecida al buen Dios. Los priostes que sufragan los gastos de la ceremonia religiosa de la fiesta en cada día, los afrontan con una recta voluntad dirigida hacia el cielo. Y a fe que deben tenerla firme y resuelta. Porque ser prioste resulta sumamente dispendioso.

Cada uno de ellos tiene a su cargo el festejo del día que les corresponde en turno; desde la misa matinal, con cantos, banda de música, procesión y cohetería, hasta la noche de novena respectiva, con su acompañamiento de tronazones, alumbrado en hachones de la plaza, el sermón largo y con vestiduras de gala, la iluminación profusa de la iglesia, las nubes de incienso, la alta pira de chamiza en el centro de la plaza, y la comilona de la noche.

Tienen ciertas preferencias curiosas. Mayor fe que en Dios, en San Vicente de Ferrer, por ejemplo. En tiempo de la fiesta, esperan todo del Señor del Buen Suceso. El resto del año, los bonos de tal advocación se reducen en proporción alarmante.

Hay otros favoritos. Cuando hay agua bendita fresca, los enfermos del estómago la tragan en grandes cantidades, con el ánimo de curarse; lo mismo que se bañan con ella los pacientes que adolecen de dolores de espaldas y de riñones.

Todo esto da pie a que el señor cura pueda expenderla por barriles.

Creen en los brujos y brujerías a pie juntillas. Los brujos cuando son finos, es decir, sabios, pueden transformarse fácilmente en animales y recuperar luego su forma humana.

Cuentan con calor y convicción muchos casos comprobados.

Atribuyen una existencia consciente, dotada de voluntad y propósitos humanos, a los elementos. El agua a veces tórnase, en sitios frecuentados por hechiceros, brava. Hay lagunas de apariencia inofensiva, de agua boba, que crecen cuando se les acerca la gente, a la cual siguen con el ánimo de tragársela.

El aire se enfurece también, y en las eras, en los cebadales, por las alturas de la cordillera, persigue sexualmente a las muchachas solteras. Al sol lo llaman las lavanderas en la playa, para que salga de su escondite de nubes a blanquear la ropa. Lo conjuran con grandes gritos. Y a fuerza de invocarlo: «¡¡Bermejo!! ¡¡Bermejo!!…» el sol reaparece en el cielo nublado y lanza sus rayos sobre las piezas mojadas que se orean en la orilla.

El Dios de las Batallas y de los Ejércitos es para ellos el Dios de las vindictas también. Quien tiene un enemigo mortal y quiere, en vez de vengarse por su propia mano —lo que en esta tierra más bien pacífica ocurre raramente— valerse de la mano todopoderosa, pone una lámpara de kerosina al «Santísimo», para que a medida que el aceite se consuma, vaya apagándose aquella vida hostil. Y, ¡oh excelencias de la fe!: si el enemigo salía ileso, esa fe no se descorazonaba: No había «convenido», sencillamente. Eso era todo.

Las plagas que alguna vez afectan sus casas o sus campos son también combatidas mediante el conjuro religioso. Esperan la venida del Sacerdote. Las semillas dañadas, las tierras invadidas de plaga, las casas apestadas, reciben, gratuitamente, la visita del ministro de Dios, quien lanza sus exorcismos y asperjea agua bendita con un hisopo que blande con la diestra, mientras conserva en la izquierda el libro con un dedo metido entre las páginas para señalar lo que debe ir leyendo en tanto dura la ceremonia. Nada arriesgaba el señor cura, porque sabía cómo ha de razonar el perjudicado. Si la plaga cedía naturalmente, era por efecto del conjuro. Si persistía el mal, era que así convenía, por mandato de Dios. La fe ciega en la eficacia de los conjuros seguía inconmovible. Desde luego, en Yangana también había escépticos. Y lo que es más, había también escépticas. Por lo menos, he conocido yo una (7).

14. — Los trabajos y los días.

El modo de efectuar las faenas del cultivo de la tierra y de trabajar los artículos manufacturados pertenece a una época de la historia anterior, sin duda, a la edad moderna. Parece ser, estrictamente, medieval, pero con notables supervivencias de la organización que encontraron los primeros pobladores españoles en la circunscripción indígena que se apropiaron.

Tienen como labradores un poderoso aliado: la buena calidad del suelo. El clima y un régimen hidrográfico generoso contribuyen a la feracidad de la región. El esfuerzo del hombre no necesita ser tan penoso como en el viejo mundo, por ejemplo. Aquí debe provocar hacer el trabajo cantando: así es propicia la tierra para dejarse cultivar y para multiplicar las semillas. La mejor prueba de esto es el hecho casi increíble de que hay sementeras que no han recibido jamás una arada previamente a la sembradura. He aquí cómo el campo de Yangana se pone a producir: si se va a hacer un cultivo de montaña, el agricultor debe comenzar por talar el bosque: el hacha y el machete son las herramientas que necesita para esta faena. Por regla general los árboles caídos sirven para hacer carbón o leña que se utilizará en el poblado. De los despojos sobrantes, pasto para alimentar el fuego de las rozas. «Esperan a que se sequen un tanto las ramas muertas y prenden fuego en el cementerio de los árboles. El incendio dura a veces semanas enteras. Cuando las llamas se han extinguido por fin y se enfrían las cenizas del suelo, viene la primera siembra "a tola».

La «tola» es una estaca larga, con la cual el labrador hinca el suelo, abriendo una pequeña hendidura donde depositará, inclinándose, la semilla, si se trata de chacras de cereales. Con la misma estaca tiene el cuidado de cubrir, con tierra y ceniza, el hueco donde dejó la semilla. Las lluvias, el riego, la humedad de un subsuelo donde antes hubo grandes raíces y espesa sombra, se encargan del resto. El aspecto de una chacra que nace a raíz de la quema es impresionante. Los tocones de los árboles levantan todavía sus muñones ennegrecidos. Se nota que ha pasado la muerte, dejando en el campo de batalla un hacinamiento de cadáveres medio calcinados. Y allí mismo florece la vida de las plantas cultivadas por el hombre. De manera que el arado que tiran las yuntas de bueyes sólo se utiliza para abrir los surcos en las tierras fatigadas, hacia la décima cosecha, aproximadamente.

Y la proporción entre lo sembrado y lo cosechado es realmente asombrosa. En ello se advierte también la diferencia que va de este suelo al suelo laborable

de Europa y aun al más fértil de los Estados Unidos.

Para las cercas que limitan los campos de cultivo y cierran las dehesas no utilizan en lo absoluto el alambre de púa. No faltaría más. Hacen setos vivos en la gran mayoría de los casos. Los predios de la parte alta utilizan como elemento para sus cerramientos, los agaves. Para construir una cerca de penca proceden así: abren una zanja corrida, cuidando de ir cortando la tierra con el filo de la barreta en grandes tepes para luego utilizar éstos en levantar un muro adyacente, sobre el cual trasplantan agaves adultos. La vitalidad de esta planta asegura su inmediato arraigo. Ordenadas en fila tupida y horcajadas sobre el muro de tierra fresca, conviértense al cabo de poco tiempo en una barrera impenetrable, guarnecida por miríadas de afiladas espinas de color negro. Y en la zona que se acerca al río, descendiendo de Yangana, los setos son trabajados a base de plantas que los naturales de esta región llaman pinllus y porotillos, respectivamente. Las siembran por esqueje, codo con codo. Al engrosar, forman una fila muy estrecha, tan tupida, que cuando los árboles se vuelven corpulentos el intervalo que separa sus troncos yuxtapuestos se han reducido a la nada.

En la población propiamente dicha los solares van protegidos por tapias de una altura mínima de dos metros, con el objeto de que de un solar no pueda verse el otro. Conociendo los menesteres a que llegan a dedicarse dichos terrenos no es difícil explicarse el objeto de estos cerramientos tan altos, en un lugar donde nadie es capaz de escalar un muro para robar, porque aquí el robo apenas existe.

Por lo demás, el único tipo de cerca que hace competencia al seto vivo es el que se hace con madera cortada. Es el que emplean para circundar los corrales de ganado, generalmente.

En tales casos, el palo preferido es el *faique*. Comienza el trabajo por fijar de trecho en trecho una doble fila de postes profundamente enterrados en el suelo, e ir rellenando de palos cruzados las cajas formadas por cada cuatro parantes. Así, hasta llegar a una altura que la vacada no pueda salvar. No es raro, en los sitios donde abunda o está cerca del material, emplear el muro de piedra y lodo.

A medida que los terrenos se empinan hacia la cordillera, el suelo va requiriendo un cultivo más cuidadoso. Desde el pueblo, tendiendo la vista hacia arriba, es fácil ver, en el tiempo de las aradas, docenas de yuntas de bueyes que realizan de consuno su tarea. El mismo número de aradores que se vio en una

«estancia" la víspera se ve en otra al día siguiente, y en esa forma van recorriendo toda la región, durante apreciable lapso. Este hecho se explica muy fácilmente conociendo el sistema que tienen de labrantío en común llamado "minga», voz quichua con la que designan en la actualidad las grandes reuniones de vecinos que se juntan para trabajar en un día preestablecido, en el predio de uno solo de ellos, a título gratuito, y con la sola condición de que proporcione el favorecido abundante pienso para los bueyes y buena comida para los jornaleros, estando listo, cuando le toque el turno de ir a servir otro de los vecinos que le ayudaron, a acudir, con su persona y sus animales, a la llamada.

En idéntica forma proceden para las deshierbas, para los «raymes», para las cosechas, para las trillas, para el entechado de las casas, para los rodeos. La «minga» es, pues, un modo de trabajar, el más popular de estos lugares.

Y es interesante observar la manera cómo trabajan estos hombres, durante las «mingas». Se «paran» a trabajar muy de mañana, a las seis quizá, pues los «mingueros» han acudido a la invitación desde antes del amanecer, y a esa hora habrán desayunado en forma suficiente y bebido, para compensarse del madrugón, un medio jarro de aguardiente. Esta libación de las primeras horas del día la llaman «tomarse una mañana».

Bajo el calor del desayuno y de la «mañana» se inician las labores, en las cuales reina un verdadero furor por superar al vecino. En el almuerzo del mediodía es frecuente que los concurrentes se coman una cabeza de ganado, remojada con grandes sorbos de chicha de jora fermentada, o con guarapo fuerte, o con aguardiente. La media jornada de la tarde se realiza con la mayor algazara. A las cinco o seis de la tarde, se «alzan» de la faena y viene la estupenda comilona de la noche.

En esta forma, hacen la faena alegre, rápida y económicamente.

Apenas es concebible aquí el tipo de trabajador asalariado que, en el campo, reciba, por ejemplo, una soldada semanal. Y no existe aquella clase, en otras regiones tan abundante, del jornalero que no tenga, en suelo propio o ajeno, una parcela para el cultivo.

En los muchos tramos del suelo que van descendiendo al río, los hombres dispensan cuidados menos morosos a la tierra. Va ésta siendo de mejor calidad y menos exigente. Los frutos son incluso superiores, no obstante la relativa pereza de quienes los han propiciado para la cosecha.

Y es que, además de las excelencias, ya aludidas, del clima para los sembrados, hay que contar con el limo que las avenidas del invierno transportan de las alturas, despojándolas de lo mejor de su mantillo vegetal y de su arcilla fecunda.

Por lo que hace al modo de vivir y trabajar los artesanos de la aldea, es significativo el hecho de que casi todos ellos sean además cultivadores de la tierra o ganaderos. Alternan los menesteres agrícolas o pecuarios con el oficio.

Y cuando ejercen éste, lo hacen como dispensando una merced al amigo. La relación que existe entre cliente y operario se parece más que nada a la que va de quien pide un favor a quien lo concede. Si necesito que el amigo que es tan hábil para las composturas de mecánica fina remedie el tornillo de mi teodolito, que se ha aislado, necesito ir a rogarle en persona que me haga tan señalado favor. Y él lo hará, para darse, según lo manifestará al entregar la obra realizada, el placer de haberme sido útil. Igual procedimiento tengo que emplear con un zapatero remendón o con el sastre que cuidará de la limpieza y aplanchado de mis ropas. Por cierto que tamaña pretensión se vuelve a veces insufrible. No deja de exasperarle a uno más de la cuenta tener que rogarles a que hagan un trabajo al cual están obligados por razón de su oficio y del estipendio que uno va a satisfacer por aquél. No es de caridad lo que uno se acerca a pedir que hagan: es con dinero en la mano (8).

No ha dejado de asombrarme también el advertir en estas gentes un desapego por el dinero que a veces llega a lo inverosímil. Parece difícil de creer este caso auténtico, que me sucedió en la primera semana de mi arribo a Yangana.

Trataba de hacer, lo más rápidamente posible, mi primera incursión por las montañas de quinas de la cordillera: quise contratar seis peones para que me acompañaran. Hice la gestión yo mismo, exhibiéndoles la plata en la mano y ofreciéndoles el doble del mayor salario que persona alguna pagara en la población a un jornalero. Pero mis candidatos se molestaron, manifestándome que encontraban muy mal el que tratara de enseñar a la gente trabajadora a ir por la paga a donde quisiera llevarla cualquier desconocido. Me rechazaron el enganche y empezaron a desconfiar de mí. Creyeron que quien pretendía pagar más de lo acostumbrado tenía siniestros propósitos en cierne y que por ello trataba de tenderles una celada en forma de tentadora oferta de salarios. Se fueron alejando uno por uno, no obstante mis propuestas cada vez mejoradas.

Esta primera lección y otras experiencias posteriores fueron abriéndome los ojos. Aprendí a tratarlos como amigos y así fue como pude tener cuantos guías y peones necesitaba. Pero nunca dejaron de recordarme que me acompañaban como amigos míos. Y cualquier frase inconveniente que oyeran, o una insinuación que les pareciera descomedida, bastaban para herir su quisquillosa susceptibilidad, y la deserción de mi acompañante, abandonando los emolumentos que se le adeudaban, era inevitable.

No tengo inconveniente en hacer una confesión: creo seriamente que las temporadas que he pasado, así en la aldea como en el campo, con gentes de esta laya, me han sido altamente provechosas. Tal vez resulte un poco ingenuo declarar que cuando vine jamás sospeché que de ellas podía aprender nada. Y sin embargo, han sido para mí una fuente de valiosas enseñanzas. Ya lo dije: encuentro que la calidad moral de sus almas es excepcionalmente alta. En esta zona, prodigiosamente mediterránea, ha podido conservarse un retazo de humanidad no contaminada, que me hace pensar a menudo —no sé si la simpatía me apasione— en el ambiente puritano y patriarcal en que debieron vivir nuestros abuelos de Pennsylvania. Sólo que nosotros, los norteamericanos, nos hemos habituado, por un defecto en nuestra cultura, a creer en que hay un abismo que separa esto de aquello.

15. — La enseñanza.

Es gente que gusta de poner a sus chicos en la escuela. Pagan a maestros particulares para la enseñanza, y hacen de modo que el aprendizaje tenga la misma forma que tuvo cuando los padres de los chicos de escuela fueron alumnos. Con lo que hemos dicho que la escuela de Yangana es lo más rutinario

y atrasado en los métodos que pueda imaginarse. En efecto: así debió haber aprendido don Lisandro. Pedagógicamente, a la luz de las modernas especulaciones, los postulados y procedimientos en uso son inquisitoriales.

El maestro o maestra se contenta con muy poca remuneración.

Recibe semanalmente un tributo en especies alimenticias y a fines de mes una irrisoria suma en metálico de cada uno de los alumnos. Como los padres son los que sostienen directamente la escuela, se creen asistidos del derecho de fiscalizar la enseñanza, e imponer textos y asignaturas. Así, por ejemplo, el catecismo de la doctrina cristiana es obligatorio. El día viernes, que es también el de la dádiva semanal, dedícase a la enseñanza memorística de la doctrina cristiana. Así, de la mañana a la tarde. Los días de escuela comienzan el lunes y terminan en este día viernes. Tienen, pues, sábado y domingo de vacaciones.

El interés de los padres se advierte en la circunstancia de que hay alumnos que vienen de lejos, algunos de más de cinco kilómetros, a pie. Para llegar a tiempo tienen que madrugar.

El aspecto de los escolares así como su edad son de lo más heterogéneo. La mayoría está formada por chicos descalzos.

Es rarísimo ver alumnos con zapatos. En cambio, viven ensombrerados. Solamente para entrar al local de la escuela se despojan de su tocado. Los pocos libros de texto —que adquieren en los comercios de la localidad a principios del año escolar— los conducen en una talega de tela o bien en una canasta de corteza de caña. Es curioso, pero los alumnos que no viven propiamente en la población sino en los alrededores o aledaños un poco distantes, vienen trayendo ya sea en sus canastas o en sus talegas un fiambre para la comida del mediodía, pues las clases comienzan desde las ocho de la mañana hasta las doce, y se reanudan a las dos para no terminar sino a las cinco de la tarde.

Hay alumnos que recién están comenzando a aprender a leer y que tienen ya novia; y viceversa, hay chicos que han comenzado muy niños y que ya no tienen qué estudiar a los trece años, pues han terminado ya todos los libros de texto, y no hallan qué hacer con su fabulosa sabiduría.

Para el fin del año escolar, que concluye quince días antes de la fiesta del Señor del Buen Suceso, una junta de notables de la población concurre a los respectivos locales con el objeto de recibir los exámenes públicos. La población entera asiste a las pruebas. Hay discursos y repartos de premios. Y recitación de

poesías patrias por parte de los alumnos, que se las han aprendido de memoria. A veces, juguetes cómicos. El público acude con interés y escucha con embeleso. Estas buenas gentes son muy poco exigentes con el espectáculo. Cualquier simpleza les distrae profundamente. Y tienen por las representaciones dramáticas una debilidad que linda a veces en lo ridículo.

El local de la escuela tiene pocos muebles, de calidad ínfima.

Como que han sido comprados con cuotas del peculio privado.

Unas pocas mesas bancas de gran extensión y cabida de diez alumnos en fila, una mesita para escritorio, y un armario rústico, el pizarrón en una esquina, y una silla para la maestra componen todo el mobiliario. Como hay una sola sala, en ella se encuentran todos los grados de la escuela, que por otra parte, tiene una sola preceptora. Adelante están los grados más atrasados. En las bancas posteriores los alumnos de los últimos cursos. Finalmente, hay algunos que, por falta de mobiliario, tienen que sentarse en el suelo.

No se conoce lo que es un mapa. La enseñanza primaria dura entre tres y cuatro años. La enseñanza femenina, tiene un año menos. Para la mujer, según ellos, eso es más que suficiente.

La mujer necesita menos, mucho menos. Excepcionalmente, los alumnos egresados de esta escuela van a la ciudad a concluir la enseñanza primaria y seguir luego la segunda enseñanza. En este último caso ocurre que un alumno egresado después de concluir aquélla no regrese ya a su pueblo, que encuentra demasiado angosto y primitivo. Esta tendencia de no volver a él de los espíritus que se han cultivado un poco en la ciudad descorazona a los buenos hijos de Yangana, y es sin duda una razón apreciable para explicar el porqué hay tantos padres con posibilidades para educar mejor a sus hijos que, no obstante, se limitan a darles la instrucción elementalísima que proporciona la escuela del lugar. Conozco algunos casos, y he oído repetidas veces expresada la misma preocupación. La ciudad es un foco de atractivo que los desarraiga de acá. Raros son los casos similares al de mi amigo «don» Vicente Muñoz, que habiendo sido estudiante cuando adolescente, en el colegio de la ciudad, volvió a su pueblo natal, más amartelado con él todavía que antes de partir de su regazo.

Igual ocurre con las muchachas. Si los padres las han enviado a completar su instrucción en un convento de monjas de la ciudad, retornan inconformes a encontrar todo deficiente y atrasado, y añoran sentimentalmente la ciudad.

Encuentran horrible la aldea, y despreciable y chabacano lo que antes no chocó contra su sensibilidad. Los padres constituyen en tales ocasiones la primera víctima. La ciudad ofrece, pues, para quienes han pasado una temporada larga en ella, un señuelo que el buen sentido de los padres encariñados con Yangana les incita a evitar. Noches sin luz eléctrica, sin radios, sin el rumor de un vehículo a motor, sin cinematógrafo donde ir a distraerse las noches…, no tienen otra cosa que la conversación y el juego en torno a la hoguera de la cocina, el cuento a raíz del yantar, hasta que llega la hora de dar las buenas noches y pasar a dormir. Y le pierden el gusto al paisaje rural. La comunión con la naturaleza, que a algunos nos emociona tanto, han dejado de sentirla.

La escuela, pues, mientras no esté servida por un preceptorado fiscal que cumpla los programas oficiales, seguirá siendo rutinaria y deficiente, condicionada, por una parte, con la tradición ciega y por otra, con la imposición del albedrío del profesor. Ninguna sujeción a cánones fijos ni a programa unificado. Una verdadera anarquía, dentro de la rigidez rutinaria. Y en lo que respecta a método, entronizado como supremo medio el castigo corporal, la puesta de hinojos para las faltas leves y el azote en las manos y en las nalgas para las faltas consideradas como de mayor gravedad.

16. — Las diversiones.

Yangana es un pueblo sumamente aficionado a los espectáculos. Se entrega con verdadero delirio a sus fiestas.

Goza sin tasa y sin freno en tales oportunidades.

Sus regocijos pueden clasificarse en cuatro categorías las fiestas onomásticas, los paseos al campo, las fiestas agrícolas y las fiestas religiosas.

Claro está que tampoco dejan pasar desapercibido el domingo. Pero en estos días feriados el entretenimiento no consiste sino, rutinariamente, en peleas de gallos, juego de la teja, juego de la pulseada o del dedo.

Algunos se dedican al juego de baraja española, en la veintiuna, o la caída y limpia; al briscón, a la quina.

Entretanto, las mujeres jóvenes se hacen visitas, obligadas a estar mucho más juiciosas que los varones. Además, por parte de éstos, la chicha y el aguardiente. En las chicherías y estanquillos se bebe.

En las diversiones familiares —el onomástico, el cumpleaños, el matrimonio — se baila y se bebe, como en todo el mundo.

Dulces voces femeninas suelen levantarse en el silencio en que se suspenden los circunstantes, para cantar canciones un poco tristes, melodías indígenas, que terminan generalmente en «fugas» alegres y jaraneras. Después de unas cuantas canciones y copas, la reunión se alegra. Viene entonces el baile suelto: la chilena, el sanjuanito, con diestros movimientos de pies, y vaivenes apresurados del pañuelo, en tanto que los espectadores, entusiasmados, llevan el compás de la música de las guitarras con las palmas de las manos.

Para «entrar en calor» en las noches templadas, circulan de mano en mano, conducidas por la propia dueña de casa, las tazas a medio llenarse de «draque» bien caliente. El modo como en cada parte preparan esta bebida es un secreto peculiar. Si bien hecho a base de aguardiente de caña, las amas de casa se ingenian por darle los gustos más apetecibles, mediante la adición de ingredientes insospechados. Hacer un buen «draque» que satisfaga a los catadores exigentes suele ser una hazaña que se celebra una noche entera.

Y cuando la atmósfera está caldeada, tócale el turno a los refrescos. En grandes vasijas viene entonces la «cocada», bebida fresca y dulce, hecha de arroz y coco molido, suavemente aromática; la chicha de maní, helada y sustanciosa, con el sabor del cacahuete tostado y de la jora fresca…; o el guarapo de miel de caña, dilatado en agua y levemente acidulado con jugo de naranjas agrias…; o el «aguado chileno», mezcla explosiva de leche, azúcar y aguardiente, de grato sabor.

A la media noche, los invitados se sirven café con una increíble abundancia de pasteles y dulces. La dueña de casa es exigente, e insinúa de un modo porfiado a los concurrentes a que consuman la mayor cantidad posible de tales

provisiones.

Por cierto no es el café «asustado» el que se brinda en esas oportunidades: es el café destilado, de esencia concentrada.

Los terrones de azúcar blanquísimo y duro ocupan diversos lugares céntricos de la mesa, en anchos platillos. Un detalle que no puede olvidarse es empero el de que en todas partes a donde vayan los invitados encuentran idéntica vajilla. La razón de esto no es difícil de explicar: en todo el pueblo no existe un juego completo; un menaje completo, va de fiesta en fiesta, para el uso común. Para el servicio particular las gentes más acomodadas suelen tener una vajilla muy ordinaria y de un número de piezas excesivamente reducido.

Los paseos al campo son, con la fiesta de la minga, lo más agradable que cabe imaginar. Pongamos como tipo el paseo de choclos. Se trata de cobrar la primicia de una chacra, cuyas plantas prometen una buena cosecha. El grupo emprende entonces la marcha, llevando buena copia de provisiones y bebida, todo por cuenta de los invitantes, con el ánimo de pasar el día entero, bajo los árboles. La comida esencial la constituyen en esa vez los choclos —panochas de maíz tierno—, cocidos sin desgranar y recién sacados de la olla, que se sirven con queso fresco. Les precede el caldo de gallina.

Les siguen los cuyes asados en una larga «cangana» de madera, que los atraviesa de parte a parte. Grandes cantidades de chicha, y bebida alcohólica a discreción.

Luego, juegos en la hierba: la gallinita ciega, prendas, «cojo al tres», la gallina de pollos, etc. Un poco de música, unos cantos hasta la hora del regreso. Es al mismo tiempo sencillo y bucólico. Se respira una calma y una atmósfera de ingenuidad deliciosa.

Otro paseo frecuente es el que se hace, en grandes cabalgatas, al río, a pescar. Para entonces es de estilo llevar, además de los bastimentos necesarios, una provisión de cartuchos de dinamita, que hacen estallar en los remansos. De esta manera un tanto brutal se recoge una buena copia de pescados muertos por la explosión. Para entonces vienen también las proezas de los nadadores.

Desde luego, las mujeres proceden aquí con más cautela. Es fama que en las márgenes de este río abundan las culebras venenosas.

Finalmente, han convertido en agradable pasatiempo el vulgarísimo hecho de sacrificar un chancho gordo, con cuyo motivo realizan una gran fiesta y una

copiosísima comida.

Existe una especie de rito culinario que se sigue al pie de la letra, y que ocupa a los participantes un día entero.

He aquí la manera como se divierten estas buenas gentes con aquello.

La víspera el propio interesado suele hacer un viaje a la altura en pos de «llazhipa», que es un helecho que sirve de combustible. Torna con una gran carga de hojas en sus espaldas, o en las de una acémila. Las hojas secas del helecho son ásperas, pero se traban en una liviana y voluminosa parva.

Un diestro rasca suavemente la barriga del cerdo hasta que el animal se tiende entregado a una grata somnolencia. El sueño plácido es interrumpido por una puñalada en el codillo, que le va recto al corazón. Encima del cadáver, con el último estremecimiento, cae una capa del helecho seco que cubre el cuerpo caliente. Manos diligentes ponen una piedra entre las mandíbulas de la víctima, un tapón de tuza en el hueco de la herida y se encargan de ir tostando convenientemente el cuero del animal.

Es de rúbrica que los invitados concurran al asado de la piel del cerdo. Con agua y el filo de un cuchillo raspan la superficie carbonizada, rasquetean la cerda chamuscada y van descubriendo, bajo la borra, el pellejo ricamente dorado.

Grandes fuentes de maíz cocido caliente y sal molida aguardan en torno. Viene el consiguiente despellejamiento. El cuero así tostado es arrancado en pedazos. Considérase la mejor golosina, así como va desprendiéndose de las lonjas granuladas de jamón.

Horas después le toca el turno al consumo de la fritada. Los pedazos de jamón, picados en trozos de tamaño adecuado, se fríen en una gran cazuela con todo estrépito. Hierve la manteca que se desprende, y con un cuenco van separándola y vertiéndola en un depósito para que se coagule al enfriarse. A las dos horas, los chicharrones exprimen toda su grasa y quedan suficientemente fritos, con un apetitoso aroma.

Un plato de chicharrones con maíz caliente, recién cocido, es un plato lujoso en Yangana. Nadie se atreve a despreciarlo.

Ahora bien: hay que evitar el que el puerco «patee" a los invitados. Como se ha ingerido generalmente más de lo debido, alimentos pesados, grasos, de difícil digestión, creen necesario "cocinar» las grasas que se ha comido. Vienen entonces las copiosas libaciones de aguardiente anisado, de grado fuerte, como

para hacer saltar las lágrimas y la alegría.

El anís tiene un efecto carminativo y ayuda, en efecto, a los intestinos, a salir bien de la difícil tarea en que los ha comprometido el banquete porcino.

En las mingas, estos trabajos-fiestas colectivos a los que me he referido ya, los guisos y el modo de servirlos son los mismos, pero entonces no es la comida por la comida, o la comida por la diversión. La finalidad principal, absorbente, es el trabajo a realizarse. Solamente al cabo de la jornada los trabajadores pueden dedicarse, despreocupadamente, a gustar con pausa de los placeres bucólicos de la comida y de la bebida abundante, acompañada, en la noche, de una jarana alegre a base de flautas, guitarras y aguardiente o guarapo maduro.

Mucho me llamó la atención no encontrar en esta aldea, que por otros conceptos parecía conservar bastante la tradición española, la costumbre de las corridas de toros. Hechas las averiguaciones encuentro que no las han llevado a cabo jamás.

Los toros bravos no les hacen ninguna gracia, y los reducen rápidamente en los rodeos, pero sin ánimo de espectáculo ni de diversión. Y luego, con la sal y el moquillo los amansan rápidamente, hasta el punto de que dentro de poco son familiares y sufridos como corderos.

En cambio, parecen haber heredado de los españoles sus ascendientes, el amor apasionado por el espectáculo dramático. Si bien es verdad que yo no he estado en ninguna representación teatral, he podido saber con qué entusiasmo se preparan para las fiestas en que representarán comedias. Es el pueblo entero el que se prepara. Y según me informan, en la noche del espectáculo la gente se congrega de todos los rincones, y mira y oye con embeleso. Hay ocasiones en que se dan no una sino dos y hasta tres representaciones seguidas en la misma noche. La velada que comenzó a las nueve se prolonga hasta las tres y cuatro de la madrugada. Es absurdo en tales casos pensar en que haya persona que se retire antes de que el espectáculo concluya. Esperan con una avidez increíble el desenlace de la segunda o tercera comedia.

Ignoran la prisa y el cansancio. Y en la madrugada, con verdadera pena de que se haya acabado, se retiran comentando y recordando. Durante largas semanas es un tópico aquello. Se habla de la representación dramática en todas las casas. Son sucesos que no se borran.

17— Los muertos.

La vida de estas gentes es, como se habrá visto, una vida tranquila. Hay en la aldea una paz difícilmente igualable. Y cuando la muerte cobra su tributo a la población, la actitud de los que han de pagarlo y la de sus familiares suele variar de acuerdo principalmente con la proporción de sangre india que tengan los contribuyentes en las venas. Los blancos tienen el sentimiento con que la raza afronta la prueba definitiva, y de ello depende esa actitud. El indio profesa, en cambio, ideas y sentimientos diferentes. Es más pagano y tiene un cierto rito que convierte los funerales en una fiesta. Nada especial ofrece para los extranjeros el duelo de los blancos. En cambio, el de los elementos indígenas, o con proporción de educación y sentido indígena, es ya más interesante. En concreto, dos características esenciales me parecen muy expresivas. La primera es el «velorio» con su poema funeral; la segunda, anotada ya por algún otro viajero, es el traslado que del cadáver hacen los campesinos de los anejos lejanos hasta el cementerio del poblado, instalando al finado a horcajadas, como jinete, sobre el lomo de una cabalgadura. Tuve ocasión de concurrir a un velorio en una casita de las afueras, casi indígena, chocita de paja. Había muerto el jefe del hogar, y la viuda y los hijos velaban el cadáver, ya guardado en un sencillo ataúd. No había el silencio con que se concurre a los duelos. Todos los asistentes, que habían sido invitados verbalmente por los deudos, hablaban y reían si era del caso.

En los sombreros de los herederos había puestos cintillos de zaraza negra muy anchos, tan anchos como la altura de la copa.

Cuando ha muerto una persona, la comitiva conduce el cadáver a la quebrada, donde es objeto de una larga y cuidadosa ablución. Las mujeres lavan toda la ropa del difunto. A esta ceremonia la llaman «pizcha" o "píchica». La operación dura cerca de un día. La comida y la bebida queda por cuenta de los dolientes, y se prepara la primera en fogones improvisados en la playa. El cadáver vuelve entonces a la casa del duelo, de la cual sale al cementerio unas horas después, dentro de un ataúd de madera teñida de negro. En el pueblo, en el cementerio, tienen unas andas especiales para el traslado.

Cuatro hombres van turnándose en el transporte, que lo hacen a pulso. Antes de salir el cadáver de la casa del duelo, la mujer más representativa de la

sucesión lloriquea su canto fúnebre.

Encarece en voz alta y plañidera los méritos del difunto, expresando que ya no ha de haber en adelante quien desempeñe las tareas que él realizara dentro de su hogar. Hay ocasiones en que el sentimiento y el tono vuelven impresionante la oración funeral, y se ve entonces verter lágrimas entre los concurrentes, conmovidos por la elocuencia de la oficianta. Yo no encontré ridícula en ningún momento la ceremonia. Los sentimientos primarios de esta gente, que se queja como un animal herido y que razona sobre su pena, no es en ninguna manera risible: tiene el sello de cierta grandeza y despertó mi simpatía y hasta mi piedad. Pero la pena explícita dura muy poco. Terminado este responso o salmo, la comitiva, ágilmente, bien provista de licores, se dirige hacia el cementerio, llevando herramientas necesarias para cavar la fosa. En el cementerio, los hombres abren una zanja de profundidad enorme. Largas horas dura la tarea. Es también esta obra una especie de minga. Van alternándose en turno, y bebiendo y comiendo a pasto. Cuando han cavado unos cuatro metros y arrojado toda la tierra removida, depositan cuidadosamente en el fondo el cadáver, y le caen encima paletadas de tierra: toda la tierra cavada. Cuando termina la operación, los concurrentes, comenzando por los deudos, se encuentran ya borrachos, y vuelven, gimiendo y cantando, en grupo compacto, a la casa del duelo, generalmente en las primeras horas de la noche. Si el fallecido es un niño, la ceremonia es inmensamente alegre. Hay música. Con música alegre se va y se regresa del entierro. Y la fiesta dura un día más.

Aclaro de nuevo que este ceremonial se refiere únicamente a las familias indígenas de los alrededores. Los blancos y mestizos, que están en mayoría, siguen con pequeñas variantes la usanza española, que no tiene nada de singular.

Desde luego, les apena muy grandemente el que con alguna frecuencia los enfermos de gravedad tengan que dejar el mundo sin haberse confesado sus culpas, por la excesiva distancia a que tienen el cura de la parroquia más próxima.

Entre las gentes de Yangana, cristianas y devotas las más, el que alguien haya muerto sin confesión auricular ante un sacerdote católico es motivo de tenaz pesar y preocupación por la suerte que, sin ese sacramento, haya corrido la infortunada víctima.

El traslado de los cadáveres a lomo de bestia lo verifican las parcialidades

indígenas que viven lejos del poblado, porque les parece y resulta el medio más simplificado de hacerlo. Para el efecto, visten al finado con sus mejores ropas, después del largo baño a que han sometido su cadáver, le amarran las quijadas con un pañuelo y le ponen el sombrero en la cabeza, fuertemente calzado. De esta guisa lo cabalgan sobre una bestia ensillada, le acomodan los pies en los estribos y lo amarran a la silla. Y para evitar el que pierda el equilibrio con el tranco de la bestia, lo aseguran con un palo que le sujeta la espalda y con otro que le sostiene el pecho, contra la silla. No tiene así el cadáver ningún inconveniente en hacer largas caminatas, a buen paso. Hasta llegar al poblado, adquirir la caja mortuoria, velarlo en el cementerio y enterrarlo luego.

Esta costumbre, este viaje póstumo a mula, ha constituido desde que fue anotado por los escasos viajeros que llegan por estos rincones, una de las notas típicas más curiosas y estrafalarias.

18. — La literatura oral.

Un pueblo con tan poco contacto con el resto del mundo, de existencia tranquila y de trabajar pausado, es un pueblo que se entretiene con mucho agrado en la conversación, el mentidero, el comento, la conseja y el cuento. Una larga tradición había desarrollado en la gente, en la gente más adocenada incluso, una sorprendente disposición para contar cuentos, que aquí se hace con un arte no aprendido y sin esfuerzo. Cualquiera es capaz de entretenerle a usted una noche entera contándole cuentos. Usted al otro día puede sorprenderse de tratar al narrador, en un terreno diferente del de la ficción. Lo encontrará un sujeto basto, tímido a veces, de lentas reacciones mentales. Pero siéntelo en torno del hogar, déjelo oír uno o dos cuentos, estése seguro de que ha creado un ambiente propicio, y verá usted lo singular: ese hombre tan vulgar se impresionará, sentirá que el espíritu del relato desciende sobre su torpe cabeza, y se transformará en un ameno e interesante narrador. Entonces, hasta es posible que se conmueva, por prevenido que se encuentre para no dejarse halagar la imaginación con relatos de cerebros rústicos.

Si de fábulas de animales se trata, explicará, por ejemplo, la razón por la cual los perros tienen por costumbre olerse unos a otros, más o menos en esta forma:

> «Cuando los animales hablaban, un perro se encontró una moneda de a diez centavos en el camino. Hizo una junta de perros para resolver en qué habían de gastarse la plata. Como no les alcanzaba para nada provechoso, convinieron en comprar dos onzas de incienso y sahumarse. Convocaron a todos los perros a la ceremonia. Los que fueron

> obedientes asistieron a la llamada del rey de los perros, y se sahumaron».

> «El rey de los perros mandó castigar a los remisos. Por eso es que a los perros que asistieron a la ceremonia los demás los respetan y después de olerlos, los dejan pasar. Y les hacen una cargadilla a los que, por la olida que les practican, comprueban que son de la familia de perros no sahumados y desobedientes».

Eran cosas éstas que se contaban cien veces, pero que les gustaba, no obstante, volverlas a oír, con un gusto verdaderamente infantil. El que había narrado, era acosado inmediatamente por una descarga de preguntas, para escucharle, una vez más, la historia consabida. En algunos del auditorio había quizá, el afán de contrastar las diferencias en el modo de contar entre una ocasión y otra. Querían, pondré por caso, saber cómo se explica por qué los gatos sacuden la carne antes de comer. El narrador decía entonces:

> «En esa misma época en que hablaban todavía los animales, los ratones se quejaban de que los gatos los perseguían mucho».

> «Se robaron entonces una moneda y compraron alfileres. En ese tiempo los gatos se comían la carne que es su gran golosina sin tomar precaución ninguna. Los ratones pusieron los alfileres en la carne y la dejaron en la despensa del gato grande. Vino el gato grande y se comió de un solo bocado la carne, con alfileres y todo. Al cabo de una hora, el gato se moría».

> «Entonces llamó a sus compañeros y les dijo que su última voluntad era recomendarles que nunca se olvidaran de sacudir la carne antes de comerla, para asegurarse de que no tenga alfileres escondidos».

Era frecuente oír también la fábula de los ratones niños que se dejaron sorprender por la hipocresía del enemigo:

> «Mamá ratona era bastante experimentada y prudente. Cuando salía a conseguir comida para los pequeños, les recomendaba que no salieran de la cueva porque el enemigo se los podía comer. «Los ratones tenemos un enemigo», les decía. Pero cuando la mamá dejó la cueva, los pequeños

salieron con toda precaución del escondite y encontraron en un pesebre un caballo brioso, que manoteaba, relinchaba y sacudía la cabeza, pisando la hierba como si estuviera furioso. Los pequeños huyeron al ver semejante monstruo tan soberbio y temible, y con el corazón encogido fueron a dar en el fondo de su cueva. Cuando volvió mamá ratona, le dijeron que ya conocían al enemigo, y le dieron las señas del caballo. Mamá ratona les dijo que tengan mucho cuidado, que no vuelvan a desobedecer, pero que ese que habían visto no era el enemigo. Al día siguiente volvió a salir y a recomendarles tener mucho cuidado. Los pequeños desoyeron nuevamente y salieron para afuera. Vieron entonces, desde el portal de la entrada, a un gallo que batía las alas, saltaba, cantaba y raspaba con las uñas en el suelo. Los animalitos corrieron atemorizados y cuando mamá ratona volvió le dijeron que ya conocían al enemigo. Ella les dijo que no, que ese animal que habían visto por la mañana, ese señor tan arrogante y colérico, no era el enemigo. Volvió a salir y encarecerles mucho cuidado con el enemigo. Pero ellos insistieron en desobedecer, y salieron por tercera vez».

«Avanzaron un poco, con mucha cautela, y se encontraron con un gato que dormitaba y ronroneaba junto al fogón, con los ojos cerrados. Qué señor tan bueno, penaron los pequeños, con qué devoción reza, y cómo ni siquiera alza los ojos a ver a nadie. Y cuando se encontraban admirando la beatitud del gato, éste, que los había estado mirando de reojo, los atrapó de un salto y se los comió».

En la semana santa, que era un período de recogimiento y meditación se adormecían con ejemplos piadosos, y preferían cuentos de sabor parecido al que sigue:

«Esta es la historia de un zapatero que se fue derecho al cielo cuando se hizo lego del convento».

«Este zapatero era tonto, y por eso tuvo mucha facilidad para salvarse. Se fue una vez a la iglesia y oyó que para ir al cielo hay que hacer buenas obras y seguir el camino en línea recta».

«El hombre se esmeró mucho en su trabajo y cada par de zapatos estaba

hecho a conciencia. Por eso perdió lo poco que tenía y se quedó en la calle. Entonces se propuso irse de su pueblo, y como le habían indicado que debe seguirse el camino en línea recta, echó a andar y andar por donde le apuntaba la nariz, metiéndose por los pantanos, salvando los cercados y cruzando los precipicios».

«En esta caminata le ocurrió toparse con un caballero muy apaleado, cubierto de sangre y heridas, que estaba tendido en el suelo. Lo levantó, lo llevó al arroyo, le lavó las heridas, le convidó un poco de mote que llevaba de fiambre, y siguió su camino. Más allá, volvió a encontrarse con otro caballero en iguales condiciones, a quien hizo lo mismo. Fue a dar, por último, en un convento de franciscanos, y después de que le dieron de comer bien y se iba a descansar, vio, en un oratorio, al mismo caballero a quien había hallado en su camino, pero que estaba ahora clavado en una cruz».

«El zapatero reprendió entonces al crucificado. «Mal hombre has de ser», le dijo, "por eso te maltratan por donde quiera que vas. Pero no te atormentes, que yo te voy a apear de ahí encima, y te voy a dar de comer».

«Se fue a la cocina y le rogó al lego cocinero que le diera una ración más de comida. El lego, curioso, lo fue siguiendo para ver qué hacía. Y lo encontró conversando con el crucificado, que estaba ya desclavado y comía la comida que le ponía en la boca el zapatero».

«El lego voló a contárselo al prior, y el prior al ver lo que pasaba le rogó al lego que pida a Dios por su convento».

«Entonces Dios (porque había sido el mismo Señor crucificado el que hablaba con el zapatero bobo), le ofreció arreglar en el cielo para que nunca falte la comida en las ollas de los conventos de los franciscanos».

Pero cuando las exigencias del cura que visitaba el pueblo en la época de fiestas y cosechas, les parecían excesivas, se ponían como si dijéramos un poco *volterianos*. Gustaban entonces de oír cuentos de este jaez:

«El cura de esta historia se llamó Manuel y vivió en el pueblo vecino de

X hace muchos años. Don Lisandro lo conoció. Era un cura bien tacaño y bien enamorado. Con el pretexto de salir para una confesión hizo un viaje a ver una donosa que vivía en una finca vecina. Hizo ensillar la buena mula, preparó un buen fiambre para él y tomó la delantera. El paje era un muchacho a quien el cura ya iba a matar de hambre. Como el paseo era un poco largo, y el cura estaba de muy buen humor, le regaló al muchacho un puñado de maíz para que lo tostara y llevara en un poto para que vaya comiendo por el camino. Caminaban y caminaban y el hambre le apuraba al paje. Pero apenas sacaba un puñado de tostado del poto, el cura se escandalizaba y lo reconvenía diciendo que hasta cuándo se harta. Así, hasta que era ya bastante avanzado el día, y el pobre muchacho iba muerto de hambre. Por eso fue lo que cuando el cura le preguntó de quién era una buena casa de hacienda que quedaba en el camino, el paje, aun cuando sabía le dijo: «No sé, señor cura». Y cuando, más adelante, se encontraron con un árbol frondoso y muy corpulento, y el cura le preguntó cómo se llamaba, el muchacho le contestó que no sabía. Y cuando, cerca ya de llegar a la casa de la enamorada, vieron un corral de lindo ganado, el muchacho dijo que no conocía el nombre del dueño de esas cabezas de ganado, por más que sí sabía. Furioso el paje por lo hambriento que estaba a causa de la miseria del cura, pensó cobrárselas todas juntas. Y así fue.»

«Porque durante la noche el santo sacerdote, conforme lo había planeado en el día, de acuerdo con la muchacha, empezó a gatear hacia la cama de esta, creyendo que todos dormían. El muchacho, que no podía dormir porque el hambre le hacía arder el estómago, gritóle: «¡Señor cura, señor cura!» El santo sacerdote tuvo que volverse a gatas rápidamente, para contestarle desde su cama: «¿Qué quieres, muchacho, a estas horas?»

«El muchacho le dijo: «¿Se acuerda, tayta cura, que usted me preguntó en el camino de quién era la casa de hacienda que había en el camino? Ya sé de quien es: es de don Joaquín Villa, el de Guachanamá». «¿Y para eso me has despertado, mozo insolente?» Pasó más de una hora, y el muchacho para despistar al cura comenzó a roncar. El santo sacerdote confiando en que ya todos dormían, emprendió de nuevo a gatas por el

> suelo, en busca de la cama de la donosa, que lo aguardaba, porque lo que es la vieja estaba ya soplando».
>
> «Estaba el santo sacerdote para llegar al lecho, cuando oyó que el muchacho le llamaba a todo pecho: «¡Señor cura, señor cura!» El santo sacerdote tuvo que volver apresuradamente a su cama propia, muerto de furia, para que la veterana no se dé cuenta y poder contestarle al muchacho bribón. «¿Qué se te ofrece, majadero?», le dijo el cura, metiéndose apresuradamente en la cama: «¿Se acuerda, señor cura, de ese árbol frondoso que había en el camino y que usted no sabía cómo se llamaba? Ahora que me acuerdo ese árbol se llama cazhco». «¿Y para decirme eso me has despertado, ladronazo?»
>
> «Pasaron algunas horas, se hizo un profundo silencio y el paje del cura comenzó a roncar y a soplar la veterana. El cura, viendo que ya mismo amanecía, hizo de nuevo su intentona. Y cuando iba ya a llegar a la cama de la moza, el sirviente, que se había estado haciendo el dormido, lo hizo regresar de un grito: «¡Señor cura, señor cura!» El santo sacerdote, que no cabía de rabia, tuvo que volver para contestarle: «¿Qué otra cosa quieres a estas horas de la madrugada, mal hijo de tu madre?» «¿Se acuerda, tayta cura, de ese corral de ganado que encontramos cerca de la quebrada de Uriguanga, y cuyo dueño usted no sabía quién era? Ahora que me acuerdo ese corral es de los herederos del finado Anastasio Valverde, el celicano».
>
> «En éstas y las otras, cuando el santo sacerdote se dio cuenta, estaban apurando los gallos y empezaba a rayar la aurora. En andar a gatas de su cama a la orilla de la cama de la dama se le había pasado la noche sin poder cumplir sus propósitos, y estaba que bufaba de cólera. No esperó el santo sacerdote a que acabara de amanecer. Se negó a aceptar el desayuno que le ofrecían, ensilló él mismo su mula y salió de la casa como disparado, cual alma que lleva el diablo, haciendo adelantar al facineroso quien, con la alforja del cura, en una travesía, desapareció antes de que lo castigaran».

Tienen nociones confusas acerca del destino. Generalmente creen en él. Así lo manifiestan, con gran convicción. Son sus expresiones favoritas «la bala no

mata sino el destino», «nadie muere la víspera sino el día», «los días estaban contados»…

Como siempre, se ilustraba la sentencia o el adagio con el apólogo. Si alguien ponía en duda lo inexorable de la fatalidad, venía el cuento del pobre que nació para ser pobre y tenía un estribillo para azuzar a su asno, que decía: «¡arre borrico! que el que nació para pobre nunca será rico». O el cuento del hombre que, por mandato de la estrella, fue ladrón de los más finos, gracias a la ayuda que el brillo variable de la propia estrella le dispensaba.

Tan apasionante es para ellos crear y oír estos relatos, que los sucesos más insignificantes de su pasado adquieren dentro de poco tiempo una versión más o menos novelesca. Así ha ocurrido, por ejemplo, con la historia del origen de los latifundios que rodean al pueblo de Yangana en un cinturón de hierro, que se ha convertido en una narración que titulan, aproximadamente, «la triste historia del viejo haragán», que es una relación larga, circunstanciada y con personajes conocidos, algunos de los cuales viven todavía (9). De tal manera, en la tradición oral de Yangana se ha conservado la historia espuria de las depredaciones y despojos a los primitivos propietarios, que siguen considerando a sus actuales beneficiarios como intrusos y exactores. Y que aguardan el momento en que podrán recuperar aquellos terrenos, bien sea de buen grado o por la fuerza. En esto encuentro yo el germen de un sinnúmero de disturbios futuros que, de tomar cuerpo, amenazan con empañar seriamente, quizá trágicamente, ese horizonte tan diáfano de un pueblo de criminalidad casi nula, de vida tranquila, recoleta, patriarcal.

Verdad es que el camino que han comenzado a seguir para obtener la ansiada expropiación de tales latifundios adyacentes, es el más ajustado a las normas de la pacífica convivencia: Se han dirigido a las Cámaras legislativas, y a ellas acuden año por año, con ejemplar paciencia y constancia.

Pero si no hallan eco sus reclamos, en el pueblo parece haber una decisión unánime: hacerse justicia de todos modos. El peligro que puede sobrevenir para entonces yo lo veo muy grave. El meditar sobre este caso me ha llevado a desear sinceramente ser una persona de influencia para ayudar a estas buenas gentes y al «gobierno paternal» a resolver el cada vez más grave problema. Y digo que se torna cada vez más grave, porque la administración provincial tiene, como lo he dicho ya anteriormente, sus ideas acerca de los moradores de Yangana, a quienes

considera turba peligrosa, de instintos criminales y digna, sino de la horca, por lo menos, de un trato represivo de mano de hierro.

A pesar de lo nublado que, desde este punto de vista, se presenta el futuro de la paz de Yangana, realmente maravillosa, tengo confianza en que la gente de buen sentido y más serena de la población intervendrá en el apaciguamiento de los ánimos, animada por la esperanza de que, tarde o temprano, la justicia del Estado sabrá decretar la reversión de los territorios comunales a las manos de quienes las habían venido usufructuando desde tiempo inmemorial.

19. — Hasta luego, Yangana.

Tal es, a grandes líneas, la fisonomía material y espiritual del pueblo de Yangana, que me tocó visitar con una detención mayor de la que calculara en mi itinerario de viaje, en mi excursión botánica por los Andes ecuatorianos. Tal es la forma eglógica en que vive.

Se da modos a tener todo lo que necesita, y a no desear sino lo que puede buenamente tener. Buena arcilla encuéntrase en cualquier parte para sus cacharros. Buena leña y lumbre para cocerlos. Las tejas son de primera. La madera para armar la cubierta de las casas está cerca, a pocas horas de la plaza, si bien ha de burlarse los vallados que rodean los bosques vecinos. Madrugando con una yunta de bueyes, por la noche llegan ya con los horcones, las soleras y las vigas, y los tocones de donde saldrán las puertas, las ventanas, los muebles y el piso de tablas.

Gastan poco en ropa, cuando gastan. La confeccionan ellos mismos. Calzado, ponchos y sombreros. Casi no gastan en alumbrado. No existe el problema del inquilinato, pues apenas existen arrendatarios de habitaciones.

En las inmediaciones, pasada la zona excluida que defienden los terratenientes, el ganado pasta libremente en los campos.

En los corrales abundan la leche, el queso, el suero y el requesón.

De los trapiches destila la miel de caña. La miel cocida huele deliciosamente en los grandes cuencos. El guarapo fermentado, la chicha de jora o el aguardiente de caña fabrican, siquiera sea interinamente, las más profundas alegrías.

Piaras de cerdos engordan a la sombra de los corrales caseros.

La tierra, en su mayor extensión, es buena y amable. Los pastos que crecen en las alturas son grasos y nutritivos.

Las arvejas del cerro son tal vez un poco duras, pero les resulta muy sencillo el expediente de cocerlas agregando a la olla donde hierven un trapito con un puñado de ceniza. Y muy divertido escogerlas antes de ponerlas en la olla, sirviéndose de una batea larga, en la cual se hace rodar los granos en plano inclinado, de una cabecera a otra, volviéndolos luego al extremo superior, con la mano extendida.

Las espigas de maíz prosperan grandes, blancas y jugosas. El fruto robusto se come en agraz, cuando el pelo le ha comenzado a chamuscar fuera de la envoltura; cuando la leche empieza a cuajarse en harina blanca y resiste la presión de la uña; como también cuando la envoltura, reseca por el sol, guarda una mazorca esmaltada, de grano pronto a convertirse en polvo bajo los molares, o a abrirse como rosa cuando se tuesta o se cuece.

Los naranjos cargan todo el año y ninguna plaga ha visitado hasta aquí los huertos. Las chirimoyas, Yangana arriba, caen por su propio peso, de puro maduras, y sirven para engordar a los hatos de cerdos que yerran por los campos.

Más arriba, los capulís, las lúcumas, los chamburos, los babacos, los toronches, los quiques, las joyapas, maduran lentamente sus frutos y racimos.

Más abajo, los nísperos, las papayas, las piñas, los aguacates, los mangos, ofrecen sus primicias al primer transeúnte que descienda en el camino para el río.

Y como a medida que se baja, el paludismo avanza y se torna cada vez más virulento, la quina, llega a visitar las goteras mismas del pueblo, ofreciendo su cáscara amarga para las tercianas.

La tierra de las vegas pare siempre.

Mientras duran los largos relatos y se oyen sin protestar las más descomunales mentiras, revientan en el rescoldo los granos de maíz tierno con detonaciones de petardo. Se asan las yucas o los plátanos pintones. Huele bien la cecina asada. Para todo ello dan los soberados plenos, los corrales pingües, las trojes rebosantes de granos.

Y no hay un solo mendigo.

De cuando en cuando un vendaval azotaba la calma de esta vida. Algunos frutos y cosechas se agostaban. Alguna existencia humana se abatía

cruentamente. La pasión en ocasiones cobraba los derechos de su fuero. Así también el rayo fulmina a los cedros centenarios. Pero el temporal pasaba.

El cielo quedaba despejado. Se hacía el recuento de las víctimas y lloraban por ellas quienes habían sobrevivido. Se abrazaban los que corrieron un inminente peligro común. Y largo tiempo se comentaba, se glosaba, se fantaseaba sobre esta castra que el destino hacía en los panales.

¿Hasta cuándo durará la vida así? me pregunto yo.

Pasarán muchos años, muchos lustros, algunos siglos quizá. El viejo pueblo sin historia, que vive de recuerdos novelados, de amables leyendas, subsistirá. ¿Ganará ahora su pelea con los terratenientes? ¿Habrá de perderla? Serios disturbios pueden sobrevenirle, sea que domine el un espíritu o el otro. Pero de todas maneras, creo que volverá la paz a inaugurar sus sesiones interminables, y la «historia del viejo haragán» tendrá un capítulo más.

A veces, y esto quizá no sea un vano sentimentalismo risible para mis compatriotas, me dan deseos de poder volver, después de muchos años, a vivir y morir aquí.

¡Si pudiera volver!

Las mismas andas que ahora sirven para conducir a los muertos, me irían llevando al cementerio. Me harían viajar a caballo tal vez, si la muerte me hubiera sorprendido un poco lejos. Y estas buenas gentes de Yangana, entre tristes y alegres, cavarían una fosa de quince pies de hondo, para que mis huesos queden sepultados para siempre jamás. Y con los años, en torno a la persona un tanto rara del «gringo», los forjadores de relatos que fraguan cuentos al fogón, habrían elaborado una novela fantástica que yo no había soñado siquiera vivir.

¡Si yo pudiera volver!

Notas del Traductor

Y allí, con estas palabras «Si yo pudiera volver» termina el cuaderno de Mr. Spark.

Aclaro que esa libreta se encuentra a disposición de quien quiera reclamarla justificando su derecho, en la Intendencia de Policía de mi provincia, de donde la tomé yo, con las licencias necesarias, para traducir lo que unos extranjeros ojos comprensivos vieron en un pueblito sudamericano que devastó el incendio, poco tiempo después.

He querido completar los apuntes del ilustrado viajero con un apéndice de notas que, por considerarlas demasiado largas, he preferido insertar fuera del texto. De tal manera queda, en mi concepto, actualizada la versión de Mr. Spark, si bien es fácil presumir que con las peculiares diferencias de estilo y visión que distinguen el criterio de un joven científico del de un modesto empleado de oficina. He procurado conservar en la traducción el estilo sobrio y preciso del autor. En el texto original, como lo dije ya, apenas hay calificativos. Trátase de una manera rectilínea, casi geométrica, sin adornos, sin imágenes, pero no exento a veces de una especie de contenida emoción.

Tal sentimiento me ha parecido encontrar en los últimos párrafos de su cuaderno. En el original inglés tiene un dejo melancólico que confieso no me ha sido posible conservar en la versión, en toda su impresionante fidelidad. Y es que trasvasar semejantes matices verbales viene a ser una tarea superior a mis aptitudes de traductor, puesto que mi inglés es sumamente pobre.

En general, el último capítulo refleja —me estoy refiriendo al original— una sensación de dulzor un poco triste. «¿Hasta cuándo durará la vida así? me

pregunto yo» —afirma por ahí Mr. Spark—, Y más adelante aventura este pronóstico:

> «Pasarán muchos años, muchos lustros, algunos siglos quizá…El viejo pueblo sin historia, que vive de recuerdos novelados, de amables leyendas, subsistirá… la paz volverá a inaugurar sus sesiones interminables, y la historia del viejo haragán tendrá un capítulo más…»

Así habría seguido siendo, en efecto, la vida de aquella aldea sana, tranquila y patriarcal; de aquel pueblecito ganadero y agrícola, apartado del mundo y del tráfago doloroso del siglo, que Mr. Spark encontró como un remanso… si una tempestad horrenda, si un vértigo de muchedumbres enloquecidas no hubiera llevado a Yangana a ser el réprobo de un delito colectivo que puso fuera de la ley a un pueblo entero y empavoreció los ánimos de esta gente de conducta sencilla.

Así habría continuado su existencia «por años, por lustros, por siglos quizá», sin pena, sin gloria, sin grandes dolores, de no haber caído en el centro mismo de la apacible aldea un horrible suceso del destino.

No: cuando estuvo por Yangana Mr. Spark nunca pudo figurarse que ello iba a ocurrir tan poco tiempo después.

Verdad es que tentó ya con sus propias manos algunos frutos que el odio había madurado, y que de esto habla con evidente preocupación. Pero nada hacía presumir entonces semejante desenlace. Todo lo contrario: se hace a la esperanza, y confía en Yangana y en su buen sentido: «De todas maneras, dice, volverá la paz… sea que gane o pierda su pelea con los terratenientes…» Tal fe tenía en la vuelta de la cordura que concluye haciendo votos para que los hados le dejen regresar a vivir en Yangana los postreros días. Empero las instrucciones inexorables fueron otras. Y desaparecieron por forma terrible «el pueblo de Utopía» y por forma desconocida su panegirista, cada uno por camino separado, fieles a un mandato irrevocable que ambos desconocieron.

Como desconocemos todavía si es verdad que el pobre explorador sucumbió en las selvas del Amazonas. No lo conoceremos quizá nunca, pues hay más de diez versiones diferentes, salidas todas ellas de la fértil imaginación de lo que era Yangana antes del incendio. ¿La sabrá por ventura la propia Juanita Villalba? ¿Será verdad que el churón Ocampo, cuando vino del Oriente le entregó cierto trofeo que perteneció a los cazadores de cabezas? Nada concreto ha podido

saberse, y Juanita Villalba, enarcando enigmáticamente las cejas, guarda un silencio de tumba.

> (1) «Las autoridades de este país… escogen sus protegidos y colaboradores entre las personas que más daño pueden hacer a la comunidad que les corresponde gobernar».

Por desgracia Mr. Spark no se equivocaba: después de aquel teniente político que hubo de merecer tal brutal castigo del pueblo amotinado por sus incontables abusos, de los cuales el naturalista extranjero da una razón detallada, vino un valido del gobernador de la provincia, que extremó sus medidas de violencia contra los moradores de Yangana. En esta aldea no hizo otra cosa que servir descaradamente los intereses de los gamonales y seguir al pie de la letra las estúpidas consignas de la primera autoridad civil de la provincia. Pidió y le llegaron refuerzos para mantener aherrojados a los pobladores en vez de intentar una labor de acercamiento y administración comprensiva. La tempestad que estalló en Yangana hace poco tiempo y que terminó con el asolamiento y destrucción de una población entera fue preparándose lentamente. Las responsabilidades, cuando se deslinden debidamente ante el tribunal de la historia, no será nada difícil establecerlas. Y el gobierno de la época tendrá que responder ante aquél por las torpezas que cometió al precipitar el trágico desenlace en vez de haberlo evitado, y permitir la vuelta del odioso sujeto contra el cual se amotinara el pueblo, con el mismo empleo.

Una lista de las personas venidas a Yangana en ejercicio de la autoridad civil y política desde que se proclamó oficialmente como parroquia revela que todas las veces, salvando una sola, fueron en efecto extrañas no sólo a la población sino a la provincia. Con el agravante de que sus actuaciones, en vez de pretender ganar la confianza de los gobernados, dejaron invariablemente una impresión penosa, o, por lo menos, molesta y repelente.

> (2) «Se afirma que no tienen (quiere referirse a los entonces dueños de las mayores propiedades) título legal sino que han ocupado arbitrariamente terrenos de comunidad, señalados desde la época colonial como ejido».

Mr. Spark estaba bien informado. La comunidad indígena, establecida por las leyes españolas del tiempo de la colonia, defendía y amparaba para los

regnícolas una zona en torno al poblado, impidiendo su enajenación. Este anillo de tierras comunales que circundaba la villa, la aldea o la ciudad, defendía a la población de la absorción agraria que suelen operar los compradores de terrenos a plan fijo, y recibía la denominación de «ejido» o tierras ejidales. El de Yangana empezó a usurparse hará unos sesenta años, al decir de quienes sostenían su inalienabilidad. No databan de mucho tiempo los primeros reclamos que formularon los habitantes de Yangana exigiendo la reversión de dichos dominios que antes fueron terreno comunero. En una nota posterior me referiré concretamente a los sucesos que originaron una fricción entre actores y demandados en relación con esta petición que los primeros enviaron al Congreso nacional. Ello cayó, por cierto, dentro de las previsiones que anticipara en sus apuntes Mr.Spark, si bien los incidentes llegaron a cobrar después de poco de su despedida de Yangana, caracteres de una gravedad que superó todos los cálculos del naturalista yanqui.

> (3) «Y el hombre de estos lados echa mano de los individuos de la familia cucurbitácea y les acuchilla el vientre como si se tratara de un corral de ovejas».

Esta llamada tiene por objeto dar una explicación que nos redimirá de otras muchas en el curso del texto de Mr. Spark.

Su prosa, no se olvide, es la prosa de un científico, y a la sobriedad corriente en el uso de epítetos, une, en compensación, una generosa prodigalidad en cifras y nombres científicos, escritos estos últimos, como era de esperar, en idioma latino. Para no hacer laboriosa la lectura de las notas del viajero norteamericano, que ojalá fueran ampliamente conocidas en mi patria por la viril enseñanza que encierran para los gobernantes y gobernados, y pertenecer a quien fuera, en mi opinión, uno de los más sagaces observadores que hayan llegado a nuestra provincia en los últimos años he creído del caso prescindir de esas cifras —alturas barométricas, promedios de temperatura y coordenadas geográficas— y de la nomenclatura científica de las plantas que cite en su exposición. Por un puntillo de escrupulosidad de traductor y en mi afán de que no se aplique a mi pobre labor aquel adagio de «traduttore, traditore«, ya que no he podido sustraerme al conocido consejo de que »lo que no puedas hermosear no toques», daré un ejemplo de lo que habría sido la descripción que precede a la acotación

del número.

> «Desde fines de marzo, la fiesta de los granos tiernos varía el menú cotidiano. El segundo plato huele a culantro (coriandrum sativum) y a campo labrado. Los choclos (zea mais no sazonado aún) cocidos exhiben sus dientes de leche, amenazando desde el fondo de las ollas; los porotos (phaseolus vulgaris) dejan comer sus cotiledones en agraz; las arvejas (pisum sativum), de color intensamente verde se destacan provocativamente en la blancura del arroz (oryza sativum) las «achogchas» (sechium edule), con sus fachas de ratas destripadas flotan en el caldo. Es este el tiempo en que los zambos (cucurbita pepo) y zapallos (c. maxima) cuelgan sus calabazas todavía lechosas en las cercas…»

La versión, si bien más minuciosa y fiel, habría tenido para nosotros, es decir, para el consumo interno, un aparato de ininteligibilidad, pedantería o vana erudición que habría prestado quizá una ocasión a que se juzgue equivocadamente al autor de los apuntes.

> (4) «Pero bien mirado, en esta afición desmedida por las joyas, las mujeres de Yangana no son una excepción».

Pero en cambio a Mr. Spark se le olvidó señalar una virtud excelsa de las mujeres de este pueblo y de las aldeanas de la provincia entera: su desinterés. ¿Por qué el cuidadoso observador, que tuvo además, según lo contaré más adelante, una experiencia personal, muy personal, no lo anota también?

Verdad es que toda alusión a aquélla su «experiencia personal» apenas se deja deslizar, muy tenuemente, por sus apuntes.

Fuerza será el ocuparnos de ello porque de ahí salió un romance, que, en la imaginación de los habitantes de Yangana, tan dedicados a fantasear, como él decía, adquirió contornos insospechados, sirviendo de alimento a la conversación junto a los fogones durante largo tiempo. Y seguirá ahora, allá lejos, donde estén la heroína y los narradores… Pero de todos modos, un homenaje a la mujer, una apreciación acerca de las virtudes de la mujer de Yangana falta en las notas del explorador norteamericano. Y a fe que pudo dar razón de ello. En Yangana saben cómo lo dicen.

> (5) «Quizá debí traer conmigo una receptora de radio de pilas, para oír, día por día, la marcha de los sucesos del mundo. Pero no lo hice, y me arrepiento sinceramente de ello… hasta cierto punto».

En Yangana, en cambio, se hablaba poco tiempo después, de que ese aparato de radio sí vino con Mr. Spark, pero fue destruido por éste, a propósito de una broma que cierta mujer le hizo. El episodio, verdadero o falso, forma parte también de la antología oral de los parlanchines de Yangana. Y, por lo que hace a la presunta protagonista del episodio, dicen que, cuando se la preguntaba, se limitaba a enarcar las cejas, con una sonrisa levemente desdeñosa. Para mí, empero, apenas cabe admitir la más leve duda. Y es que me pregunto: ¿qué necesidad tuvo Mr. Spark de mentir en su libreta? Porque en cuanto a la afirmación del naturalista, es muy clara y terminante. Más bien en las últimas palabras, precedidas de suspensivos, puede contenerse un velado pensamiento en homenaje a ese amor, que le hizo no necesitar de aquel otro contacto supercivilizado con el mundo. Pero de ahí a negar, mintiendo que trajera una radio de pilas…

> (6) «El notable escritor ecuatoriano, cuyo nombre español no recuerdo ahora, no mentía, no exageraba siquiera».

Como lo habrán adivinado los lectores mejor enterados, se refiere al famoso escritor festivo nacional José Antonio Campos, y parece aludir a uno de sus mejores cuentos, «Las elecciones en mi pueblo", contenido en una obra hoy por desgracia agotada. "Rayos catódicos y fuegos fatuos». En cambio parece ser que no es difícil hallar la traducción inglesa… Nuestros hombres pueden decir de ello lo que quieran.

> (7) «Y lo que es más, había también escépticas. Por lo menos, he conocido yo una».

¡Esta es, hombre discreto y hermético!, la única alusión expresa que, acerca de Juanita Villalba, su gran amor, se contiene en el texto de Mr. Spark, no obstante la circunstancia de que, según afirman los advertidos, no pensó en otra cosa cuando lo escribiera…

> (8) «No es de caridad lo que uno se acerca a pedir que lo hagan: es con dinero en la mano».

Dinero que, para bien de la dignidad y moral de la población, decimos nosotros, no es el factor todopoderoso que suele ser en otras partes, especialmente, en los pueblos pervertidos por esa especie de descarada rufianería a tanto la sesión que es lo que llaman turismo. No vamos a hacer una excepción de Mr. Spark: llegó —por la ciudad también estuvo— con la misma facha insolente de conquistador que traen estos buenos gringos cuando tocan las puertas de una población mestiza. Creyó que sus dólares relucientes iban a allanarle de golpe todos los caminos para que los recorra el vencedor dispensando un trato despectivo a los misérrimos otorgantes de mercedes remuneradas. Se equivocó en esta vez. La gente de Yangana reacciona según la forma como se la trata, pues la desapoderada ambición de dinero no le había afectado, y ninguno de sus moradores era de los que se deja zarandear por el hecho de que quien lo haga vaya a recompensarlo con dólares. El tono de la frase, que es la que me disgusta entre sus apuntes, deja traslucir su despecho. No ha perdonado, él, tan comprensivo, la forma como acogieron sus proposiciones quienes habían de ser con el tiempo sus más valiosos auxiliares. Por esos días que hubo de pasar horas muertas en la población, forzosamente cruzado de brazos y sintiendo que todo lo que le rodeaba le miraba de modo hostil, guarda, según se echa de ver, un poco de rencor no bien disimulado. Y es que fueron cerca de quince días. Lapso considerable, por cierto, que no dejó de influir poderosamente en su destino, pues de entonces, a lo que parece, es que nace el flirt casi trágico de Mr. Spark con Juanita Villalba.

> (9) …«la triste historia del viejo haragán, que es una relación larga, circunstanciada y con personajes conocidos, algunos de los cuales viven todavía».

Mr. Spark alude sólo de pasada a este relato. Efectivamente, en los tiempos en que fueron redactados sus apuntes, no hacía falta quizá reproducirlo como lo que es ahora para comprender la actitud de un pueblo pacífico sublevado: un antecedente decisivo y una idea-fuerza. Hoy, que dicha historia sabemos de fijo que tuvo no poca parte en mantener encendido el fuego en la mente de una población entera, propiciando el incendio que la asoló después… entonces, y sólo entonces, contarla se vuelve una necesidad para aclarar ciertos puntos que pudieran parecer un poco oscuros, y deja de ser un mero pasatiempo para

entretener a crédulos oyentes, adquiriendo jerarquía de información, síntoma y documento.

De ahí que, aun a riesgo de hacer de estas ligeras glosas algo tan extenso como las notas mismas que las han inspirado, haya creído conveniente narrar la «historia del viejo haragán». La triste historia del viejo haragán, que es así:

> «Hace ya bastantes años —don Lisandro Fierro lo recordaba muy bien— a que un sujeto llamado Emilio Gurumendi fue a pasar una temporada en Yangana. Tenía ahí un compadre, el indígena Trinidad Quizhpe, quien, en las veces que llegaba a la ciudad, no dejaba de invitarle para que escogiera cualquier día y se decidiera a ir por su casa. "Tengo un puerquito para que se lo coma —decíale siempre—. Véngase, no más, compadrito, por esta su casa"».
>
> «El compadre Gurumendi era pobre. Vivía a duras penas. Lo mantenía una fondera, con la cual había contraído una ya cuantiosa deuda, que acabó por serle cobrada en especie. Así lo hacía acostarse con ella y le daba la comida. El compadre Gurumendi, era un hermoso tipo de hombre, alto, blanco, barbado y fornido. Tenía fama de ser un indolente terrible».
>
> «Pasaba muy a gusto, y podía pasarse la vida entera, sin hacer nada, con las manos metidas en la cintura del pantalón hacia las verijas, dejando afuera los pulgares de uñas enormes. Vivía en una tenducha que era propiedad suya —su única propiedad—, cerca del río. Tenía una enfermiza blancura. No sabía beber. Fumaba y dormía mucho. No llegó a aclararse nunca la manera como trabó amistad con quien había de ser después su compadre».
>
> «El horario según el cual vivía el compadre Gurumendi era de una monotonía desesperante. A las siete y media de la mañana se entreabría la hoja única de su puerta. El solitario se había levantado. Lanzaba hacia la mitad de la calle polvorienta el contenido de su vaso de noche. Una hora después bajaba al río con una jarra vieja. Hacía a la vuelta fuego para hervir el agua que había traído. Bebía café con el azúcar, el pan y la esencia que la víspera guardó consigo donde su fondera. No se lavaba nunca. Se dejaba crecer la bella barba bronceada. Se encasquetaba el

sombrero negro, viejo y seboso, en la cabeza desgreñada, y salía, hacia las diez, a una de las plazas céntricas de la ciudad, a tomar el sol en una banca. Gustaba de recoger las colillas a escondidas de los transeúntes».

«A las once, el relevo del piquete de gendarmes que cuidaba los presos de la cárcel municipal, aparecía en la esquina marcando el paso con isócrono ruido. Era para el señor Gurumendi la hora de ir a la fonda de su querida a almorzar. Entraba rascándose y sin saludarla».

—Ya viene don Emilio —decía la cocinera.

—Pon a freír el bisté para el haragán, entonces —ordenaba ella a regañadientes.

«El hombre comía ávidamente. La fondera tenía que limitarle la ración y, desde luego, hacer recoger con tiempo la alcuza y el azucarero de la mesa, pues la voracidad del hombre no tenía parecido. Maíz cocido sí le daba a discreción. Acertaba con ello, ya que al sujeto le deleitaba el «mote» caliente con queso desmigajado».

«Salía puerta afuera, "como el perro", sin dar las gracias».

«Pasaba lentamente por "su" parque, y se iba a conversar con un antiguo cigarrero, Samaniego, a verlo hacer gruperas».

«Luego iba a hacer la siesta, que se prolongaba hasta las seis de la tarde. El alumbrado de las calles le señalaba la hora del regreso a la fonda. Después de la comida aguardaba largo rato sentado de codos sobre la mesa. La fondera iba quedando sin comensales».

«El haragán esperaba por si la mujer le ordenara quedarse con ella a pasar la noche».

—Bueno: me voy. —Tal era su despedida. Sacaba de su bolsillo un papel periódico y la cocinera, ya en trance de marcha, le envolvía ante los ojos de la dueña del negocio, un pan, la ración de azúcar y un puñado de café molido. Guardaba él su cucurucho oloroso a café tostado y reiteraba su elocuente despedida—: Bueno: me voy.

— ¡Quédate, pues! —le decía la mujer algunas veces, sin alzarlo a ver y

con el gesto igualmente avinagrado con que lo recibiera.

«Al haragán le brillaban los ojos y no se hacía repetir la orden».

«Nunca empero amanecía con ella. Se ignoraba la hora en que dejaba a la fondera».

«El haragán habría sido incapaz de aceptar, por pura indolencia, ninguna de las reiteradas invitaciones que recibía de su compadre Quizhpe, de no haber surgido entre la fondera y él un disgusto un poco más grave que los de los otros días, a causa de haberse comido a escondidas una fuente íntegra de maní tostado, que ella destinaba para preparar al día siguiente un plato famoso: el "mote-pata"».

«La mujerona le dijo entonces que eso era una vergüenza. Que no lo era menos el que un hombre se dejara mantener de una mujer. Que ella remaba de la mañana a la noche para poder vivir y él era en cambio un holgazán que comía suave y de balde. Que estaba resuelta a terminar semejante estado de cosas con un pusilánime que ni siquiera era capaz de hacer que le guardaran el respeto que ella se debía».

«El sujeto, mientras duró el chaparrón, concibió la idea de ir a Yangana, donde su compadre, mientras se aclarara el horizonte».

«Esta fútil querella parece haber tenido no poca trascendencia en la presente historia».

«El compadre Trinidad Quizhpe fue a las pocas semanas el portador del primer regalo que don Emilio hacía en su vida: un poto con huevos, que por cierto eran de las gallinas de su compadre. La destinataria era, naturalmente, la irascible fondera».

«Las relaciones entonces mejoraron: ella correspondió el regalo, enviándole además una carta sensacional: sus cuarenta años habían sido fecundados. ¡Y él era el padre de ese ser que palpitaba en sus entrañas!»

«Por primera vez en su vida, el holgazán vio a la tierra con un ardoroso deseo de hacer algo».

«Se guardó la carta arrugada nerviosamente y quiso acompañar al

compadre Quizhpe en su diario recorrido matinal por los cultivos.»

—Me va a nacer un hijo, compadre —le contó, tomándole del brazo—: Ahora sí voy a trabajar. ¿Me da usté, compadre, una melguita? Tierra a usté le sobra…

«Proyectos agrícolas se desbordaban en su imaginación».

«Para llegar al pozo del venado era preciso culminar un otero coronado de copudos faiques. Desde lo alto se divisaba en pendiente suave la extensión indefinida de los campos comunales de Yangana. El bosque de cascarilla iba a perderse en la cordillera. En vez de la tierra indiferente que él había visto siempre, sin sentir por ella ninguna afección, la encontraba un sentido maternal, sustentadora amable de la vida y con las entrañas fecundas. Los claros del bosque indicaban el sitio tonsurado por la mano del hombre para los cultivos. En esas áreas calvas los comuneros de Yangana —su compadre Quizhpe entre otros— sembraban el maíz, la yuca, los frejoles…»

«Emilio, el haragán, padre novel, se decidió a rascar la tierra».

«Su vida empezó a tener, merced a la carta que conservaba en el bolsillo, un caro objetivo. Había para quién trabajar. Había por qué hacer. Allá estaba gestándose su hijo, al cual debía mantener, criar, educar y dejar una herencia. ¡Ea, don Emilio, a trabajar!»

«La tierra nutricia le aguardaba. Era nuevecita en su geológica vejez. Bastaba con cosquillearle en la superficie y dejar la simiente bien defendida de las plagas. El suelo estaba pronto, como una buena vaca de pobre».

«Tuvo el haragán un transporte de entusiasmo. Se sentó sobre el suelo, en la colina de los faiques, y delante de su compadre indígena que no acertaba a comprender aquello, se puso a darle palmaditas al suelo, acariciándolo como si fuera la mejilla de un niño, exclamando»:

—Vos, tierrita, tienes que darme para mi hijo.

«Y el haragán, postrado en el suelo, lo regó con las lágrimas de su gozo tardío de ser padre, mientras su amigo el indio, con los ojillos impasibles

y la cara de piedra, aguardaba de pie, inmóvil, como un ídolo».

—Coja y cerque lo que quiera, compadre —habíale dicho días después el indio al holgazán.

«Así fue como comenzó un desmonte; así como se hizo una cerca para encerrar la chacra; así como se efectuó la siembra de un lote de terreno con maíz».

«Nada anormal ni insólito. Quienquiera, en esa época, podía hacer otro tanto».

«La única contraprestación que no podía eludir el beneficiario era la de abrir las tranqueras para que, terminada la cosecha, los rebaños comunes pastaran libremente en los rastrojos, así como no olvidar que las pozas destinadas para bebederos deben componerse rodeándolas de gruesa empalizada para que los animales no metan las patas en el agua».

«Cinco años después, un chicuelo de cabellos rizados corría vigorosamente seguido de un enjambre de gallinas, llevando la copa de su sombrero llena de maíz desgranado y gritando a voz en cuello: «¡Tuc, tuc, tuc…!»

«Los perros de la casa se comían gustosamente el maíz disperso en el patio, haciendo huecos en el apiñado montón de volatería que se precipitaba sobre los puñados de grano que la mano del chicuelo echaba al voleo».

«Y la voz autoritaria de la antigua fondera intervenía en contra de los perros execrándolos con su rabiosa interjección, que los animales entendían muy bien: «¡Chicote! ¡Chicote!»

«A medio día, esos perros salían de la sombra, meneando el rabo amistosamente y se acercaban a oler los estribos del caballo que acababa de detener su marcha al pie del umbral».

«El patrón, seguido de aquéllos, se acercaba, en medio de sus afectuosas morisquetas, a la cocina».

«El chicuelo se precipitaba corriendo en los brazos de su padre, que lo

aguardaba sentándose en cuclillas».

«La chacra del primer año había crecido. Ahora daba la vuelta a la colina de los faiques. Se advertía que uno de los lados del rectángulo irregular que constituían la cerca de palos cruzados de faique había corrido hacia el bosque: la madera, en ese sitio, estaba fresca, y era fácil de notar la prolongación de los lados adyacentes. ¡Y qué inmensas eran las parvas! ¡Y qué enorme era la troja! Con el maíz se engordaban puercos. Había ya el incipiente corral de ganado vacuno».

«Era la prosperidad que venía, si es que no había acabado de llegar. La prosperidad a la medida de aquellas remotas distancias. La casa estaba colmada. Había qué comer de sobra».

«Y agua y leña tras la choza, a pocos pasos».

«Cuando Javier Gurumendi tuvo siete años de edad, el padre hizo un viaje a la ciudad, viaje de rehabilitación y de doloroso desprendimiento».

«Dio un gran golpe de efecto presentándose como lo hizo. Tanto él como su hijo llegaron cabalgando bestias muy bien enjaezadas. A poca distancia, arreando una recua de animales de carga, venía el hijo mayor de su compadre Trinidad Quizhpe».

«El haragán aparecía rejuvenecido. El sol le había curtido la piel dándole un aspecto de salud que antes no ostentara jamás».

«Seguía dejándose la barba, que, no obstante sus cincuenta y tantos años, no tenía el hilo de una sola cana. Vestía bien».

«Proponíase dejar a Javierito interno en una escuela religiosa de la ciudad. Su programa sería, después de la enseñanza primaria, la secundaria. Y luego la superior. Su hijo sería profesional. Ello estaba resuelto, y para tal fin trabajaría. Para tal fin había trabajado, echando los bofes sobre los surcos».

«Tenía, sí, señor, un hijo, y estaba cumpliendo a conciencia con sus obligaciones de padre».

«Y los años transcurrieron. Javier se hizo hombre. No pudo empero pasar de la enseñanza secundaria, que no llegó a concluir. Odiaba el estudio».

«Habíase convertido en un mozón de un metro ochenta y cinco de estatura y ochenta kilos de peso. Tenía los pies enormes, era muy fuerte y su sonora voz de bajo adquirió hilarante celebridad. Una diversión favorita de los compañeros de colegio era acortar el cuello y engrosar todo lo que podían la voz para imitar la del hombrón. El auditorio femenino festejaba ésta broma riendo con toda el alma».

«Las vacaciones escolares había venido a pasarlas en el campo el mozo, en la casa de sus padres. En los sucesivos retornos pudo irse dando cuenta de cómo evolucionaba la finca que su padre levantó en los terrenos de la comunidad de Yangana».

«Al principio se llamó "estancia", lo cual, en la región, es palabra circunscrita a una extensión relativamente pequeña de terreno. Poco después era ya un "fundo" y por último recibió el nombre de "hacienda", que, según el uso, designa ya una considerable extensión de tierras de propiedad exclusiva».

«Mas para los vecinos de Yangana, el bien tolerado intruso y trabajador incansable, que ha poco había dejado de cultivar personalmente con la ayuda de las "mingas" sus campos, seguía siendo "el comunero" más acaudalado de la comarca».

«Los dos compadres, el blanco y el indio estaban envejecidos».

«Se solían contemplar fijamente en sus alternativas visitas de los domingos. El antiguo holgazán a quien su hijo apasionaba y el indio, ya arrugado pero aún erguido en sus carnes enjutas y piel tabacosa, dueño de una prole numerosa que veía no sin respeto a Javier cuando venía de vacaciones, gustaban de hablar de su antigua amistad y de sus respectivos comienzos agrícolas».

«Don Emilio se había vuelto muy locuaz, y el punto neurálgico de sus afecciones, después del culto que profesaba a su hijo y al recuerdo de la

ex-fondera muerta hacía tiempo, era la gratitud nunca bien ponderada para el compadre indio merced a cuya iniciativa y a cuyo apoyo era dueño de lo que tenía y había llegado a ser lo que era».

«Así se lo decía a todo el mundo».

«La ciudad no le atraía. Por otra parte, su Javier se oponía a que salga. Se disgustaba visiblemente cuando lo hacía. ¿Para qué contradecir a su hijo? Mejor resultaba ir de visita donde su compadre indio, a quien quería tanto».

—Uno de esos raros casos de gratitud —explicaban los vecinos de Yangana».

«Hasta entonces las leyes consuetudinarias de la comunidad seguían siendo observadas fielmente por el viejo haragán. Era efectivamente un comunero. Sus vecinos, sus buenos vecinos, lo miraban sin acrimonia. Terminada la cosecha, pagaba sus diezmos y primicias al cura de la parroquia vecina —Yangana no tenía párroco propio— y abría las tranqueras para que el ganado de Yangana pastara libremente en sus rastrojos».

«Mandaba un representante para que trabajara por él en las mingas, pues las fuerzas le flaqueaban ya. Había extensas zonas de campo absolutamente libre y desocupado».

«Quienquiera iba a él con una yunta de bueyes y regresaba tirando de una viga, o llevaba un asno para regresarlo cargado de la leña que hacía en el bosque de todos y de nadie. En la lomada reseca, los árboles de ceibo con sus troncos panzudos impregnados de un polvillo blanco, ofrecían anualmente para el primer castrador, el regalo de sus pesadas bellotas, prontas a estallar en una lluvia de cándida blancura. Los bosques de quinas, ya bastante diezmados por los cascarilleros de la región, no se mezquinaban a nadie. Que la persona que quiera cosechar, coseche. ¿A qué venía oponerse a que el orden natural se cumpla?»

«¿Y quién, entre los habitantes de Yangana, iba a ser ese mal hombre?»

«A la silenciosa ternura de su padre, Javier oponía un desprecio mal

disimulado. Le avergonzaba su ascendencia. En la ciudad había sabido en una forma un poco brutal que su madre fue una sucia fondera y que su padre vivió largo tiempo mantenido por ella».

«En cambio no dejaba pasar una sola oportunidad sin obtener del viejo cuanto pudiera sacarle. Era un explotador formidable de su padre. Conforme fue ganando en edad el mozo ejercitaba mayor número de aquellos antiguos trucos que dan resultado a la fija cuando hay plata y cariño de por medio. Convirtióse, a poco, en el prototipo del mal hijo. Parecía forjado expresamente para producir a su padre los más grandes sinsabores».

«Con el agravante de que el antiguo holgazán se sentía completamente incapaz de contradecir a su hijo. El austero continente que adoptaba en presencia de éste no era sino una coraza que oponía su debilidad; una manera de contener sus impulsos de echarse en los brazos del vigoroso retoño en que se perpetuaban su nombre y su persona caduca: su otro yo, florecido por un milagro retardado de la vida; ¡mejorado, embellecido, rebosante de juventud y fuerza!, y hacerle una donación cabal de todo lo que tenía y pudiera tener, hipotecándole la vida incluso, si el otro se lo pidiera».

«Pero hubo día en que Javier se topó, por primera vez, con un no categórico de su padre».

«Había llegado imprevistamente a Yangana, a la casa de «hacienda», después de una ausencia de más de dos años, a decir a don Emilio que algo muy importante tenía que tratar con él».

—Vamos a hablar claro —habíale dicho—. ¿Usted, padre, tiene dinero?

«El viejo, rascándose la cabeza y después de una larga pausa, contestara»:

—Hombre, tendré solamente unos setecientos sucres.

«El mozo había recibido esa respuesta con un gesto de desdén».

—¿Y estos terrenos suyos cuánto pueden valer?

—¡Oh, Javier!: esos terrenos no son míos. Son de la comunidad de Yangana».

—Sí, sí. Algo de eso me dijeron. Por eso he venido. Me he consultado ya. Y conozco el medio legal de adquirir la propiedad de esos terrenos. ¿Me ha entendido?

«Y el viejo, a pesar de la veneración que le inspiraba su hijo, alzando las manos por encima de su cabeza, había exclamado»:

—Esos terrenos son de la comunidad. Quitárselos a la comunidad sería un robo. Eso no lo haré jamás. Eso, no. No y no.

«Había creído conveniente, después de un momento de rencoroso silencio por parte de Javier, agregar»:

—¿Sabes, hijo, las condiciones en que me fueron facilitados esos terrenos? Tengo una deuda de gratitud que no voy a pagar en semejante forma. Verás, hijo mío…

—No me interesa conocer esa historia —había cortado, enojado vivamente, Javier—. Quiero solamente saber qué tiene para el porvenir, aparte de esos setencientos sucres; ¿qué me deja? Usted, en esto que ahora maneja no tiene ningún derecho según la ley. Usted no puede venderlo siquiera.

«Habíanse quedado después de esto sumidos en un largo silencio, que para el mozo era una especie de acecho de fiera a la presa que se va a defender».

«El mocetón estaba en pie. La rabia lo ahogaba. Veía las espaldas del padre, y con cierta fruición asesina clavaba la vista en su cuello descarnado, que tan fácil habría sido estrangular para hacerle expiar el crimen de haberse movido de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, denegando».

«Para moderar sus ímpetus avanzó hacia el patio claro, desde donde las vegas primorosamente cultivadas del antiguo holgazán se columbraban entre el penacho curvado de los guaduales».

«Sus pensamientos seguían siendo impuros y venales, a pesar del verde tranquilo de lontananza».

«Era impermeable al gozo del chacarero que gusta de contemplar un campo labrado. Ahora que lo hacía, preguntábase»:

—¿Cuánto podría sacarle yo a esto?

«Pero sus cóleras resultaron estériles en ese primer encuentro».

«Javier, tratando de imbécil a su padre, tuvo que reconocer que había perdido la partida inicial. El viejo mantuvo inflexible su negativa».

«Cuando volvió de su incursión fracasada, Javier se contrajo con el notable jurisconsulto Zapata, exponiéndole en tono de gran desaliento el resultado adverso de sus trabajos».

«—No importa que tu veterano se haya negado —replicó el abogado—. Un juez parroquial cualquiera me otorgará un poder en nombre de tu padre a favor tuyo. En tu calidad de mandatario del viejo gestionamos la adjudicación de los terrenos. ¡Qué idiota tipo! ¡Por encima de sus barbas vamos a hacerlo propietario! Estoy resuelto a reducir por la fuerza al sujeto para que se convierta en el único dueño de la mitad de una parroquia, y aun cuando él se me oponga, lo derrotaré, y lo haré rico».

«Se frotaba las manos y sonreía, entre asombrado y satisfecho».

«Y agregaba: —Es que yo también quiero ser propietario, Javierito. Me dará usted una alita. Y seré vecino suyo: vecino suyo. Aquello no nos vendrá mal».

«El hombrón no acababa de convencerse, pues seguía creyendo que la terca resistencia del padre era obstáculo que no podía removerse».

«Pero el abogado de los tribunales y juzgados de la república, avanzando hacia un estante, tomó un libro de pasta negra, y después de hojearlo con sus dedos que mojaba con saliva, halló cierto pasaje, que le leyó a Javier, después de haberlo hecho sentarse a su lado».

«Iba fraseando lentamente. —La ley de 24 de octubre de 1863 —acotó — definía a las tierras de reversión así: Artículo 2º: “Son tierras de

resguardo o reversión las que no siendo de propiedad particular, están comprendidas en los sitios en que se han formado pueblos y reducciones y se han destinado al uso común o particular de los indígenas". Tal es el caso de Yangana —volvió a acotar—. Más adelante el Artículo 15 dice: "Las tierras de reversión de que los indígenas han estado aprovechando en comunidad, continuarán para su uso común; y las que han estado distribuidas para el uso particular de cada indígena y de que se hallen en posesión, quedan en pleno dominio y propiedad de éstos, cualquiera que sea la extensión de dichas tierras; pudiendo en lo sucesivo disponer de ellas sin contradicción como verdaderos dueños; para cuyo efecto les conferirá el Gobernador de la Provincia el título respectivo de propiedad"».

«Cuando Javier oyó aquello de indígena frunció el ceño, y se revolvió bruscamente en el asiento».

—¿De manera que debo comparecer a nombre de mi padre alegando su condición de indio? Mi padre no es indio, y como hijo de indio… eso sí que no me presentaré jamás».

«El notable jurisconsulto soltó una carcajada y le explicó primero que la palabra indígena no significaba indio precisamente, y segundo que aun tomándola en ese sentido, lesivo para oídos de americano que se estime, era preciso dejarle acabar la lectura de los artículos de las leyes concernientes al asunto que traían en las mientes Javierito y él. Y se extendió en una disertación que a él se le antojó muy brillante para desimpresionar a su cliente y ex-condiscípulo, a quien terminó por leerle los fragmentos de una ley que llamó "la reformatoria de 5 de noviembre de 1867", y que declaraba propietarios a los poseedores que cumplan con ciertos requisitos, sin consideración ni a su raza ni a su condición».

«De esta manera, todos los obstáculos iban allanándose fácilmente».

«Un mes después, por orden de la primera autoridad política de la provincia, se inscribía el nombre de don Emilio Gurumendi como propietario de la hacienda "Sevilla del Oro", de acuerdo con los linderos determinados en la solicitud que había presentado el hijo y mandatario

del interesado. Todas las formas habíanse cumplido. La ley había sido respetuosamente observada. Desde el punto de vista jurídico, el nuevo título de adjudicación era inobjetable».

«Era ésta la primera anotación que se inscribía en el Registro de la propiedad del cantón al cual estaba subordinada Yangana».

«El dominio legal de esos territorios, la propiedad con “justo título” había nacido ese día, para la parroquia».

«El antiguo holgazán, el desarrapado padre de Javier, el vago indolente vuelto de pronto padre y trabajador, se convirtió en propietario de la mitad de Yangana sin saberlo».

«Diez años después, don Emilio Gurumendi comenzó a pagar la culpa que pesara sobre la estólida cabeza de su hijo».

«“Sevilla del Oro”, hipotecada por Javier a un cuñado suyo, fue embargada judicialmente».

«El pobre viejo estaba ya sordo y casi ciego. Como estaba casi ciego, no podía sacarse las niguas que le entraban en ambos pies descalzos. En la solapa de su saco raído llevaba agujas».

«Llegaba casi tanteando a la casa de los hijos de su compadre Quizhpe y golpeaba la puerta con el bastón».

—Hágame la caridad de sacarme un poco de niguas —lloriqueaba—. Ya me desespera la comezón.

«Los pies habíansele puesto monstruosos. Bajo las uñas, entre las cicatrices apostemadas producidas por la extracción de la víspera, las niguas maduraban amarillentas, sepultadas bajo la piel. Nadie quería hacerle caso, porque bastante era el mal que había causado, bien que hubiera sido el hijo quien obró por él».

«Entonces el viejo mendigo se hincaba la aguja en los dedos pinchándose donde más intenso era el prurito. En los talones y en las plantas las niguas formaban un cerco amarillo bajo la piel».

«Para poder dormir hacía una provisión de tuzas de maíz para rascarse,

pues el escozor tremendo que ocasiona el parásito al ir perforando la piel para alojarse en la carne y crecer bajo la epidermis como una perla de vientre preñado de liendres blanquecinas, se exacerbaba con la noche. Eran tuzas de las chacras que había cultivado su mano antaño trabajadora».

«Y así vivió todavía algunos años, paseando por Yangana su figura encorvada, repugnante y casi trágica. El pueblo compadecía en el fondo al hombre, pero no intercedía por él».

«Parecíales que no tenían derecho a interferir en el destino que pesaba sobre su cabeza gacha».

«Estaba pagando la falta que cometió el hijo, según el consenso general. Y así como la agonía de un hombre es un negocio absolutamente personal, esta su peregrinación grotesca, repulsiva y astrosa por calles que le habían visto próspero en otro tiempo, era el obedecimiento a un mandato inexorable que había que dejar que se cumpla».

«El pueblo de Yangana estaba cercado por tres latifundiós ya».

«Javier, que era a medias dueño de uno de ellos, del primero de los tres, vivía en Quito, se había casado ahí y tenido tres hijos, y su padre le seguía adorando, patojo, olvidado y ciego».

«El pueblo de Yangana esperaba pacientemente que el sino le hiciera tarde o temprano pagar su deuda. Estaba lejos, es cierto. Pero confiaban ciegamente en que tendría que venir, urgido por una fuerza irresistible. Y como había florecido en hijos… si no era él serían en último término esos vástagos inocentes. Alguien de su sangre tenía que saldar la grave cuenta. Mientras viviera él y mientras vivieran sus hijos, el crédito tremendo e imprescriptible estaba seguro».

«Y éste es quizá el más terrible pensamiento que flotaba en el pueblo de Yangana sobre la historia del haragán. La seguridad absoluta de que alguien tenía que pagar, por Javier Gurumendi, lo que hizo éste al porvenir de una población que se dio tan generosamente a su padre. La expiación del pobre viejo no había cancelado la deuda, creían ellos. La

sed de los dioses no podía haber quedado aplacada con una sola víctima».

«Así fue como el pueblo de Yangana, en espera de que se cumpla ese inexorable número del programa, vio envejecer a lo lejos a Javier Gurumendi, sin que nada cruel se ensañara sobre su vida vacua. Así fue como empezó a confiar con fe ciega en que los hijos de Javier que le sobrevivieran serían los mandatarios de esta misión terrible. Así fue cómo aguardaron a que algo decisivo acontezca cuando, hace muy pocos años, vino el hijo mayor de Javier a tomar posesión de "Sevilla del Oro"».

"El que la hace la paga…" habían dicho quienes le vieron, confiadamente, llegar a cumplir con su destino.

INTERLUDIO:
Balada de la euforia triste

El traductor de los apuntes del gringo Spark no llegó a escribir su prometida información sobre lo que designara con el nombre de «flirt casi trágico de Mr. Spark con Juanita Villalba», la escéptica, motivo por el cual la presente historia, que quizá pudo ser interesante, y era, en todo caso, una de las más frescas que Yangana conservaba en su repertorio, no podrá ya ser jamás conocida en toda su riqueza de detalles, especialmente los anímicos, que la constituyeran de modo casi exclusivo.

Y es que no le convencieron nunca episodios como aquel que los sensacionalistas y truculentos narradores de fogón de Yangana forjaron para hacer morir a Mr. Spark en manos de los cazadores de cabezas del Amazonas; y aquel otro por el cual aparecía el trofeo macabro, la cabeza del infortunado explorador reducida a una miniatura por el arte diabólico de los salvajes, convertida en una «tzanza» que fue a parar en el poder de Juanita, quien la conserva como el recuerdo de un hombre extranjero que la amó con locura… Tales pasajes parecíanle demasiado sanguinarios y folletinescos para que fueran siquiera verosímiles. Finalmente, le pareció que no estaba muy claro esto de que Mr. Spark hubiera desaparecido en su audaz tentativa de atravesar las selvas amazónicas rebasando los campamentos de ciertas feroces tribus en guerra.

Así, el traductor espera todavía como posible la reaparición del joven científico en las páginas de alguno de los magazines norteamericanos, figurando como héroe de arriesgadas proezas científicas. De otro lado, nada pudo saber por boca de Juanita Villalba, pues ella se encerró siempre, con respecto a Mr. Spark,

en un silencio que el propio traductor, que la conoció personalmente, ha llamado en otra parte «silencio de tumba», empleando la manida comparación.

Éstas son las razones por las que la historia de Mr. Spark y de sus amores con Juanita Villalba no pudo narrarse: ronda en torno a los apuntes del explorador y en el suplemento de quien los tradujera como una alma en pena. Tal vez sea una lástima el que, por todo aquello, por esos serios escrúpulos, de historiador más que de mero cronista, haya dejado de conocerse otro rasgo de la personalidad del pueblo de Yangana, metido en la tarea de hilvanar, con elementos recientes, una leyenda más.

Y he aquí por qué nada se dice en concreto acerca de la balada de la euforia triste, que unió pasajeramente dos vidas tan disímiles en una como encrucijada de rutas, que, yendo después según un destino de línea paralela, no se tocarían jamás.

¿No se tocarían jamás?

No podemos pronunciarnos todavía con seguridad en ningún sentido. Por cierto que resultaría de indudable efecto dar por terminada en plan melodramático una historia apenas entrevista, pero es que, probablemente, la misma no está concluida. Nos hallamos demasiado cerca de los últimos acontecimientos. Y motivos poderosos debió haber tenido el traductor para no hacer uso de los elementos que logró reunir y quedarnos debiendo un relato en el cual el acierto puede que esté, justamente… en no haberse escrito, y quizá, quizá también, en darle ese nombre antitético y paradójico de balada de la euforia triste. Pero… meditándolo un poco, ¿qué quiso decirnos el buen señor con aquello de la balada de la euforia triste?

Pudiera ser que los numerales que siguen, bajo los que agrupó algunos datos que creyó necesarios para planear la narración, nos dieran una adecuada respuesta.

1º Juanita y el gringo se conocieron en casa de don Vicente Muñoz, a donde la primera había ido en busca de libros que releer y de temas de discusión, al segundo día de la llegada del explorador y ocasionalmente.

2º Comenzaron a profesarse, desde que se conocieron, una recíproca antipatía. Fue inequívoca incluso para don Vicente la impresión de rechazo mutuo que sintieron. Muy claro lo manifestaron, sucesivamente, al amigo común. Y cosa curiosa, era la risa del otro la que cada uno de ellos encontraba

mal.

Juanita creyó que las carcajadas del gringo eran insufribles.

«¡Cómo se ríe el tipo con esa risotada de imbécil satisfecho!", había exclamado ella, casi con horror. "Tiene su amiga, don Vicente, una exasperante manera de sonreír y un tonillo cargante cuando habla», había comentado él.

3º Mas el gringo encontró, dentro del tercer día, interesante a Juanita por su afán de llevar la contraria y de engolfarse, sistemáticamente, en discusiones interminables. No dejaba de llamarle vivamente la atención oír que sostenía una vez determinada opinión y al día siguiente la opinión contraria, con sorprendente versatilidad, seriedad y descaro. Pero le sacaba de quicio el que tuviera ante la vida, siendo joven y bella, una actitud de cruel hostilidad y se volviera gratuitamente inaguantable con un estribillo que esgrimía al final de las más enconadas discusiones, y ese aire de superioridad insolente y burlón con que miraban sus ojos, bajo las finas cejas altas.

4º Mas Juanita fue descubriendo que el gringo, el gringo esplénico como comenzó a llamarlo, tenía al hablar una especie de tímido dejo zumbón y un modo intrigante de quedarla mirando en el fondo de los ojos, adoptando un continente de cómica complicidad y de impertinencia que estaba ciertamente mal, pues aquella simplicidad estaba muy lejos de existir. Desde luego, ese gesto de socarronería acobardada era propicio en el ánimo de Juanita para volver encarnizados los diálogos y apasionada la discusión, que era el terreno donde la muchacha se sentía bien. Además, como distracción de género inferior, había el español del joven interlocutor, que la hacía a veces prorrumpir en alegres explosiones. Por último, tenía delante de sí a un extraño, más aún, a un extranjero y un extranjero que parecía saber mucho, muchísimo más que don Vicente y ella reunidos, y era dueño de un tipo de humorismo sano y cazurro que la sorprendía agradablemente. Era un poderoso incentivo, y las aletas de la recta nariz de Juanita Villalba palpitaban con avidez. Don Vicente había discutido con ella largo tiempo, y ambos se conocían sus respectivos puntos de vista sobre lo divino y lo humano. Pero ahora: ¿qué opinaría Mr. Spark de la amistad, en la cual ella apenas creía? ¿Qué del amor, que no había tenido impugnador más sarcástico? ¿Qué de los hijos, problema acerca del cual se había pronunciado con horror? ¿Qué del matrimonio, al que odiaba con toda su alma, y contra el cual había dirigido siempre los más implacables ataques? ¿Y el sentimiento? ¿Qué

sitio otorgaría el extranjero al sentimiento, que a ella le pareció de una cursilería inaguantable?

5º Al gringo Spark le pareció que la muchacha hacía comedia y toda ella no era sino pura «pose». Interesante, después de todo. A ratos la hallaba un poco cínica. Nunca le habían gustado las mujeres cínicas y el escepticismo sistemático, a todas horas, de la avispada aldeana del sur de América no se compadecía en lo absoluto con el medio en que vivía. A ratos llegaba a parecer le una desterrada voluntaria, un Diogenes con faldas, jovencita y guapa, que hubiera escogido para vivir, en vez de las duelas de un tonel podrido, la paz selvática de un pueblo arrinconado. Que era una especie de repulsión sentimental lo que le producía… era indudable. De repulsión se trataba. En el fondo era él también un escéptico, pensaba. Y no pueden hacer apacible compañía un escéptico y una escéptica.

En el juego de la amistad y el amor, él hallaba muy desolado el que ambos conozcan los trucos que respectivamente empleaban en sus relaciones recíprocas de convivencia. Un escéptico, pensaba, debe buscar una ingenua que no se empeñe en quitarle el velo de la ilusión, y que le permita vivir algunos momentos de olvido y engaño antes de cada acibarado despertar. Un hombre y una mujer que hayan hecho la radiografía inexorable de sus sentimientos y conserven su lucidez durante los instantes de ebriedad suprema formarían una combinación explosiva muy peligrosa de manipular. En consecuencia, no era nada agradable intimar con la temible provinciana hastiada: bastante tenía él con su propio socarrón cinismo.

6º Una ocasión Juanita y el gringo, llevados por una especie de vértigo en la discusión, animados por el deseo de socavar la ya no muy segura impasibilidad de don Vicente, estuvieron como de acuerdo en escandalizarle lanzando los conceptos más descarados y desoladores sobre una serie de cosas que, para don Vicente, se merecían todos los respetos. El buen hombre creyó siempre que existen, o por lo menos, quedan algunos temas sagrados sobre los cuales no es posible derramar lodo, desprecio o sarcasmo. Pero Juanita no reconocía obstáculos.

Su iconoclastia era inflexible. El gringo, que se prestara al juego observando disimuladamente los movimientos del enemigo, la encontró presumida y se ratificó en su parecer: Juanita posaba adoptando una situación completamente

falsa.

7º Y aquí comienza una suerte de lucha sin tregua entre los dos, aferrados a sus peculiares puntos de vista. Ella tenía que demostrarle que lo que pensaba no era sino un resultado de su posición ante la vida, y, viceversa, que su posición ante la vida era el resultado de un pensamiento largamente madurado; pero en ningún caso, una actitud fríamente pervertida ni una «pose» insoportable de pedante e insincera. Que incluso reaccionaba de conformidad con sus amargos pensamientos, era fiel a su credo y había identificado conceptos y acción en una fórmula férrea, cerrada y definitiva. Y él, amante de su propia penetración y aficionado a juzgar a los demás con sentencias precisas, naturalista dado a clasificar con destreza y definir tomando como referencias el género próximo y la diferencia específica, tenía que buscar en todos los ingredientes del espíritu que ella ofrecía a su curiosidad, el propósito falso, la segunda intención, la simulación habilidosa y un deseo de ocultar bajo una máscara de ironía que la muchacha consideraba elegante, su alma exageradamente sentimental.

Érase, lo creía él, una mujer que se pasaba la vida ocultando cuidadosamente su verdadera personalidad. Pero menudo lío se echaría encima quien se acercara con algo que no fuera una muda curiosidad intelectual, lo más objetiva posible, a las oscuras complejidades de semejante espíritu.

8º Los diálogos que sostenían estos dos personajes, tan prevenidos el uno contra el otro, asumían a veces un colorido bastante estrafalario. Hablaban curándose en salud, como si dijéramos. Ambos se castigaban celosamente su propia emoción. Y venía a ser curioso, verdaderamente curioso oír ciertos cumplidos que se cruzaban.

Así, desde que fueron presentados:

—He tenido mucho gusto de conocerla, señorita. Me pongo a sus órdenes.

—Ni he tenido gusto en conocerle ni me pongo a sus órdenes.Odio mentir y no quiero que lo primero que le diga a usted, a quien ni odio ni amo, sea una mentira.

Y una vez que él quiso decirla que la encontraba singularmente interesante:

—No es que pretenda llevar el agua a mi molino, como dicen ustedes. No me importa en lo mínimo agradarla ni despertar su gratitud. Pero le confieso que usted está admirablemente bien. Tiene una bella sonrisa sarcástica, que, en estas regiones, hiere sin ofender. Maldita la gracia que me hace tener que confesarle,

muy objetivamente, desde luego, que no es mentira que usted tenga mucho de tenebroso y atrayente.

—Estoy en vena de aceptarle el cumplido, que para salir de boca de un sabio joven no está mal. Y como no me queda otro remedio que corresponder al regalo, tendré que decirle que es usted un gringo cuyo único defecto es no haber dejado completamente de serlo.

A veces, él descuidaba la guardia. Le producía un placer de muchacho juguetón deslizarle frases en inglés, que ella se daba modos de entender y replicar inmediatamente. Y cuando Mr. Spark, halagado por sentirse comprendido, le decía:

—Pero usted entiende todo cuanto le digo en inglés… Y esto es sorprendente…

—Más sorprendente me parece que le entienda a usted lo que me dice en español —le contestaba.No, no había tregua.

—Es usted una linda salvaje —comentaba él, ya tal vez con el deseo de batirse en retirada. Pero ella lo instigaba siempre a proseguir el duelo:

—Usted tiene razón, Mr. Spark. Cuando usted esté en su país, en fecha que ojalá no se halle muy lejana, he de tener mucho gusto en enviarle como recuerdo la cabeza de usted reducida a una miniatura. No le dé vergüenza entonces de llevarla, así tan pequeña y arrugada, encima de sus hombros.

9º Un día, en una reunión, doña Patrocinio, con los ojos chispeantes de taimada malicia, dijo en voz alta:

—Juanita se está haciendo la gringa. —A lo cual la aludida se puso roja y turbó en una forma que en ella, tan segura siempre de sí misma, pareció bastante extraña.

El joven explorador, una noche despejada, sacó su teodolito al centro de la plaza, a coger estrellas, y anotó los resultados.

Poco después, a la luz de la lámpara de petróleo de don Vicente Muñoz, hizo pedazos todos los papeles en que había estado haciendo cálculos matemáticos:

—No puede ser esta la «coordenada azimutal»: nunca me he equivocado tan asquerosamente —exclamó en tono agrio.

—Es que debe estar enamorado el míster —concluyó, muy seriamente, don Vicente, que había sido testigo de la bravata.

10º Cuando Mr. Spark salió por segunda vez a la montaña, en pos de sus

herborizaciones, despidiéndose para volver después de un mes, Juanita dejó de ir por completo a casa de don Vicente, a la cual en cambio concurrió, mientras el gringo estaba en Yangana, casi todos los días.

Y él, que había calculado en por lo menos treinta días el tiempo que se llevaría en su excursión, regresó una semana antes, alegando que tenía que redactar y enviar un informe para el Instituto: pero las gentes que estaban con el norteamericano se dieron cuenta de que ese informe, que fuera escrito bajo la tolda de campaña, estaba redactado cuando él regresó, y en cuanto a su remisión, que hubiera bastado con que un propio, desde el mismo campamento, lo condujera hasta la oficina de correos de la ciudad capital de provincia.

11º En el campo, los ayudantes le habían oído tararear incesantemente una melodía que recordaba de uno de los cantos que, en la despedida que le hicieran en Yangana, cantó Juanita, a pedido de don Vicente.

12º Está claramente establecido que Juanita había bordado, a escondidas, tres pañuelos de seda con las iniciales A. S., que no eran, por cierto, las de su propio nombre. Y claro está: no pensaba entregárselos a nadie. No. Habría sido infinitamente cursi, y ella, es sabido, odiaba lo cursi con todas sus fuerzas, y así se lo había dicho enfáticamente a A. S., y era muy fiel a sus convicciones. «No hacer el ridículo con nauseabundos rasgos sentimentales…» Como todo escéptico, Juanita era dogmática. Y uno de sus dogmas era éste.

13º A los cuatro meses de la llegada de Mr. Spark a Yangana, Juanita soleteaba cuidadosamente las medias de él. Este suceso le constaba a la propia señora Patrocinio, a doña Pascuala, al mecánico de precisión. No obstante, los diálogos eran todavía tremendamente agresivos:

—La soleta que ha puesto en el talón me ha lastimado la piel. Y sin embargo, es un mal que no puedo remediar. Conseguir medias aceptables en este pueblo es imposible. Y usted es quien menos mal se desempeña en ayudar a conservar las viejas…

—Las remiendo mal de propósito, con el fin de ver si su presencia aquí y en los montes vecinos le resulta menos grata. Podría enseñarse más de la cuenta, y tememos con justicia que llegue a olvidarse del camino de regreso.

14º Había, ya no hay duda, una gran pasión mutua, y sin embargo, quizá temiendo encontrar la irremediable verdad en el momento en que hablaban sin mortificarse, seguían diciéndose impertinencias, en tono sardónico y con la peor

intención puesta en los ojos y en la sonrisa.

Por ejemplo, a propósito de las hondas ojeras de ella (el gringo había recibido una carta del Instituto, que le recordaba su obligación de recorrer ese camino de regreso, y él se la había pasado a Juanita con la mano un poco trémula), al día siguiente de una horrible noche de desvelo:

—¿Es que le han hecho, Juanita, la broma de las pepas de piñón sus buenas amigas?

La broma de dar, de matute, pepas de piñón en alguna bebida que disimule su sabor, era una de las que se gastaban a veces en Yangana, produciendo en el incauto pacientes efectos de purgante drástico. Pero en el caso de Juanita, el gringo sabía muy bien la verdadera causa del cerco lívido que había amanecido pegado a sus ojeras. Estaba escrito que tenían que atormentarse sin pausa, negando a confesarse lo que era obvio, pues ambos tenían su carácter y su amor propio…

15º Una ocasión que venían juntos de un velorio, y él parecía estar un poco bebido, hízola una petición: tutearse de ahí en adelante. Le pareció excelente idea a ella, pero fiel a su sistema, contestó hurañamente:

—¿Y qué ganaríamos con ello?

El gringo, que en cualquier otro caso habría sonreído ante la arisca fiereza de la muchacha, hizo un propósito: no pedirle nunca nada, y sumirse en una estudiada frialdad, de la que no saldría por nada del mundo, pues él también odiaba el ridículo con toda su alma, y no era del caso venir al último rincón del mundo a ponerse a temblar, suspirar e implorar ante una terca salvaje la inocente concesión de un tuteo, como el más risible de los colegiales enamorados.

16º Los últimos días fueron días de un duelo sarcástico implacable. Las palabras restallaban como fustas, y ambos se quedaban mirando como dos esgrimistas que buscan vulnerar la guardia del contrario. Les centelleaban los ojos con un fulgor sombrío y malsano. Y las gentes que les oían así, y les veían así, comentaban en voz baja:

—El gringo y Juanita se adoran.

17º Faltaban solamente tres días para la partida del gringo hacia el Amazonas. Hubo un momento en que se quedaron solos. La voz del hombre, que se alzaba firme y vibrante, pareció quebrarse hasta descender a un diapasón emocionado, que la hizo a Juanita brillar los ojos, convertidos en ansiosa

interrogación.

—No obstante estos meses de pleito sin cuartel… —comenzaba a decir, puesto de pie, cuando una voz extraña resonó en el corredor. Y la confesión, sí, probablemente la confesión, quedó sin hacerse, cuando ya a la muchacha comenzaba a ganarle una dulce languidez.

Un rato después, los ojos de Juanita habían recobrado la expresión de siempre, y el viajero tuvo la intuición de que el instante propicio acababa de irse irremediablemente.

18º Faltaban solamente dos días para la partida del gringo hacia el Amazonas. Juanita Villalba, la escéptica, compró un cirio para velar la imagen de Jesús crucificado, exigiéndole un milagro como precio de su humillación. Le pedía de rodillas, en voz alta: El gringo no debía irse. En ella todo era exigente, imperioso, tiránico. Dios debía demostrarle así que existe. Si el gringo se quedaba era porque hay Dios y vela por la felicidad de sus criaturas. Si no, otra vez a no creer en nada. Y a dudar sistemáticamente de todos los sentimientos, incluso de los más puros. Otra vez…

19º Era ya el día de la partida del gringo hacia el Amazonas. Spark estaba levantado desde las primeras horas de la madrugada. Había vigilado personalmente la cargada de su equipo sobre los mulares y los hombres. Estaba, como nunca, locuaz y ocurrido. Parecía a ratos tener algunos tragos adentro. Pero no. No había bebido. Quería aturdirse hablando, sin duda. Sus auxiliares habían tomado ya la delantera, llevando al churón Ocampo como guía. El compromiso de ellos era dejarlo en el primer río navegable, en X, donde estaban el puesto fiscal y los buenos remeros para ir aguas abajo al Pongo de Manserriche. Él se marcharía hacia los doce. La bestia, que avanzaría hasta el cerro del «Cotambo», donde pensaba el explorador estacionarse dos días, haciendo mensuras, aguardaba en el soportal del convento.

20º Era ya el día de la partida del gringo hacia el Amazonas. ¡Era ya la hora de la partida del gringo hacia el Amazonas! Entró súbitamente, y halló a Juanita pisoteando con rabia el cuadro ante el cual había permanecido de hinojos dos días seguidos, casi enteros.

La pavesa del cirio inconcluso humeaba aún.

Fue tarde para ponerse en guardia. Y Juanita se dio cuenta casi con alegría, que acababa de ser cogida infraganti. Ya no tenía objeto disimular más tiempo:

—Sí, gringo mío —le dijo—, es inútil negarlo. Te amo.

Una hora antes, cuando él fuera a despedirse, en cambio, había estado correcta, fría, y el aire de sus finas cejas levantadas era todavía irónico, impertinente. Ahora estaba vencida; y el hombre que durante tantos meses la había adorado como adoran pocos mortales, le tendio los brazos y luego la oyó sollozar contra su trusa de viajero.

Eran ya las cuatro de la tarde. A la bestia ensillada le daba el sol frente al portal del convento, y un comedido pasó aflojándole la cincha. La mula seguía dormitando, arrendada al pilar, dormitando. De rato en rato se espantaba las moscas con restallantes chasquidos de cola. Así la tuvieron hasta que entró la noche.

No se supo a punto fijo a qué hora de la noche el jinete vino por su olvidada cabalgadura.

21º Durante dos noches consecutivas, en la cumbre del cerro del «Colambo», brilló largamente una fogata. Fue ése el único mensaje que es constante que recibió desde la partida. Por cierto —y aquí es lo que viene la montaña de leyendas más o menos antojadizas— que cuentan haber visto, hacia la fecha aproximada en que se dice pereció Mr. Spark, que la fogata de la cúspide del

«Colambo» volvió a arder, y sigue ardiendo algunas noches de tempestad, atizada por la amante mano extinta. Tramontó la cordillera el hombre, se supo también que llegó al tambo de X, donde contrató remeros y compró una canoa, licenciando a sus compañeros de Yangana, a los cuales dio magníficas propinas. Retuvo únicamente al churón Ocampo, al que dio permiso después.

Nuevamente incide en este punto el maremagnum de versiones. El churón, según algunos, se salvó milagrosamente de correr la infausta suerte del gringo. Y más aún, pudo traer la cabeza disecada del infortunado explorador y regalársela a Juanita… El hilo de la narración se extravía y enreda lamentablemente, dando lugar al mentidero audaz. Ocampo, que pudiera decir algo, niega de plano el final truculento del joven científico. Juanita se obstina en callar y, según dicen los más suspicaces, ha obtenido del churón una promesa de silencio.

Conociendo ya la denunciada manera que tienen de hacer historias los habitantes de Yangana, sería una mala fe redactarla ahora, a la luz de las informaciones sueltas y contradictorias que hasta aquí ha podido obtenerse.

Faltan algunas de las más importantes fuentes de referencia. No podría

hacerse historia fidedigna.

22º Todo ello fue amargo, pero jubiloso también. Ella tuvo cómo ser feliz, rabiosamente feliz; y desgraciada, abrumadoramente desgraciada. El científico impasible había sentido algo de eso también, aun cuando más hondo tal vez. Tratábase de un entusiasmo doloroso: era, no hay duda, su mutuo estado de espíritu cuando se dijeron la verdad, una especie de euforia triste: Los ojos de Juanita no volvieron a iluminarse más, cuando la fogata del cerro del «Colambo» se hubo extinguido.

Tenía, empero, que recobrarse. Y acudió entonces al estribillo con el cual antes resumiera su actitud de concentrado desdén para la vida:

—Bueno… ¿Y qué ganamos con todo esto? Pero le sonó a falso, e indignada con lo que le pareció entonces un estúpido expediente de consuelo, gritó:

—¡Qué farsante soy! ¡Quiero engañarme a mí misma!

¿Vive Mr. Spark? ¿Murió al fin?

Esta balada de la euforia triste no puede decirlo. Quizá ni siquiera consiguió explicar por qué se llama así, después de veintidós estancias insuficientes.

Más valía que sea lo que es: una historia no escrita.

TERCERA PARTE:
La última alegría de Yangana

1

El churón Ocampo se dio un nuevo impulso con las plantas de los pies, por lo cual la hamaca continuó el lento balanceo de su pesado cuerpo, y prosiguió su narración. Joaquín Reinoso y su mujer, ávidos de curiosidad, eran sólo oídos y ojos muy abiertos.

En torno a la alta y estrecha vivienda de Reinoso, en el suelo rozado por él para ulteriores cultivos, empezaban a arder, aquí y allá, numerosas fogatas. Una densa humareda llegaba hasta ellos, haciéndolos toser y lagrimear, de rato en rato.

> «La fiesta prometía estar mejor que ningún año —puntualizó la voz cálida, grave, del narrador—. Había muy buena disposición.»

> «Mucho entusiasmo. Siempre habíamos querido tener una buena campana. Ahora íbamos a tenerla. El sólo pensar en la ceremonia de la elevación y el bautizo de la campana nos ponía de vuelta y media. Nunca habíamos visto eso nosotros los jóvenes: la campana pequeña, la rajada y ronquita, había sido puesta en tiempos de don Lisandro».

—Todavía está morochote el mayor —interrumpió Reinoso—. ¡Qué lindo barro! Parece bronce.

> «Don José Toro se comprometió a hacer la fundición. Ustedes saben lo que es tayta Buey cuando se propone hacer una cosa. Por donde mete la cabeza ha de pasar todo el cuerpo, aun cuando sea por la copa del sombrero. Ello es que cayó un día sobre la fábrica de tejas y ladrillos de Roque Vásquez, que es bastante majadero, quisquilloso y tacaño. Pero

no hubo vuelva luego. Hizo que le ayudaran los propios trabajadores de Roque a sacar el barro de los noques, y con éste, bien curadito, trabajó el molde. Un lindo molde le salió al panzón, les diré en confianza. Cerca del filito le puso su nombre en letras de imprenta. Todo el pueblo quería ir por la curiosidad de ver el molde. Roque bufaba de ira al ver amontonarse a la gente, con la boca abierta, al rededor de la empalizada donde se guardaba el molde. Y era capaz de llorar al darse cuenta de que los muchachos bribones aprovechaban cualquier descuido del hombre para poner los pies —las patazas, como él decía, rechinando los dientes— sobre su teja fresca, erudita, echándole a perder tareas enteras. A la campana, por indicación del cura, le había puesto tayta Toro el nombre que iba a tener cuando sea bautizada: la "Inmaculada Concepción"».

«Había que ver cómo picamos leña de faique, hermanitos. Cayó el algarrobo como si fuera taralla de maíz. Otros se encargaban de acarrear la leña al tejar de Roque. Allí parece que Roque se benefició un poco, gastándose nuestra leña, y con eso compensó en parte los daños que le ocasionaban los muchachos traviesos. ¡Qué hermosa leña habíamos amontonado cerca de los galpones de Roque! Era tan pesada y gruesa, que los cabestrillos más grandes avanzaban pujando con unos contados trozos encima de las angarillas. Es que había que derretir el bronce, hacer que el metal con el calor corra como el agüita. La palizada llegaba hasta el nivel del techo, y daba gusto el olor a madera fresca que despedía el montón. Teníamos leña de sobra. Lo menos, lo muy menitos, unas dieciséis tareas. Así: unas dieciséis tareas».

«El día de la fundición fue un día de nervios para el pueblo. No teníamos verdadero gusto, les diré en confianza. Sentíamos un regular miedito. Miedo de que no resulte bien la cosa, y nos quedemos defraudados. Porque sabrán ustedes, hermanitos, que el hacer bien la fundición de una campana es muy difícil. Unas veces sobra molde, y la campana resulta sin orejas; otras veces falta molde, rebota el metal y hay desperdicio; otras veces falta leña en lo mejor de la faena, y la mezcla no se hace bien ni llega a fundirse; otras veces la campana resulta contrahecha del filo; otras veces se raja el molde al recibir el chorro de metal derretido; otras

veces sale bonita en la apariencia, cabálita, con todo completo, pero ha estado mal calculada la mezcla de metales, y, resulta entonces ronca, con una pésima voz; otras veces, por la misma causa, puede quedar muy delicada, como una persona que nace con mala salud, y rajarse en cualquier repique, el rato menos pensado».

«Don Buey nos decía que hacer una campana no es fácil como es hacer un chico. Con nada que pongamos de cuidado, el muchacho resulta cabalito, y ¡con qué voces! Pero con las campanas no hay bromas. El bronce fundido no es un amigo ni es una mujer. Es una fiera. Hay que tratarlo con cuidado, con destreza y con valor».

«Comenzamos de mañana, bien de mañanita. En el crisol de tayta Toro fueron cayendo pailas, espuelas, mazas de trapiche, estribos viejos, y el alma noble, como decía, él. El alma noble fueron unas cucharas de plata, un lindo "fondo» de cobre bien remachadito, y un puñado de monedas de oro. Moneditas de oro, amarillitas y sonoras ellas. Tres hombres ayudaban al pipón, largando leña a la hornilla. El braserío estaba que daba miedo. Figúrense, hermanitos, que había brasas del grosor de una viga. Uno por más que estuviera lejos se ponía a sudar. Las brasas eran blancas, blanquísimas. Las llamas bramaban alrededor del crisol. A los curiosos se los mantenía afuera, viendo las cosas a la distancia. Los muchachos sobre todo, que son tan imprudentes, y que no se contentan hasta no meter los dedos en todo lo que ven, se quedaron bien lejos. Seis guardianes vigilaban todas las entradas posibles».

«Del cuidado del crisol el único encargado era tayta Toro. ¡Ah, hombre del demonio! Se había pelado la camisa, y estaba ahí encima, dando vueltas alrededor del crisol, con una gran barra en la mano, sudoroso, tiznado, con el sombrero puesto a la pedrada y la cara bien fruncida. ¡Qué cogote de animal, qué pechazo, qué brazotes! La candela le iluminaba la caraza inmensa. El sudor y el polvo le cubrían el pecho velludo. Las venas de los brazos parecían bejucos de caucho. De rato en rato gritaba dando órdenes a los ayudantes que estaban abajo».

«Quemaríamos unas cuantas tareas de leña, cuando vimos que todo el crisol se empezó a poner rocoto como un ají. Les hablaré con franqueza,

> hermanitos. Nunca me había parecido posible que semejante tosquedad, semejante grosura de paredes de barro se caldearan así. Había yo visto solamente colorear esos pequeños crisólitos de los plateros. Y en Curipamba nunca tuve tiempo de irme al departamento de fundición, porque siempre trabajé adentro, en la mina. Pero a un crisol de este vuelo (abrió entonces el narrador los brazos, como queriendo alcanzar, en parte, un anchuroso tronco), verlo así, como un hierro enrojecido, me parecía imposible. El metal ahí dentro había puesto otro color. Era rojo también, muy rojo, pero de un rojo que tiraba para blanco. Todos los objetos que estaban dentro del depósito conservaban todavía su forma, pero se notaba ya que algunos comenzaban a ablandarse, como cera puesta en el sol».
>
> «Entre los metales también podía verse, como entre los cristianos, que hay unos de más aguante que otros. Por ahí me acuerdo que hubo un estribo que regaló don Pablito Mosquera, el dantero».
>
> «Ese estribo se mantuvo dando vueltas en el caldo hasta el último.»

Hubo una ligera pausa, durante la cual pudo percibirse claramente el chirrido de los tirantes de la hamaca y el vientecillo que empujaban sucesivamente los flancos, en su movimiento de vaivén. El narrador se pasó la mano derecha por la espesa barba, cobró impulso el balanceo de su cuerpo, y prosiguió:

> «La campana salió como para no lograrla… Como para no lograrla. El molde era bonito y por eso las formas de la campana eran tan provocativas que daban deseos de comérsela. Parecía una doncellita de quince años. Cuando la movilizamos a la plaza queríamos acariciarla. Pero todavía no le conocíamos la voz.»
>
> «¿Saldría ronca? ¿Saldría con buen pecho? ¿Sabría cantar bien?»
>
> «Estaba bonita de cara pero… ¿así como la cara irían a ser las obras?»
>
> «Era pesada la bribona —añadió—. Y bien esbelta.»
>
> «Ocampo pareció irse animando por grados. Por un momento, el balanceo de la hamaca cesó. El hombre quería ponerse de pie, y así lo hizo. De esta guisa continuó:»

«Era de este tamañito —y al decir así, extendió el antebrazo y la mano abierta con la palma hacia abajo, como cuando se trata de sentir los primeros goterones de un aguacero, y la detuvo a la altura que pretendía designar—. Era de este tamañito, y todos la queríamos. Habíamos puesto algo en ella, nuestros metales, nuestro trabajo, nuestra preocupación, y era una hija adulada por todo el pueblo. Nadie les hacía caso debido, a las mujeres. Con decirles que los mozos cruzaban casi indiferentes por el callejón donde tenía su casa la "Virgen del Higuerón"… La campana era la novia.»

«Era la novia de todos —volvió a decir, recobrando su sitio en la hamaca, de la cual se había acabado de desperezar—. Teníamos deseos de abrazarla y alzarnos con ella. Si hubiera sido más livianita, quién sabe a dónde habría ido a parar. ¿Recuerdan ustedes esa historia de Juan Guarín, que se robó la custodia y se la fue llevando al monte, para quererla y adorarla él solito? Pero estaba en el suelo como sembrada la bribona. Coqueteaba con todos pero no se iba con nadie. No se iba con nadie. Con nadie.»

«Los preparativos para la fiesta, con la campana nuevecita, fueron como nunca. El cura estaba haciéndose el negocio redondo, y no desaprovechaba la ocasión. Como estábamos en tan buena disposición, nos sacó plata con mucha facilidad y nos reclutó para adecentar la iglesia y el convento. Todos metimos la mano. Una cosa que cualquiera advertía era esto, hermanitos: que estábamos todos como de acuerdo, y que trabajábamos como si nos moviera una sola voluntad. En confianza, les diré que nunca había visto al pueblo tan unido: Que hay que traer y darle unas tres manos de lechada a las paredes, pues los unos a traer la cal, los otros, a quemarla, los de acá, a conseguir las vasijas: éstos a traer las brochas, los baldes y las escaleras. Era como una minga en la que trabajaba todo el pueblo. Así: todo el pueblo. Que hay que cambiar unas vigas en la casa conventual y que hay que componer el tejado en la esquina que da a la sacristía: pues los unos se iban a traer las vigas del cerro, los otros mandaban las tejas, los de más allá batían el barro para el entechado: de por no sé dónde venían los clavos, las hachas y toda la

demás herramienta necesaria. Y nadie cobraba un centavo. ¿A quien iban a cobrárselo?»

«Había que echarle su mano de gato a la torre para que esté togada como era debido y no se avergonzara de recibir a la campana nuevecita. Porque sabrán ustedes que la "facinerosa» estaba en el suelo, al pie de la iglesia, aguardando el momento en que la subiríamos a su sitio, y la haríamos cantar. La torre quedó también como una novia de elegante. Recién cuando la vimos con la cara ya limpia y lavada, sin las manchas de los murciélagos y las golondrinas, nos dimos cuenta de que la torrecita no era mala. Cara sucia no más había estado. De modo que también dejamos —aquí la voz adquirió un triste acento de despecho— una torre que no hacía mala figura al lado de la campana que le dimos.»

«Doña Patrocinio llevaba ya como un mes de estar ensayando los números de la velada. En este año pensaban representar una comedia que dieron hace mucho tiempo y ya después, como les contaré más adelante, una pantomima que don Vicente Muñoz sacó de su cabeza en contra de los patrones. Como siempre, habían cantos, discursos y bailes. Claro está que las muchachas más bonitas del pueblo iban a tomar parte en la velada.»

«Faltando unos dos días comenzó a llegar gente forastera. De los campos salían algunos montuvios a quienes nunca se les había visto la cara. Era muy divertido verles la facha. Parecían ganado orejano. Al venir, se formaban en unas filas muy largas de a uno. Donde iba uno iban todos los demás, como caminito de hormigas, como temiendo que los fueran a atacar. Se quedaban boquiabiertos por cualquier simpleza que veían en la calle.»

Cuando hallaron la campana, empezaron a darle vueltas y vueltas con los ojos abiertos de par en par, como si fuera algún animal raro. ¡Y los animales raros eran ellos! Los muchachos se acercaban calladitos por detrás de este ganado montaraz y le quitaban a cualquiera de estos orejanos el sombrero y echaban a correr por la plaza. Los campos de los alrededores se estaban vaciando materialmente: tanta era la gente que iba para Yangana. Nunca había habido antes una fiesta tan sonada como

ésta. Como la última, hermanitos, como la última…»

«Estos orejanos que pisaban algunos por primera vez el pueblo iban a dar derechito al convento, llevándole regalos al cura por mulas. La despensa del convento estaba al reventar. Pero él lo que quería era principalmente que le dieran en plata, porque ya víveres tenía demás. Y por eso nos tenía desde hacía fecha con novenas seguiditas de a misa cantada y sermón todas las mañanas, de a distribución durante la tarde y la noche, y de a procesión cada domingo. Nombró bastantes priostes. Había ido llevando el muy sapo un melodio portátil y un cantor. La música del melodio sonaba muy bien. Y daba gusto oír a las muchachas cantar con semejante acompañamiento, en el coro de la iglesia.»

«Especialmente cuando entonaban la letanía, uno llega a ponerse como si estuviera enamorado y le entraban ganas de beber o de robarse una muchacha, llevándosela a galope tendido.»

«Había también negociantes. Trajeron buen pescado salado los peruanos: había querosín: liencillos, driles, tocuyos. Los “purguayes” fueron con mulas y más mulas de carga y con el fardo a la espalda. En la plaza se levantaron algunas "chinganas» para dar de comer a tanta gente. Corría la platita. A las chinganeras les faltaba todo lo que preparaban. La gente forastera más bien se quedaba con hambre, pues barría con todo lo que encontraba de comer. Corrió mucha platita. Y corría también claro. El rico claro de jora. Corrió por mulas, hermanitos. Los estancos de aguardiente se rebotaron. Tuvimos borrachos desde el primer día… hasta el último. ¡De qué manera bebió esa gente!»

Ocampo se quedó un instante pensativo, oprimiéndose, alternativamente, los nudillos de los dedos, y arrancándoles a las articulaciones un leve tronido. Chasqueó luego la lengua, como quien gusta un sabor a ella adherido, y volvió a decir, lentamente:

«¡Cómo corrió el rico claro de jora!»

—¿Y no quisieras a estas alturas tomarte un jarrito de ese claro, churón, para remojar el gaznate? —cortó, con viveza, Joaquín, haciendo ademán de levantarse.

El aludido alzó los ojos pesadamente hacia su interlocutor, al cual se quedó mirando incrédulo.

—¿Me aceptas un jarrito de claro? —dijo—. Tengo adentro en la cocina uno medio tiernón, que no está del todo malo, — añadió.

Y antes de que Ocampo se recobrara de su sorpresa. Joaquín, con paso ágil, entró a la cocina contigua y extrajo en un cuenco de calabaza la bebida que fermentaba, con un discreto crepitar de efervescencia, en la vasija borracha. Alargó a su huésped el pocillo cuyo vientre destilaba aún el líquido en que había sido sumergido, y Ocampo, cogiendo a dos manos el calabazo, lo acercó ávidamente a la boca. Hizo dos escanciadas: la primera, corta, seguida de un sonido de la lengua contra el paladar y de un gruñido de aprobación; la segunda, larga, hasta apurar todo el contenido, y cerrada con un breve acezo, una sonrisa y una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Pero no me acompañas? —díjole a Reinoso, al devolverle la copa, mientras se secaba los labios con la manga de su camisa.

—¿Por qué no? —respondió Joaquín, y corrió a hacer su propia servida.

—Está bueno tu claro, Joaquín. Te has lucido, Rosa Elvira. En estas soledades encontrar una bebida así me parece mentira. Te confesaré, Joaquín: yo no he probado bebida desde el día en que salimos de allá, de Yangana. Y a ratos, ¡qué falta me hacía!

> «La víspera, hermanitos, resultó de lo más divertida. Pasada la misa cantada, en la que hubo tronazón y repiques con la vieja campanita rajada, que se despedía ya del pueblo, a eso como de las diez de la mañana, don Pablito Mosquera, ¡el bribón! llegó del Toronche trayendo a lazo una danta vivita. Fue la gran novedad de los cristianos. La mayor parte de la gente solamente había visto las dantas ya muertas y en tiras. La llegada de la danta le quitó clientes a la campana nuevecita. Estaba el animalito apicotado en el solar del convento y los curiosos la veían desde el portón. Los muchachos le tiraban piedras y le daban bodoquerazos con pelotitas de barro desde lejos. Unos decían que parecía puerco. Otros, que parecía burro.»
>
> «Otros lo encontraban parecido al elefante, según lo habían visto en los grabados. Todos lo encontraban muy repugnante y muy raro. Un

fenómeno. Parecía haber nacido así por equivocación.»

Pero lo lindo del cuento estuvo en que el bribonazo de don Pablito Mosquera, cuando la gente estaba rodeando el corral, soltó un lindo «colambo» como dos brazas de largo, que se puso a querer pasear por entre la apretazón de curiosos. El susto fue tremendo. Los más, viendo semejante culebrón creían que era de las venenosas, y se atropellaban tanto por echar a correr que hubo lastimados, y el que menos salió con su poncho o su camisa hechos tiras. Los que estábamos viendo la cosa de lejos nos reíamos de lo lindo. Nos reíamos de lo lindo, hermanitos.»

«Como a las once… vino lo bueno, mejor dicho, vino lo malo.»

«Llegaron los patrones al convento. El "pinganilla" ese de Ignacio Gurumendi montaba una bonita yegua que se había mercado en la ciudad. El animalito era chugo, con unas grandes manchas.»

«Tenía las orejas bien chiquitas y andaba como un aguacerito. Era de brazo, y parecía que ya mismito tocaba los estribos con los cascos. Era una bestia que había comprado en la ciudad al Zambitico, que siempre ha sido dueño de muy buenos animales.»

«El longo Zapata, con su pescuezo de aguacate, montaba una mula encerada que parecía muy buena. Era jovencita y de gran raza. Andaba al paso de la yegua. Tenía mucha espuela y era de muy buen ver. Bien cilgadita del vientre. Los casquitos eran menuditos y apenas sacudía al jinete. Y eso que el longo sucio ese ¿qué iba a saber de manejarle la rienda? El brutote, que sólo para la maldad tenía astucia, imagínate Joaquín, que le dejaba la rienda suelta, y entonces la mulita, con el pescuezo flojo, gracia era que camine así tan bonito. ¡Cómo provocaba chalanear tan lindo animal! Y don Pancho Villaviciosa vino atrasado: al ruco miserable le habían dado la peor bestia. Era el caballito ruche del peón Isaías Armijos, con unos malos aperos. Ni porque estaba ya llegando al pueblo tenía el animalucho ánimos de galopar.»

«El cura salió a recibirlos casi a media plaza, deshaciéndose en atenciones. Le cogió la rienda a la yegua chuga, y así fue llevando a su convento.»

> «A algunos de nosotros, el vernos allí reunidos a los tres nos produjo mucha molestia. Se nos hacía la boca sangre. Verdad es que el cura había predicado desde la semana anterior que esta fiesta era la oportunidad para olvidar los rencores, y que él quería provocar un acercamiento entre ellos y nosotros, para que hagamos las paces, pero lo cierto es que cuando a uno le ha dolido, eso no se puede borrar así cómo así…»

El narrador volvió a esparrancarse en vigorosa engallada, y así de pie, delante de la escurrida hamaca, se llevó la mano al corazón, y golpeó fuerte.

> «Tuve una corazonada, hermanitos. Tuve una corazonada: algo malo va a pasar aquí, pensé. Se me puso todo lo que resultó después, clarito, clarito. ¿Cómo venían a meterse en la boca del tigre estos estúpidos? decía yo. La corazonada que tuve era brutal. Era brutal.»

Decía esto Ocampo, y al repetir las frases «era brutal… era brutal…» movía los brazos, con los puños, con los puños vueltos hacia arriba, a la altura del pecho. «Algo malo iba a pasar allí…»

2

> «La cosa comenzó, hermanitos —continuó más adelante, con un dejo de leve amargura—, con la muerte del veterano Javier Gurumendi en la capital, y la venida de su hijo a hacerse cargo de la hacienda “Sevilla del Oro”».

Recuperó su puesto en la hamaca, y pidió un jarrito de agua.

—¿Agua? —preguntó, con cierto retintín, Rosa Elvira.

—Agua, mujercita —ratificó el churón Ocampo.

Pero ella volvió de la cocina, con el mismo cuenco de antes tan pleno como en la primera servida. Una ancha risa vio acercarse a la desbordante vasija.

> «Hasta entonces —prosiguió— el pueblo no había sentido el peso de lo que es necesidad. Fíjense ustedes, porque esto les consta antes de venirse por acá. ¿Cuándo habíamos comprado el bagazo de la hacienda? ¿Cuándo nadie nos había impedido el que cortáramos leña en el bosque, abierto para todos?»

> «¿Cuándo necesitábamos pedirle a nadie permiso para que nuestros granujas fueran a jugar la pelota en los potreros que quedaban detrás del convento? ¿Cuándo nos habían mezquinado un perolito de cachaza para los puercos? ¿Cuándo faltaba un pocillo de guarapo en la molienda de la casa grande? ¿Cuándo nuestro ganado había tenido cercas que le impidieran ir a los bebederos más próximos? ¿Cuándo, hermanitos, ese pobre ganadito había sufrido hambre viendo detrás de los alambres de púa pasto fresco …? ¿Cuándo nos habían negado el agua de la acequia,

sin exigirnos otra cosa que limpiar el caz en el mes de mayo, al comenzar la alema?»

«El pueblo de Yangana sólo entonces, cuando vino este Ignacio Gurumendi, este pinganilla malvado, supo lo que era sufrimiento. Y lo que había sido para Yangana la picardía del finado Javier. Pero él no había querido, según parece, hacer uso de su derecho. Los terrenos de la hacienda no habían sido cercados antes y seguían pareciéndonos terrenos de comunidad.»

«El pueblo lo recibió en un principio muy bien. Hasta nos pareció un hombre simpático, bien amanerado, jovial. La gente estaba resuelta a olvidarse del borrón de su apellido. Qué culpa tenía él, decían los más bondadosos, de lo que hubiera hecho su padre, así como tampoco podía tenerla el pobre viejito Emilio, que se murió ciego y comido por las niguas. Verdad es que antes de que llegara, cuando supimos ele su viaje, lo aguardamos con mucha prevención. Pero muy grande era la generosidad de Yangana, y en los primeros días todo se olvidó.»

«Pero nos habíamos equivocado. Yo creo, en confianza, que Ignacio Gurumendi era bastante tontito de la cabeza. Se dejó embaucar por el viejo Zapata, que es más sabido que el diablo, y que es de muy mala entraña, y empezaron a fregar más de la cuenta. Imagínense, hermanitos: se propusieron a cerrar las haciendas. Cuando nos dimos cuenta, el pueblo estaba rodeado por un círculo de alambre de púa. Te ibas por este camino, cerca. Te ibas por estotro, cerca. Te ibas con tu burrito a picar una carguita de leña, cerca. Te ibas al barranco, cerca. Te ibas llevando a tu yuntita al bebedero, cerca.»

«¡Y eso dizque era lo legal, hermanito! “El derecho me ampara” había dicho Ignacio Gurumendi. “No soy yo. Es la ley…” ¿Qué nos quedaba hacer?»

«Pues nos dimos a machetear las cercas, porque si él tenía la ley, nosotros teníamos la razón, y esos terrenos habían sido nuestros toda la vida, y nosotros no los habíamos vendido a nadie… Pero el teniente político, el mismito a quien tú, Joaquín, le metiste las velas, nos plantó

una causa criminal, con la que nos andaba a llevar medio trastornados.»

Al oír esto, Joaquín y su mujer no pudieron reprimir un gesto de sobresalto.

—Pero cómo… ¿no murió en esa ocasión el maldito?

—No le había llegado todavía la hora en esa vez —respondió Ocampo con un acento muy significativo, ahuecando la voz—.

Se había estado reservando para esta última… En aquella ocasión, Joaquín, el malvado estuvo como quince días entre la vida y la muerte. Al fin, se sanó del cuerpo. Del cuerpo, nada más. Que del alma… Esa alma no tenía remedio ni compostura.

Joaquín estaba asombrado. ¿De modo que su voluntario destierro en estas soledades, su huida de la justicia, su abandono del pueblo natal no habían tenido justificación suficiente? ¿Y había ligado a su suerte de prófugo la vida de una mujer, la había sacrificado punto menos que estérilmente?

Hizo todavía algunas preguntas. Mas Ocampo, empeñándose en seguir su relato, hizo un ademán con sus dos manos, cuyas palmas estaban dirigidas hacia su auditorio, como indicando aguardar lo sensacional, volvió a ponerse de pie, y, en el tono con que pronunciaría una frase, pidió una candelita.

La esposa de Joaquín acudió solícita al fogón. Removió un poco los leños y trajo un tizón de madera seca, que humeaba apenas. Mientras sostenía la mujer en su mano el leño con la punta encendida, Ocampo, pausadamente, envolvía, en una hoja seca de «panga» de maíz, su cigarrillo con el tabaco que había podido traer. Cuando el cigarrillo estuvo debidamente liado, tomó el tizón, y arrugando mucho el ceño porque el humo le nublaba la gruesa cara, lo aplicó hacia el pitillo.

—¿Con que no murió en esa vez el condenado? —volvió a mascullar, como para sí, Joaquín, que no volvía en sí de su asombro.

—Más le hubiera valido morir entonces —replicó el churón Ocampo, quien, después de una golosa y larga chupada al cigarrillo, y arrojando conitos de humo por narices y boca, se disponía a continuar.

«El doctor Zapata —siguió— sostenía al teniente político en la ciudad. En compensación, el teniente político defendía los intereses del doctor Zapata, del pinganilla Gurumendi y del viejo Villaviciosa. Con eso estábamos arruinados, hermanitos.»

«No podíamos hacer a nuestro gusto nada. La querella judicial bramaba contra nosotros. A esto se agrega que el gobernador de la provincia le tenía prevención al pueblo. Desde lo de las velas al teniente político (aquí dirigió una mirada oblicua a Joaquín, y esbozó una sonrisa), nos tenía puesto el ojo y nos consideraba un pueblo de salvajes…»

«Le habían pedido en Yangana consejo a don Vicente Muñoz. El viejo era partidario desgraciadamente de los mil arreglos pacíficos y "entre caballeros». ¿Pero qué arreglo pacífico cabía, digo yo, con esta gente que nos estaba robando nuestras tierras? ¿Qué arreglo, aquí en confianza, podía buscarse con esos bichos, que si hubieran sido caballeros, no nos hubieran despojado de lo nuestro? ¿Y estando Zapata de por medio, qué esperanza había de una ventaja para nosotros? Por consejo de don Vicente no nos plantamos desde un principio, que era lo que yo creía que debió hacerse. Una vez cebados en el abuso era difícil que se detengan en la mitad del camino. Creyeron que era cobardía del pueblo esto de que ellos hicieran de las suyas y que nosotros, lo aguantáramos sin chistar.»

«Por indicación de don Vicente emprendimos una campaña para obtener del Gobierno que ordene por decreto supremo la expropiación de las tierras que fueron nuestras y que ahora formaban las tres haciendas de los gamonales: Don Vicente mandó cartas y poder del pueblo a Quito, al doctor José Antonio Abril, nuestro paisano, en quien hasta entonces confiábamos ciegamente. En la apariencia, encontrábamos que el gobierno hacía un buen negocio, porque nosotros estábamos listos a darle mayor cantidad de plata que la que él había desembolsado por la expropiación, con tal de que ellos devolvieran las tierras que toda la vida habían sido de la propiedad del pueblo de Yangana.»

«Total: que la campañita esa, por más que gastamos, no nos dio ningún resultado. Mucha intriga en Quito, muchas influencias. Y el doctorcito Abril no nos apoyó en lo más mínimo. Esto último les digo a ustedes en confianza. Los demás no creen eso. Para ellos, el doctor Abril hizo cuanto pudo… Pero yo estoy seguro de que el sujeto se vendió a los otros, si es que deveras hizo algo.»

3

> «El comienzo —prosiguió más adelante—, la primera chispa… fue por causa de una vaca.»

—Fue por causa de una vaca —volvió a afirmar. Gustaba el churón Ocampo, no hay duda, de repetir ciertas frases, entre pequeñas pausas. Hacía oscilar la hamaca de Joaquín. Y se miraba a menudo las manos, como si temiera que hubieran desaparecido en la semioscuridad dé la noche, apenas alumbrada, dentro de la casita, por la llama lánguida de los leños del hogar contiguo, y repetía, con voz más firme, la frase que creyera fuerte y expresiva.

—Fue por causa de una vaca, hermanitos…

—¿Cómo fue eso? —creyóse obligado a preguntar Joaquín—. ¿Alguna de las vacas de tayta Gustán no sería?

—Cabalito, hermano. Adivinaste –respondió Ocampo, casi con jubilo por el acierto. Cabalito.

Nada difícil había sido poder aventurar esa pregunta: en Yangana, hacia los tiempos en que Joaquín todavía era uno de sus vecinos, los animales de tayta Gustán gozaban ya de una bien merecida reputación de rapaces. Tenía por entonces —lo recordaba Joaquín claramente— una burra muy vieja el curaca. El animalucho penetraba en los cuartos, entraba en las cocinas en un descuido y metía el hocico en las ollas de maíz caliente, quemándose muchas veces, pero sin escarmentarse. Había aprendido a abrir trancas a fuerza de mañosas sobadas, y a aguantar palo sin soltar la presa que había cobrado. Se pegaba grandes atracones de cebada, de pan, de miel, y daba diestras coces y perseguía a mordiscos a los perros. Las orejas se las habían derribado las garrapatas, y su

aspecto, con los cucuruchos doblados sobre los ojos, era de lo más estrafalario. Tenía por socio el más extraño compañero del mundo: un buey lisiado y con un solo cuerno, que le guardaba en cierta manera las espaldas y compartía con ella los palos que los propietarios prodigaban a los asaltantes. Y Reinoso, que conocía mucho al viejo cacique polígamo, pensó al punto en que nuevos animales domésticos dedicados a la ratería ambulante debieron haber reemplazado, hacia los últimos días, a la que, en tiempos en que él emprendió su huida, era ya una valetudinaria pareja.

> «Después de la burra mocha y del buey palancón, vinieron el perro "Guarda-tu-amo" y la vaca colorada —aclaró el narrador—. Ésta fue la vaca que comenzó la pelea. Estaba recién llegado el gamonalito ese de Ignacio Gururaendi y andaba con el pícaro Zapata haciendo no sé qué operaciones de medir la tierra, por el lado en que los dos dizque eran vecinos. En esa vez Gurumendi fue llevando gente a la hacienda desde la ciudad. Eran como veintitrés peones, que llegaron trayendo alambre suficiente. Con esa ayuda en poco tiempo, como les decía, tuvieron cercada una buena parte del campo que fue nuestro. Encerraron los potreros del "Tunal Viejo", el del "Faique Seco", la "Poza del Venado", el de la "Quebrada de los Zorros", y a las puertas de cada corral les plantaron un candado. Con esto era para dejarnos acorralados. Entonces fue lo que comenzamos a romper las cercas durante la noche, y lo que se puso la causa criminal que bramaba. Y a ellos, que se robaron descaradamente los terrenos de la comunidad, nadie les decía nada!»
>
> «La cosa desde entonces se puso muy fea. Muy fea.»
>
> «Parece que este malvado del teniente político, viendo que no podía fregarnos mayormente con eso de la causa criminal, comenzó a aconsejar mal al gamonalito. Y en una forma bastante majadera. "¿Verdad que usté es valiente, patrón?", dizque le preguntaba, con una sonrisita medio burlesca y un tonito desconfiado. El mozo no quería quedar como flojo y contestaba: "Claro que sí". Y el teniente político, que tenía cuentas pendientes con el pueblo, y quería de algún modo sacarse la espina, volvía a decirle: "¿Por qué, entonces, se deja tumbar el cerco?". "Ah, es que yo pienso, y así me lo ha dicho el doctor Zapata,

que con un auto motivado arruino a los matoncitos estos y les pongo juicio. Un año de ir a podrirse en la cárcel no les ha de quedar del todo mal.” “¿Y usté creerá que ellos van a caer mansitos para que usté los meta en la cárcel?”. “He pedido ya, por medio del doctor Zapata, garantías al gobernador de la provincia.” “¿Y usté creerá que el gobernador de la provincia va a poder darle garantías al tiempo que las necesite? Mientras venga una escolta de la ciudad, estos forajidos habrán hecho de las suyas”. “Es que el doctor Zapata me ha escrito ya que vienen dos policías con bastante pertrecho, y a alojarse en la casa de hacienda, donde yo les facilitaré todo lo que me pidan.” “¿Y usté pensará que el gobernador va a tener policía suficiente para mandar a cada casa de hacienda a dos policías para que estén viviendo por cuenta del gobierno, para que los propietarios tengan guardaespaldas?” Y así me lo acorralaba y me lo acorralaba al patrón Gurumendi, hasta que lo convenció de que debía, con los más guapos peones que trajo de la ciudad, rondar por las noches la cerca que daba para la plaza del pueblo, y disparar al primer bulto sospechoso que viese. El patrón, pinganilla venido de Quito, para que no crean que era cobarde, se metió por el mal camino. Es que, al fin de cuentas, hermanitos, alguien tenía que pagarla. La culpa directa la tuvo su padre, pienso yo.

«Pero el padre se había muerto sin cancelar. ¿No les parece a ustedes, hermanitos, aquí en confianza, que así tenía que suceder?»

«Ello es que, una de esas noches, cerca de la casa de hacienda, que daba, como ustedes lo recordarán, como a tres cuadras del pueblo, se oyeron dos disparos. Y después un aullido y un balido bien triste. Yo me levanté con la carabina y aguaité desde la ventana. No había nada. Por el color del cielo me di cuenta de que la madrugada se venía encima. Algún borracho, pensé, que mató a un perro. Pero eran dos tiros, y sonó un balido muy triste también… Con todo, me volví a quedar dormido. De mañanita me vestí y fui a averiguar qué es lo que había pasado. En un lugar encontré ya a Ulpiano Arévalo, a don José Toro, a la cabezona, la mujer del chino, y a tayta Gustán, que lloraba amargamente. Cuatro postes de la cerca estaban caídos, y a pocos pasos, pero del lado de

afuera, "Guarda-tu-amo" y la vaca estaban tirados. Se habían quedado bien juntitos. El perro, de largo en largo, en un charco de sangre. Y la vaca colorada, la vaca ladrona, no podía moverse. Parecía clavada de hocico. Me acuerdo bien patentito: el suelo, con lo que respiraba ruidosamente por la nariz, había quedado en ese ladito como barrido. Y sangre había, mucha sangre. Para que no sufriera más el animalito, yo mismo le corté el pescuezo. Cuando lo pelamos, vimos una cosa: le habían plantado un tiro con munición y granos de sal.»

«Tayta Gustán le sacó, llorando, el cuerito a su perro.»

Ocampo halló la manera de darle la última chupada a la colilla microscópica que tenía en los dedos, sin abrasarse los labios por quién sabe qué milagro de la pericia, y la aplastó contra el piso, refregándola con su ancho pie desnudo. Escupió un copioso salivazo, que asimismo planchó con la planta del pie, y variando el tono, insinuó:

—¿Qué te parece, Joaquín, si nos volviéramos a tomar un jarrito de ese famoso claro? Está como para resucitar a los muertos —agregó, cuando la aprobación a una, de los cónyuges aceptó la proposición con un movimiento de cabeza, sonriente.

«Como a eso de las siete fue también al lugar don Vicente Muñoz. "¿Qué le parece, don Vicente, lo que nos han hecho?" —me le encaré, con el ceño fiero. No me gustó nadita lo que me contestó en ese rato. Nos dijo que teníamos todavía que "¡aguantar!" ¡Aguantar! ¡Bastante habíamos aguantado ya! Pero había una cosa, nos dijo: el decreto de expropiación no tardaría en llegar. Aconsejó moderación. Ustedes saben, hermanitos, que lo que él sabe pedir es moderación. Se fundaba en que el informe del gobernador podía sernos desfavorable si seguíamos procediendo con violencia, y el proyecto se echaría a perder: en la puerta del horno se nos quemaría el pan.»

«Nos convenció, con esa labia que tiene él, y con esa manera suave de decir las cosas. Pero no habíamos contado con lo que pasó a mediodía.»

—¡Lo que pasó a mediodía! –musitó

Fácil era imaginarse que veía mentalmente la escena.

Buscaba, sin duda, las palabras adecuadas para describirlas. Pero antes la revivía, pensativo, recogiendo los detalles.

—¿Qué pasó al mediodía? —inquirió, con leve dejo de impaciencia en la voz, Joaquín.

> «Quedó en el suelo mucha sangre regada, y en toda la mitad del caminito al bebedero. Eso fue todo… A mediodía, con la sed, como ustedes saben bien, comienza a bajar el ganado de los faicales de la loma —la única parte que había quedado abierta— para ir al bebedero. Y nada: que el ganado empezó a congregarse en el sitio donde había muerto «Guarda-tu-amo» y agonizado la vaca. Ustedes saben, hermanitos, lo que es el ganado cuando huele sangre. Primero ponen el hocico contra el suelo, y olfatean a sacudidas, haciendo un ruido que parece que tuvieran muermo. Después, de que se convencen ya que es sangre, empiezan a raspar el suelo con la mano, y por último dan en mugir en una forma terrible. Cuando el animal grita así, los otros que están cerca vienen corriendo, como si los persiguiera un perro bravo. Los ijares les laten. Cada uno de ellos hace lo mismo que el otro, y al cabo de un rato, como sesenta reses estaban en el lugar, y raspaban, y olfateaban la sangre, y daban espantosos bramidos. Bueno. Yo fui a ver eso, y también fueron los otros. Me acuerdo de todo. Fíjense ustedes en una cosa: hay unas cabezas de ganado que se desesperan más que otras. Me parecían cristianos, ni más ni menos.»

> «Así como entre los cristianos, algunos en la desgracia demuestran mejor que otros lo que sufren, mientras que hay otros que sufren para adentro y no dejan adivinar ninguna emoción, así también ha sabido pasar con el ganado. Me acuerdo de una vaquita rangalida de malito que iba a morirse de pena, piafaba y gemía con mucha tristeza. Veía a sus demás compañeros, de uno en uno, y daba vueltas, como llamándoles la atención para que volvieron a mirar y a llorar. Y después de haber visto al ganado, nos regresaba a ver a nosotros. Parecía querer decirnos algo. ¡Si los animalitos hablaran! ¿Qué no más nos habría querido decir? Puso los ojos muy tristes. Creí que iba a llorar, pero los animales no saben llorar. Nos veía, no les miento, la cara a todos los cristianos que

estábamos ahí, como reconviniéndonos. ¿Yo cómo le hacía entender que nosotros no teníamos la culpa? A mí me veía con más insistencia, y creo que si hubiera podido hablar, habría hablado conmigo la vaquita rangalida. Y yo, al explicarles a sus compañeros, habría hablado también dirigiéndome a ella. Esa vaca me hubiera comprendido mejor. No les exagero al decirles que don Vicente, al oír el coro de balidos, encabezado por la vaca que daba vueltas alrededor de los curiosos que habíamos ido, lloró. A mi mismo me daba un como espeluznamiento del cuerpo. Tenía el deseo de ir a traer a los culpables de los cabezones, pase lo que pase, a patada limpia, y ponerlos delante del ganado, y acusarlos diciéndoles: "¡éstos son!" Fuimos al fin del parecer de arriar el ganado empujándolo para el bebedero, y así lo hicimos. Largo rato nos quedamos conversando ahí.»

«Estábamos exaltados. Entonces lo oí a don Vicente menos frío que en la mañana. Se notaba que la escena lo había conmovido. Me pareció mejor lo que dijo: "Ojalá sea esta la última sangre derramada por este desgraciado litigio de los gamonales". En seguida hizo una como defensa de los finados animalitos ladrones de tayta Gustán, diciendo esas cosas bonitas que él sabe decir: "Esa vaca colorada y ese perro tenían derecho a vivir. Formaban parte de los afectos de Yangana". Claro que rabiábamos con ellos, pero no teníamos el derecho de matarlos. La peor reprimenda que ellos merecían era darles latigazos para que escurrieran el bulto, cuando habían cometido la torpeza de dejarse sorprender con sus raterías. A veces, cuando eran ellos más listos que nosotros, y nos cobraban un diezmo o nos decomisaban nuestro bocado, hasta nos hacían reír. Plagas como éstas que tenía tayta Gustán son quizá hasta necesarias. Nos ejercitaban la paciencia, la astucia, y nos enseñaban a creer en la inteligencia y en la picardía de los animales. No merecían semejante muerte… Y dijo no sé qué cosas de Montalvo, como acostumbraba él.»

«Yo creo, en confianza, que ese coro de balidos del ganado que oyó don Vicente valió más que todo lo que nosotros podíamos haberle dicho. Y desde entonces, advertí que don Vicente se puso ya incondicionalmente

de nuestro lado. Estaba con nosotros, enteramente. Estaba a nuestro lado».

Ocampo no era de los hombres que puede estarse inmóvil mucho tiempo. Dijo esta frase, acentuándola como para hacer más perceptible el silencio de que iba a seguirla, y volvió a ponerse de pie.

Avanzó en esta vez hacia la galería del estrecho corredor, y oteó desde lo alto hacia el descampado. Recorrió con la vista los humeantes fogones en cuyo torno vivaqueaba la gente, y puso atención tratando de escuchar, a través del rumor confuso de los viajeros, cuáles eran las voces dominantes. Algunas lumbres iban extinguiéndose lentamente.

El contraste hacía resaltar la prosperidad del fuego en unos fogones, y la indigencia del fuego en otros. Donde mayor era la llamarada, era con frecuencia mayor también el ruido humano. Parecía como si éste fuera el que animase las hogueras. Percibíanse el manotazo de las bestias y el tascar en las cortezas de los árboles. De cuando en cuando, un balido trémulo, un breve relincho, un ladrido.

A pocos pasos de la casita de Joaquín, el centinela, con el arma a la bandolera, cruzaba y recruzaba por delante de su propio fogón, que hacía rato que dejara de alumbrar.

Se veían de él cuatro pasos que le aproximaban a la lumbre mortecina, una breve obturación total que cubría a ésta, y otros cuatro pasos que se alejaban hasta sumirse en una oscuridad completa. La sombra, en ambos extremos, se tragaba y devolvía al hombre armado.

Ocampo, dando las espaldas a sus oyentes, y con las manos cruzadas hacia atrás, siguió atisbando, durante largo rato.

—¿Y qué más? —inquirieron, después de una prudente espera, los esposos Reinoso. La pregunta de la mujer acaso traslucía un poco de desgano, pues ella habría querido oír hablar, en primer término, de la fiesta, acerca de la cual no se había dicho, desde hacía mucho tiempo, una palabra.

4

«Dos días después, una vaca de cría de Sebastián Mayta vino a caer, tambaleándose como borracha, al pie de la casa de él. Parecía no tener nada a primera vista. Pero venía con una diarrea de sangre. Degollado el animalito, encontraron que tenía las entrañas desgarradas: los canallas, los muy canallas, habían cogido la costumbre de empuñar el ganado que encontraban dentro de sus potreros, y ajustarle un tiro de postas metiendo el cañón en el orificio. En desquite los del pueblo le malogramos dos vacas al pinganilla de Gurumendi. Cuando él menos pensó, en el propio corral de la casa de hacienda, encontró a los pobres animalitos apialados. Con esto pareció calmarse, dándose cuenta de que el asunto iba mal parado para él. Pero nos equivocamos otra vez. En confianza les diré, hermanitos, que cuando uno comienza a perder el camino real, es muy difícil volver a encontrar la huella. Por consejo y por prevención a tiempo no faltó.»

«Nosotros, después de todo eso, le mandamos un recado con don Vicente Muñoz, que pareció la persona más adecuada, en opinión de la mayoría.»

«Desde entonces es lo que me convencí de veritas de que el gamonal era tonto de la cabeza. Había estado bocón y ridículo. “¿Cómo está?”, le había preguntado don Vicente. “¡Cómo he de estar, pues, en medio de los salvajes estos de sus paisanos!”, le había contestado. “En nombre de ellos es lo que vengo, precisamente” —había dicho don Vicente, con esa

santa calma que tiene, y pasando por alto lo de salvajes—. “Pues podían haberse evitado esa molestia”, había contestado el tipo. Nada quiero con ellos. “Pero es que usted, don Ignacio, antes de rechazar su oferta o su prevención tiene que conocerlas” —le había replicado don Vicente—. Esto parece que le hizo vacilar un tanto, y cambiando el tono, le había brindado asiento. "¿Qué es lo que tiene que decirme, don Vicente?" “No es mucho, don Ignacio: que las cosas, al paso que llevan, tienen trazos de acabar mal. Mal para usted y mal para nosotros. Más valdría reflexionar un poco antes de seguir adelante.” “¿Y por qué no se lo dijo usted a esos antes de que me echaran a perder las dos mejores reses de mis corrales?” “Todavía es tiempo de detenerse, don Ignacio. Estamos ahora mano a mano. Le rompieron el cerco, usted levantó una causa criminal. Después usted hizo matar dos animales del pueblo, y ayer el pueblo le ha matado a usted dos animales. Estamos mano a mano, don Ignacio. La cuestión puede quedar ahí. Hasta que la justicia y el gobierno lo decidan, usted conservará los potreros cercados. El pueblo no le dirá ni le hará nada. Pero no puede cerrar el bebedero. Eso si que no puede hacer, No lo consentiría el pueblo nunca.”

«Hasta entonces, nos refería después don Vicente, el patrón Ignacio había estado escuchando, haciendo esfuerzos por dominarse, pero al oír esta prohibición, no pudo más, y reventó. Entonces es lo que se puso del todo ridículo y bocón y fanfarrón, y dio de lo que tenía: “Sepa y entienda, señor leguleyo, que no recibo órdenes de nadie, desde que murió mi padre. Sepa y entienda, y vaya a decírselo a esos rústicos, que tengo derecho pleno a hacer lo que estoy haciendo, porque soy propietario con títulos en forma, adquiridos por mi padre. Tengo mi abogado, y sé lo que me hago. No necesito consejos de gente ignorante. Ni tolero mandatos. He de hacer aquí, dentro de lo que es mío, lo que se me dé la gana. Y en cuanto a esa ridícula amenaza de que expropiarán la hacienda… me río de ella. En Quito está mi familia, y tengo influencia.”»

«“Eso no se hará. Tampoco dejaré abierto el bebedero de la «Poza de los burros». Si ustedes quieren, hagan otro mas abajo, en el lado del Ceibo.

Un bebedero dentro de mis terrenos me revienta. El ganado de ustedes se metería a mis potreros, rompiendo la cerca por ese lado, y eso no lo voy a permitir. Y si vienen con otra clase de amenazas, diciendo que me van a echar el pueblo encima, me río también de eso. Tengo armas, y estoy con la ley. Además, soy hombre, muy hombre. También he pedido auxilio al gobierno, y ese auxilio está al llegar. Entonces veremos cuál domina por estos rincones. Si los instintos de esta gente salvaje y estúpida, o el orden de la autoridad. Que se acuerden no más del piquete que vino la otra vez a meter en cintura a este hato de criminales. Ya están alzándose nuevamente. Parece que no pueden pasar sin que les rebajen el lomo a punta de bejuco. Esto es lo que les está haciendo falta: bejuco y bejuco. Que aguarden no más. Y ya saben: de mí, ni una sed de agua." "Cada cual acaba según anda", le había contestado, con toda cachaza, don Vicente. "Cuídese, don Ignacio: usted es todavía muy joven y demasiado impulsivo." "Piénselo dos veces. No siga por el camino de la violencia." "Tanto usted como nosotros tenemos mucho que perder."

«Yo creo —continuó Ocampo— que no era don Vicente la persona más adecuada para entenderse con un hombre de la laya de Gurumendi. Y así lo dije entonces. Don Vicente está muy bien cuando hay que tratar con gente que quiere entender y que puede entender. Pero venirle a ese señor con calma y buenas maneras parece que fue para peor. Se le imaginó, de seguro, que le teníamos miedo.»

«Ello es que, en vez de conseguir nada, la situación se agravó. Ahora nos quedaba además, la rabia de que había tratado vilmente al encargado de hablar en nombre del pueblo. Un desaire más que nos hacía el muy imbécil.»

«Y lo peor venía a ser el acuerdo de los tres hacendados para darnos la contra en todo. En todo, hermanitos. No podríamos ir a ninguna parte sin encontrarnos con una perrada urdida por ellos. Se proponían, según dizque andaban diciendo, defenderse. Pero lo que hacían era querer armar camorra y hacernos hervir la sangre.»

Tuvimos buen cuidado de no caer en la provocación que ellos nos

hacían, aliados con el teniente político, para ver si nos partían por el eje, manteniéndonos vigilados con disimulo. En este estado de ánimo nos llegó el verano, y con el verano, la fiesta.»

«El asunto de la campana nos hizo olvidarnos de todo. Y como vino el cura, se propuso a tomar cartas en el litigio, y francamente, en confianza, les diré, hermanitos, que hizo mucho para que llegáramos a un entendimiento. Las prédicas hablaban de paz. Y conversó largo con los gamonales en el mismo sentido. De creerle al curita, la disposición de ánimo de ellos había cambiado completamente para esos días. Y él creía todo lo que algunos de nosotros opinábamos, que ninguna oportunidad mejor que la fiesta para la reconciliación.»

«Aquí conviene que les diga una cosa, hermanitos: nosotros, los más experimentados, no queríamos que ellos estuvieran en la fiesta. Y les mandé recado. Primero, porque queríamos divertirnos en paz. Segundo, porque en la fiesta iban a haber copas, y si a veces peleamos entre los mejores amigos, con mayor razón nos iríamos contra los gamonales, si se presentaban por ahí. En la contestación al recado, aclaro, no estuvieron descomedidos. Dijeron que saldrían la víspera de la fiesta, por la mañana, a la misa. Que volverían después para la fiesta misma, regresándose, por la noche, a sus casas de hacienda. Con esto, en el pueblo había dos pareceres: unos, que creíamos que el simple hecho de salir ellos a la fiesta era una provocación, otros, que decían que eso más bien da muestra de buena voluntad para con la fiesta. Y que habían dado muy buenos obsequios y aceptado el priostazgo en el bautizo de la campana. Y finalmente, don Vicente Muñoz, sabiendo con tiempo que ellos sí saldrían para la fiesta, creyó que lo más conveniente era que se quedaran a la velada, y que en la velada oyeran lo que les convenía oír. Y preparó entonces esa pantomima de que les hablé a ustedes, para darles, decía él, una lección de prudencia. ¡No supo, el pobre don Vicente, en la que se metía! Hombre de libros, ¡qué iba a saber de lo que es la rabia de la gente, cuando le han quitado lo que es suyo! No supo don Vicente en la que se metía.»

5

«Así estaba la pelea, hermanitos.»

«Como les iba diciendo, la víspera resultó, a pesar de estos aguafiestas, de lo más divertida… Les conté que los gamonales se llegaron a echarnos prosa entre eso de las once de la mañana… cuando la misa había pasado y cuando los devotos se habían dispersado de la plaza, y que el cura fue a recibirlos hasta la mitad de la plaza, y que se los fue llevando al convento. Allí almorzaron con el cura, comiéndose los regalos que el pueblo le había hecho.»

«Entretanto, fueron ya las tres de la tarde, y el sol estaba bravo.»

«Y cuando fueron las tres, llegó el postillón montado en un burro, y puesto de un poncho de aguas en semejante solazo. Se dedicó a repartir recados chuscos a todo el que encontraba al paso, y cerquita del convento sacudió una talega grande. El muy facineroso había metido ahí de esos avispones colorados. La avispa, furiosa, salió en una nube y empezó a picar y a hacer roncha en la plaza. Con decirles que ni los patrones se escaparon. A don Pancho Villaviciosa se lo mereció uno de esos animalitos.»

«Después de un rato, andaba con la boca que parecía un mango, y que ya se le derramaba de la cara. A mí se me puso que habían venido con la de a malas, y cuando el hombre está de a malas… aunque lo fajen.»

«Todos notaron que el bribón del postillón lo hizo de puro adredisto. De

> nada le sirvió al veterano ponerse tabaco en la picadura, con aguardiente. Echó una facha completamente ridícula, con su labio amoratado: estaban de a malas, eso era todo».

Ocampo, después de esta frase, se detuvo, en tanto se refregaba los ojos con los puños, como los niños cuando quieren llorar. Después extendió las manos a la altura de la frente, y la derecha en el carrillo derecho y la izquierda en el carrillo izquierdo, las pasó por la cara gruesa y ancha, acariciándose la barba crespa y espesa, para volver a unir las dos palmas y frotárselas luego con una especie de entusiasmo.

—¿No te parece, Joaquín? ¿No te parece, Rosa Elvira? —preguntó luego, como volviendo de una profunda distracción, cual si los ojos, recién frotados, le hubieran puesto frente a una realidad distinta de la que evocaba con su silencio.

Reinoso y su mujer, seguramente muy lejos con la imaginación, representándose, por su cuenta, las escenas que su interlocutor insinuaba, tuvieron una especie de sobresalto al oír, como de golpe, una pregunta que no esperaban.

—Así es, churón —contestaron los aludidos—, Claro que sí. —Y luego, ya por su cuenta Joaquín:

—¿Y hubo también la corrida de la sortija y los retos?

Reinoso se refería a la rutina de siempre: en la tarde de la víspera, las carreras en la plaza, a galope tendido, en la suerte de la sortija y en la escaramuza de los retos.

> «Así fue, Joaquín. Corrimos la sortija. Más de cuarenta, hermanitos. Más de cuarenta éramos. Tal vez unos sesenta. Lindas bestias algunas. Los chalanes Mendieta dejaron como sedita unos lindos potros en la corrida.»

> «Porque les contaré que últimamente en Yangana había muy buenas bestias. A tayta Baltasar Zárate se le había metido traer un par de potros finísimos del Perú, comprados en la fiesta de Ayavaca. Parece que uno de ellos era robado, porque el vendedor, que se los había dado relativamente baratos, los entregó fuera de la población, medio de nochecito, y con la condición de que no vuelva por esos lados trayendo a los animalitos. —No tendría valor para verlos en otro poder —le había

dicho a tayta Baltasar—, Soy criador viejo y nunca me ha gustado vender un potro, porque quiero a mi ganado como si fuera de la familia. Ahora tengo una gran necesidad, por eso me veo obligado a hacer esto. Palabra. Palabrita … Pero es el caso, les diré a ustedes en confianza, que los fierros esos son medio transferidos, y se prestan a sospechas. Bueno… pero estábamos hablando del juego de la sortija. Ramón Plaza, que siempre ha sido medio camastrón (¿se acuerdan de lo que cuando galopa, se pone de lado, como si estuviera amatado de la nalga izquierda?), se cayó de la bestia y casi se mata. Una tamaña rotura de cabeza le costó. Y el gran susto. Era de ver los apuritos que le cogieron cuando se vio en el suelo, y oyó el tropel que venía detrás. La plaza parecía una tembladera. ¿Y se han fijado ustedes lo bravo que uno se pone cuando está a caballo, y cuando está entre algunos jinetes? A mí me comían las manos por pegar a alguien.»

«Así se vuelve uno cuando está a caballo, y en escuadrón.»

«Por eso ha de haber sido lo que, cuando se acabó el juego y comenzaron las escaramuzas de la plaza, yo fui volando al mismo convento y me encaré con el patrón Ignacio pidiéndole que me dé su yegua chuga guadalupana para correrla en los retos. Y me la dio. No debo haber tenido buena cara. ¡Me la dio ensilladita y con todos sus aperos!»

«La hice pujar en las corridas. Cuando se la fui a devolver, el animalito echaba espuma por la boca y parecía que le hubieran jabonado el lomo debajo de los sudaderos. Temblaba como una cuajadilla. Don Ignacio no me dijo una palabra. El me quitaba la vista. ¡Ya hubiera tenido entonces mismo cómo divertirse conmigo, si me hubiera negado la yegua!»

«En cambio, el metido ese del político, ése si enterró su pico donde no lo llamaron.»

«—Bien pechugón te ha criado tu madre —me dijo. Yo le contesté:»

«—Ni los dos reales de velas que te ajustaron te han compuesto, adulón. ¿Quién te dio vela en este entierro?— Y por poco le zampo el sombrero de un sopapo. Pero me contuve, porque en cambio el gamonal sí se supo

portar gente conmigo en esa tarde.»

«La letra de los retos corrió a cargo de don Vicente en parte. Y en parte, a cargo de Carlos Botado. Los versos de don Vicente eran medio dificilones. En cambio los de Botado, que no es *ni leído ni escribido*, sí los entendimos todos. Será tal vez por lo que yo no trago mucho a don Vicente … pero lo cierto del caso es que los del Botado sí se me han quedado en la memoria. Estábamos formados en cuadrillas de a dieciséis, en dos filas de a ocho, y así caracoleábamos por la plaza. En la esquina de tayta Baltasar, frenamos los caballos, y el Botado comenzó:

Atención, bravos muchachos,
atención y ojo de garza,
que ahora vienen los consejos
para subir la campana.

Que don Báltico se traiga
unas dos yuntas robustas,
ochenta varas de cabo
y once varones de ayuda.

Don José Toro no beba
para que pueda echar pulso
y la linda prisionera
no se desate del nudo.

Que el chinito carpintero
prepare un buen cabrestante,
y se consiga diez lazos
que los tirones aguanten.

Ordenamos que el churón,
especialista en máquinas
dirija la operación
usando de su mecánica.

Mandamos que don Ulpiano
deje su fusil guardado
y se cuelgue de las cuerdas
escupiéndose las manos.

Y que don Víctor Zaruma
olvide un rato sus cueros
aprendiendo el buen ejemplo
del que compuso estos versos.

Que Serafín Armijos
mantenga quietas las manos
dejando de manejar
las varas de San Cipriano.

Agustín Labanda, herrero,
primo hermano de la fragua,
la campana es de metal,
y le conoces el alma.

No celes a tayta Toro
porque te quitó el trabajo
y como un buen compañero
ayuda a subirla en lo alto.

Los talabarteros Japa
cierren su taller un día,
y compartan con Yangana
su bien ganada alegría.

Atención, bravos muchachos,
atención y ojo de garza,
voy a hacerles conocer
lo que tendrán de pitanza:

Los priostes han preparado
chicha de jora sabrosa,
un buen jarro de aguardiente,
que repartirán las mozas.

Quien quiera beber guarapo,
guarapo también habrá,
el que quiera estar alegre
no tendrá dificultad.

Carne en cecina olorosa
preparada por Medina
con grandes fuentes de yuca
servirán sus treinta hijas.

Con cuatro panes de azúcar,
de azúcar bien refinado,
Puglla hará la competencia
al alto del campanario.

La Virgen del Higuerón,
que es la reina de Yangana
tiene que venir trayendo
a la Juanita Villalba.

Porque deben ayudar
a repartir a la gente
agua para la sed
y golosinas al diente.

Y si no quieren venir
voy a tener que creer
lo que he oído decir
y no he querido entender.

Que la Virgen del Higuerón
tiene una seria rival,
como está muerta de celos
se ha prometido vengar.

De Yangana campanita,
eso debes evitar,
si te perdona la vida
regala tu libertad.

Toda buena moza venga
a encender con sus miradas
el deseo de trabajar
en el muchacho al que ama.

Abrirse, pueblo querido,
pueblo unido de Yangana,
aunque quieren humillarte
verdugos no podrán nada.

Verdugos no podrán nada
contra el pueblo de Yangana
lo que nos falta, tendremos
por medio de la constancia.

En la última esquina, se adelantaron Damasio Sánchez y el payaso. Y cuando hicieron cancha y la gente cesó el alboroto, picando a los animalitos, comenzaron de lado y lado:

SÁNCHEZ: Abrirse, pueblo querido, pueblo unido de Yangana, somos de lo mejor de la tierra ecuatoriana.

Y EL PAYASO: ¿Quién podrá parir más hijos que la mujer de Medina, y quién gana a la Jiménez cuando con ella litiga?

SÁNCHEZ: ¿Quién sabrá mejor de libros que el chapetón de Yangana, quién discutirá mejor que la Juanita Villalba?

EL PAYASO: ¿Quién es más viuda que Pancha, que a tres hombres se ha comido? y a Carlitos, el Botado, con mirarlo lo ha corrido.

SÁNCHEZ: ¿Quién lo gana a Maridueña cuando de mentir se trata, quién vencerá a don Lisandro en evitar la guadaña?

EL PAYASO: ¿Quién monta como Mendieta, campeón de los domadores, sino su propia querida que le niega sus amores?

SÁNCHEZ: ¿Quién quema mejor las casas cuando lo manda el destino que Fermín el fosforito, de la llama fiel cautivo?

EL PAYASO:

Yo me llamo poca-pena, sobrina de mala-gana, y por eso es lo que soy, el príncipe de Yangana.

Payasito, payasón, yo no quiero que se diga que me vaya de la cancha y deje a la gente tranquila.

Payasito, payasito, ya se te acabó la sal, cede la cancha a los buenos, ni un chiste puedes soltar.

Prepara para el otro año un repertorio mejor y devuélvele a su dueño, el ajeno pantalón.

Adiós, mi vaca querida, quiero decir, pueblo mío, si el chiste resultó malo la culpa tuya no ha sido.

En medio de grandes pifias, desmontaron al payaso y le hicieron flecos el calzón prestado, dejándolo casi en paños menores. Cuando se restableció la compostura, entonces Damasio Sánchez terminó así:

Abrirse, pueblo querido,
muchachos, ojo de garza,
que mañana se termina
la gran fiesta de Yangana.

Mañana, a las ocho en punto,
los esperamos sin falta,
para subir a la torre
nuestra querida campana.

Como somos buena gente
y queremos nuestra tierra,
hemos hecho una campana
que para siempre se queda.

Desde lo alto de la torre
por nuestra Yangana vela,
asomadita al balcón
como firme centinela.

Una campana en la torre
pondremos en su gran día,
llorará nuestra tristeza,
y reirá nuestra alegría.

Abrirse, pueblo querido,
muchachos, ojo de garza,
mañana, a las ocho en punto,
subiremos la campana.

6

«Al día siguiente, hermanitos, nos tocó en efecto subir la campana a la torre. Era para Yangana un día grande. Hicimos la minga más solemne que hayamos presenciado. Sobraron los lazos. Cada quisque vino trayendo su vetita terciada al hombro. Costó mucho trabajo, por la dificultad de acompasar la fuerza de tanto comedido. Nos valíamos de yuntas de bueyes y de un torno. El torno era de don Baltasar Zárate, medio arreglado por el chino Vallejo. Temíamos que estuviera muy viejo, y que no aguantaran los ejes. Había estado sirviendo de gallinero en un rincón detrás de la cocina durante muchos años. Todo él estaba churretoso. Las poleas que arriesgamos no aguantaron. Se partían como si fueran de yesca. Ya nos íbamos asustando. Don José Toro casi desciende y se mata porque una veta mal curada se arrancó.»

«Gritábamos todos a la vez, hasta quedarnos roncos. Poco a poco la campana se iba subiendo al campanario, a puro pulso.»

«Los lazos echaban humo, hermanitos. Echaban humo. Tenían que correr a la fuerza por encima de las vigas, que eran cuadradas. Las vetas parecían cuerdas de guitarra de tan templadas. El torno nos daba desconfianza, y por eso empuñábamos las vetas sin permitir que toda la fuerza la aguanten los ejes del aparato. Nos colgábamos materialmente de las vetas, como un enjambre de avispas en un trozo de panal. Los que sujetaban el torno dejaban un rato eso y saltaban con los brazos hacia arriba para empuñarse de la cuerda lo más encima posible. Allí se

colgaban y forcejeaban como culebras hasta que la cuerda corría un poco y ellos tocaban tierra con los pies. Otra vez daban entonces el salto y empuñaban nuevamente la cuerda lo más alto que podían.»

«Muchas manos de hombrecitos, bien gruesas, resultaron con sangre y con ampollas. Un par de poleas dobles de fierro nos hizo mucha falta. Esas poleas dobles son una gran cosa para levantar los grandes pesos. ¿Te acuerdas, Joaquín? Allá, en Curi- pamba, un solo hombre levantaba con una de esas un dínamo, arrancándolo de la base como una muela podrida…»

Para esta descripción, el narrador, puesto de pie delante de la hamaca, y manteniendo pendientes de sus labios a los dos oyentes, se había arremangado los brazos. Entusiasta estaba.

Algunos momentos empuñaba con bien imitado frenesí la cuerda de la hamaca, recogiendo el cuerpo en actitud de gatillo levantado. Parecía que de arrancar las amarras se trataba. Tanto, que la mujer, sonriendo, hubo un momento en que le dijo:

—Oye, churón: por aquí las sogas son muy difíciles de hacer…

«—Casi dos horas —prosiguió el narrador— estuvimos sudando la gota gorda. Pero tengo que decirles una cosa, hermanitos. No sólo los que echaban pulso sudaban la gota gorda. Sudaban también de puros nervios los que estaban viendo. Ellos quizá peor que los que hacían. El cura mismo, que es tan coloradote, estaba pálido como un hueso. Y sudaba también. Se arremangaba la sotana y movía los brazos como un espantajo. Varios de nosotros se habían quedado hablando en secreto, con la voz completamente enronquecida. Y poco faltó para que se armara la gran tremolina entre los que querían hacer el primer repique. —Que yo repico primero, porque yo perdí dos lazos que se me reventaron y nadie me los va a pagar. —Que yo repico primero porque puse tres tareas de leña para la fundición. —Que yo repico primero porque regalé media arroba de bronce y un par de estribos antiguos. —Que yo repico primero porque soy prioste y he regalado una vacona… La pobre campana era todavía virgencita. Había que oírla cantar. ¿Qué iría a ser de ella? ¿Cómo iría a portarse? Nos daba temor de que esa

campana tan bonita, con esa figura tan graciosa, fuera a resultarnos ronca. Pero no fue así… El más vivo de todos fue ese mosquimuerto de Juan Vásquez, el ollero. Se había escondido, bien calladito, en el campanario. Y mientras, en la puerta, discutían y hasta iban a darse de mojicones los otros, él, bien asegurado por dentro, tomó la cuerda de badajo y se puso a golpearla como un loco. Después sacó la cabeza desde lo alto, y dejó caer su sombrero viejo. Estaba feliz. Qué voces, las de la campanita, hermanos. Como para no lograrla. Parecía de oro y plata. Como para no lograrla…»

«Entonces quedamos más enamorados de la campana. Tenía todo de bueno. Y mientras Vásquez la hacía sonar, abajo, brincábamos, nos abrazábamos, echábamos los sombreros al aire. Hasta los más calmados habían perdido la chaveta. La plaza no cabía de curiosos. Ninguno que careciera de cuatro reales se quedó sin ser padrino del bautizo de la campana.»

«Cada uno quería ser más portado que los demás. Por eso había en la plaza que comer y qué beber en cantidad. Ardía una fogata aquí, una fogata acá. La gente recibía un trozo de carne salada ensartada en una cangana. Cada uno asaba su pedazo en el rescoldo. En grandes bateas teníamos cerros de maíz cocido, de yucas, de pístanos, ollas llenecitas de claro de jora, barriles con guarapo en el suelo, amontonada la fruta.»

«Quesos frescos, quesos ahumaditos envueltos en chante; panela a montones, maní. Con eso había para matar la sed y el hambre de todo el pueblo: mucho que comer y que beber.»

«Y las, muchachas más bonitas y elegantes eran las que servían a la gente, corriendo de un lado a otro, acarreando ellas mismas las canastas de provisiones. A las dos de la tarde había que vernos, hermanitos. Con decirles que apenas hubo quien entre los varones asistiera a la misa, y que ni los mercachifles se escaparon a la tentación, les he dicho todo.»

«La borrachera, entre los hombres, prometía ser general.»

«Parece que en el convento el cura, que pasó con los gamonales la noche de la víspera, le cebó con ellos duro en el almuerzo, porque entre eso de

las tres asomaron la cabeza bien coloradotes. La picadura en la boca a Villaviciosa apenas le había rebajado. Daban ganas de reírse al verlo así de hinchado y de azorrado.»

La mujer de Joaquín, al advertir que la candela del fogón contiguo apenas alumbraba la escena, se levantó, empuñó en el trayecto un leño cubierto de nudos, con las puntas secas que al arrastrarse dejaban pedacitos de agujas en el suelo, y desapareció de la vista de los dos hombres. Ellos oyeron un resuello humano enérgico, en sucesivos golpes, que sin duda se aplicaba al fogón, porque momentos después la candela respondía al soplido con un chisporroteo crepitante, después con un suave bramido y luego, hecha ya llama, iluminó las paredes de la choza, permitiendo destacarse nítidamente la figura de la mujer, cuando, de regreso, apareció en el marco de la puerta. Los hombres habían aguardado, en silencio, a que volviera.

—¿Y qué más? —inquirió Joaquín.

«Lo más divertido era verla en sus apuros a doña Patrocinio.»

«Anclaba boquiseca de miedo de que se le quedara la velada sin representar. Mandaba recados al uno y al otro, para que los actores dejaran de beber. «Que no es posible que se dediquen a la borrachera en semejantes circunstancias. Que no sean tan brutos: que para beber tienen toda la vida, pero que para la comedia solamente esa noche. Que en tal caso seguirían bebiendo después…» Parecía que los golosos iban a vencerla, porque la jarana se generalizaba. Pero doña Patrocinio, como ustedes la conocen, no es de las que da su brazo a torcer. Ella en persona comenzó a recorrer la plaza y los portales reclutando gente para que trabajara en armar el tablado del proscenio. Según ella nos contaba después, ya sin ninguna rabia, porque así es de generosa, eran ya las seis de la tarde, y la armazón del proscenio aun no estaba levantada.»

«Pero como metió tanto empeño, cuando eran las nueve de la noche, todo estaba ya en su lugar.»

«Y es que doña Patrocinio donde mete la mano saca algo. Saca algo.»

—Doña Patrocinio saca algo, sí… saca algo —continuó Ocampo, deslizando la diestra en un amplio giro

—. Doña Patrocinio saca algo —había dicho Ocampo, y al decirlo, movido la mano ancha adelantándola abierta en abanico, cerrando luego, en ademán de empuñar, las garras distendidas y trayendo el brazo hacia las costillas, donde quedó reposando. Expresivo encontraron los esposos Reinoso el ademán. Pudieron evocar, con toda viveza, la resuelta actitud de doña Patrocinio, su andar recio cuando lucha con un obstáculo, su figura al mismo tiempo risueña y rampante.

7

De pronto se oyó un lloro infantil en la pieza contigua, y Reinoso y su mujer hicieron un movimiento unánime. Los dos levantáronse a un tiempo, como si fueran a correr parejos en la misma dirección. Pero como ella le tomara la delantera, Reinoso se decidió a quedarse con su interlocutor, quien había interrumpido el relato.

—¿Hembrita? —preguntó éste, recobrando la voz.

Reinoso casi se ofende por la pregunta. Y en un tono de dignidad herida, respondió:

—Varoncito, naturalmente.

—¿Y cómo se llama?

—Como su padre: se llama Joaquín.

—¿Qué edad tiene?

—Ya diez meses el bribonazo.

El «bribonazo» era, en la casa de Joaquín, el Joaquinillo.

—Entonces —respondió el churón Ocampo—, anda por ahí con mi Adriana; porque, te diré, el «conchito» me ha salido chancleta. Pero qué encanto de criatura ha resultado la güagüita.

—No sé qué hubiera sido de nosotros sin esta bendición, por semejante monte solitario —argüyó Joaquín—, Es nuestro consuelo el bribonazo. Y qué sabido es él.

—Bueno: mi Adrianita es sabidísima. Se las pasa de lista. Me tiene, para qué es, bastante amartelado. Las mujercitas, desde chiquitas, son sabidísimas. Son más adelantadas. Pero la mía es una candela.

—Bueno: la tuya siquiera se está criando viendo gente. Pero el nuestro es bien chacito, y sin embargo sabe la mar de gracias. Hay que verlo gatear en seguimiento de la mamá para darse cuenta de lo sapo que es. La sigue hasta el filo de la escalera. De ahí no pasa. Se queda viendo abajo, y así no esté trancada la puerta de bajar, él no se atreve.

—¿Tan chiquito y ya se cuida de bajar la escalera por miedo a rodarse?

—¿De no creer, no cierto? Pero el bribonazo se da cuenta de que no tiene quién lo cuide a cada rato, y él mismo se cuida.

Sabe cuidarse tan bien, que fíjate el otro día, estando él sentadito abajo, en un rato que la mamá había ido a traer agua al río, dejándolo solito, él se había alejado prudentemente de una culebra que estaba dormida cerca del lugar donde se quedó. Y cuando llegó la mamá, él hizo (aquí Reinoso movió su mano izquierda con un gesto torpe, de brazo no educado a responder al deseo de su dueño, haciéndola avanzar como para indicar, con imprecisión, un objeto) con la manito, señalándole el sitio donde estaba la culebra: «ta-ta-ta-ta». Y la mamá siguió con la vista la manito, y encontró al animal dormido, cerca del pañal en que el bribonazo se quedó sentado. La mamá, con susto y todo, mató al animal. Y, fíjate, churón, cuando ya el animal estaba muerto, el bribonazo volvió a señalarlo con el dedito ese de comérselo que tiene, y dijo otra vez: «ta-ta-ta-ta». No les tiene miedo a las culebras, y avisa. ¿Te das cuenta?

—Bueno: la mía, mi Adrianita, claro está, no ha corrido un peligro así, pero creo que si eso ocurriera también sabría portarse a la altura de las circunstancias —aventuró Ocampo, un tanto amoscado, y continuó, luego—: Pero tú no sabes, Joaquín, lo que hizo a los veinte días de nacida, cuando la madre tuvo necesidad de irla dejando, un día en la casa, confiada al cuidado de una vecina. Has de creer que en esa traza conocía ya a la madre. La vecina estaba también lactando a su crío, y pensábamos que la mocosita iría a pegarse al seno de la mujer. Pues no lo hizo. Le ponía la vecina el pezón en el hociquito, y la sabida tenía el pezón en la boquita, pero no mamaba. Y hubo que darle agüitas hervidas con una cuchara, hasta que volvió la madre.

—¿De veras?

—No sólo eso, Joaquín —continuó, ya en creciente entusiasmo—. Sino que al regresar la mamá, aun cuando estaba muertecita de hambre porque no había mamado en todo el día, en vez de abalanzarse sobre el seno para reponer el

medio ayuno, no quería pegársele. ¡Ese pedacito de gente estaba resentida con la madre! Trabajo le costó, y muchas caricias, dar satisfacciones a la mocosita, para que se pegara a la madre.

Equilibradas las posiciones, más o menos, quedaron unos segundos callados, viéndose con ojos de satisfacción, cada uno encantado con la proeza que había contado de su respectivo vástago. Tiempo era de alabar al del otro.

—¿Y cómo anda de apetito, Joaquín guagua? —preguntó Ocampo.

—Tragonazo es el bandido. La mamá tiene bastante leche, y le da… Fíjate cuántas veces le da el seno: de mañanita, a las cinco, ya él está despierto, y empieza a manotear y a cantar.

Busca donde debe hallar, y se pega la gran empipada. Así se está un rato más, jugueteando en la cama. Yo lo dejo y salgo a mis quehaceres, hasta que mi mujer me llama al café.

Cuando vengo, él ya está en la cocina, siguiendo a la madre como rabo, donde ella se va. Le damos entonces colada de plátano con miel de abeja silvestre, que es aquí el único dulce que tenemos disponible. Toma de eso hasta quedar pipón.

Hasta eso de las once, el bribonazo otra vez está pidiéndole a la madre, y pega una mamada de esas de quedar acezando, y se duerme hasta bien entrada la tarde. A eso de las cuatro o tres se despierta. No es bravo cuando se despierta. Él solito está en la cama largo rato, conversando. Cuando se ha enfriado bien, la mamá lo baña aquí no más, en el río; y le da nuevamente el seno. Y una hora después, otra coladita de alguna cosa; de lo que se proporcione. Come ya guineos maduros. Para la papaya es también tieso. ¡Ah, si tuviera naranjas aquí! Estoy seguro de que le gustarían mucho las naranjas.

—¿Y cuántos dientecitos tiene ya?

A esta pregunta, Joaquín vaciló un poco. No le gustaba mucho tener que decirle a su amigo que Joaquinillo andaba un poco perezoso en lo de la dentición, no obstante sus diez meses de edad. Joaquinillo ostentaba todavía una boca —un hociquito como habría dicho su padre— de encías sonrosadas, y nada más.

—Todavía no le salen los dientecitos. Ha resultado ocioso para eso —respondió—. Pero mi mujer dice que eso es mejor, porque así la dentadura es duradera. Que cuando los dientes salen muy pronto, se dañan también pronto.

Pero Ocampo, cuya hijita en cambio, a pesar de tener la misma edad de Joaquinillo, tenía ya cuatro o cinco dientecillos, no podía consentir semejante hipótesis.

—No te creas —le replicó—. El nacimiento de los dientes a su debido tiempo es una señal de robustez. Mi hijita es bien robusta. —No agregó más: «Mi hija es bien robusta». Es decir: más robusta que Joaquinillo.

Pero Reinoso, en este punto, no era de los que daba su brazo a torcer:

—Así debe ser —concedió—. No tendría nada de particular: las mujeres son más adelantadas que los varoncitos. Cuando ellos están todavía picando el cascarón, ellas están ya contoneándose delante de los gallos y dejándose hacer el amor.

Faltaba, desde luego, la réplica en materia de hazañas, del churón Ocampo, sobre su pequeñuela.

Había que irse por lo de su admirable aseo natural, por su ingénita pulcritud y por las excelencias de su carácter.

—¿Tu hijito —preguntó a Reinoso— avisa cuando va a hacer pipí?

—Hombre, para serte franco, no avisa todavía. A mí me gusta decir la verdad.

—Pues bien —dijo Ocampo, con aire de triunfo—: la Adriana sí avisa; y conste que digo yo también la pura y neta verdad. Fue desde más pequeñita, aseadísima. Cuando está en brazos de la madre y desea hacer una necesidad, se arroja de donde esté, y busca el suelo. La madre no tiene gran trabajo en esto del aseo de pañales. Ensucia muy poco la ropa.

Estas últimas palabras reconoció que encerraban una necedad. Pues aludir acerca de abundancia de ropa en casa de Joaquín, donde apenas había para cubrir la desnudez de los adultos, alejados, desde hacía tiempo, de todo contacto con el mundo, era una grosería. Pero Joaquín, al oír eso, se echó a reír.

—El mío sí es cagón: para qué voy a negarlo. Pero tampoco da trabajo a la madre ensuciando su ropa. Por la sencilla razón de que no la tiene.

Un tanto amostazado el churón por su indiscreción, resolvió imponerse un poco de tregua en la apología de su pequeña, y dar margen, en compensación, a su amigo, para que se extienda en el relato de las excelencias del chiquillo.

Y por eso, muy generosamente, preguntó:

—¿Y cuando tú llegas del trabajo, cómo te recibe?

Reinoso empezó a bañarse en agua rosada. Precisamente acababa de brindársele la oportunidad que más habría querido tener delante del primer interlocutor que no sea su esposa, hasta el día anterior, el único, en tanto tiempo.

¡Oh, poder eso, era contar una historia maravillosa!

—Desde que estoy a una cuadra empiezo, vieras, a silbar, pero a silbar bien alto, así (metió el dedo meñique doblado a la boca, lo rodeó con la punta de la lengua encarrujada, y silbó). El mocosito, según me cuenta la mamá, se desespera de alegría entonces, y quiere botarse de la cama, sea como sea. Ya en el suelo, avanza él solito hasta el comienzo de la escalera, y allí se sienta, como un gatito, a esperarme, con las manitas en lo alto, y llamando «pa-pá, pa-pá, pa-pá, pa-pá…»

"¿Ya viene tu papá?" —le pregunta entonces la mamacita—.

"¿Ya viene tu papá?" Y el bribonazo mueve la cabecita diciendo que sí, y repitiendo: «pa-pá, pa-pá, pa-pá…» Cuando me alcanza a ver, vuelvo a dar un silbido, y él me contesta.

Vieras tú: me contesta. No por supuesto silbando (en la cara de Ocampo comenzaba a dibujarse una sonrisa burlona), sino alzando las manitos, agitándolas locamente, y con unos gritos bien altos, como que quisiera llorar, como que quisiera reír; pero se ríe a carcajadas. Me tiende entonces los bracitos, ya cuando yo estoy al alcance, y se arroja a mis pies, y me abraza las rodillas. Así me acompaña a dejar la herramienta en un rincón, chillando como si fuera yo quien tengo que darle de mamar. Porque chilla entonces con ese tonito, hasta que lo cojo de los bracitos, y lo suspendo hasta bien arriba.

De allá arriba, lo lanzo en el aire, y lo tomo después de los sobaquitos, y lo empiezo a hacer bajar, con la cabecita contra la mía, mientras él, viendo mi cara cada vez más cerca, se muere de risa. Después lo afianzo contra la cintura, y el bribonazo se pone a divertirse con mis barbas. Se las empuña sin consideración, con las dos manitos, y tira a diestra y siniestra. Después, me acuesto de espaldas en la hamaca, y él se me sube encima, sobre la barriga. Ahí está, largo rato, conversando y riendo. En una de ésas, me baña la barriga de lo lindo. ¡Ah, el bribonazo! El se da cuenta de esto, y me moja la poca ropita que me queda. Después, se me duerme en los brazos.

Y al decir Joaquín «se me duerme en los brazos», su tono adquiere una ternura y suavidad sorprendentes. Los ojos miran con dulzura, miran con dulzura

los brazos en los cuales su imaginación evoca la figura yacente de su hijo, los brazos que acunan al niño en un lento vaivén.

Los dos padres quedan examinándose en silencio. Súbitamente, Ocampo propone:

—Quiero conocer al pequeño.

Que era lo que el otro deseaba vivamente.

Joaquín trataba de exhibir a su muchacho; Ocampo, de ver al pequeño para cotejarlo mentalmente con Adrianita y ver cómo andaban entre sí de cara y cuerpo, cuál de los dos era en realidad mejor. Porque, según Ocampo, la mocosita era de una primorosa belleza. ¡Ah, si estuviera a mano, para deslumbrar a Joaquín y a su mujer!

Por su parte, Joaquín Reinoso pensaba: "¿Por qué dejar pasar la oportunidad sin humillar al churón en su orgullo de padre? Primero: le demuestro que es varoncito, con lo cual ya le llevo ventaja. Segundo, le enseño que es guapo. Por lo que conozco de los hijos mayores del churón Ocampo, y dada la fealdad de su mujer, es probable que su tan alabada Adrianita será más bien una longuita ordinaria, y yo puedo, en consecuencia, echarle prosa, mortificarle en el fondo, muy en el fondo, aun cuando él lo disimule muy bien, y darle envidia. Además, en lo que respecta a salud… en eso no hay quien venza al bribonazo".

El resultado no se hizo esperar. Joaquín, pese a las protestas de su mujer, que había ido a acallar al niño acostándose a su lado y arrullándolo, sacó entre los brazos un osezno envuelto en trapos viejos, que dormía con la más firme resolución de no preocuparse, hasta el día siguiente, de los negocios de la vida.

Y ambos papás, el que hacía la exhibición y el que la examinaba, pensaron, en silencio, y con hondo regocijo interior, que el hijo respectivo era mejor, y quedaron orgullosos de sí mismos y admirablemente tranquilos.

8

«En el centro de la plaza —continuó más adelante el narrador— había tres lámparas “Petromax” encendidas. Y tres en el portal de doña Manuela Cuenca, donde se levantaba el proscenio todos los años, desde que yo he tenido uso de razón. El programa era más o menos el de siempre. Pero ahora, como les venía diciendo, hermanitos, don Vicente había preparado una pantomima para satirizar a los gamonales. Y esa pantomima iba a representarse antes de la comedia. Se llamaba “Guárdate del agua mansa”. “Yo quiero con esto —había dicho don Vicente en los últimos ensayos—, que vayan entendiendo los patrones el riesgo en que andan metidos si porfían en fastidiar al pueblo como lo están haciendo…” Pero eso es no conocerlos, pensaba yo. No dije nada, para evitar el que hablaran de mí diciendo que en todo trataba, de llevarle la contra a don Vicente, con quien en esos días ya estaba bastante bien. Pero no creí nunca en que los patrones fueran a ceder con sólo eso. Con palmaditas no se amansa un toro bravo. No se lo puede amansar. Un toro bravo es un toro bravo.»

«La plaza, desde muy temprano, estaba ya llenecita. Verdad es que la mayor parte de los hombres estaban medio borrachos, o por lo menos, con los humos de la bebezona de la tarde. Los más precavidos habían ido llevando asientos sobre la cabeza, para asegurarse a tiempo. Había adelante, casi al pie del proscenio, dos bancas de tiras que todavía estaban desocupadas. Eran las bancas para las madrinas de la fiesta, para el cura, para los patrones y para la autoridad. Yo aguaité desde el

proscenio, por un agujerito del telón. Las bancas delanteras, con ser ya las nueve de la noche, estaban aún vacías.»

«Yo ya me sentía en mis cabales. Pero no les he dicho nada a ustedes, hermanitos, del telón de boca, por el cual tanto escándalo se produjo después. Ese telón que había antes, el que ustedes conocieron, el telón con la bandera nacional, estaba inservible. Doña Patrocinio, que lo guardaba después de cada fiesta, lo había envuelto según parece en unos papeles medio enmelados, y el resultado es que al telón se lo comieron las cucarachas y las hormigas. Total, que cuando empezaron a desempacar los trapos necesarios para la fiesta, encontraron al telón medio comido. Y como en el pueblo no hay un buen surtido de tela gruesa como para el caso, ni había tiempo para pedirla a la ciudad, ello es que cosieron un telón empleando una franela colorada, bien pesada, que había tenido don Baltasar Zárate quién sabe desde hacía qué tiempo. Tuvimos telón nuevecito, pero no telón tricolor. Y en eso también estuvo lo malo, como verán ustedes más adelante. También estuvo en eso lo malo.»

«"—¿Qué me dices? —preguntó un amigo—. ¿Vendrán los patrones? Yo digo que no". Y yo en cambio creo que sí vendrán —le respondí yo—. Con la protección del cura sí se atreverán. Como están con sus copas adentro han de sentirse valientes. "Sería una lástima que la perdieran. ¿Cómo les quedará el cuerpo? Veamos qué cara ponen estos facinerosos"».

«Y cuando estábamos haciendo conjeturas entre si venían o no venían, por la esquina del convento asomaron los hombres. El cura iba adelante. Ellos después. Al último, el teniente político. Se sentaron en las bancas de tiras. Casi al mismo tiempo llegaron las madrinas de la fiesta, y llenaron los asientos desocupados. La función iba a empezar».

9

GUÁRDATE DEL AGUA MANSA

Farsa en un acto y tres cuadros. (*No hay alusión personal*)

CUADRO PRIMERO

La acción en uno de los parques del norte de la ciudad grande. Por la tarde.

Personajes: El señor Desvalijado, Civilizados Nº 1 y 2, el joven Aprendiz, el Payaso.

El señor Desvalijado es un hombre muy gordo y muy elegante. Cubierto de grueso abrigo, lleva sombrero de copa, bastón y botainas.

Al levantarse el telón, está solo en la escena y saca un enorme puro de su bolsillo y lo enciende. Se sienta en una de las bancas del parque, y echándose hacia atrás, fuma con visible delicia. El Civilizado Nº 1 asoma, con gorra y antifaz, por la derecha. El Civilizado Nº 2 asoma, de la misma guisa, por la izquierda. Avanzan cautelosamente hacia el gordo señor. El joven Aprendiz, que viene en este momento del fondo, viendo a los Civilizados, se detiene prudentemente y queda escondido detrás de un árbol, de manera que no lo vea ninguno de los tres.

Civilizado Nº 1.— (*Haciéndole, con un cuchillo muy grande y brillante, una señal de silencio y avanzando con el arma puesta de plano sobre sus propios labios.*) ¡Cuidado con moverse, gordito!

Civilizado Nº 2.— (*Aproximándose, con el revólver en la mano izquierda, empuñándolo por el cañón, como para no alarmar de muerte al señor.) Tenga la bondad de cederme su exquisito cigarro. (El señor Desvalijado se lo entrega sin vacilar.*)
Civilizado Nº 1.— ¿Será tan amable que me facilite su billetera? (*El señor Desvalijado mira a un lado, mira a otro, y no divisando en el horizonte sino a los dos Civilizados, entrega, con una cara de repugnancia, la billetera. Al hacerlo, le resplandecen las piedras de sus anillos.*)
Civilizado Nº 2.— ¿Y no le parecen incómodos esos anillos en las manos? ¿Para qué usted, que es ya una persona pesada, se añade tanta incomodidad encima? Permítame, excelente amigo: aligeraré sus gordas manos. (*Se las desnuda de los anillos.*)
Civilizado Nº 1.— ¿Podría, distinguido señor, indicarme qué hora tiene su reloj? (*El señor Desvalijado dirige miradas angustiadas de hombre que se ahoga. No aparece por ningún lado el salvavidas. Busca el bolsillo de su chaleco. Aparece el reloj grande de oro, unido a una pesada cadena del mismo metal.) ¿Hermoso, verdad? Veamos la marca. ¿Conque tiene pegada una cadenita, eh? (Le quita el reloj y la cadena, y luego el prendedor de la corbata, después de despojarlo de la bufanda. Después de esto, a los Civilizados les entra una especie de vértigo del desvalijamiento, y se abalanzan, alternativamente, sobre el señor Desvalijado. Acción muy movida.*)
Civilizado Nº 2.— ¿Me cede su chistera? (*Se la quita.*)
Civilizado Nº 1.—¿Me permite su bastón? (*Se lo quita.*)
Civilizado Nº 2.— ¿Verdad que es muy fino el paño de su abrigo? (*Se lo quita.*)
Civilizado Nº 1.— ¡Uy, qué hermosa resultó su americana! (*Se la quita.*)
Civilizado Nº 2.— ¡Cómo me entusiasma su chaleco! Ya tenemos la cadena: venga el chaleco ahora. (*Se lo quita.*)
Civilizado Nº 1.—¿Pero un chaleco sin pantalón qué es? Una prenda jíbara. Venga ese pantalón. (*Se lo quita. El señor Desvalijado queda como se deja dicho, si bien es muy larga, casi talar, la camisa. Los calzoncillos son de punto, y empalman con los calcetines. Los Civilizados echan a correr. Hacía rato ya que habían guardado las armas. El señor Desvalijado grita en una forma ininteligible. Aparece inmediatamente, un policía. El policía viste de payaso. Se sabe que es agente del orden por la placa metálica que lleva en el pecho, por el*

garrote y por la gorra militar. Trae la cara enharinada. El garrote tiene en la punta cuatro vejigas de toro bien infladas. Al asomar en escena, se queda perplejo, al ver la insólita figura del señor Desvalijado. Mira su propio aspecto, mira el aspecto del señor, y dándose cuenta de que el señor está más ridículamente vestido que él, monta en cólera. La indignación que expresa parece auténtica.)

Payaso.— Señor, señor, ¿qué es lo que veo? ¿Cómo? ¿Un hombre de su edad tiene el atrevimiento de presentarse en una forma tan indecente? (*Se pasea, blandiendo el garrote y golpeando las vejigas en las nalgas del señor Desvalijado.*) Dése cuenta, señor, que éste es un parque muy concurrido de los niños y de la gente honesta. El público se merece mayor consideración y respeto. (*El señor Desvalijado quiere hablar, explicarse. El Payaso se sulfura, se inmuta.*) ¿Y todavía quiere replicarme? ¿Tampoco sabe respetar a la autoridad? En vez de contribuir a la moralización de la ciudad, con el buen ejemplo, trata de corromper las costumbres? ¡Qué horror! (*Silba, con su pito de señales. Avanza luego, de un extremo a otro, haciendo adelantar al señor Desvalijado, que no ha dicho hasta este momento esta boca es mía, dándole de vejigazos en las posaderas, y al llegar a la puerta de la izquierda, lo empuja y, dirigiéndose en voz alta a un compañero suyo invisible, le dice*): Condúzcalo a la Comisaría. (*El señor Desvalijado, que trata de decir algo al público, no tiene, al salir, sino tiempo de gritar, con una voz ronca y mordiéndose de furia*):

Señor Desvalijado.— ¡CARAJO! (*El Payaso, libre ya del señor, vuelve a la escena.*)

Payaso.— ¿Habráse visto semejante cosa? ¿Habráse visto un sujeto peor vestido que un servidor del Estado? Esto no podía consentirlo jamás. (*El joven Aprendiz, que ha permanecido oculto mientras duró todo esto, reaparece, cautelosamente, y se presenta al Payaso.*)

El Aprendiz.— Buenos días, señor agente del orden.

Payaso.— ¿Qué pasa, muchacho?

El Aprendiz.— Que a ese señor a quien usted mandó preso dos ladrones lo dejaron desnudo.

Payaso.— Repita.

El Aprendiz.— Que a ese señor los ladrones le quitaron cuanto llevaba encima. Y que es injusto que a él, que es la víctima, la mande a la comisaría, cuando los

culpables son los ladrones que lo desnudaron.

Payaso.— ¿Ladrones dijo?

El Aprendiz.— Sí, señor agente: ladrones. Yo los he visto.

Payaso.— ¿Y por dónde tomaron?

El Aprendiz.— Por este lado de acá, como quien va a La Merced.

Payaso.—¡Ah!, entonces mi deber es perseguirlos inmediatamente. No me detendré hasta no encontrarme con ellos. Es el deber…

El Aprendiz.—(*Animándose.*) Así me parece, señor agente.

Es imposible que este delito vaya a quedar impune. Noble cosa es cumplir con el deber como usted lo hace.

Payaso.— Voy volando. Estos bandidos no se irán así como así. ¡Todo para ellos! ¡Qué ladrones! ¡Juro que no los dejaré en paz! Atreverse a aquello, sin darme siquiera una participación. ¡Ladrones, ladrones! (*Sale corriendo, volviendo a hacer sonar el silbato de los policías.*)

El Aprendiz.— (*Después de un momento de vacilación:*)

¿Qué debo sacar en limpio de todo esto? ¿Cuál es la fórmula para mejor vivir? (*En transición brusca, arrojando el libro que tenía debajo del brazo, al suelo.*) La fórmula está encontrada: no estudio una línea más. He descubierto el camino. El camino más rápido para hacerse de una situación.

Los procedimientos son sencillos. Y allá, en los lugares remotos, donde la civilización apenas ha llegado, será más fácil. Abajo esta maldita carrera lenta que estaba siguiendo paso a paso. La otra es la mejor, la más veloz, la más efectiva y la más directa. ¡Viva la civilización contemporánea! ¡Viva la fórmula mágica! (*Telón de cuadro*)

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un patio de casa de campo de propietario acomodado. A la izquierda, la molienda de caña. A la derecha, la entrada a un establo. Al fondo, sala con anchas puertas de entrada y hamaca entre los pilares. Una patilla ancha.

Personajes: El joven Aprendiz, don Todo-Aguanta, el doctor Pica-Pleitos, el señor Vela, Autoridad, el Payaso.

El joven Aprendiz está más maduro. Le ha nacido un bigotito que parece salirle directamente de las ternillas. Ha cambiado su traje de estudiante por el de jinete. Lleva botas de montar y las golpea con un fuete elegante. Don Todo-Aguanta es el vivo retrato de don José Toro: corpulento, achaparrado, bonachón y vigoroso. Representa a Yangana: es su Juan Pueblo. Aparece como el propietario de la casa de campo acomodada.

El Aprendiz.— (*Blandiendo enérgicamente el fuete en son de amenaza a Todo-Aguanta.*) Tu hacienda es mía; tu molienda es mía; tus potreros son míos; tu caña es mía; tu ganado es mío.

Todo-Aguanta.— (*Con santa calma.*) Mi hacienda es mía; mi molienda es mía; mis potreros son míos; mi caña es mía; mi ganado es mío. Y buenos días le dé Dios, señor.¿A qué se debe el honor de tenerlo por estos mundos?

El Aprendiz.— He venido a recuperar lo que es mío; lo que por derecho me corresponde. Esto en que tú pisas me pertenece. Tus bienes me pertenecen. Tú me dices que esto es tuyo. Yo te digo: esto es mío. Y yo sé por qué te lo digo.

Todo-Aguanta.— ¡Si lo sabré yo! Esto es mío, porque lo he heredado de mis mayores; esto es mío, porque lo he trabajado con mi propio esfuerzo; esto es mío, porque lo he levantado con mi labor y con la de mis hijos. La casita la he edificado yo; los campos los he labrado yo; la caña la he sembrado yo; los animales los he criado yo; la molienda la he instalado yo: por eso digo que es mio. ¡Me pertenece a mí! ¡Pero qué ganas de bromear le noto a usted, joven viajero! ¿Por qué no toma asiento conmigo? ¿No se tomaría un jarrito de guarapo para la sed?

El Aprendiz.— Trae el guarapo; tu obligación es servirme. Para eso eres siervo. Eres mi siervo. Todo lo que has trabajado en estas tierras, que son mías, me pertenece. Tu jarro de guarapo también.

Todo-Aguanta.— Eso sería un robo, señor.

El Aprendiz.— ¿Un robo, has dicho?
Todo-Aguanta.— Sí, señor. Eso sería un robo. Un robo descarado.
El Aprendiz.— (*Después de haber escanciado el jarro que le extendiera Todo-Aguanta.*) ¡Justicia, justicia! ¡Aquí, el infame; aquí, el vil calumniador; aquí, el destructor del honor ajeno! ¡Aquí, el criminal, que destroza una reputación inmaculada; aquí, el ladrón de las honras de los caballeros! ¡Auxilio, doctor Pica-Pleitos!
Pica-Pleitos.— (*Entrando precipitadamente, por el lado del establo, con un librote debajo del brazo, grandes antiparras en la punta de la nariz muy larga y aguda y sombrero de copa viejo y raído.*) ¿En qué puedo servirles, honorables amigos?
Todo-Aguanta.— Este incauto joven, llevado por los impulsos de sus pocos años y su inexperiencia de la vida, me quiere quitar la hacienda diciendo que mi hacienda es suya.
El Aprendiz.— (*Guiñando un ojo al doctor Pica-Plietos.*) Este viejo idiota me acaba de gritar que soy un ladrón.
Todo-Aguanta.— Yo le dije, doctor, otra cosa. No le dije que él era ladrón. Dije que quien me quisiera de verdad quitar esto que es mío era un ladrón. Pero lo dije en tono de broma, porque de broma creo también que es lo que el joven caballero me habla.
El Aprendiz.— He hablado y hablo muy en serio. Digo y afirmo que esto es mío; y como he dicho que esto es mío, el insolente me ha llamado ladrón.
Pica-Pleitos.— Nada más sencillo ante la ley. Para fallar acerca de la justicia, cuando dos sujetos de derecho creen tenerla consigo, lo aconsejado es examinar el asunto a la luz de los códigos. (*Abriendo su librote.*) La propiedad de los bienes raíces se adquiere por la inscripción del título de dominio en el Registro cantonal de la propiedad… A ver, amigo, su título debidamente inscripto …
Todo-Aguanta.— No tengo ni necesito título alguno. Mi padre tampoco lo tuvo ni lo necesitó. Mi abuelo menos todavía. A base de buena fe es adquirido y conservado esto. Me pertenece porque lo he heredado de mis mayores.Porque lo he cubierto con mis propios cultivos. Porque pertenece al futuro de mis hijos… Esto es mío. Y quien pretenda quitármelo, es un ladrón. Nada más que eso: un ladrón.
Pica-Pleitos.— ¿Y usted, joven amigo, qué razones alega?

El Aprendiz.— (*Sacando del bolsillo del pecho un legajo de papeles amarillos.*) Yo hablo con la razón en la mano.Aquí están mis documentos. Estos papeles, doctor, dicen que yo soy dueño legítimo de todo esto. Luego, esto es mío. La hacienda del señor es mía. Todo esto es mío. La ley me ampara. A ella me rindo. Y a ella tendrá que rendirse también él. Ya se lo decía. De otro modo, habría sido tiempo perdido venir a discutir con persona tan cerrada de entendederas.
Pica-Pleitos.— (*Examinando ávidamente los papeles.*) ¡Oh, majestad augusta y sagrada de la ley: hasta aquí, hasta estos remotos ámbitos llega vuestro divino imperio! ¿Qué sería sin ella el universo? La guerra de todos contra todos, como decía un inglés. Amparas a los débiles contra el derecho brutal de los fuertes; restituyes el equilibrio que tratan de romper las oscuras potencias del mal. Merced a tu prestigio sapiente y a tus enérgicos mandatos, el mundo vive en paz y armonía, y el progreso de la humanidad es posible. Salve, ley escrita, norma saludable que haces posible la concordia universal y la pacífica convivencia humana. Aquí también vas a desempeñar tu sacrosanto ministerio, dispensando el sacramento de la justicia, dando al César lo que es del César.

Esto que te rodea, joven amigo, es tuyo. Mis felicitaciones por ello. El fruto de tu trabajo, donde se nota el noble esfuerzo aplicado a la tierra, el sacrificio constante triunfando sobre la naturaleza bravía, es muy valioso. Tuyo es el derecho. Y yo, como hombre de derecho que soy, me pongo a tus órdenes. Mi deber es estar en el lado de la ley: y la ley está contigo. ¡Salve, oh ley augusta! ¡Salve, gentil beneficiario de ella, por tu salud, y por la persona agraciada a quien aquélla sirve! ¡A tus órdenes!
Todo-Aguanta.— No entiendo bien esa jerigonza del doctor, pero me parece que ha dicho que mi hacienda no me pertenece.
Pica-Pleitos.— No hablaba para ti, hombre rústico. Mi salutación a las leyes estaba concebida en alta literatura y eras incapaz de seguir su audaz vuelo elegante. Pero la conclusión, que al fin se rozaba con la tierra que no te pertenece, sí la has entendido bien. En efecto: la hacienda es de tu joven amo. Tú no eres sino su peón. ¿Entendido? Su peón.
Todo-Aguanta.—No puedo consentir que se roben lo que es solamente mío. Creo que la justicia me garantiza y me defiende, por mucho que ustedes me sostengan lo contrario.

Como no quiero disgustarme con los caballeros, prefiero poner el hecho en

conocimiento de la autoridad, a la cual me encamino sin pérdida de tiempo, pues que otras cosas tengo que atender más luego en mi hacienda.
El Aprendiz.— ¿Pero no has oído lo que dice un letrado de mi derecho? Lo mismo que te dice él te va a decir la autoridad, porque la autoridad tiene que sujetarse a la ley, y ya has oído lo que la ley dice sobre mi derecho. El doctor nos ha dicho la verdad, y debes estarle agradecido: ahora, por fin, sabes la verdad. ¡Qué agradable es para el hombre saber, por último, la verdad! La verdad verdadera. No la que habíamos creído que es verdad. Y aquí la verdad es que tú no tienes nada.
Todo-Aguanta.— (*Pasándose las manazos por la frente, sin querer entender aquello.*) Pues yo estoy creyendo que voy a tener que incomodarme en serio con usted, joven. Y si la autoridad cree como usted dice, voy a empezar a creer en que también tendré que incomodarme con la autoridad. Y si esas leyes que tiene el doctor debajo del brazo dicen lo que él se ha servido hacerme entender, me veré en la obligación de pelearme también con el librote del doctor. Pero ustedes lo que quieren es burlarse de un pobre campesino para ver qué cara pone un chazo con furia, ¿no es verdad?
El Aprendiz.— ¿Y tú crees, buen hombre, que yo iba a venirme de donde vengo, dejando lo que he dejado, para hacer chanzas a un desconocido? De muy lejos soy, pero un derecho claro y seguro tengo. Y a reclamar ese derecho es a lo que he venido. Lo primero, dije, hablar personalmente con el voluntarioso ocupante de mis tierras. Después, echarlo por medio de la autoridad, si se resiste.
Todo-Aguanta.— Pues insisto en que o bromean ustedes o tendré que ir en busca de la autoridad, para que ustedes me dejen en paz.
Pica-Pleitos.— (*Dando palmadas sonoras, a las cuales, como si obedeciera a una señal convenida de antemano, se presenta en la escena la autoridad Vela.*) Ninguna necesidad hay de ir a la autoridad, pues la autoridad viene hacia nosotros. Velita, buenos días.
Señor Vela.— Buenos días, señores. ¿Nos tomamos una copita, por el gusto de encontrarnos aquí más de tres personas amigas juntas?
Todo-Aguanta.— (*Entiende la alusión.*) Voy, señor. (*Sale en busca de aguardiente.*)
Pica-Pleitos.— Todo está listo. Solamente nos falta su confirmatoria.
Señor Vela.—¿Qué palabrita me echó usted?

Pica-Pleitos.— Quiero decirle que solamente falta que usted apoye el argumento que nosotros hemos desarrollado.
Señor Vela.— ¿Que yo apoye qué cosita me dijo?
Pica-Pleitos.— Que diga lo mismo que nosotros decimos.
Señor Vela.— Haré lo posible, siempre que ustedes también hagan lo posible a mi favor.
Pica-Pleitos.— ¡Naturalmente! Todos saldremos aquí beneficiados. El honorario es honorario. Y honorario viene de honor.
Todo-Aguanta.— (*Retorna con las copas llenas, que las reparte entre los presentes.*) A buena hora pasa usted por aquí, digna Autoridad. Quiero que aclaremos un punto muy importante para mí. Tiene usted que protegerme contra este joven forastero que me sostiene en mi cara que mi hacienda le pertenece, y que me la va a quitar. Como usted es la Autoridad del lugar, y me conoce a mí perfectamente, porque lo he servido siempre que ha sido necesario, y conoce el origen de mis bienes, puede decirle a este joven señor y a su abogado que ellos se equivocan, y que los bienes que poseo son míos, porque los he adquirido honradamente. Y tiene que decirles también que aquí todos vivimos en paz gozando del fruto de nuestro trabajo.
Señor Vela.— De administrar justicia veo que se trata. Oigamos entonces a la otra parte, para saber los respectivos puntos de vista.
Pica-Pleitos.— Con su permiso, señor: represento como abogado los intereses de este gallardo joven, y como tal puedo expresar a usted que no puede ser más justiciera y arreglada a ley su aspiración. Aun cuando pudiera hacer aquí un discurso acerca del derecho que le asiste, prefiero hablar con documentos en la mano, que expresan más de lo que pudiera decir un largo alegato jurídico. Esos documentos son los títulos de propiedad que justifican la de mi joven defendido. Helos aquí. (*Le entrega el rollo de papeles amarillos, tomándolos de manos del joven Aprendiz.*)
Señor Vela.— (*Examinándolos, rascándose, dando unos pasos, poniéndose desasosegado.*) Este… este… aquí hay unos papeles…
Pica-Pleitos.— ¿Ve usted, usurpador audaz? El señor, como Autoridad, acaba de fallar en su contra. Usted no es sino un desvergonzado usurpador de terrenos ajenos: la digna autoridad de este lugar lo ha dicho enfáticamente.
Señor Vela.— Veo que… en el presente caso… hay… unos papeles… este…

este…

Pica-Pleitos.— ¿Se ha convencido usted? La autoridad tiene ya un criterio formado sobre esto, y lo que es más, está resuelta a garantizar la efectividad del derecho de mi defendido sobre la hacienda que usted, torpemente, pretende que es suya. Vamos a tomar esta copa por el joven propietario y por su merecido triunfo, pues intereses bastardos pretendieron cruzarse en su camino y dificultarle la obtención de los logros a que tiene sobrado derecho. Brindo, pues, por la futura grandeza de este privilegiado sitio. (*Alza la copa y bebe. Beben el joven Aprendiz y la autoridad. Todo-Aguanta arroja el contenido de la copa al suelo, lo cual es visto por el doctor.*) Y si usted insiste en no creer lo evidente y en no ceder el sitio, le diré, a la luz de la ley que nos ampara y protege, que usted es… por lo menos un jactancioso, y en todo caso, y si usted no retrocede, un ladrón.

Así como suena: un ladrón. ¿Verdad, dignísima autoridad?

Señor Vela.— (*Completamente embarazado, ante los papeles amarillos y ante el chorro de preguntas.*) Bueno… hablando francamente… yo creo…

Pica-Pleitos.— Lo dicho. Ni una palabra más. La autoridad tiene razón. Y si usted sigue molestando, solicitaré que sea reducido a prisión, por jactancioso, por depredador, por denostador de honorabilidades ajenas, por cínico, por hablador, por irrespetuoso, por irresponsable, por analfabeto, por ignorante, por retrasado, por audaz, por incrédulo, por alzado, por indisciplinado, por rebelde, por conspirador. Además, le seguiré un juicio, y lo sepultaré cincuenta años en la cárcel.

Todo-Aguanta.— (*Estallando.*) ¿Conque pretenden no solamente despojarme de mis bienes sino meterme a la cárcel?

¿Y esto en las barbas mismas de la autoridad? ¿En qué país vivimos? ¡Infames! ¡Después del robo descarado, la prisión!

¡Oh, ustedes son unos ladrones, y deben devolverme inmediatamente el aguardiente de mi botella que se bebieron!

¡Ladrones, ladronazos!

Pica-Pleitos.— (*Con un aire de alta dignidad ofendida.*) Dignísima autoridad: Hago uso de disposiciones legales terminantes, que usted muy bien conoce, para acusar al ciudadano Todo-Aguanta como autor de innumerables infracciones al Código Penal, entre otras, la de faltamiento a la autoridad, a la cual ha dicho

infame, y la de calumnia contra mi defendido, al cual ha llamado ladrón; y solicito, por tratarse de delitos infraganti, que usted ordene, en uso de las facultades de que como autoridad está investido, la inmediata prisión del delincuente audaz y temerario.
Señor Vela.— (*Ganado por el torrente de sabiduría curialesca, y por la visible oferta en metálico, saca un silbato del bolsillo, y llama a la fuerza pública. Luego se queda mirando a Todo-Aguanta con ojos feroces. Aparece el payaso del primer cuadro, digo, el agente de la autoridad.*) Hágase cargo y conduzca a la cárcel a este criminal. (*Salen los tres poderosos, y al cruzar el escenario, el joven Aprendiz, ostensiblemente, entrega al Señor Vela un puñado de monedas, que la autoridad recibe, con una orgullosa sonrisa.*)
Todo-Aguanta.— (*Entregándose voluntariamente al policía-payaso y dirigiéndose a los que se van.*) De mi padre, de quien heredé la hacienda que es mía, heredé también un refrán que dice: guárdate del agua mansa. Creo que voy a tener que disgustarme en esta vez de verdad.
Payaso.—¿Y qué ha pasado? Aun cuando mi obligación como agente de orden y como payaso es saberlo todo, ahora no sé nada.
Todo Aguanta.— Que me tratan de robar la hacienda y para mejor hacerlo me mandan a la cárcel.
Payaso.— Todavía no te atormentes. Deja el dolor para después, no madrugues tanto. Para después, ¿qué quieres dejar?
Todo-Aguanta.— ¿Y puede haber cosa peor que esto?
Payaso.— La hay, viejo. Ahora recién estás comenzando. Todavía falta lo gordo. Lo que más duele. ¿Verdad que tienes una mujer todavía joven y todavía guapa? ¿Verdad que tienes hijas bonitas?
Todo-Aguanta.— (*Sonriendo al recuerdo de su dulce familia.*) Claro que sí: mujer guapísima, e hijas muy hermosas.
Payaso.— Entonces, bien hizo el payaso en prevenirte que dejes para después esta distracción de las lágrimas. Para cuando, desde la celda en la cual, si no te opones, te voy a depositar, notes que te han florecido los cuernos en la frente porque Pica-Pleitos es hábil y tiene labia, y sepas que tus hijas bonitas están encinta del joven Aprendiz. Antes de que sobrevenga todo esto, no llores todavía. No seas, viejo, tan madrugador. Las cosas, en su verdadera sazón… Tiempo hay por delante.

Todo-Aguanta.— Oh, es que entonces corriera sangre, mucha sangre. Mataría a todos los culpables. El agua mansa se convertiría en torrente de sangre brava.
Payaso.— No te pongas así, cholito. Ahora tengo que irte llevando a la celda, y tú tienes que ir conmigo porque yo soy, mala o buena, la autoridad y el orden, y como te he tratado bien y te he dado consejos, y no me he reído de tu dolor, debes darme una propinita de a sucre, porque el payaso está un poco triste, y desea ir a beberse un trago de puro.
Todo-Aguanta.— (*Efusivo.*) Toma, buen amigo, Eres la única persona con entrañas que he encontrado el día de hoy. Y tú harás menos dura mi soledad.
Payaso.— Y ahora, que te deje en el encierro, voy volando a pedirle dos sucres al joven Aprendiz, por haber conducido, le diré, a lugar seguro, a uno de los más temibles enemigos del orden y de la paz social. Y yo sirvo al Estado, que es su guardián. El Estado es un guardián y yo soy otro guardián.
Solamente que mi pobre destino es guardar en la cárcel a quien no debo guardar y proteger a quienes deben estar en la cárcel. El Estado soy yo, como dijo mi Capitán. Y los dos somos una verdadera lástima. A conseguir dos sucres, que el payaso está triste, y los payasos carecen de ese derecho.
Orden y seguridad. Obediencia y respeto. Viva la alegría, ¡ja ja! Pobre amigo, adiós. ¡A tu salud! ¡Ja, ja!
(*Telón de cuadro*)

CUADRO TERCERO

En el despacho de la autoridad, que es un local sobremanera ridículo. En el ángulo izquierdo, el escritorio y sobre el escritorio, un machete envainado. Dos bancas de tiras. En el ángulo derecho, una pared en diagonal con respecto a las otras, donde está empotrada la puerta del calabozo, que es de reja. A un lado de esta puerta, por afuera, una patilla de adobe, donde vigila el guardián.

Al levantarse el telón, entra un tropel de quince personas del pueblo, haciendo gran alboroto, por la puerta de la izquierda, y se detienen delante del escritorio de la autoridad. El señor Vela, al verlos penetrar en forma violenta, se pone de pie de un salto. El payaso y guardián, que se paseaba armado frente a la reja, se detiene perplejo, mirando a todos los asaltantes de hito en hito. Comienzan a oírse grandes gritos desde el fondo de la celda. Es la voz de Todo-Aguanta, que impetra auxilio de su gente.
(Todos hablan en coro, fraseando bien, para que pueda entenderse claramente.)

Coro:
Venimos, señor juez, porque queremos
que dé la libertad a Todo-Aguanta,
que ponga en su lugar a los ladrones,
y nos libre por siempre de sus garras.

Señor Vela:
En nombre de la ley yo no podría
conceder lo que ustedes solicitan:
Todo-Aguanta está preso por sus culpas,
y la ley al culpable lo castiga.

Salid de aquí, amigos, yo lo exijo,
respetad los mandatos justiciero,
volved a trabajar en vuestra hacienda,
de mi afecto a vosotros estad ciertos.

Coro:
Salir de aquí nosotros no podemos

dejando a Todo-Aguanta detenido,
porque él para nosotros representa
Juan del Pueblo injustamente escarnecido.

Señor Vela:
El derecho protege a la patrones
y yo debo amparar ese derecho,
yo no quiero valerme de la fuerza
alterando la paz de nuestro pueblo.

Nuevamente quisiera recordaros
que soy la autoridad y represento
ante los ciudadanos de esta aldea
la voluntad suprema del Gobierno.

Y quien se niegue a obedecer mi orden
denunciado será como enemigo,
y tendrá que sufrir las consecuencias
de haberse negado a darme oído.

Coro:
Por última vez, señor juez:
¿deja libre a Todo-Aguanta,
aprisiona a los ladrones
y abre la celda cerrada?

Señor Vela.— (*Indignado*):
Obedecer sólo debo
los mandatos del Gobierno,
ustedes no son Gobierno
sino solamente pueblo.

El pueblo obedecer debe
las órdenes emanadas
de autoridades y leyes
que la seguridad amparan.

Coro:
Muchachos: a proceder,
otro remedio no queda,
apresaremos al Juez
y franquearemos la celda.
(Dos hombres del pueblo se adelantan y toman de los brazos al señor Vela, sacándolo de su sitio en el escritorio y empuñándole fuertemente de las muñecas.)

Una voz:
Y ahora te damos licencia,
Todo-Aguanta, que estás preso,
para que rompas la puerta
y te vengas con el pueblo.

Una voz:
Todo-Aguanta, ya eres libre,
el pueblo así lo ha querido,
tenemos que hacer justicia,
pues la hora esperada vino.

Payaso.— (*Viendo el giro que toman las cosas, se encara con la multitud muy afectuosamente*):
Desde ahora en adelante
solamente hablaré en verso,
para no quedarme atrás
del nuevo preso que tengo.

Érase una autoridad
bastante ignorante y mala,
tan cobarde que de miedo
consiguió sonar la flauta.

Yo quiero estar con ustedes
porque represento el orden

y el orden está con la fuerza,
que es la que puede todo.

(*Se dirige, despectivamente, a la autoridad depuesta*):

Y conmigo no se enoje,
pues cometió la torpeza
de olvidarse de pedirme
el auxilio de mi fuerza.

Que tan pronto como vuelva
a establecerse en su puesto,
cumpliré con sus mandatos
sin temor a ningún riesgo.

Otra voz:
Y ahora pido que vayamos
a traer a los ladrones
que a Todo-Aguanta metieron
injustamente en prisión.

Para que el pueblo los juzgue
como juez inapelable,
y que el jurado presida el
amigo Todo-Aguanta.

(*Salen seis personas, a todo correr. Don Todo-Aguanta, después de haber sido abierta la puerta de la celda por el Payaso, se incorpora, en medio de calurosos abrazos, al grupo de amigos. La celda vuelve a cerrarse con la autoridad adentro.*)

Payaso:
Hasta el momento en que vengan
presos los contraventores,
debiéramos designar
quienes la palabra tomen.

Me ofrezco como testigo
de iniquidades sin par
de la autoridad depuesta
en contra testimoniar.

Podré declarar en verso
si lo permite el jurado,
que abusar del consonante
es cosa que me ha gustado.

(*Vuelven trayendo presos al joven Aprendiz, y al doctor Pica-Pleitos, quienes miran sorprendidos a Todo-Aguanta sentado en el sitio de la autoridad y rodeado de gente del pueblo, que simula un tribunal improvisado. Una de las bancas de tiras ha sido entretanto movilizada delante del escritorio, y en ella son obligados a sentarse el doctor Pica-Pleitos y el joven Aprendiz. El payaso, haciendo muecas, va a traer al señor Vela. Cuando éste ha ocupado su asiento al lado de los otros, el Acusador, que ocupa un sitio cerca de la reja, haciendo una venia, pide la palabra.*)

Acusador.— Somos un pueblo que vive de su trabajo y sin molestar a nadie. Tenemos lo indispensable, y defendemos y defenderemos lo que es nuestro, amando nuestra paz y nuestra libertad. Hemos recibido de nuestros mayores un patrimonio de experiencia, de tolerancia y de trabajo, que deseamos conservar y defender para nuestros hijos. Anchos son los terrenos comunes, que son de todos los hijos de este pueblo, pero que al mismo tiempo no son de nadie. La comunidad es de uno y es de todos. La comunidad es de todos y no es de nadie en particular. Es como el aire que se respira y como el agua que corre. Si alguien viene, utilizando las malas artes de allá, a pretender despojarnos de lo nuestro, nosotros tenemos que defendernos atacando.
Si alguien trata de arrebatarnos el aire que respiramos, tenemos que defendernos atacando. Si alguien, valiéndose de subterfugios, intenta apoderarse de lo que nunca le perteneció, tenemos que defendernos atacando. Y si la autoridad, en vez de estar de parte de quien tiene la razón, sirve a quien la paga y la corrompe, tenemos que defendernos de la autoridad atacándola, aun cuando ella,

teóricamente, represente al gobierno establecido. Como en el presente caso, a nuestro comunero Todo-Aguanta han tratado valiéndose de una treta judicial, de despojar de lo que le pertenece, atacando al propio tiempo los derechos de un pueblo entero, y lo han puesto en prisión injustamente, porque defendía lo que se le quitaba, alegándose en contra de él títulos obtenidos de mala fe, y un supuesto faltamiento a la autoridad, pido que resolvamos proteger a este comunero, haciendo de su causa nuestra causa y sentando un precedente ejemplarizador. En consecuencia solicito al tribunal del pueblo que conoce este asunto que se restablezca en todos sus derechos al comunero Todo-Aguanta, declarando que estamos listos a defenderlos como si fueran los del pueblo entero; que a la autoridad venal se la desconozca e imponga un castigo que el propio pueblo hará cumplir, y que a los verdaderos y genuinos usurpadores que han venido a turbar la seguridad y paz de la comarca se les expulse para siempre de estos sitios, bajo severas penas en caso de contravenir lo mandado.
Todo-Aguanta.— Amigos: No quiero oficiar de presidente porque abrigo rencor para los que me ofendieron, y deseo su castigo. Pido que se designe a otra persona que dirija este juicio popular. Me falta imparcialidad y me sobra gana de que ellos reciban su merecido, y no quiero ser tan mal juez como sería el señor Vela, por ejemplo.
Una voz.— Que se nombre a otro. El caso es que nadie debe quedarse sin su castigo.
El nuevo presidente.— Los acusados tienen la palabra.
Pica-Pleitos.— ¿Debo hablar en prosa o en verso, en forense o en vulgar?
Presidente.— Hable como debe hablarse aquí: de manera que todos lo entiendan.
Una voz, detrás del tribunal.— ¡Que se les dé doscientos latigazos!
Otra voz, ídem.— ¡Que se los saque montados en burros!
Otra voz, ídem.— ¡Que se les ponga hollín en la cara a los sinvergüenzas!
Otra voz, ídem.— ¡Que venga Reinoso para que se haga cargo de la autoridad!
Coro de voces.— ¡Que se llame a Reinoso! ¡Que se llame a Reinoso! ¡Que se llame a Reinoso!
Otro Coro.— ¡Abajo los gamonales!
Otra voz.— ¡Afuera los enemigos! ¡Afuera los enemigos!
Otro coro.— ¡Afuera los enemigos! ¡Afuera los enemigos! ¡Afuera los

enemigos!
Un coro.— ¡Guárdate del agua mansa!
Otro coro.— ¡Afuera los gamonales!
Otro coro.— ¡Hay que llamar a Reinoso! ¡Hay que llamar a Reinoso!
Otro grito.— ¡Montémoslos en un burro!...
(*Telón de cuadro, antes de tiempo.*)

10

«No hay que creer —prosiguió a esta altura el narrador— que la última parte de la obra estaba escrita como se representó. No, hermanitos. El diálogo fue cambiado al momento de ver a los gamonales frente a frente, sentados en su banca de tiras, recordando sin querer al pueblo lo que ellos representaban para nosotros. Don Vicente Muñoz no soñó con eso, él, que es tan partidario de las palabras suavecitas… El resultado ya se iba viendo. Cada frase era más dura que la anterior. En el segundo cuadro mismo, el apuntador se iba por un lado y el actor por otro. Y de don Vicente eran las angustias.»

«Zaruma es un tipo bastante borrascoso cuando está bebido, y tiene una vozarrón que atruena. De él fueron los primeros gritos de la barra. Estaba parado cerca del telón de boca, y de rato en rato era de los que, de puro comedido, ayudaba a subirlo o bajarlo, metiendo las manazas donde no había sido llamado, y hablando a gritos, y reprendiendo a los teloneros que desempeñaban su oficio por encargo expreso.»

«Las voces del coro lo acabaron de despertar de la borrachera, y le provocaron a gritar al propio tiempo que los actores. En esto lo siguieron inmediatamente las gentes que estaban abajo. Unos lo hacían por remedarle su voz gruesa; los más porque les pedía el cuerpo gritar contra los gamonales, pues la obrita no podía ser más provocativa, en mi concepto.»

«Y cuando una voz del coro gritó arriba, en el proscenio:»

«“¡Abajo los gamonales!”, esta frase se convirtió en un estribillo que repitieron cien pechos. No solamente era Zaruma y su barra. Ahora era un vozarrón que se extendía por toda la plaza, marcando una especie de compás. Después, se les pegó esa otra frase: “Guárdate del agua mansa”, que la repitieron infinidad de veces, pateando también a compás».

«Ustedes saben, hermanitos, que donde está Zaruma está su amigo Agustín Labanda. Verdad es que el herrero estaba casi bueno y sano de la cabeza, pero él también se puso irritado porque el teniente político, al principio del bochinche, poniéndose de pie, gritó: “¡Saquen a ese borracho de allí!”, refiriéndose a su inseparable amigo, y entonces avanzó al lado de éste, y sacando el pecho replicó, a voz de cuello: “¡Ven entonces a sacarlo, adulón!” Ahora tal vez ustedes, hermanitos, me dirán que cómo fue posible que los gamonales y el mismo político se hayan aguantado de semejante manera esas alusiones tan a boca de jarro que les hacían en la pantomima, cuando lo más acertado hubiera sido que se retiraran tan pronto como dejaron de estar a gusto en la función. Pero yo creo que les dio recelo de hacerle semejante desaire al pueblo; o bien que tuvieron miedo de salir en medio de tanta gente como la que los rodeaba; o bien que creyeron que debían hacerse los chanchos rengos y no darse por notificados; o todas esas razones a un tiempo, pero lo cierto es que aguantaron hasta la hora del tumulto, ya cuando la fiesta se convirtió en un desbande y en una verdadera persecución; y cuando quisieron retirarse, el pueblo ya no los dejó… y vino la del mismísimo diablo. La de lamentar, el mal, el terrible mal que nos cayó encima, como una fatalidad.

«Cuando el público asaltó el proscenio y se puso a gritar el estribillo que comenzó a decirse en el coro, los gamonales iniciaron el desbande, precedidos del cura, pero les fue imposible avanzar un solo paso. La gente se cerró a no dejarlos moverse, formando un cordón a su rededor, y gritándoles el estribillo en su cara. Entonces parece que el mosquimuerto de Joaquín Torres, que es medio brujo y curandero, se fue calladito donde Zaruma y le puso en la mano una botellita bien chiquita de cristal, del tamaño de una inyección de quinina, y le dijo, bajito:

“¡Reviéntala cerca de los gamonales!” El curtidor cogió la botellita y la lanzó por los aires, sin ningún disimulo, y la botellita cayó a los pies de los patrones. En seguida se produjo una pestilencia a huevos podridos que no se podía aguantar en ese lado. Los patrones se indignaron más todavía, y echaron unas palabrotas para que les permitieran salir. Pero nadie les hacía caso, porque en ese momento Zacarías Fierro, abriéndose difícilmente paso en el círculo que los rodeaba, avanzó hasta ellos, y les gritó: “Ustedes, pechugones, no salen de aquí sino cuando hayan prometido no volver nunca más. Este es el pueblo de Todo-Aguanta, pero ya hemos aguantado bastante.”

10

«“Y el que quiera irse sin nuestro consentimiento, aquí muere”. Y quedó allí, frente a ellos, viéndolos con esos ojos feroces que tiene Zacarías cuando está furioso».

«Todo esto ocurría casi al pie del proscenio, en el sitio mismo donde habían estado los gamonales, como invitados de honor. Y mientras ellos y el mismísimo cura estaban prácticamente presos en un cordón de hombres que no cedía una pulgada, doña Liberata Jiménez, bochinchera como siempre, y medio marimacho, se encaramó en el proscenio, rasgó una de las cortinas del telón que le quitaba la vista, y abrió los brazos pidiendo que hicieran silencio.

«Primero la recibieron con una pifia, pero todas las caras se volvieron hacia ella. Doña Liberata no hizo caso, y siguió haciendo señales de que callara el ruido. Cuando la gente se cansó de burlarse, comenzó la mujerona a decir:»

“—¡Ahora o nunca, muchachos! Deben oír la indicación de una mujer que se ha envejecido litigando en busca de la justicia. Yo soy esa mujer, y por la experiencia que tengo les diré a ustedes que están metidos en un lío judicial que no tiene trazas de acabarse nunca. Ustedes podrán decirme que confían en que él gobierno les haga justicia ordenando la expropiación de las haciendas que pertenecieron al pueblo de Yangana por razones de utilidad pública, y que esperan eso porque han recibido ofertas y tienen apoderados en Quito para que sostengan nuestro

derecho."

"Ustedes me dirán que el negocio que han propuesto al Congreso es excelente porque el Congreso va a dar a los hacendados por el valor de los terrenos que les expropia la mitad y quizá menos de lo que va a recibir de los comuneros de Yangana. Ustedes me dirán que el Congreso resolverá en favor de la mayoría, porque en un conflicto en que hay por una parte tres personas y por otra mil, es un deber estar al lado de éstas aun cuando se perjudique a las otras."

"Pero eso fuera así en el caso de que viviéramos en otro mundo. Como vivimos en éste, no será como ustedes creen."

"Si los que están en el Congreso empezaran a hacer lo que ustedes les piden, pronto ellos mismos no tendrían dónde caerse muertos, pues tuvieran que vomitar todo lo que han tragado. Tienen que defender los derechos de los gamonales, porque gamonales son también. Son de los mismos, y tienen que ayudarse entre sí. ¿Cuándo ha ido al gobierno un descamisado a defender a los demás descamisados? Cuando los gamonales lo permitan. Y ellos no son tan brutos para consentirlo nunca. Eso hay que pelearlo. Aquí, amigos, no tenemos más que dos caminos, según lo veo muy claro: o irnos del pueblo, dejando todo esto, montaña adentro, al oriente, en busca de tierras incultas para hacerlas nuestras, o tomar por la fuerza las tierras que nosotros sabemos que nos pertenecen y nos pertenecen. Yo creo, y lo digo a gritos, que si ahora, que tenemos en nuestras manos a los patrones, no aprovechamos la oportunidad, ésta no volverá a sernos favorable. Pienso que si ahora les prohibimos poner los pies en Yangana bajo pena de muerte, y después los vamos a encaminar hasta más allá del puente, y les hacemos comprender a qué se exponen si vuelven, ellos se convencerán al fin de que luchar contra un pueblo, contra un pueblo entero, contra un pueblo que está unido y firme, les resultará inútil, porque ellos son el cántaro y el pueblo es la piedra. Yo, como litigante que he sido y que soy, opino que debemos dejar de creer, como lo he dicho siempre, que todo nos va a venir arregladito de Quito, y arreglarlo nosotros mismos. Que por mal que salga, siempre estará mejor que lo que hagan los gamonales de Quito a

favor de los gamonales de aquí. ¿No saben ustedes el pleito en que me metí por una yegua?”

“Bueno: sí lo saben. Acuérdense de esto. Que no se vuelva a repetir. Y díganme qué prefieren, muchachos. ¿Recuperar las tierras que son nuestras, pase lo que pase, o irnos lejos de aquí, dejar nuestro pueblo, para buscar otras?”

—¡Quedarnos en lo que es nuestro! —gritaron unas voces.

—¡Que se larguen ellos!

—¡Que se guarden del agua mansa!

—¡Que se les dé una manteada de despedida!

—¡Que se los haga comer mierda!

—¡Que hable don Froilán Zapata! —gritaron por allí algunos, porque, como ustedes lo saben, en confianza, hermanitos, a don Froilán le encanta tomar la palabra, sobre todo cuando ha tomado copas… Y en esa vez don Froilán estaba bebido todavía.

—“¡Brindo por la concordia en estos momentos de alegría! —dijo—. ¡Brindo por la unión y la confraternidad que une a Yangana la irredenta! ¡Brindo, en fin, por la fraternidad universal. No debe haber aquí ni resentidos ni perjudicados! ¿Por qué enturbiar nuestro ánimo alegre? ¿No estábamos divirtiéndonos como acostumbramos hacerlo desde tiempo inmemorial, en nuestra fiesta sonada? ¡Que viva la concordia de todo el mundo. Que, viva la Liga de las Naciones!”

“—¡Que calle ese borracho idiota!” —exclamaron en alguna parte. Y unos cuantos brazos empuñaron al hombre y le obligaron a descender del proscenio.

“—Este tipo es pariente del doctor Zapata” —comentaron algunos.

“—Con razón se decía de él que está en contra de nosotros, y del lado de ellos.”

“—¿Pero no se dan cuenta de que está hecho tierra de borracho?”

“—El entenderá de sus fierritos y tornillitos. Pero de estas cosas… No estamos para concordias, ¡imbécil!”

«Lo dejaron nuevecito».

«En eso, sin que nadie le hubiera dicho esta boca es mía, resultó trepado en el proscenio un jumo que, desde que llegó a Yangana la antevíspera de la fiesta no había dejado de beber un solo día. Es el borrachito ese de las semillas, el tocayo tuyo, Joaquín. De apellido es Gordillo, si no recuerdo mal. Ese sujeto se nos pegó desde entonces, y no nos ha querido desamparar por nada de esta vida… ni por nada de la otra, según creo. Se las da de orador, y sobre todo, estaba tan bebido, que así hubiera dicho las peores burradas, no se hubiera curado de ello. Habló de esta manera»:

“—Ustedes pueden considerarme un advenedizo y negarse a escucharme diciendo que soy un intruso y que nadie me ha dado vela en este entierro. Ustedes pueden negarme el uso de la palabra manifestando que están aquí para ventilar asuntos que les conciernen solamente a ustedes y que no hace falta que un extraño se ocupe de problemas que él no conoce por serle ajenos, impidiendo más bien que quienes realmente los dominan, tengan la oportunidad de opinar sobre ellos… Pero no pueden dudar de la sinceridad de mis propósitos si les declaro terminantemente que en esta pugna entre los intereses de unos cuantos y los intereses sagrados de una gran mayoría, yo estoy incondicionalmente con ustedes, que son quienes representan esa mayoría. Para mí la situación más cómoda habría sido la de un espectador que oye a los unos, oye a los otros y no se compromete con ninguno. Pero voy a decirles una franqueza, y que conste que no trato de conmoverlos para ganarme el aprecio de ustedes, que por cierto para mis ojos vale mucho. Esa franqueza es la de que me han comprado con el porte que ustedes observan con la gente que, aun sea ocasionalmente y a la ventura, viene hacia ustedes en busca de hospitalidad transitoria. Tres días he permanecido aquí, nada más. Pero esos tres días que he pasado en Yangana me han bastado para aprender a quererla y respetarla. ¿Qué poseo? ¿Qué me pertenece a mí exclusivamente? ¿Qué podría dar?

Nada, desgraciadamente. Mejor dicho, tengo solamente una cosa: tengo mi destino, que por lástima, vale bien poco. No obstante: lo único que tengo que dar, lo doy al pueblo de Yangana. Desde este momento, el destino de este pueblo, que no dudo está jugando, o va a jugarse una carta decisiva, es mi destino. Sea ésta la oportunidad para ofrendarlo, públicamente. ¡Oh, Yangana: tu destino es mi destino! ¡Desde ahora, a Yangana pertenezco! ¡Su suerte comparto!"

"—¡Guargüero agradecido! "—gritaron esas gentes que de todo hacen cháchara. Y le alcanzaron un jarro de aguardiente, que el borrachito se tomó de un solo envión. Ya no pudo hablar más, y se lo apearon de un brazo de ahí encima. Y con el apodo de «Guargüero agradecido» lo dejaron. Ya para siempre.

"—¡Al grano, al grano!" —vociferaban algunos. En esto volvió Zacarías Fierro a la carga. Ya no podía contenerse.

"—Van a pasarse la noche en discursos" —comentaba furioso. "Y aquí es otra cosa lo que hay que hacer. Déjeme…"

«Y avanzó todavía unos pasos más, hasta ponerse cara a cara con los gamonales. Éstos estaban con miedo pánico, se notaba a la legua. Gurumendi estaba pálido como un papel, él que era tan coloradote. El doctor Zapata se había puesto cenizo y los labios le temblaban. Villaviciosa tenía el pelo parado. Así, hermanitos: el pelo parado y los bigotes erizos.

«El cura fue el más hombre de todos ellos. Parecía estar sereno, aun cuando le brincaba el un ojo de una manera muy especial. Resulta que así ha sabido pasarles a algunos cristianos cuando están bastante impresionados. ¿Se acuerdan de Juancito Vásquez, el que se orina en la cama?»

«Cuando está asustado, le da una como pataleta en el hombro derecho, y hace unas muecas solamente de ese lado de la cara. Bien: al cura le brincaba un ojo, y él, medio sonreído, se tapaba el párpado con la punta de los dedos, y pedía permiso al público para salir, y para que dejaran salir a los gamonales a quienes él protegía. Entonces Zacarías dijo al

curita; plantándosele de firme: “Con usted, tayta curita, nada tenemos pendiente. La cuenta es con estos facinerosos”. Y aquí vino un regateo, que ya mismito me hacía reír. Y fue así lo del regateo: Zacarías le decía al cura: “Déjemelos un ratito, tayta curita, uno por uno”. Y el cura: “No. Zacarías, la persona de ellos y la vida de ellos son para el pueblo sagradas”. “Un ratito no más, tayta curita: les doy un par le soplamocos a cada uno, y me quedo tranquilo, y nos vamos, nosotros a nuestras casas, ellos, a sus haciendas”. “No, Zacarías, detente; ¿qué locura vas a cometer?” “Pero vea, tayta curita: me los presta un momentito, no más. Usted reza un padrenuestro, y yo los golpeo. Al primer chocolate con un poco menos de sangre mala que les salga por la nariz, se los devuelvo, tayta curita, bien sanitos no más”. “Por última vez, Zacarías: detente” —porfió el cura…. Y entonces Zacarías, como loco, dio un empellón al cura, a quien hizo ladearse, y la gente hizo cancha, ensanchando el cordón, como para una pelea de gallos. Gurumendi, que difícilmente había estado conteniéndose retrocedió un paso y sacó el revólver. Y cuando sacó el arma, disparó seguido, seguidito, sin interrupción, hasta vaciar completamente el tambor. Y disparó al bulto: así era el miedo que tenía. Se oyeron unos gemidos, y por un lado oscuro alcanzó a divisarse una mujer que iba quejándose, doblada, tapándose la cara con ambas manos. “—Nada más que un sopapo, tayta curita—” seguía diciendo, como un demente, Zacarías Fierro, y así, siempre diciendo así, se lanzó sobre la mano de Ignacio Gurumendi. Más de diez hombres cayeron sobre éste…»

«Oímos clarito los clamores de un perro, herido por los tiros de Gurumendi quizá. Desde este rato toda la gente que estaba rodeando a los patrones pareció volverse loca. Todos querían golpear con algo el cuerpo de Gurumendi, que estaba ya en el suelo. Zacarías Fierro era el más porfiado:»

“—Déjenme a mí también un momentito —vociferaba, como un energúmeno—. Déjenme a mí también un momentito…” Y maltrataba el cuerpo todavía caliente de Gurumendi…

«Después yo he pensado con extrañeza por qué ahí mismo no intervine

enérgicamente para oponerme a las desgracias que entonces ocurrieron y no alcanzo a explicarme bien cómo fue eso. De lo que sí me doy cuenta es de que sentí una especie de adormecimiento de la voluntad, un desgano que antes no he tenido para que los demás hicieran lo que les pareciera. Ni más ni menos, hermanitos, que cuando uno está sesteando al pie de un árbol, después de una buena comida, y se da cuenta de que las moscas se pasean por los pies. Quisiera uno avanzar la mano y espantarlas, pero no pasa de ahí. Quisiera uno sacudir la pierna pero al mismo tiempo tiene una como cosquillita en la piel y una espantosa pereza para oponerse a que las moscas sigan haciendo de las suyas en el cuerpo. Y por último… para serles franco, no solamente sentí desgano para oponerme sino que un momento me dejé llevar por la embriaguez de la muchedumbre. Un momentito no más —como diría Zacarías. Y resulté, sin darme cuenta de cómo y a qué hora fue eso, con las manos pegajosas. No tenía ningún corte, ninguna herida. Hasta este rato no sé con seguridad de dónde salió esa sangre que tenía en las manos. Sangre de Gurumendi, tal vez. Inmediatamente volví a controlarme, a contenerme. Y quise subir al proscenio para gritarle a la gente que se contuviera, que no cometa esas estupideces, que la cuestión podía arreglarse sin sangre, pero ya en el pie sentía una como agradable cosquillita, igual que cuando uno está en la siesta y por él andan las moscas, y como tenía ya las manos pegajosas y manchadas, me abandoné a esa pereza que me cogió esa noche, sin duda por las copas del día y por el tremendo griterío de la gente. Me entraron también, hermanitos, los deseos de obedecer a esa gritería. —Que arranquemos el telón para hacer un desfile —pues a arrancar el telón. —Que apeemos las lámparas “Petromax” para encabezar el desfile —pues a apear las lámparas.»

«Que a conseguir hachones de bagazo para el acompañamiento —pues a traer brazadas de bagazo seco de las moliendas cercanas… “Usted pudo evitarlo” —me dijo el cura, ya después. Y entonces, hermanitos, yo sentí que el cura tenía razón, y sentí remordimiento… En confianza: a mí me pesa todo ello como si fuera uno de los principales culpables. ¿Por qué ocultarlo? ¿Y ocultárselo a ti, Joaquín, que has sido mi compañero de

> aventuras y mi mejor amigo? ¿Y ocultárselo a ti, Rosa Elvira, a quien he visto crecer en el barrio?»

La clara voz de Ocampo, a esta altura: voz límpida, honda, sonora, cálida, se enronqueció, se apagó, se quebró en la garganta. Pasaba su dueño muchas veces la diestra por el mentón, y a ratos parecía mesarse ligeramente la barba rizada. Ya no estaba en la hamaca. Rato hacía ya que ésta, abandonada por su ocupante, ofrecía el aspecto de una red de pescar a medias recogida. El narrador había retrocedido hacia la pared, y ahí, arrimado a ella, y con la cabeza gacha, decía todo esto, como si se tratara de un delincuente fuertemente acosado por un fiscal implacable. Se compuso, por fin, el pecho, arrastró su ronquera en un registro de voz que corrió largo, cuando largo era el impulso de su respiración, y el timbre se aclaró notablemente, en tanto las llamas del fogón, como en contraste violento, se hacían confusas, oscuras, cárdenas, vistiendo en una pátina de bronce cada vez más cobrizo, la abatida figura del narrador».

> «¿De qué me serviría ocultarlo, hermanitos? Tenía, sin saber bien cómo ni a qué hora, las manos manchadas de sangre. Cobarde había sido la manera de matar a Gurumendi… No fue digno de hombres eso. No lo fue. Verdad es que todo lo que se refiere al asalto de Gurumendi fue tan violento, tan inesperado, tan incontenible… que no dio tiempo para reflexionar. ¡Ah, si hubiera tenido yo tiempo de reflexionar!»

11

—La herida está fresca, churón —comentó Reinoso—. Te duele todavía. El tiempo tiene que ir cayendo sobre ella… suavizando tu amargura… Yo también veía revolcándose en el suelo al teniente político a quien dejé por muerto, en mis noches desveladas… Después, ese recuerdo me era un recuerdo punzante, pero también era un recuerdo amigo, familiar.

Y variando el tono, después de una breve pausa, dijo a Ocampo:

—¿No quieres darnos licencia un ratito, para acomodar en la cocina algo que está haciendo falta?

Ocampo volvió a tenderse en perezosa curva sobre la hamaca de Joaquín, no sin sonreír un tanto aplacado por lo que le pareciera bondadosa comprensión de sus oyentes.

Tiró un resuello ancho al acostarse, cruzó el un pie sobre el otro, con las piernas estiradas, interpuso las manos con los dedos alternativamente cruzados entre su cabeza y el tejido de la hamaca, y poniendo los ojos a la altura de los dedos de sus anchos pies descalzos, sintió un brusco deseo de silbar. Y silbó un aire, triste y alegre, movido y llorón, que le recordaba su época de campeón de box en el campamento minero de Curipamba, contemplándose atentamente en la noche mal iluminada, los pies envueltos en sombra a cuyas cosquillas producidas por el andar de las moscas en una tarde de siesta había aludido para explicar, hacía rato, su desgano para oponerse a que una voluntad multitudinaria consumara, bestialmente, una venganza. Así esperó, largo rato.

Los ajetreos en que se encontraban los esposos Reinoso parecían un poco misteriosos. Tramaban algo, sin duda.

Desde luego, una cosa era muy fácil de colegir: toda aquella conspiración tenía por único escenario la cocina antigua, de la cual salían resplandores que iban intensificándose paulatinamente. Las llamas brillaban con más decisión que cuando Ocampo dijera sus últimas palabras. Estaban afectadas por menor desgano que cuando él hablaba refiriéndose al suyo propio. Y como la fogata flameaba ya enérgicamente, bien podía cubrir los cuerpos humanos que cayeran bajo su coloración broncínea, y convertir una figura yacente en una estatua que se balanceara ligeramente.

No dejaba de intrigarle que, cuando los esposos, se restituían alternativamente a su sitio, no se despegaban los ojos el uno del otro, en una como mirada fija de complicidad. Complicidad que, por cierto, era alegre, tranquilizadora, comprensiva y confianzuda. No le miraban como a réprobo, sino como al antiguo amigo que era, a quien había que quitar de la cabeza unos cuantos pensamientos dolorosos, que los dueños de la casa también tuvieron una época, y que hubieron de derrotar en la más desesperante soledad. Algo tramaban a espaldas de su huésped. Había que aguardar.

Y a poco que aguardó, desde la cocina-teatro de las actividades sospechosas, comenzó a llegar a manera de traicionera delación un olorcillo apetitoso, que, no obstante la opresión que había caído sobre su pecho, le puso agua en la boca, excitada ya por la contracción de los labios y por el movimiento de la lengua y de los carrillos al silbar. Levantábase de la olla y llegaba hasta su cabeza echada hacia atrás una vaharada espesa, caliente, untuosa, que recordaba platos queridos de la cocina familiar. ¿Un caldo de gallina quizá? ¿Un guiso de carnes delicadas con verduras? El olor era sencillo, despojado de emanaciones que hubieran podido volver difícilmente identificables sus ingredientes, era familiar.

No tuvo que esperar muy largo para ver venir dos platos hechos de calabaza, llenos del puchero que tan escandalosamente había anunciado su presencia desde lejos.

El churón Ocampo recibió el suyo y lo sostuvo en la mano izquierda, manteniendo en equilibrio la horizontal del líquido caliente, y meneó la cuchara de palo en el caldo con la diestra. Buscó un sitio donde sentarse a firme, y lo halló junto a la pared opuesta a la entrada a la cocina, en un tocón bajo que ocupó dejando a su cuerpo en una posición que pareciera de cuclillas, por la altura a que le quedaba el pecho con relación a las dobladas rodillas. Al fondo de

la redonda calabaza encontrábanse sumergidas las presas, que eran pesadas y jugosas, al parecer. Empezó a soplar haciendo punta los labios en el caldo hirviente, con un prudente sorbo, a la boca. Las presas las dejaría para después, para cuando el nivel del caldo haya descendido poniéndolas a descubierto, la temperatura se haya enfriado y se haga fácil maniobrar con ellas sin riesgo de volcarse el líquido sobre las rodillas. Mas ocurrió que cuando el caldo había sido trasegado en cantidad suficiente, lo que quedó sobresaliendo a manera de islotes en su grasa superficie fueron… dos manecitas de apariencia humana, incontestablemente humana. Ocampo, no queriendo dar crédito entero a sus ojos, y sin quitarlos de encima del plato, al cual había vuelto de lado para dejar completamente en seco la parte sólida, avanzó hacia el tabique que les separaba de la cocina, para ver con mejor luz. ¡Sí! Eran unas manos de niño, no había duda. De siete años de edad quizá. Una de ellas, completamente extendida, se arrancaba en la muñeca, y tenía la palma vuelta hacia arriba, en ese clásico y doloroso ademán pordiosero de pedir. La otra, cerrada, hecha puño, se arrimaba contra la curva pared de la vasija, y guardaba la posición de una mano que estuviera en actitud de dar puñetazos con el borde inferior, manteniendo el pulgar hacia arriba. ¡Esa palma abierta! Las líneas de los quirománticos corrían en esas palmas cocinadas. El dedo pulgar seguía oponiéndose, póstumamente, a los demás. El índice y el medio estaban medio erguidos. El meñique se doblaba un poco… «Bien hubieran podido ser las manos de mi Juanito» pensó con horror y un estremecimiento. Tan cavernosa y conmovida fue la voz que le salió del pecho al hablar que los esposos, que estudiaban, silenciosamente, el curso de su expresión facial, por la cual habían visto cruzar, mudos, los sentimientos más desconcertantes de miedo, ferocidad, asco, odio y ternura, se pusieron graves y como avergonzados, cuando esa voz alterada horriblemente preguntó:

—Pero maldición, ¿qué significa esto?

Comprendiendo que no era posible seguir la broma adelante, que venía en momentos de excitación nerviosa poco propicios para juegos, le confesaron a boca de jarro, y sin sombra de burla:

—Carne de mono, churón. Ésta es la carne que más se nos facilita comer aquí. Ya irás aprendiendo a comerla…

—Y te diré —añadió la mujer de Reinoso—, que las manos del mono son el mejor bocado… Sobre todo con sal… con esa sal que ustedes han venido

trayendo, y que nosotros no habíamos probado en la comida hace ya tanto tiempo…

Ocampo, que se sintió en una situación bastante desairada por haberse dejado sorprender tan infantilmente, creyó del caso mostrar a sus anfitriones que era una persona resuelta y «botada a todo», como decía siempre él de sí mismo. Y haciendo, no por cierto de tripas corazón, sino de corazón tripas, empuñó las dos manos del mono y poniéndoles las palmas juntas, como en actitud de orar o aplaudir, empezó o comérselas, alternativamente, por el envés.

12

«El cura sí había resultado todo un hombre —insinuó, como con indiferencia Ocampo, acurrucado todavía, con la cara sobre las rodillas, en el bajo taburete de tronco de árbol que le sirviera de asiento para su comida sorpresiva, y aflojándose la correa de la cintura—. Todo un hombre, hermanitos, porque conservó su presencia de ánimo… y se acordó al mismo tiempo de que era cura. Cuando cayó Gurumendi, él pegó un grito muy fuerte, y abriendo los brazos y enseñando el pecho, dijo: “Apunten aquí, peguen aquí”…

«“Con usted, tayta curita, no hay nada” —le contestaron los asaltantes —. “Entonces, a respetar a mis huéspedes, majaderos” —gritó—. “Háganlo por mí”. El cura salió ileso, y consiguió, con el auxilio de algunos de nosotros, sacar vivos a Villaviciosa y al doctor Zapata, éste último, con una oreja regularmente rebanada. —“Son mis huéspedes”— no se cansaba de decirnos. Y luego se ofreció valerosamente para llevar los sacramentos a los heridos que habían caído en la plaza, e ir a donde fuere necesario. ¡Agua para los heridos! Y también mueras a los potentados. El doctor Zapata y el señor Villaviciosa, quedaron alojados en el convento, y el cura, al abandonarlos, recomendó a la multitud que respetara el derecho de hospitalidad, que el pueblo de Yangana, desde tiempo inmemorial, lo había siempre reconocido. Y, asegurando bien las puertas, se encaminó de seguida con los auxilios religiosos del caso, y precedido de una lámpara de petróleo gasificado, que llevaba un hijito del indio Benito Alulima, en busca de los heridos. Los que iban con él lo

seguían ya mansitos, como borreguitos: no parecían ser los mismos que, unos momentos antes, eran capaces de comerse a los patrones a dentellada limpia. Viendo el desfile de los devotos por la plaza, y al cura con sus vestiduras doradas, daban deseos de no creer que hubiera acabado de pasar la desgracia que lamentaríamos tanto, ni que iríamos a tomar parte en los acontecimientos terribles que vinieron después… El escenario donde se representó a medias la pantomima esa donde los actores hicieron de las suyas sacando frases injuriosas contra los gamonales de su propia cabeza, estaba a oscuras y con él telón rojo medio desgarrado. Más adelante verán, hermanitos, esto del telón colorado a qué calumnia dio lugar, para nuestra mayor desgracia».

«La gente, que ustedes saben, hermanitos, que es en Yangana tan novelera, como que es gente ociosa, y esto me lo perdonen, en confianza, andaba alborotadísima, haciendo grandes grupos, en la plaza. Las cantinas habían cerrado por lo pronto, sin duda temerosos sus dueños de que el zafarrancho siga adelante. Donde había una fogata se hacía un corro, que comentaba lo que había pasado reciencito. Y algunos de los más compadecidos se aprestaban a recoger el cadáver del finado Ignacio Gurumendi de la plaza donde quedara abandonado por unos momentos (porque vuelvo a repetirles que todo esto ocurrió en menos de lo que se reza un padrenuestro, por más que me haya demorado en contarlo), cuando, al mismo tiempo, ocurrieron en la plaza dos cosas que yo, después, viéndolo con más calma y detenimiento, encuentro que contribuyeron a empeorar la situación. La una fue la bola que empezó a correr de que la peonada del finado Ignacio Gurumendi había ido a armarse, y que venía a atacar la población; y la segunda, que entre los muertos y heridos que ocasionó el revolver loco de Gurumendi estaba agonizando Panchita Amancay, la sobrina de Fosforito López…»

—Pero nada me has dicho, hermano Ocampo, del malvado del teniente político —interrumpiólo Joaquín bruscamente, encarándose con el narrador—. Y el fin de ese maldito me interesa saber.

Ocampo diole satisfacción inmediata, bien que un poco oscuramente:

—Machetes fino hubo esa noche, Joaquín… Y el permiso que el facineroso

tenía había expirado justito…

Y con un gesto que expresaba con más elocuencia que las palabras lo que pretendía decir el hombre, hizo al odiado enemigo de Yangana en general y de Reinoso en particular, pasar a la otra vida. Tras una pausa, añadió todavía, a guisa de comentario:

> «—Profundo corte, vieras, hermano. Como haber hundido un machete en un zapallo tierno…»

> «Pero les venía contando, hermanitos, que empezó a correr la bola de que un pelotón de peones armados venía de la hacienda de Gurumendi a cebarse en el pueblo… y eso oyó Angelote Maridueña».

> «Y otra vez la gente volvió a concentrarse frente al proscenio, a oír a Maridueña, y lo que es peor, a creer a Maridueña. El pipón estaba todavía en la mano el garrote con las vejigas de res. Habló como sabe hablar él: con grandes ademanes, con grandes gritos, agachándose, adelantándose, retrocediendo, abriendo las piernas, empinándose, bailando como si lo hubieran picado las avispas y haciendo tronar a cada rato las vejigas contra el piso. Dijo que sí… que venían los peones perfectamente armados, en número de cincuenta por lo menos, y encabezados por el mayordomo; que sí… que estaban enardecidos porque antes de salir de la casa de hacienda el mayordomo, que era un longo bastante malo de los "pupos" de Ibarra, les había dado a beber aguardiente con pólvora; que sí… que ya los habían oído galopar en el callejón de la casa de la Virgen del Higuerón, y que mascaban espuma de la ira; que sí… que un hijo del cholo Mayta los había visto él personalmente, caracoleando y sofrenando los caballos en ese mismo callejón, del lado de la plazuela por donde se entra a la finca de don Eliseo Aliaga; que sí… que un sobrinito del loco Matías Pitarque casi había sido atropellado por el pelotón de hombres armados, y que los vio que recibían instrucciones para atacar al pueblo entrando en la plaza por los cuatro costados; que sí… que traían la intención de incendiar a la población y para eso venían con algunas latas de querosín en sus monturas… Entonces Carlos Botado, que siempre ha llamado a Angelote Maridueña “bolsa de mentiras” pidió que le permitieran a él

hacer una propuesta, y dijo lo siguiente»:

—No creo mucho en lo que nos está diciendo Maridueña, que aun cuando es mi buen amigo, más amigo es de abultar las cosas. Creo que no hay peligro porque nosotros tenemos en el convento a Zapata y a Villaviciosa y saben que si pretendieran atacarnos nosotros nos desquitaríamos con sus patrones. Tampoco van a atreverse por el hecho de ser muy inferiores en número a nosotros. Soy del parecer que los pongamos a los potentados bajo la vigilancia directa de una guardia, porque bien pudiera ocurrir que se escaparan y vayan en efecto a soliviantar a los peones para tomar contra nosotros alguna represalia.

«Maridueña se creció entonces hasta parecer un energúmeno. Y con una seguridad desconcertante, manoteó, puso a Dios por testigo y a la memoria de su madre, jurando que él en persona había visto a los patrones y al cura tomar por las huertas y potreros que quedan detrás del convento, saltar una tapias e irse enderezando, huertas adentro, con dirección a las respectivas casas de hacienda. Y calculó que, en habiendo ido en línea recta, cruzando los potreros y las huertas, los fugitivos habían tenido ya tiempo para estar de regreso al frente de la peonada, de dos gendarmes que se escurrieron cuando comenzó la batahola y del guarda del estanco de aguardientes… Todavía Carlitos Botado, que es amigo de la positiva, se resistió a dejarse convencer, y pidió que se mandara una comisión al convento para ver qué fin tenían los gamonales, y que esa comisión, dejando unos hombres allí, regrese a informar. La comisión volvió en seguida, llena de ansiedad: en el convento todo estaba en silencio; no había nadie. ¿Lo ven ustedes? —vociferó Angelote Maridueña, ya con la razón que le daban los hechos —, ¿No les dije que estábamos cercados?

«Entonces los hombres, poseídos de miedo, y de furia, y comprendiendo que la actitud del cura bien podía ser de traición, se pusieron a buscar de casa en casa al cura y a los patrones, como si fueran agujas, para torcerles el pescuezo, lo mismo que a los gendarmes y al guarda del estanco, que suponían se habían quedado en la población para darles informes secretos a los peones que preparaban el asalto, aguardando en

> la plazoleta donde los viera el cholito Mayta. Y otra vez la gente se dio a beber, para mantener los ánimos decididos a lo que sobrevenga, como se decía en esa noche».

> «Muchas cosas se han dicho después en contra mía, inculpándome de mi actitud en tales trances. Frente a frente me han encarado diciéndome que nada hice para contener los desmanes de la gente, que bien pudieron ser frenados a tiempo. Pero lo mismo podían decir de don Vicente, y de don Vicente nada dijeron… El caso es que yo estaba, primero, bebiendo desde hacía fecha. Nada: ustedes, hermanitos, saben, en confianza, que yo tengo derrepente mis novenitas, y yo, como buen devoto, estaba siguiendo una… Y, segundo, estaba, caliente. Pero lo que se llama caliente, pues no faltó quienes charlotearon como unos bocones miserables que yo, por haber ayudado al cura en rescatar a los otros dos gamonales, después de lo que el pueblo se comió a Gurumendi, me había vendido a ellos, y estaba secretamente a su favor. Por último, a mí nadie me pidió en esa noche opinión. Claro: un borracho que bebe siete, ocho días seguidos, no merece ser consultado, ni hay para qué tomarlo en cuenta».

—Pero tal como he visto las cosas, hermano churón, no parece que la gente siga creyendo eso que tú dices —replicóle, sonriendo, Reinoso, que había visto hasta dónde, en la jornada última, Ocampo era el jefe supremo de la marcha y del acampamento. Llamóle la atención el tono de cólera que dejaban traslucir sus palabras orgullosas. Aún no le pasaba el rencor de que, desde el primer momento del conflicto, no se hubieren fijado en él y depositado en su mando el futuro de la población. ¿Y qué más? —preguntó Reinoso, incitándole a proseguir.

> «Lo de Fosforito López fue así: Comenzó el hombre a acercarse al sitio donde había un grupo en torno de un herido, cuando éstos todavía estaban en la plaza. Así, como él es: medio serio, medio sonreído, con su cara llena de costurones. Traía un hachón de bagazo en la mano, y parecía más bien estar feliz. En la otra sujetaba un haz de bagazo seco para alimentar el fuego de su antorcha. Recién entonces se estuvo dando cuenta, de sorpresa, de que una de las personas que habían caído en el tiroteo de Gurumendi era su sobrina Panchita, a quien él quería tanto y

había ayudado a criar. Cuando llegó con su hachón en la mano, Panchita acababa de morir. Recién boqueó la Panchita —le informaron. Fosforito se arrodilló en el suelo, delante del cadáver de la muchacha, y mojándose la mano en el agua que había ahí en una calabaza, le puso con los dedos unas gotas en los labios. No le vio herida alguna, al principio. Después, advirtió, acercando un tanto el hachón a la cara de la difunta, que ésta tenía una pequeña lastimadura en el borde del labio superior. Nada más. La bala había entrado por la boca. Fosforito López se levantó de ahí muy despacito, enderezando primero la una pierna, después de un rato, la otra, y le rogó a un vecino que tuviera la calabaza bien defendida para que el agua no se llenara de polvo, y que no deje de verterle, de rato en rato, gotitas de agua en la boca de la muerta. "Tal vez todavía tenga sed la pobrecita", sospechó, y se fue, dejando a su sobrina, siempre con su hachón en la mano, y con una cara horrible, hacia el cañaveral de la hacienda de Gurumendi que quedaba detrás de la población. Algunas personas lo habían ido siguiendo. El se fue en línea recta, y a vista y ciencia de todo el mundo, prendió fuego con su hachón a dos cuarteles de caña que tenía Gurumendi del lado de allá de la acequia; y luego siguió adelante, por el filo de la acequia, aguas arriba, hasta dar con la casa del finado, y allí lanzó el hachón al techo».

«Como la casa de hacienda del patrón Gurumendi era la que quedaba más cerca del pueblo, a poco, desde la plaza, alcanzó a verse una gran fogata también por ese lado. Después se supo que Fosforito, con otro hachón, y seguido de muchas gentes que aullaban como fieras, y gritaban "Viva Yangana libre, abajo los gamonales", había pasado a la hacienda del doctor Zapata y después a la de Villaviciosa, y quemado las casas y, ya para volverse, los cañaverales, defendiéndose ellos de la llama con la acequia, por en medio de la cual regresaron al pueblo, tiznados, mojados, enfurecidos».

«No podía ser de otra manera. Fosforito, como ustedes saben, es perseguido por las llamas, y él había ido por ahí».

«De la plaza se oía bramar la candela. El incendio en los cuarteles de caña duró como dos horas, y no pasó al pueblo gracias a la acequia que

corre detrás del convento. Que si no, esa misma noche hubiera Yangana quedado reducida a pavesas. A pavesas. Como quedó después… ya para venirnos… cuando empecé yo a mandar…»

«Los peones armados de los potentados nunca llegaron. ¡No podía ser que llegaran! El cura y los patrones que se escaparon del convento, poniendo a salvo prudentemente sus vidas, habían emprendido esa misma noche su fuga a la ciudad. Y los cuatro cadáveres que dejó antes de morir Gurumendi, y el de Gurumendi también, fueron llevados a la iglesia, y allí comenzaron a velarlos, hasta el día siguiente. Este traslado lo hicieron mamá Justa acompañada de algunos devotos comedidos, que se pasaron la noche rezando en voz alta en la iglesia, y pidiendo perdón por los pecados que había cometido la población de Yangana con motivo de la fiesta del Señor del Buen Suceso».

«La pantomima del bueno de don Vicente se terminó así… con sangre, bala, lágrimas y llamas. Mientras duraba el incendio, hermanitos, se me olvidaba de contarles que la campana nuevecita no cesó un solo rato de plegariar como un huérfano enloquecido. Por la mañana, había sonado por primera vez, anunciando una fiesta. Y nosotros habíamos tenido una alegría, una gran alegría. La última alegría de Yangana, hermanitos».

«Oíamos los rezos en la iglesia… y aún no amanecía».

«Todavía era noche cerrada, había ardido horas y horas el cañaveral de los patrones que da sobre la acequia… y aún no amanecía. ¡Qué larga nos pareció esa noche! ¡Qué triste!»

«De la mañana a la noche, así, como suena: de la mañana a la noche, el destino, o lo que sea, nos había hecho desgraciados. En la mañana teníamos las manos limpias. En la noche, estábamos ya con las manos manchadas. Cuatro cadáveres, y el de Gurumendi, y el del político… Y esto en Yangana, donde había paz, y nos queríamos los unos a los otros…»

Ocampo dobló la cabeza, como atormentado, restregándose las barbadas mejillas con verdadera desesperación. «Parecía que no iba a amanecer nunca» —repetía, como estribillo.

Reinoso se levantó de su asiento, avanzó hasta él, y le puso, pesadamente, la mano en el hombro:

—Bien lejos queda todo eso, ¿verdad? —le dijo, y señaló vagamente la tierra remota de la cual se habían desarraigado—. Bien lejos… por allá… queda lo que fue Yangana.

Bien lejos… Aquí, como recién haber nacido… Lo pasado… pasado.

Diole unas cuantas palmadas. Cambió de tono, en esa forma que tan agradable resultaba de oír. Porque Joaquín era inconsciente maestro de las transiciones de voz. En una forma ligera y alegre, y dándole un ligero empelloncito en el hombro al abatido narrador, pidió permiso para salir.

—Voy a achicar bomba —dijo, y desapareció.

Ocampo pareció volver de su ceñuda pesadilla, alzó a ver, se encontró a solas con Rosa Elvira, y hallándose frente a frente, quedáronse mirando de hito en hito.

13

Cuando Ocampo se puso de pie delante de ella, en esa noche, saludándola, había sido muy grande y agradable la impresión que recibió la mujer. Antigua había sido su amistad, y pura y desinteresada. Se habían querido bien, como dos parientes afectuosos y sinceros que confiaran recíprocamente el uno en el otro. Se tuteaban. Y cuando los dos fueron solteros, hasta se habían hecho confidencias. Por cierto, ella nunca dejó de considerarlo, desde que él se casó, como un sacrificado, pues el matrimonio con la que ahora era su esposa le pareció un verdadero desastre. Él, su excelente amigo Ocampo, merecía otra mujer.

Aquí estaba él. No porque Joaquín fuera celoso y porque ella fuera casada y solamente a su marido pertenecía, dejaba de ser legítima la alegría que le produjera su insospechado encuentro, ni tenía por qué ser menguado y receloso el abrazo que se dieran. Pero el churón Ocampo, había templado un tanto la entusiasta y alegre disposición de ella, y tendídole, lento y circunspecto, su mano ruda.

Lo midió, desde su asiento, de pies a cabeza. Aquí estaba el churón Ocampo en persona, y muy largo había hablado acerca de lo que fuera Yangana. Alegrías y amarguras contara el recién venido. ¿Qué tiempo no se habían visto?

¿Qué edad tendría ya él? ¿Cuarenta años ya? Tal vez.

Desde luego, él era mucho mayor que ella. La había tenido sobre las rodillas. Y según se lo había dicho, conocióla cuando andaba todavía con el pañal pegado a la rabadilla y la seguían las moscas. No era lo que pudiera llamarse un hermoso tipo de varón. Le faltaba quizá tener los hombros un poco más altos, y no en ese

sentido de «hombros de botella champanera» en que le arrancaban desde el cuello, por otra parte, vigoroso y ancho. La cara del hombre tenía el grave defecto de estar seriamente picoteada de viruela.

Hacia la nariz especialmente habían arreciado las cicatrices.

Al sonreír no mostraba una dentadura sana. Carecía de dos dientes, y en otro, la caries, ancha y próspera, le había teñido por dentro el esmalte con una gota de plomo. La mirada de su amiga gustaba detenerse en ese cuello fornido, porque era hermoso y viril. Su vigorosa musculatura, que permitía sobresalir rotundamente a la manzana, daba a los movimientos de su cabeza una elasticidad enérgica. Cuando regresaba a ver lo hacía con un ademán resuelto y rápido.

Lo que lo salvaba, pensaba ella, no era eso, desde luego: eran sus ojos, su frente, sus cabellos, su barba. Los ojos, medianos tenían una fuerza excepcional y toda una considerable gama expresiva. Eran muy vivos, brillantes, duros. Y se clavaban de frente, recios como dos saetas, sin desprenderse una línea del interlocutor. Provocaban en él un involuntario deseo de seguir clavado en esos ojos, la mirada frente a la mirada, sumisamente. La frente era ancha y poderosa. Abombada, blanca y pura. La viruela la había respetado. Muy regular, enmarcábase entre las borrascosa línea de las cejas casi juntas y el dibujo trapezoidal que formaba el nacimiento del pelo crespo y espeso. Los labios eran gruesos y rosados, y se dejaba la barba, que era bella y se partía en dos, dando a su dueño un cierto aspecto selvático que las mujeres encontraban sumamente interesante. Era fosca su apariencia, pero cuando sonreía, quitándose el sombrero, rebosaba atractivo su figura y aquella su sonrisa de dientes incompletos.

Y luego su voz… esa voz que era melódica, sonora, de inflexiones lentas, que obedecía dócilmente al hombre cuando éste trataba de reflejar sus sentimientos, era de las que quedan resonando porfiadamente en el oído, y producen, lo sabía ella, un deseo de repasar algunas de las frases que él pronunció, como se trata de remedar una melodía que gustara después de haberse oído una canción.

El mismo quizá gustaba de oírse, porque en sus conversaciones no olvidaba de reforzar los últimos párrafos con oraciones que repetía, una vez tras otra, como tratando de dejar bien apuntalado lo anterior para seguir adelante…

Por lo demás, encontraba que Ocampo no había echado vientre a pesar del

tiempo transcurrido. Era casi delgado de cintura. Y al mismo tiempo, la rara característica de serle posible, indistintamente, andar muy bien o descalzo o calzado. Por lo menos, él lo hacía como nadie. Porque lo que hace a los otros, o bien solamente descalzos o solamente calzados. Cuando se ponían zapatos andaban lastimosamente ridículos, si no tenían costumbre. Y los que dejaron los zapatos, no hallaban la manera de meterse a andar, pongamos por caso, sobre una pampa de alfalfa recién cortada, por un camino llovido, o por un sendero medianamente pedregoso siquiera. Más aún: ni siquiera podían cruzar la quebradita con los zapatos al hombro.

Preferían caminar con las niñas de los ojos a caminar con los pies descalzos. No así Ocampo: igual seguridad y dignidad tenía su andar en el un caso como en el otro.

Las manos con que se había ayudado a evocar ciertos retazos de la historia de los últimos sucesos de Yangana, eran grandes, carnudas, anchas, cubiertas de vellos en el dorso y sobre las falanges. Venas anchas corrían, bajo el abundante follaje capilar, de la muñeca a los nudillos. Los dedos pulgares estaban deformados por un grueso callo, que se insertaba cerca del punto de unión del pulgar con el índice. En contraste con las manos grandes y las muñecas anchas y huesudas, el pie era más bien breve y muy arqueado. Era característica su manera de andar, con el talón del pie izquierdo un poco torcido hacia su tobillo externo. Por todo ello quizá, las líneas de las piernas no se fundían cuando estaba parado con los pies juntos: esa misma pierna izquierda sufría una ligera estevadura.

…No era formal en sus compromisos, y siempre había trampeado a alguien, recordaba también la mujer de su amigo. El padre de ella, por ejemplo, no daba un pucho de tabaco por su palabra. Pretendían sus vecinos que no eran sobrado claras sus operaciones mercantiles, ni sus negocios de cambalache con gentes de la ciudad. Gustaba de cambiar caballos y de trabajar por obra en la realización de labores difíciles y aventuradas. Ulpiano Arévalo, el ex soldado en la guerra de Concha de Esmeraldas, le profesaba una fe ciega. Estimábalo como un hombre valiente y lleno de iniciativas en la mitad del peligro. Era éste el único mérito que no se le había regateado jamás. Su moral creíanla eso sí un poco nebulosa. Se trataba de un sujeto amigo de quedar mal en los negocios, que no siempre brillaban por su limpieza, generoso hasta el punto de ser capaz de robar para

poder dar lo que tenía, caprichoso y ensimismado, demasiado convencido de su propio valer e incapaz de perdonar el que alguien lo considerara figura secundaria en las decisiones de Yangana; que se casara mal, habiendo podido aspirar a una muchacha mejor. Pero que, llevado con habilidad y tomándolo en cuenta preferentemente, era el primero en cualquier actividad en que se emprendiera en su pueblo. Si de una cuota se trataba, era el primero; si de una semana de trabajo, era el primero; si de la suscripción de una solicitud, era el primero. Ofrecía sus escasos bienes y su no exigua persona. «Un poquito abusivo también es…» se decía asimismo de él.

Sabía también de eso de leer y escribir y de echar números y cálculos. Le era posible, si a mano venía, hasta redactar él mismo un memorándum para las autoridades o una solicitud de las de cajón. Pero, ella lo recordaba bien, su amigo prefería dictar a un amanuense que no escribir dé su propio puño. Daba entonces pasos ágiles, volvía hacia el escribiente su cabeza con un movimiento enérgico, y casi gritaba los períodos, por mucho que anteriormente hubiera estado hablando o conversando en voz baja. Le gustaba oír la frase que había dicho. Y le gustaba no solamente oírse, sino oírla, en la lectura que verificaba el escribiente. Para Ocampo no habían sino frases que le sonaban bien o frases que le sonaban mal, ignorando las razones que pudiera tener para preferir una construcción a otra. Cuando la fiase estaba sonándole mal a sus oídos, aun cuando alguna vez quienes le acompañaban abogaran por la salvación de la misma, se abalanzaba como una fiera sobre la hoja escrita, le asentaba la palma extendida, y, bien abierta sobre la superficie de la hoja, cerraba la mano. Abría después el puño en ademán casi majestuoso, dejando caer una bolita arrugada en el suelo. Y a comenzar otra vez, fraseando lentamente, como si fuera a entonar una canción…

Y allí estaba ella, su antigua amiga y lejana admiradora, mirándole en los ojos. Poco había variado Rosa Elvira, la verdad. Le pareció a él encontrarla un tanto más ancha, que no en vano, desde la última vez que la viera, a esta parte, había ya un hijo de por medio. Le hallaba un cierto aire de cansancio, pues las comisuras de su bella boca, que era curvada, de dibujo muy cuidado y regular, caían levemente con un gesto que antes esos labios firmes y sonrientes no tenían. La piel según la viera a la luz de la tarde no había perdido nada de su limpidez ni de su tersura, advirtiéndose solamente un no despreciable cambio en el color,

mejor dicho, en el tono del pigmento que vivía bajo la satinada transparencia de esa piel, y que a Ocampo parecíale que podía atribuirse a la alimentación incompleta y difícil que habían podido procurarse en un lugar solitario tan hostil, sobre todo, en los primeros meses. «Esta gente se ha estado mucho tiempo sin comer con sal», pensaba él, y se sentía dispuesto a explicar toda variación en el aspecto de los esposos Reinoso por tan decisiva circunstancia. Pero encontraba que había desaparecido el misterio de esos ojos de Rosa Elvira, su antigua amiga y lejana admiradora, que eran un tanto oblicuos, que estaban adornados por una sombra muy plácida de pestañas curvadas; que tenían más arriba la protección del arco perfecto de las cejas, y que no miraban sino soslayadamente. Ahora ya se instalaban frente a frente de los de él, ya miraban en línea recta, y eran mansas sus miradas. La sombra que caía sobre ellos, sombra formada por las pestañas alabeadas, por los arcos supercialiares sobresalientes en contraste con la profundidad a que quedaban con respecto a los pómulos, no era inquietante sino que los moderaba el brillo y atenuaba su oblicuidad antes tan agresiva. Y los hoyuelos de sus mejillas parecían ser, con la antes vigorosa línea del busto, la ofrenda que la joven madre había hecho a su hijo, para quien sonreía con inmensa dulzura y permitía que presiones y chupetones fueran derribando la peraltada posición de los senos. No estaba más alta, y él pareció apuntar, con una leve sonrisa y sólo mentalmente, que aquella regla de que las mujeres crecen hasta el tercero había fallado. Bueno… calculó él… es que, viéndolo bien, ella ya no era precisamente una muchachita cuando se casara… En su estatura baja, quedábale aún su cuerpo admirablemente proporcionado, evidenciado tras la tosquedad de su ropa hecha pedazos. Las piernas desnudas eran las mismas con que se viniera: carnudas, torneadas, firmes, muy rectas y con unos talones altos y finos, que al andar le impartían una cierta apariencia ágil de potranca. Sí, no había duda: la mujer de Joaquín Reinoso bien valía un sacrificio, pensó.

¡Y cómo había variado convirtiéndose en pacífica vecindad todo su fuerte atractivo! Seguía siendo interesante, interesantísima; seguía teniendo la misma conversación reposada y cantarina, llena de reflexiones profundas, que a veces desconcertaban a los varones, pero ahora su continente, su manera de poner las manos tranquilamente sobre las rodillas, el modo de enfocar la mirada de sus ojos levemente oblicuos, el tono con el cual hablaba de su hijo, la profunda simpatía humana con que sabía oír, sin el más leve asomo de ironía en la

expresión, y al mismo tiempo esos labios casi marchitos por no confesados sufrimientos y privaciones, habíanla vuelto propicio receptáculo para la confidencia. Esto lo sentía Ocampo con una intuición que era casi un mandato. Provocaba hacerla depositaría de secretos sacramentales, consejera de voluntades ante las más difíciles situaciones, confesora de almas necesitadas de aliviar el peso de sus padecimientos, paño de lágrimas ante otras personas más duras aun cuando más próximas a uno no vertidas… Tenía Rosa Elvira, esta Rosa Elvira Torres de Reinoso que vino a encontrar en Palanda, en su choza solitaria, el sereno aspecto de una madre jovencita, sabia, reflexiva y discreta, capaz aún de amar, y por lo mismo, ampliamente dispuesta a comprender las penas, las alegrías, las luchas, las vacilaciones, los pecados de los otros.

Joaquín, que entretanto, según su propio decir, había ido a «achicar bomba», dejaba oír el sonido de un chorro que caía desde lo alto sobre el follaje que prosperaba tras de la casa, y tarareaba, como acompañamiento al sonido de las hojas golpeadas que oscilaban con el baño y volvían a dejar elevarse en él, una alegre y despreocupada canción.

Algo como el deseo de hacer una frase sobre la fuerza viril de ese chorro, promisorio de cabales deleites para la mujer de su propietario, tuvo Ocampo al oír la música de las hojas. Pero la aludida le miraba de frente, tan sin suspicacia, blandamente, tan cordial y puramente, que ahogó la frase en el pensamiento, con la seguridad de que poco faltó para que se le escapara una torpeza que no tenían por qué escuchar esos oídos que tan bien dispuestos estaban para atender la confesión ansiosa, el problema humano indisoluble, la pena aguda o la balbuciente confidencia.

Joaquín, abotonándose todavía, transpuso el umbral. Y recuperó su posición, en espera de que Ocampo reanudara su relato.

> «El manco Franco, a quien le decían “Manco-Franco-Potranco-Blanco-Barranco-Estanco-Cojitranco”, no supo nunca don Baltasar Zárate por qué vino con tanto atraso de la ciudad, a donde lo habían mandado con una piara de bestias para traer algunos géneros que pensaba tendrían buena venta en la fiesta. El Manco-Franco-Potranco, sobre lo principal, vino con la embajada de que las cargas que debían entregarle en la ciudad estaban cuando él llegó todavía en camino, que por eso se vio forzado a poner a potreraje las bestias de la piara, en una finca de los

alrededores de la ciudad; que tuvo después dificultades porque uno de los animales se había saltado un cerco bajito e ido a comerse la chacra de un cholo, y que éste, afecto al litigio judicial, en vez de contraerse personalmente con el Manco-Franco-Potranco, etc., fue a la ciudad arrendando la bestia y la depositó en la Intendencia de Policía, donde nuestro arriero tuvo grandes dificultades hasta poder comprobar que estaba a su cargo y que venía desde Yangana. Entretanto, los días pasaban, y el hombre podía envejecerse sentado en las losas de mosaico de la casa de gobierno en espera de ablandar el ánimo del señor Intendente, sin que éste cediera ni el tanto de una uñita. "Lo que usted, buen hombre, tiene que hacer, es dejarse de estar calentando el cemento, y buscar dos testigos que lo conozcan y que abonen su conducta». Por desgracia, el manquito no es de los que tienen cara de santo, por esa maldita maña de ver de reojo y de reírse como que se está burlando en la cara de uno, y por eso el Intendente creyó de buenas a primeras qué se las había con un grandísimo bribón, y hasta había querido meterlo en chirona por unos pocos días, gritándole que de él no se burlaba nadie, menos un chazo infeliz y malvado. Cuando al fin pudo rescatar su mulita, la fiesta hacía fecha ya que pasara, y solamente entonces salía para Yangana con la recua de bestias trasijadísimas pero bien cargadas. Con él venían Basilio Cuenca, el sobrino de ña Manuela, muchacho muy voluntario, y el vetosito ese de Nicolás Juela, que es un demonio para la pata. Ellos, a piecito, el Manco Franco-Potranco, a mula, en la que casi se queda en poder de la Intendencia. Les cogió la noche en el primer día de camino, antes de llegar al tambo. Cuando estuvieron cerca de éste, notaron que la chocita estaba bien iluminada, y que adentro había gente, y que afuera, en el corredor, manoteaba un regular tropel de caballos. El manquito hizo adelantar al vetoso Nico Juela para que le diera viendo bien lo que es, para según eso llegar o no con confianza a pedir posada.

«Lo que el vetoso Nicolás Juela vio era cosa que le llamó mucho la atención: el guarda del estanco y los gendarmes, con sus fusiles al hombro y con las piernas del pantalón cubiertas de lodo, tomaban una chicha, cada uno a pico de botella, sentados en una banqueta. Más adentro, el doctor Zapata estaba acostado en las tablas sobre un poncho,

con la cabeza amarrada, con el sombrero puesto entre la frente y la cabecera, y con un pañuelo ensangrentado que le rodeaba la mandíbula y subía por las orejas. Pedía, desde su posición, aguardiente bien fuerte y un pedazo de algodón para curarse la herida… Y el viejo Villaviciosa, con una cara de cursiento, aguardaba, ansiosamente, a que el dueño del tambo les preparara algo para comer, pues, según oyó decir el vetoso Nicolás Juela, por el camino apenas habían probado bocado. El manquito Franco, con esa noticia, quiso él mismo pescar algo, y avanzó despacito, y oyó lo que los gendarmes y el guarda contaban al tambero. Les parecía terrible lo que acababan de oír, pero no se atrevieron a pre sentarse en el tambo, sino que, aprovechándose de la oscuridad, siguieron su camino, para acampar una hora más adelante.»

«Ésos fueron, hermanitos, los primeros datos que conocieron los arrieros que volvían de la ciudad. Ese encuentro tuvo su importancia, como lo van a ver. El manquito, que no tiene un pelo de tonto (ya verán ustedes que se le han caído todos los que tenía), pensó más adelante que bien podía avanzar con su piara cansada en la sola compañía de Basilio, que era el más forzudo de sus dos ayudantes, y hacer regresar al vetosito Nicolás para que les fuera siguiendo la pata a los fugitivos y husmeara en la ciudad lo que iban a decir, lo que podía pasar en contra de Yangana.»

«El manquito sabía que en otra ocasión, cuando el faltamiento al teniente político, de la ciudad salió la comisión armada que estuvo meses enteros en Yangana para «imponer disciplina en un pueblo de salvajes», por orden del gobierno. Le dio unos reales a Nicolás para que se estuviera merodeando por los corrillos, para que hiciere guardia en las boticas y para que leyere en las pizarras del periódico las noticias más destacadas de la semana. Con todo eso, pensaba el manquito, según nos lo contaba después, quitarle la rabia a don Baltasar Zárate, que era muy justo que se encuentre furioso por semejante tardanza, y echarles el muerto a los comerciantes de la ciudad, que no lo habían despachado pronto con las mercadería. Ya sabía entonces de antemano lo que diría don Baltasar Zárate:»

«—Estos condenados comerciantes ecuatorianos, excepción hecha de mí, son unos grandes ladrones … La culpa la tuve yo, que en vez de ir a traer los artículos directamente de Guayaquil, me valí de estos revendones de acá… Los comerciantes en Alemania no son así… Pobre país el nuestro, en manos de banqueros y de comerciantes despóticos que compran al crédito, sin medio en el bolsillo…; y que, refunfuñando y salvando al arriero de toda culpa, le abonaría hasta su último centavo, porque él también había sido arriero, y de los mejores. El caso es que el manquito lo hizo mucho mejor de lo que pensaba, pues al día siguiente de su llegada a Yangana, donde fue recibido con verdadera ansiedad, cayó, medio muerto de cansancio, el vetosito Nicolás Juela, llenecito de noticias; pero lo que se llama llenecito de noticias. Así: llenecito de noticias. ¡Y qué noticias!»

«En primer lugar nos hizo saber cómo se había dado modos a ir siguiéndoles la pata a los potentados y gendarmes armados, sin ser visto. Se metía por el monte que queda a los lados del camino, y se deslizaba como si fuera una víbora, y procurando verlos y oírlos, escondiéndose tras las cercas y los árboles. Donde ellos se apeaban, él aguardaba también. Si lo llegaban a descubrir, él sabía que arriesgaba mucho, pues los gendarmes y el guarda lo conocían perfectamente. Pero pudo no despegarse un rato de los viajeros durante su último día de camino, y llegar prácticamente con ellos a la ciudad, a boca de oración. De la hacienda “Los Eucaliptos”, que queda a dos horas de la ciudad, el doctor Zapata habló ya en el teléfono que tiene la hacienda, con la gobernación, haciéndole saber lo ocurrido, y pidiendo que manden a encontrar a los perseguidos por los salvajes de Yangana. Habló bastantito por teléfono, a eso de las cuatro y media de la tarde sería. Salió de allí y volvió a montar, visiblemente aliviado. Cuando llegaron a la ciudad, mucha gente fue a esperarlos en el puente, y cayeron preguntas tras preguntas sobre los fugitivos. Allí es lo que el vetosito Nicolás Juela se acabó de enterar de cosas gravísimas.»

«Por la noche, se estacionó en la botica del doctor Ventanas a oír lo que decían los caballeros de la ciudad, y en resumen de lo que ellos dijeron

llegó a saber: que el gobernador había conferenciado con el ministro de gobierno de la capital, comunicándole lo ocurrido. "Había un caballero —nos contaba el vetosito— que parecía pariente de los gamonales, porque estaba en todo a favor de ellos. Era un señor con bastón y una leva bien larga y unos bigotazos. Ese les decía a los otros que el gobernador le había dicho a el que toda medida de rigor que se tome en contra de Yangana estaba muy bien porque ése es un pueblo irreductible, y que tenía un historial (¿historial dijo?) de malos antecedentes".

«Dijo ese mismo caballero una cosa que a mí, que soy ignorante, me ardió —nos seguía contando el vetosito Nicolás Juela—: que así como hay individuos criminales, que han nacido para ser malos y que son naturalmente mal inclinados, así también hay pueblos que son criminales de nacimiento y que a esos pueblos es necesario moderarlos a fuerza de sangre y de rigor. Por ejemplo, dijo ese caballero: el pueblo de Yangana. Ése es un pueblo criminal. El boticario —nos contó el vetosito— no parecía ni agua ni pescado, porque dio a entender que la gente que él conocía de Yangana no le parecía mala gente: son buenos clientes míos, les dijo. Tengo especialmente uno, un tal Torres, que me consume mucha quinina. Pero había también otro caballero, frentón, con los dientes amarillos, que se pasaba tirando de la cadenita de un reloj que tenía en el chaleco, que se echaba a cada rato el sombrero para atrás y no podía estarse quieto un rato, y que en todo les llevaba la contra, y que parecía burlarse de ellos. Ése les decía que el gobernador le parecía un estúpido, que los que juzgaban a Yangana como un pueblo criminal eran también unos estúpidos, y que si el gobierno ordenaba reprimir brutalmente la furia justísima de un pueblo enseñado antes a ser libre al cual traten los gamonales de convertir en un rebaño, era también un estúpido, y él sí, el gobierno, criminal. Después contó Nicolás Juela, todavía medio muerto de cansancio, que a eso de las diez de la noche, cuando cerraron la botica y él se hubo tomado el décimo vaso de agua gaseosa que allí preparaban, se fue, eructando y con la barriga completamente llena de aire, a buscar la posada en uno de los corredores de Santo Domingo, cuando vio un grupo de curiosos parados frente a una cantina muy bien iluminada, en la cual había un aparato de radio subido en un mostrador,

que daba noticias a grito pelado. Oyó entonces, con verdadero terror, que ese exagerado aparato decía que por informes recogidos en los altos círculos de gobierno se sabía que había estallado una revolución de carácter comunista en uno de los más prósperos poblados de la provincia de Loja, y que el gobernador de la provincia había recibido instrucciones para sofocar inexorablemente ese brote de criminales doctrinas exóticas. También decía ese mismo aparato que el jefe de la zona militar había recibido instrucciones en el sentido de cooperar con el gobernador a extinguir el golpe sedicioso con el auxilio no solamente de la policía, sino con la intervención de la fuerza militar. Y cuando el aparato ése dejó de hablar y se puso a cantar, Nico Juela se fue a dormir, pero no pudo dormir. Al día siguiente, de mañanita, fue a ver la pizarra del periódico, y vio que anunciaba una edición extraordinaria para las diez del día, con sensacionales noticias sobre el crimen colectivo de Yangana. Compró dos sucres de ese mismo número del periódico, y comprendiendo que no había tiempo que perder, el vetosito, corriendo a pie día y noche, volvió a Yangana, casi pisándole los talones al t Manco Franco-Potranco. En el camino había encontrado a muchos mercachifles de los que fueron a la fiesta, que regresaban a la ciudad, despavoridos. De ninguno de ellos el vetosito Juela quiso dejarse ver. Ser de Yangana, en esos trances, era muy peligroso.»

«Nadie podría decir que nos alarmamos sin motivo —remarcó Ocampo, después de un corto silencio, en el cual, probablemente, se repetía mentalmente las últimas palabras de su frase—. Nadie se atrevería a decirlo. La amenaza que venía sobre nosotros era terrible. La prueba está… en este periódico, hermanitos… —Y diciendo así se enderezó, metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, y sacó un pliego de papel impreso maltratado y hecho numerosos dobleces—, Aquí está la prueba —repitió una vez más, entregándolo primero a Joaquín y luego a su mujer, a quien Je rogó que leyera los artículos de la primera plana en voz alta, para lo cual él mismo se ofrecía a traer encendido el mechero del cual le había hablado en la mañana Joaquín.»

A la luz del mechero, en el que ardía una fibra vegetal sumergida en grasa de

palmera enana, Rosa Elvira, que era efectivamente quien leía mejor de los tres, comenzó a hacerlo en voz alta. Los dos hombres, el esposo y el amigo de ambos, escuchaban. Ocampo, con un gesto en la cara propio de quien sabe de memoria lo que se está diciendo, Reinoso, con ese aire de ávida curiosidad que había mantenido durante casi toda la relación del recién llegado. Y sin fumar, porque el pertrecho de tabaco se había agotado por lo pronto, y no había tienda en la esquina para mandar a comprarlo; y sin beber, porque la ración de chicha de jora, calculada solamente para los dos esposos, se terminó por el imprevisto consumo de un huésped a quien jamás soñaron en recibir.

Lo que Rosa Elvira leyó decía así:

> «Sangrientos sucesos ocurridos en Yangana.— El día de la fiesta, los moradores de esa parroquia han pretendido masacrar a los hacendados del lugar. — Intervención del cura Arrau ha salvado a dos de ellos de una muerte segura.— El teniente político y el malogrado joven Ignacio Gurumendi, salvajemente asesinados. —El doctor Zapata, gravemente herido, nos concede una entrevista. —Numerosas victimas. — El gobierno está resuelto a reprimir criminales desmanes con mano de hierro. —Comisión punitiva saldrá inmediatamente para reducir facinerosos. —Gobernador de la provincia atribuye carácter comunista al sanguinario suceso. —Yangana, y su negro historial. —Noticias de Quito. —
>
> Las extraordinarias personas que acaban de llegar de Yangana, a donde las había llevado la fama de su fiesta anual del Señor del Buen Suceso, han traído una relación espeluznante sobre los trágicos sucesos acaecidos en esa lejana población ele nuestra provincia, en la noche misma de la sonada festividad. En el afán de servir a los lectores de este periódico, tan pronto como fuimos informados en la oficina de la gobernación de que uno de los sobrevivientes avanzaba a la ciudad gravemente herido, salvándose de una muerte segura, destacamos a uno de nuestros diligentes reporteros, el cual incluso se entrevistó con el doctor Zapata y obtuvo de él la información que publicamos en la página cuarta, con el carácter de exclusiva. Habiendo confrontado las distintas versiones del horrible suceso, traídas por los demás fugitivos, estamos

en condiciones de resumir la verdad de los hechos en la forma siguiente:

Antecedentes.— El día veinte del mes de agosto de cada año se celebra desde tiempo inmemorial la fiesta religiosa del Señor del Buen Suceso, que atrae numerosos devotos de distintos lugares de la provincia y aun a mercaderes ambulantes de la vecina república del Perú. Además de la festividad exclusivamente religiosa, la población se convierte con este pretexto en centro de un activo intercambio comercial, que dura normalmente unos cuatro o cinco días.

En el presente año, la fiesta prometía estar particularmente interesante por cuanto los moradores de la población, a la cual no podría regatearse un cierto afán progresista, se preparaban para estrenar una campana y festejar su bautizo con una ceremonia solemne muy sonada. Y atrajo, en consecuencia, a personas que en otras circunstancias se habrían abstenido de concurrir a esa población, de acceso por otra parte tan difícil, por su carencia casi absoluta de vías de comunicación. El caso es que, entre los asistentes a la feria de Yangana, se encontraban los acaudalados propietarios Ignacio Gurumendi, joven de raros merecimientos, vinculado a esta provincia por lazos de sangre, que cursara brillantemente sus estudios en la capital de la República; el doctor Zapata, buen amigo de nuestra casa, y el señor Villaviciosa, propietarios los tres de haciendas que se encuentran situadas en las inmediaciones de la población de Yangana, y que concurrieron, confiadamente, a presenciar las diversiones populares, tan pintorescas y espontáneas como suelen sellas de las poblaciones rurales de esta provincia.

Aclaración que se impone.— Hay un detalle muy significativo que no podemos pasar por alto: las relaciones entre Yangana y los propietarios a quienes nos hemos referido se encontraban tirantes, por un hecho del cual hemos informado oportunamente a nuestros lectores. Queremos referirnos al encarnizado litigio librado ante el Ministerio de Previsión Social y el Congreso por los moradores de esa población y los nombrados terratenientes, alrededor de la expropiación de los terrenos que constituyen sus haciendas, que los pobladores de Yangana sostienen

que les pertenecieron, pero que venían solicitando se les restituyera previo pago de su valor, a juicio de peritos. En este litigio la tenaz oposición de parte de los propietarios tantas veces mencionados ha venido hasta aquí dificultando la solución del problema. Sin banderizarnos en esta agria discusión, diremos eso sí que acaso los terrenos de la población resultan en cierto modo estrechos para satisfacer las necesidades de expansión de la fecunda comarca. Por lo que llevamos expuesto, aparece claro que existía ya una pugna entre los hacendados y el pueblo de Yangana, y que tal vez fue una imprudencia de parte de los primeros concurrir a una fiesta en la cual los ánimos del populacho suelen exaltarse bajo el influjo de la diversión y del alcohol, exponiéndose así a los desmanes de las turbas irresponsables, tan difíciles de controlar.

Otro dato revelador.— No quedaría completa nuestra información si fuéramos a prescindir de ciertos antecedentes y pormenores que hablan del pasado de la aldea que ha sido teatro de los vergonzosos sucesos que luego narraremos; antecedentes que nos permiten calificar hasta de temeraria la actitud ele los propietarios al concurrir a la fiesta de Yangana. Pues bien debieron ellos saber que, hace unos dos años, más o menos, esa misma población se levantó contra la autoridad, pretextando que ésta había cometido ciertos abusos contra sus subordinados, y le infirió un bestial maltrato, que al infortunado teniente político por poco le produjo la muerte. Se salvó milagrosamente, a pesar de la repugnante profanación que hicieron de su cuerpo, porque, como recordarán asimismo nuestros lectores, le introdujeron, con el ánimo de matarlo, por la cavidad posterior, grandes velas esteáricas. Varios días se debatió el infortunado entre la vida y la muerte, y hubo de ser conducido a esta ciudad, donde por fin pudieron contenerle la hemorragia. ¿No era de temer, nos preguntamos nosotros, que una plebe capaz de cometer semejantes desmanes, tratara de repetirlos con los honorables propietarios que arriesgaban, en ese estado de ánimo, a mezclarse con chusma de tal calaña? Desde luego, dicho sea en honor de la verdad, por los datos que hemos recogido en fuentes insospechables, en esta ocasión no intentaron con ninguno de los atacados hacerlos víctimas de la

profanación nefanda de las grandes velas esteáricas.

Una chusma repugnantemente ebria.— A pretexto de la ceremonia del estreno y bautizo de la campana, que lo verificó el virtuoso cura Arrau, cuyo comportamiento en esta ocasión le ha granjeado la admiración de todos, por su valentía cristiana y caridad apostólica, la mayor parte de los moradores de Yangana, sin distinción de sexos ni edad, se dedicó a embriagarse con grandes cantidades de aguardiente, chicha y guarapo, del cual se habían provisto haciendo caso omiso de las prohibiciones emanadas por el estanco de aguardientes, que tiene la consigna de impedir terminantemente la producción y venta de bebidas fermentadas. Por la noche, una muchedumbre borracha y proclive, a todos los excesos, se congregó en la plaza, a presenciar la acostumbrada velada y representación dramática que, como una venerable tradición española, se conserva en los pueblos de nuestra provincia, para conmemorar sus festividades. Parece que, en vez de la comedia de estilo, el grupo de actores, que estaba borracho, o por lo menos, con los humos del alcohol bebido al medio día, se puso a representar una farsa satírica en contra de los hacendados, a quienes zaherían y ridiculizaban, mediante el insulto, el apodo y la alusión personal. El padre espiritual de este engendro dramático nos han asegurado que es un buen amigo de esta casa, y hemos creído del caso reservarnos su nombre hasta no documentarnos mejor sobre tal circunstancia, resistiéndonos a creer en la insólita especie, por conocer sobradamente a ese amigo nuestro. De esta forma dramática surgió el ataque de obra, el tumulto; el populacho, coreando los gritos en que prorrumpieron los actores contra los honorables propietarios que venimos nombrando, se abalanzó sobre éstos, trabándose una lucha desigual en la cual el joven Ignacio Gurumendi, defendiéndose heroicamente con su revólver, vendió cara su vida; el doctor Zapata resultó con una oreja casi totalmente seccionada y numerosos cardenales; el señor Villaviciosa, con una luxación del tobillo y el brazo izquierdo severamente magullado, habiendo sido ultimado a machetazos el teniente político de la parroquia, que dicho sea de paso, fuera el mismo a quien anteriormente hicieron objeto del bárbaro atentado que acabábamos de recordar a nuestros lectores. Por cierto que

de parte del populacho también ha habido algunos muertos y heridos, ignorándose con precisión su número y la gravedad de las lesiones de los últimos.

El heroísmo del cura Arrau. — El héroe de esta trágica jornada, ha sido el curita Arrau, a quien hemos aludido ya.

Su serenidad ante el peligro, su valor para afrontar las situaciones más desesperadas, su presencia de ánimo delante de la muchedumbre ebria de alcohol y de sangre que los cercaba enloquecida, tratando de cortarles la retirada junto al proscenio donde se estaba representando la farsa contra los propietarios, determinaron el que hubieran podido salvar sus vidas las demás víctimas del ataque, entre las cuales estaban también dos gendarmes de la policía nacional que habían sido destacados para que mantuvieran el orden, y el guarda del estanco de aguardientes. El cura Arrau, una vez que hubo conseguido ponerlos a salvo en el convento, les facilitó la fuga y él mismo, después de administrar los últimos sacramentos a los heridos, y de poner a salvo los ornamentos religiosos que quedan en la iglesia, se incorporó a los fugitivos.

Lo que nos dijo anoche el Gobernador.— Encontramos al señor Gobernador en su propio despacho, no obstante tratarse de una hora avanzada. Estuvo muy amable, autorizándonos para revelar al público los informes siguientes:

«Estoy seguro —nos dijo, más o menos, el señor Gobernador— que el horrible crimen de Yangana tiene raigambre comunista, pues tengo datos ciertos de que, una vez consumada la masacre, la masa procedió a desfilar por la plaza y principales calles de la población portando una bandera roja. Esto lo sé de fuente fidedigna. También iban echando mueras a los terratenientes y vivas a Yangana libre. Después, avanzaron sobre los cañaverales de propiedad de las haciendas vecinas, y los incendiaron, como incendiaron también las casas de hacienda. Esto es comunismo incendiario, ni más ni menos, y un ataque a la propiedad de la peor especie. Sería una ceguera imperdonable no encontrar una estrecha relación entre los últimos sucesos de la capital, de la población del Milagro, el asesinato de los guardas en Sanagüin, con los hechos

delictuosos que lamentamos. Aquí el ataque a la propiedad insisto en que ha revestido caracteres de extremada gravedad. La autoridad que represento, en guarda de la seguridad de las vidas y haciendas que le está confiada, se ha dirigido de urgencia al Ministerio de Gobierno, y conseguido conferenciar telegráficamente con el propio señor Presidente. Puedo a usted y a su periódico afirmarles que se han impartido ya las órdenes indispensables para ahogar en embrión este criminal brote de las morbosas doctrinas exóticas, y que la fuerza pública irá a reprimir los desmanes de Yangana antes de que el caos se agudice y trate de constituir un funesto precedente en el resto de los pueblos de nuestra provincia. Un juez de instrucción irá a levantar la causa criminal correspondiente, y con el encargo de proceder inexorablemente contra los culpables. Finalmente, la fuerza que será despachada dentro de esta misma semana, sin pérdida de tiempo, lleva la consigna de proceder con mano de hierro y sin contemplaciones. El Ecuador necesita paz, y ésta hay que asentarla cueste lo que cueste. Y con Yangana tenemos ya un precedente». Y aquí el señor Gobernador volvió a recordarnos algo de la primera insurrección contra el finado teniente político, de la cual hemos hablado ya in extenso a nuestros lectores. Nos retiramos del despacho de tan acucioso funcionario, agradeciéndole la atención que nos había dispensado y momentos después tuvo él mismo la amabilidad de llamar por teléfono a nuestra redacción para comunicarnos que había recibido un telegrama de la Jefatura de Zona que le participaba tener instrucciones para cooperar con él en la cacería de los criminales, mediante la coordinación directa entre la autoridad civil y la militar, poniendo a disposición del gobernador dos compañías de infantería debidamente equipadas, por pronta providencia.

Como otro semanario local ha recogido también ciertos datos en torno a este bullado cuanto sangriento suceso, prevenimos al público que es la nuestra la versión que más se aproxima a los hechos, como puede constatar, una vez más, el lector al confrontar la interesantísima entrevista que, con el carácter de exclusiva, nos ha concedido, desde su lecho de dolor, el doctor Zapata, uno de los protagonistas de los trágicos hechos motivo de esta información. El público puede encontrarla en la

página cuatro, segunda columna.

Ofrecemos tener a nuestros lectores al tanto de los sucesos, lanzando, si fuere necesario, ediciones extraordinarias, en el curso de la semana. Léanse nuestras pizarras.

Última hora. — Acabamos de recibir de nuestro corresponsal en Quito el siguiente telegrama: «Quito, agosto 28»

(De Oliva). — Las ediciones matinales de hoy traen amplia y sensacional información sobre el motín sangriento de carácter comunista que ha estallado en la provincia de Loja.

El Gobierno, justamente alarmado por la extensión del morbo revolucionario que lleva camino de propagarse incluso en los rincones más alejados de la. República, se prepara a solicitar del Consejo de Estado las facultades extraordinarias. El Gobierno está recibiendo numerosas adhesiones, en apoyo de su política de sofocar inexorablemente la revuelta de la provincia de Loja buena parte de la cual parece, al tenor de las informaciones llegadas hasta esta capital, estar en manos de los facciosos. En muchos puntos, según afirman estos mismos informes, todos ellos de origen insospechable, flamea la bandera roja comunista, y se tiene noticia que las hordas revolucionarias despedazaron el tricolor nacional. La Jefatura de Zona correspondiente ha recibido órdenes de movilizar fuerzas hacia los lugares amagados. La noticia se ha propagado a los cuatro vientos, y fue dada anoche por las broadcastings norteamericanas.

Existe en esta capital gran expectación por conocer el desarrollo de los sucesos. — Atto. — Corresponsal".

Última hora.— (De nuestro corresponsal Oliva). — Gobierno acaba obtener extraordinarias por sesenta días. Batallón «Andinos 27» y piquete caballería movilízase grandes jornadas provincia revuelta. Comunicaré mayores detalles.

(Visado por la censura). — Corresponsal.

EDITORIAL

En otra sección de este semanario damos cuenta detallada, con el carácter de primicia informativa para nuestros lectores, de los trágicos sucesos que han ensangrentado la población de Yangana y arrojado una ominosa mancha sobre su ya accidentada historia. Al suministrar la crónica de tales sucesos, lo hacemos embargados por un sentimiento de sincero pesar para las víctimas que cayeron en el desaforado motín, y llenos de lástima para los incautos que se lanzaron, instigados por maquinaciones abominables, en una loca y criminal aventura, en la cual está comprometido el presente y el porvenir de un pueblo entero. Cumplimos al mismo tiempo con nuestro deber de periodistas, al denunciar a la opinión pública los motivos y móviles que inspiraron en hora malhadada la perpetración de los oprobiosos hechos que lamentamos.

Son nuevamente las doctrinas políticas exóticas, con sus simientes de odio y violencia, propagadas por elementos de los más bajos instintos, que obedecen a oscuras consignas extranjeras, las responsables de este tremendo crimen colectivo. Asombra constatar que ni siquiera los más apartados rincones del mundo se escapan de su morbo. En la presente ocasión ha hecho su agosto de sangre en una población que, por su aislamiento, por su incomunicación, era de confiarse que estaría lejos de la funesta influencia de tales doctrinas. Ya no es solamente la urbe, ya no es solamente la fábrica o la mina el sitio que escogen para la propaganda artera. No satisfechas con sembrar su semilla rencorosa en las ciudades, avanzan por los medios rurales también; y el resultado es, para el sufrido país ecuatoriano, que hoy estalla una revuelta de indios en cualquiera de los fundos de las provincias del norte, que ha de ahogarse en sangre; que mañana es una horda de forajidos la que descuartiza a los guardas del estanco de aguardientes en la provincia del Azuay; luego es un motín que siega vidas sin tasa, en las calles de un poblado rural, hasta llegar a culminar en la ráfaga delincuente que incendia las casas de los propietarios de la tierra y asuela con el fuego los grandes cañaverales, y clava el puñal del asesino en el pecho y la espalda de quienes, trabajando sin cesar por la prosperidad de su terruño, han levantado con el fruto de sus labores, una fortuna para sus hijos, hecha a costa de grandes

esfuerzos y sacrificios. Y es de esta manera cómo vivimos, bajo la amenaza constante, bajo el temor siempre creciente, bajo el peligro velado de armas que se afilan en la sombra, para sembrar el caos, la desolación y la ruina conque sueñan ciertos visionarios enfermos de la gran pesadilla roja, y cómo se minan así las bases mismas de la convivencia pacífica y fecunda sin la cual todo progreso social es imposible y toda iniciativa de alcance colectivo resulta vano empeño.

Digna de mejor suerte ha sido esta población de Yangana, sobre la cual pesa, con el estigma de un crimen colectivo, la amenaza de una inexorable punición, de acuerdo con las instrucciones que el gobierno provincial tiene de los altos Poderes Públicos. Siempre se había distinguido por su entusiasta afán de mejoramiento y por su unida decisión en conseguirlo. Pero desde hace poco tiempo a esta parte, mal camino empezaron a señalarle, con fines proditorios, los sicarios del terror político a que hemos venido aludiendo.

Porfiadamente solicitó ser convertida en parroquia, y obtuvo al fin su propósito, al cual este periódico, convencido del servicio que hacía, prestó decididamente su colaboración. El resultado de la obra nefasta de los agitadores se dejó sentir manifiestamente: la misma población, que en un movimiento unánime, pidiera ser parroquia, arrojó a su propio teniente político en una forma ignominiosa, infiriéndole una injuria a la persona humana de carácter verdaderamente asqueroso y abominable. Y ahora, que estaba quizá próximo el pueblo de Yangana a ganar legalmente una partida y obtener, con el asentimiento y autorización del Gobierno, la adjudicación de los extensos terrenos que circundaban al poblado, en vez de esperar jugarse la última partida, se lanza por el camino del crimen y se pone de este modo, colectivamente, fuera de la ley, haciéndose merecedor de la suerte que va a caberle en la presión que la fuerza pública habrá de emprender contra los amotinados, en la cual, dada la violencia de los acontecimientos, es probable que habrá numerosas víctimas más, hasta que quede restablecido el orden que la rebelión ha subvertido tan salvajemente.

Lamentamos una vez más, y de un modo profundo, lo que acaba de

suceder, como lamentamos también tener que vernos obligados, por el imperio de las circunstancias supremas que atraviesa la provincia, a dar nuestra aprobación a las medidas de fuerza que el gobierno seccional, con la colaboración de las autoridades militares de zona, se apresta a tomar para sofocar la revuelta de Yangana, restableciendo el tricolor nacional donde ahora flamea la roja enseña ensangrentada, el orden donde está enseñoreada la anarquía, la paz donde el delito es la consigna; restándonos solamente a nosotros pedir, en nombre de la opinión pública, de la cual somos representantes, la persecución y castigo ejemplar de los cabecillas de la infame y ya tristemente famosa masacre del día 20, que tan profundamente ha conmovido a la familia ecuatoriana y llevado el luto y la desolación a respetables hogares de esta ciudad".

—Como tú ves, Joaquín —acotó Ocampo—, también tienes una partecita en el periódico. También tienes una partecita, amigo Joaquín, el de las grandes velas esteáricas.

Y al pronunciar estas dos últimos palabras, lo hizo fraseando tan lenta y sonoramente, y con tanta intención, que Joaquín, medio amoscado, le preguntó:

—Oye, churón, ¿qué quiere decir velas esteáricas?

—Ocampo se quedó un rato vacilando, y se limitó a opinar:

—Hombre, debe de querer decir tal vez velas hechas expresamente para usarlas como calilla. ¿No te parece, mujer?

Pero Rosa Elvira, con el periódico sobre las rodillas, no supo qué contestar.

—Este periódico nos sacó el juicio, hermanitos —dijo Ocampo, soplando la llama del mechero, que olía mal, y sumiendo al cuarto en una pasajera oscuridad, de la cual los ojos de ellos, a poco, comenzaron a ir extrayendo las cosas, y, desde el principio, las respectivas caras circunstantes. La lumbre, débil y rojiza ahora, venía de la puerta que daba a la cocina—. Este periódico fue, hermanitos, el que nos hizo perder el juicio. Nunca creo que se haya leído más veces un pedazo de papel. Ni un chico de mala memoria cuando tiene la amenaza de los látigos si no sabe la lección al dedillo habrá repasado como nosotros este periódico.

«Cuando ya casi nos lo sabíamos al pie de la letra, clamamos por una reunión, y en esa reunión, que fue en la plaza de Yangana, volvió a leerse el periódico. No era necesario ser un sabio para entender el peligro en que estábamos.

«Sacamos en limpio que venía la tropa para darnos bala; que el mismísimo Gobierno de Quito, que nunca nos había hecho caso para darnos nada de lo que pedíamos, mandaba que nos hirieran comer plomo; que en la ciudad nadie nos trataba de defender; y que teníamos una bandera colorada, en vez de la bandera nacional; y que éramos comunistas.

«Decirles que nos entró una gran canillera es poco decir. El miedo fue creciendo. Miedo, mucho miedo había. Y eso era porque recordaba la gente lo mal que nos fue cuando el gobierno mandó a pacificar Yangana, después de lo del teniente político con cierta persona a quien no quiero nombrar … La memoria de los latigazos que aguantaron los más hombrecitos estaba fresca. Si eso pasó cuando las cosas fueron relativamente pequeñas, ¿qué pasaría ahora, que francamente, habíamos hecho la de los diablos? Pero yo tengo mi experiencia, hermanitos, y por eso sabía que por grande que sea en un momento dado el miedo, la misma gente empieza, sólita, a perderlo. Y así fue también en esta vez. Me acuerdo que fue ya de tarde, bien de tarde, lo que, un día martes, comenzó a volverle el ánimo a la población.

«Fue después de que los principales de Yangana habían discutido no sé cuántas horas, en medio de la mayor ruindad y cobardía, que las almas se regresaron a los cuerpos, y por fin se oyó propuestas decentes. Yo me las pasaba calladito, oyendo lo que los demás decían, pero sin tomar parte en esas conversaciones que más bien me disgustaban. Estaba, como dije ya, un poco ardido con don Vicente y con otros de allí, y pocas ganas me quedaban para meter el pico en sus comadreos estúpidos. Pero como a eso de las cinco sería más o menos, lo que por fin pudo oírse un parecer muy racionalito. La propuesta era así: que según lo decía el periódico, la justicia iba para Yangana con el encargo de perseguir y reducir a los cabecillas de la rebelión y el incendio, y que

la población, para salvarse, convenía que determinara cuáles eran esos cabecillas, con el fin de entregarlos a la justicia. Y que podía entonces escogerse de entre los habitantes de Yangana, por sorteo o de cualquier otra manera, los nombres de tres o cuatro, para que aparezcan como culpables y libren así a toda la parroquia de padecer la represión que la fuerza armada iba a ejercer. Esta propuesta dio lugar a un verdadero laberinto.

«Muchos de los concurrentes protestaron suavemente; otros pusieron el grito en el cielo; otros aprobaron en principio la propuesta; se armó, en una palabra, la batahola más grande que se pueda imaginar. Hasta que Zacarías Fierro alzó el puño y pegó un grito descomunal, que hizo callar la bulla que hacían los demás; vuelvo a decirles que yo no tomaba parte en el alboroto: veía, oía y callaba.

«Zacarías Fierro, con ese cuerpazo que tiene y con esa facha de matón y de atarantado que Dios le ha dado, se abrió paso entre los curiosos, y parándose delante de los principales del pueblo, se encaró con ellos, bien colorado.

«El culpable soy yo, porque si no hubiera sido por mí nadie hubiera ultrajado de obra a esos malvados. Quien se abalanzó sobre Gurumendi y le dio el primer soplamocos fui yo, y no me arrepiento de eso. El verdadero hombre, a lo hecho pecho. De mí pueden hacer lo que quieran. A la hora de declarar, no trataré de ocultar la verdad. Yo tengo la culpa, y aquí estoy. No niego mi responsabilidad. Yo, Zacarías Fierro, le di a Gurumendi el primer mamporro, y si hubiera llegado el caso, habría vuelto a repetirlo. ¿Y qué?»

«Esto que dijo Zacarías Fierro fue muy bien recibido, y és lo que, a mi entender, varió el temple de las gentes. Digo esto porque en seguida se presentó Fermín López, el Fosforito, con su cara de enfermo, entre triste y sonreída, y manifestó al público lo mismo: "Yo creo —dijo— que si alguien es culpable de los incendios en las haciendas de los patrones y en los cañaverales, ése soy yo, porque fui en persona llevando el primer hachón, y fui el primero que prendió candela a las casas y a las cañas. Y hubiera prendido candela a las mismas barbas de mi bisabuelo, al haber

sido preciso».

«Maridueña no quiso quedarse atrás, y se puso a vociferar y a manotear echándoles en cara a Fierro y a Fosforito ser unos mentirosos. En medio de la risa que produjo a la gente oír a Maridueña que llame a alguien mentiroso él, que es una bolsa de mentiras, dijo así: "El culpable soy yo, no ellos, porque en el papel que hice de cómico en la pantomima de… de… don Vicente… cambié la letra a mi antojo, yéndome contra los gamonales y solivianté al pueblo, que de otro modo no habría procedido en la forma en que resultaron esas cosas de la noche de la fiesta: yo soy el principal provocador, y si se trata de ir a la cárcel para salvar al pueblo de la venganza del gobierno, yo seré el primero en presentarme voluntariamente a la justicia…»

«Recién parecía estar tomando impulso el pipón Maridueña, para soltarnos alguna de sus mentirotas, cuando el borrachincito ése de Gordillo, el forastero que se nos había pegado como emplasto a los de Yangana, se dio maña a encaramarse sobre un banco y, cortándole la palabra a Maridueña, nos dijo que el único responsable era él, y que estaba listo a entregarse como el cabecilla a la fuerza pública que venía. "Porque sabrán ustedes —nos decía el forasterito borracho—, que eso de la bandera roja fue cosa mía. Yo rompí el telón de boca del proscenio y lo puse en el asta de un palo. Yo me eché al hombro ese trapo y encabecé uno de los grupos que íbamos por la plaza dando mueras a los gamonales y vivando a Yangana libre. Si no hubiera sido por mí, no hubiera habido bandera roja y lo que hizo el pueblo no habría tenido el carácter comunista que el gobierno le ha encontrado, y no hubiera tomado tan a pecho este asunto».

«Estaba cayendo en ese rato un poquito de llovizna, me acuerdo, porque don Vicente se recogió debajo de un portal y se arropó en su poncho de vicuña, medio ronco. Propenso es al resfrío el veterano, como ustedes saben. Desde un rincón se puso a mirarme, y así se estuvo largo rato, con su quijada pegada al puño del bastón, contemplándome como si nunca me hubiera conocido y como lo hacen los perritos cuando están acostados con las manos debajo del hocico. Y me dijo bien suavecito,

pero en una forma que no sabía si era de broma o de veras: "Y tú, Tobías Ocampo, ¿qué nos dices?" Y le bailaron los ojitos de mullo de gentil al veterano taimado. Yo, que no tengo nada de tonto, y que no me gusta que nadie me ningunee, medio mortificado, le contesté: "Quiero primero saber lo que usted diga, don Vicente. Usted, que tanto sabe de libros…»

«Entonces gritaron allí muchas voces que don Vicente debía hablar. Y al fin, habló: »A mí —nos dijo el viejito— me sirven de mucho las cosas que he aprendido en los libros (aquí me quedó viendo, y calé que se dirigió solamente a mí cuando dijo esto), que son mis mejores amigos, salvando lo presente. A ustedes ya les ha de mortificar (de nuevo me miró a mí) que a cada rato esté recordándoles lo que yo he leído, pero no puedo evitarlo.

«Un señor que sabía de estas cosas solamente pedía a Dios que le diera «un rincón, un amigo y un libro». Yo en cierto modo los tengo, o mejor los tenía: el rincón estamos en peligro de perderlo ahora… y eso lo saben ustedes mejor que yo. He oído con orgullo, con un dolorido orgullo, que cuando se trató de establecer responsabilidades, nadie las ha rehuido. Numerosas son las voces que se han levantado para pedir que la sanción caiga sobre los culpables, pero esas voces han tenido la nobleza de declarar contra sí mismas, ofreciéndose como una especie de víctimas propiciatorias para salvar a su propio pueblo de la infame punición que los sicarios del gobierno tratarán de infligir a una población justamente indignada, que tuvo que hacerse algo como una terrible justicia con su propia mano. Esto que han tratado de hacer tan buenos hijos de Yangana, y ese generoso joven que nos ha dicho que trata de unir su destino al de nuestro pueblo, yo sé muy bien que no es corriente, es excepcional. Los libros, mis libros me lo indican. Zacarías Fierro reclama ese honor para sí, por salvar a Yangana… Fermín López dice que él es quien debe ser castigado, para salvar a Yangana… Un forastero, desde ahora grato a nosotros, se proclama el inspirador de los delitos, el cabecilla, para salvar a Yangana. Mariadueña ha querido ser el único que disfrute de tan tremendo honor, para salvar a Yangana. En este trance, solamente me queda decirles dos cosas: que si ha habido quienes se declaren

generosamente culpables, en su afán de sacrificarse para que la población únicamente sufra en la persona de esos delegados para recibir por ella el castigo, yo asimismo debo declarar que soy uno de los auténticos comprometidos: a mí me toca una cuota en el reparto. Deben ustedes recordar y ser honrados en reconocer que la idea de traer a los patrones a la fiesta fue exclusivamente mía, tan mía, que Tobías Ocampo (y aquí otra vez me quedó viendo), por ejemplo, se opuso terminantemente a ella; y a mí me corresponde también haber tenido la idea de hacer representar para los señores de las haciendas una sátira que les haga ver por medio del arte teatral las graves dificultades y peligros que con su comportamiento estaban provocando. Que conste que si no hubiera sido escrita ni representada esa obra, aun sin los cambios que le hicieron a última hora los actores, y que por cierto no aprobaré jamás, los ánimos de la multitud no habrían cobrado la violencia que llegaron a tener, hasta el punto de que fue imposible oponerse a su estallido. De modo que ténganlo bien en cuenta: primero, sin mi intervención directa, no habrían venido los patrones; segundo, si hubieran venido, al no haberse representado la pantomima del agua mansa, tampoco les hubiera pasado nada grave… Pero esos mismos libros de los cuales no dejan de burlarse algunos amigos míos, y otros que lo son menos (y aquí me clavó esos ojitos el bandido), me están dando una explicación de lo sucedido, una explicación bien clara. Los culpables no somos aquí individualmente ni Maridueña, ni López, ni Fierro, ni Gordillo, ni yo, ni fulano, ni zutano… Hay unos versos que lo dicen muy bien, y ustedes sí los conocen, porque hace años en Yangana corrieron de boca en boca, después de la representación de una comedia que yo preparé para la fiesta.

«Esos versos, de un español, decían:

—¿Quién mató al Comendador?

—Fuenteovejuna, señor.

—¿Y quién es Fuenteovejuna?

—Todos a una.

«Y entonces el veterano, que es bastante ducho para hablar, y que hasta a mí me desarma con sus habilidades y sus palabras bonitas, dándose cuenta del gran efecto que hacía, alzó un poco más la voz, y preguntó a la multitud:

—¿Quién mató al Comendador?

Y la gente gritó a coro, con un vozarrón:

—Fuenteoveja, señor.

En seguida preguntó de nuevo:

—¿Y quién es Fuenteovejuna?

Y la gente contestó en un solo golpe:

—Todos a una.

—Nada, hermanitos.

«Aquí en confianza, con esto, don Vicente se metió al pueblo en el bolsillo.

«Lo aplaudieron hasta producirme rabia. Y luego gritaron:

«¡Viva Yangana! ¡Viva Yangana libre!»

—Sí, Yangana debe vivir —continuó entonces don Vicente, bañándose visiblemente en agua rosada—. Tenemos que ver, en estos momentos en que Yangana libre, como dicen ustedes, está amenazada de muerte, la manera como podamos salvarla.

«(Y aquí el viejo bandido volvió a querer obligarme, y me quedó viendo otra vez.) Por eso —dijo—, hace un rato pedí la opinión de Tobías Ocampo, que tanto ascendiente tiene en Yangana y que ha actuado ya en otros lugares en circunstancias sumamente difíciles, de atenernos a lo que nos han venido a contar de los centros mineros. Pero el amigo Tobías Ocampo hasta aquí no ha dicho esta boca es mía, negándole al pueblo su opinión en esta hora decisiva, solamente porque la presencia de los hacendados en el pueblo no contó con su aprobación, quizá. Pero yo emplazo, a nombre de Yangana, de esta Yangana libre que estamos

obligados a defender, al amigo Tobías Ocampo para que haga oír su voz en esta angustiosa deliberación en que nos hallamos, y nos proponga una fórmula de salvación, para discutirla, previniéndole eso sí que tenga la suficiente calma para no disgustarse en el caso de que su propuesta sea rechazada…

«Nada, hermanitos: que al fin don Vicente me dejó en la merlina, y no pude escurrir ya el bulto. Ya les he dicho a ustedes, hermanitos, que por esos días yo andaba disgustado con el pueblo porque no me habían tomado en cuenta para nada, y hablando francamente, eso me tenía muy ardido. Desde que en la comisión de festejos yo me opuse a que concurrieran los patrones a la fiesta y no se me hizo caso, me retiré yo de toda participación activa, y me resolví a concurrir a todo lo que hagan, pero como espectador. Sería tal vez por eso por lo que pude ver tanto.

«En el fondo, estaba resentido: eso de olvidarme el pueblo de Yangana no puede hacer conmigo. Y yo sabía que le llegaría a pesar. Pero quería que ellos se convencieran por sí mismos. Y sabía que vendrían después, a darme satisfacciones y pedirme un apoyo. Entonces pensaba hacerme de rogar un poco, y luego sí hacer lo que convenía. Pero esta reunión de la tarde del día martes cambió las cosas, y antes de que vinieran a buscarme, y a rogarme, y a pedirme consejo, y de que yo me reconciliara con ellos, don Vicente me llevó al mismo resultado por otro camino. El rato en que yo pedí la palabra era ya casi de noche, y me había impresionado el aspecto enfermizo de don Vicente, hablando con su poncho de vicuña bien envuelto sobre el cuello, y tosiendo de rato en rato, porque la humedad de la tarde, como ustedes saben, le hacía un poco de daño. Y me había tocado la tecla también. Verdad es, hermanitos, que la forma de decírmelo era un poco grosera, pero claramente me daban a entender que me necesitaban.

«Ello es que tuve que pararme sobre un banco, y entonces me pasó lo que me pasa siempre que hablo delante de bastante gente: yo mismo no sé bien después lo que he dicho, pero me queda la idea de que lo dicho estuvo bien, por los aplausos y el entusiasmo de la gente. Claro está: yo

no sé decir esas cosas almibaradas de don Vicente, que tanto sabe de libros, pero sí sé llamarle al pan pan y al vino vino, y creo que sí, alcanzo a ver las piedrecitas del asiento aun cuando el agua esté un poco turbia. Les dije entonces con mi manera de hablar que tengo, que yo solamente veía una salvación: si todos estábamos comprometidos, toda Yangana iba a ser atacada, y atacada en el corazón mismo, porque ya tiene antecedentes que la harán aparecer ante el gobierno como una población de salvajes irreductibles, que cada vez está necesitando azotes y mano de hierro para entrar en vereda.

«Esto nos lo ha hecho entender bien claro don Vicente, y no hay que hacerse ilusiones creyendo en la clemencia de los verdugos que vendrán contra nosotros. Les dije también que para evitar semejante cosa yo creía que lo indicado era irnos en masa a otra parte, irnos al oriente a vivir donde nadie nos moleste, abandonando la población y reduciéndola antes a cenizas, para que de nosotros no encuentren ni rastro. Les dije que deberíamos irnos a hacerle compañía a Joaquín Reinoso, para el lado de Palanda, en donde están las grandes vegas y el río, y en donde nadie iría a molestarnos, porque por esas montañas desconocidas no se aventuraría ningún pelotón de hombres armados. Y en seguida les expuse yo un plan para efectuar esa huida, teniendo en cuenta que las fuerzas del gobierno estaban ya en camino para caer sobre Yangana, y que era necesario irnos protegiendo la espalda, hasta ponernos fuera del alcance de sus balas. Y para eso yo les insinué que era necesario sacrificar a algunos valientes, que saldrían a su encuentro, pero no para hacerles frente sino para contenerlos un poco, sin presentarles combate, y dificultándoles el avance. Ese rato, en medio del coraje, vi bien clarito cómo era lo que tenían que actuar los muchachos: salir sin pérdida de tiempo de la población, bien armados y en las mejores bestias, y esperarlos antes del primer vado, y caerles cuando estuvieran pasando el río. Correr de allí y ocultarse después en el portete de Yanacocha, donde podrían hacer otra cosecha. Quemar el rancho de Uchimba y tumbar árboles sobre el camino, que en lado es muy estrecho y lleno de camellones, Y por último, volar con dinamita el puente que está antes de llegar al pueblo, en el momento en que esté pasando el grueso de la

tropa. Claro está: yo no les comuniqué el plan que tenían que seguir los muchachos, porque eso solamente ellos debían saberlo, pero en ese momento se me puso todo lo que les cuento a ustedes. Lo que sí les previne fue que esos muchachos, que el propio pueblo escogería, y a quienes yo estaba listo a acompañar aun cuando sea como subalterno, si lograban escapar con vida no tenían sino dos caminos: o bien dedicarse a salteadores dentro de la provincia, para tener en jaque a la policía, hasta poder escaparse al Perú, o ver la manera de ir siguiendo el rastro de los viajeros, y llegar a Palanda, donde los esperaríamos con los brazos abiertos.

«Y con esto —prosiguió el churón Ocampo, con un tono orgulloso y pleno de convicción, frotándose las manos—, le di en la cabeza al viejito taimado de don Vicente, dejándomelo atrás, pero bien atrás. Porque lo que es él sabrá mucho de libros: pero yo sé de vida. Y veo las cosas claro, clarito. Las piedrecitas del fondo, aun cuando el agua esté medio revuelta. Así: aun cuando esté medio revuelta».

De pie se puso entonces el narrador, y golpeándose el tórax con las palmas abiertas, anotó, enfáticamente:

—La idea mía se impuso. Y por eso estamos aquí. Me eligieron jefe, y esto con el voto del propio don Vicente, quien rechazó en cambio mi propuesta de ir con los muchachos que guardarían, de Yangana a la ciudad, la retaguardia de los viajeros. Don Vicente, viéndose cogido, dio a entender que en casos supremos los pueblos tienen que poner sus destinos en la voluntad de un solo hombre, y que si se resolvía resistir, o capitular, o huir, lo indicado era elegir una especie de dictador, al cual obedecerían todos sin chistar. Y dio a entender que ese hombre tenía que ser todavía joven, pero experimentado y sereno; que debía ser enérgico y valiente, puesto que se trataba en cierto modo de una lucha en la cual no habría cuartel. Y dijo por último, que cuando una muchedumbre está atravesando por mementos difíciles, el instinto le aconseja en manos de quién ha de confiar su suerte. Pero eso sí, terminó don Vicente, a ese jefe que elija el pueblo de Yangana para las presentes circunstancias hay que decirle terminantemente que sólo ejercerá sus funciones hasta que se

> normalice la situación. Después volveremos a la vida libre y sana que hemos tenido y por la cual estamos resueltos a luchar. Esto dijo, hermanitos, don Vicente. Y el pueblo, de común acuerdo, se fijó en mí.
>
> «Sí, hermanitos: en mí pensaron cuando se trató de elegir. Yo resulté ser el hombre todavía joven, experimentado y sereno, enérgico y valiente, como decía el viejito de don Vicente; yo resulté ser quien conduciría las vidas y las haciendas a estos sitios… y yo debo ser también quien restituya el poder al pueblo que me lo confió, el día de mañana, o cuando ellos me lo pidan».

Aquí se le ensombreció un poco la voz, que vibró a otro diapasón.

—Devolver el poder —comentó— el día de mañana, porque hemos llegado ya, o cuando ellos me lo pidan.¿Y quiénes van a pedírmelo?

Volvió al parecer a recuperar su briosa confianza en sí mismo, y con el tono exultante en que hablara mientras se golpeaba los pectorales con las manos abiertas, continuó:

—Este viaje a Palanda, a la orilla del río donde ustedes viven, Joaquín y Rosa Elvira, es la realización de una idea mía. Y yo soy el jefe. El jefe. Toda la población de Yangana está en mi puño. Está en esta mano.

Cerró, al decir esto, los dedos sobre la palma vuelta hacia arriba, y con el pulgar puesto sobre el nudillo del índice, balanceó ligeramente el puño ancho.

Después alzó a ver, y sorprendió infraganti a Rosa Elvira en un bostezo. Se mortificó levemente al advertirlo. Pero esta mujer había sido siempre para él la pacificadora, y se detuvo, súbitamente tranquilo, a contemplar la clase de bostezo que le descubrieran: un bostezo ganoso de sueño, de esos que medio desencajan las mandíbulas y humedecen los ojos. En cambio, esas miradas oprimidas de sueño, trataban de sobreponerse y contemplaban fijamente y con interés el varonil puño cerrado del amigo, que se esgrimía orgulloso en la noche. No le cupo duda: la voluntad de Rosa Elvira todavía esta dispuesta… pero su cuerpo quería dormir.

Mas la exaltación de Ocampo aun tenía nuevos afanes.

Volviendo a su persona material, encontró de pronto que su cinturón estaba demasiado apretado, no obstante haber corrido después de comer y de beber dos o tres agujeros con relación a la hebilla, y creyó de todo punto necesario hacer

dos cosas inmediatamente —dos cosas, hermanitos, como habría dicho él, levantando en su mano derecha los dedos índice y medio, un tanto separados, como las piernas de un compás, a la altura de los ojos—, toda vez que la defección de Rosa Elvira como oyente advenía indefectible: darse una vuelta por el real, a fin de facilitar un tanto la digestión, y remojar el gaznate con unos tragos del fuerte que trajera consigo a lo largo de la penosa caminata.

—Vamos a darnos una vuelta hermano Joaquín —propuso, estirándose como un gato recién despierto, hasta el punto de hacer tronar las articulaciones—. Vamos a darnos una vuelta, hermano Joaquín, el de las grandes velas esteáricas. Quiero brindarte un trago de Yangana. Una copa de aguardiente de resaque, de ese que teníamos allá, allá lejos.

Rosa Elvira se puso de pie para verlos salir. Ocampo se despidió de ella estrechándole fuertemente la mano. Ya para bajar la escalera los dos hombres, Rosa Elvira, con esa voz cantarina, con su manera entre mimosa y suplicante que tenía la virtud de insinuarse hondamente en el sentido, díjole a su viejo amigo, a guisa de adiós:

—Oye, churón: no sigas de jefe de esas gentes. Vuelve a ser lo que fuiste antes. Tu compromiso está cumplido. Mejor es que los dejes. Mejor para ellos y mejor también para ti.

Salieron los dos hombres a la noche de afuera sin decir una palabra.

Pero cuando, momentos después, y a poca distancia de la choza de Joaquín, se habían habituado a la oscuridad ambiente, Ocampo, tentando el hombro de su amigo, comentó lacónicamente:

— ¡Ah mujeres, ah mujeres!

14

Las fogatas iban languideciendo en el campamento improvisado. El humo era en algunas una columna espesa. En otras, apenas una leve nubecita. A veces brotaba grueso, ancho, despegándose de la llama en manchadas volutas que incluso le teñían de vetas negras su lengua rojiza. Las maderas resinosas comunicaban al ambiente sus olores pungentes y balsámicos mientras crepitaban en el fuego. Las ramas frescas se chamuscaban difícilmente y era considerable en cambio la cuota de humo que inyectaban en la llama. Los dos hombres caminaban dando trompicones, pero sigilosamente. No hablaban entre sí, se notaba que querían no delatar su presencia. Se abstenían de cruzar delante de las fogatas, a menos que estuvieran mortecinas, tan mortecinas como para ser incapaces de iluminar sus siluetas silenciosas.

Fácil era comprender que la inspección que trataban de realizar era de las que no deben ser sentidas por los sujetos observados.

De rato en rato, algún perro gruñía y volvía a gruñir en un como sueño intranquilo, poblado acaso de pesadillas e imaginarias agresiones. Levantaba la cabeza soñolienta y venteaba con su húmeda nariz en el aire de la noche. Y volvía a poner la punta del hocico debajo del nacimiento de la cola, y el cuerpo del animal se ensamblaba por los extremos como una rosca se une por sus dos puntas. El sonido de las mandíbulas de las bestias de carga, que tascaban el tronco de algún árbol; un rebuzno trémulo; un balido mansurrón de rumiante cansado… Y a veces, un estornudo caballar, como tributo a la húmeda frescura de la noche. Y también la tos: la tos humana, resonando en ese silencio intermitente. Un golpe de esa tos era frecuente que despertara un verdadero coro

de tosigosos, que iban articulándose y se apoyaban los unos en los otros. A Reinoso no dejaba de sorprenderle oír en este descampado que él se había enseñado a mantener solo, una tos que no era la de él, una tos que no era de ella, una tos que tampoco era esa tosecita delgadiña, diminuta, de pulmoncejos minúsculos, que a veces sacudía a su pequeño, y que el padre y la madre oían con un inquieto y temeroso interés.

Los detuvo una fogata bien alimentada, en cuyo torno vivaqueaba un grupo compacto. Distinguieron desde su escondite las espaldas de unos y las caras patinadas por la llama de otros.

> —Veamos, muchachos, cómo ha llegado la «señorita» —exclamó una voz en el centro del grupo, la de uno que quedaba frente a frente a los agazapados observadores. De seguida éstos alcanzaron a percibir que el hombre, acompañando la acción a la palabra, se levantó del suelo y se dirigió al fogón, del cual extrajo un tizón bien encendido, que comienza a agitar en el aire con un movimiento de vaivén, mientras procuraba iluminar sus propios pasos. Colgada de sus espaldas había tenido que venir la «señorita». Encontró, a la luz del tizón un hato blanco, que estaba envuelto en una sábana. Deshizo el nudo de ésta, después de que hubo asentado el tizón en el suelo, y se encontró con una figura forrada en un poncho guanaco de color oscuro. Despojóla de ese embozo, y la «señorita» quedó desnuda, brillando a la luz mortecina que tenía a su lado.

La «señorita» estaba charolada en color amarillo y tenía incrustaciones de caoba en finas grecas. La tentó su dueño, con una especie de cauteloso temor y titubeante gozo. Llevaba la «señorita» una cinta roja en el clavijero. Las cuerdas, aflojadas de propósito, se entrecruzaban golpeando sobre la caja de resonancia como ramalazos. El hombre, encontrando que, en la apariencia la «señorita» había llegado intacta, volvió a su sitio, caminando de esta guisa: en la diestra, el instrumento, cogido por el cuello y portándolo en lo alto, para guardarlo de cualquier golpe en las ramas de los árboles y en la izquierda, el tizón, que dejaba tras sí un reguero de chispas y una herradura ardiente en el aire.

Y cuando estuvo donde sus otros compañeros tirando el tizón en la fogata, buscó un fardo donde acomodarse con la guitarra, templó, muy suavecito, cada

una de sus cuerdas, y luego, en voz baja, musitó una canción. No tenía ya duda: la «señorita» había tenido una buena fortuna de llegar con su persona y su voz sanas y salvas.

—Que conste —recomendó Betancur, que era el dueño de la guitarra— que mi música es la primer música que ha sonado aquí, desde que el mundo es mundo. A mí deben hacerme el músico consagrado de lo que fue Yangana.

—Cuidado te oiga el centinela del lado de acá —exclamó una voz gruesa y ronca— porque te manda a hacer callar el pico a tu «señorita» y a lo mejor te la pone encima de la cabeza con un poquito de fuerza, haciéndotela entrar como si fuera poncho.

Y Betancur:

—Ni el propio churón Ocampo me haría callar a la «señorita». ¿Tú crees que Ocampo odiará a la música? No es ningún animal para eso.

—Si yo no digo que el churón Ocampo sea un animal, pero tiene prohibido que…

El humo de esa fogata que iluminaba la charolada guitarra que acariciaba y rasgaba levemente el músico Betancur, se insertaba en la neblina que había descendido sobre el campamento desde la entrada de la noche, jaspeándola con estrías más oscuras, que recordaban las cuchillas de agua dulce que se hunden en el agua del mar, en la desembocadura de los grandes ríos. Y contra ese fondo de color aluminio, manchado a trechos, se destacaba ahora una cabeza juvenil, en la cual dominaba esa voz ronca y gruesa que acabara de imponer silencio a la música de medianoche de Betancur.

Reinoso no conocía esa cara, pero pudo oír claramente lo que seguía diciendo, con un leve movimiento de su perfil de ave de presa:

—Yo quiero figurar… Yo quiero figurar como uno de los fundadores de esta nueva población… He de firmar el acta de fundación para que mi nombre quede en ella, y más tarde sepan que Marcos Quizpe fue de los mismos que vinieron por aquí… dejando atrás la esclavitud… Después nuestros descendientes se han de acordar de nosotros con orgullo… Y

cuando me case y tenga hijos, he de contarles, y ellos, cuando sean padres, han de contarlo también… Marcos Quizpe, fundador de esta población nueva… Así figurará Marcos Quizpe…

—Yo creo, dejándose de cosas, —sonaba por acá otra voz— que mañana debemos hacer la gran farra al aire libre, para festejar nuestra llegada, relativamente feliz.

Y otra voz:

—No seas tonto: ahora lo que tendremos es que ponernos a trabajar como animales. Farrearemos después de un año, festejando el primer aniversario de la fundación de Yangana-nueva.

Junto a otra fogata, los observadores encontraron y fácilmente reconocieron a doña Liberata Jiménez, que había reunido en su rededor a Juan Vásquez, el ollero, a don Melchor Celi, el andariego, a dos hijos de éste, y al zapatero Picuita, el entrañable aficionado a ponerle parches oscuros en los pómulos de su mujer.

Doña Liberata decía:

—Yo sí soy partidaria de la gente fuerte. Por eso me gusta el churón Ocampo, y yo he de ser del parecer de que él siga mandando aquí. Ustedes saben que yo al churón Ocampo no le he tragado nunca, pero como dice el cura, al César lo que es del César. Es medio bocón, según me han contado, y había estado hablando mal de mí, diciendo que soy una veterana marimacho y entrometida. Dicen también que tampoco le gusta pagar las deudas. Pero, en fin, eso no viene al caso. A lo mejor eso de que ha hablado mal de mí era mentira…

Don Melchor Celi respondió:

—Perdone, doña Liberata, pero no estoy de acuerdo con usted. Nada de amos debemos admitir. El hombre debe ser libre como el pájaro y como el jíbaro. Si hemos huido de Yangana es para no depender de nadie. Me moriría o mataría si alguien tratara de ponerme una traba en las patas, o de impedirme que haga lo que me dé la gana. Y yo le digo, doña Liberata, que habría preferido tener tres malos vecinos, como teníamos,

tener esos ladrones que nos quitaron el ejido pero que nos dejaran sueltos, a tener encima un capataz a quien pedirle permiso hasta cuando uno va a mear.

—Es que usted, don Melchor —objetaba doña Liberata Jiménez— es partidario del refrán que dice: «ande yo caliente y ríase la gente». Yo en cambio, me enfermo cuando la justicia no se hace, así sea un asunto que ni va ni viene con mis intereses. Si me doy cuenta de que a alguien le hacen una perrada, de que un fulano ha robado y se va a quedar impune la falta, de que a mengano lo van a castigar injustamente, soy capaz de armar una trapatiesta y empeñar en ella hasta la vida: no puedo aguantar la injusticia, sea contra quien sea. A mí me interesa toda Yangana, y por eso quiero que estemos organizados y bajo el mando de una sola cabeza, para que podamos hacer algo de provecho en común. Usted mismo debe saber que ya no es libre. Tiene que hacer lo que el pueblo le pida. Si no cree así… puede hacer lo que le parezca, pero fuera de este pueblo. Y permita, don Melchor, que le diga la franqueza: usted es un egoísta… ¿Y usted, qué dice, amigo Picuita, digo, amigo Peñaflor?

—¡Hum! —contestó el aludido, saliendo bruscamente de su abstracción —. A mí me da lo mismo cualquiera de las dos cosas. Con tal de que no falte mi trabajito, con tal de que pueda dar mis puntaditas y ganarme mis pesetitas para tener un bocadito que comer y dar a mis hijitos… aquí o en Yangana es lo mismo, con amo o sin amo. Lo que es nosotros, el único amo que hemos tenido, yo, mi mujercita y mis hijitos, ha sido éste —concluyó, señalándose la barriga— Con tal de tener qué poner en ella… me es igual.

—Brutito mismo es usted, amigo Picuita, y perdone que le diga así, en sus propias barbitas —replicóle doña Liberata, con un dejo de supremo desdén—. Sólo pensandito en llenar la barriguita de usted y de sus hijitos, como si en la vidita no hubiera otras cositas tan importantitas como ellita —terminó con ánimo sin duda de imponerle silencio.

Picuita, es decir, Peñaflor, amostazado, hizo ademán de irse, y comenzó una despedida en voz baja, que por cierto doña Liberata no se dignó contestar.

Ocampo y su compañero Reinoso, hendiendo la neblina tenuemente

iluminada por las llamas, se acercaron con la misma cautela al grupo que rodeaba otro fogón.

Era un tanto singular la forma de iluminación que bañaba una parte del cuerpo de quien tenía el asiento más alto: la luz le daba de abajo para arriba, bruñéndole vivazmente la barbilla ancha y el cuello, y dejando el resto superior de la cara en una penumbra que, a la altura de la frente, era ya una oscuridad casi completa. La única persona que hablaba en ese vivac era ésta a la cual pertenecía la barbilla iluminada. Las palabras que caían en la zona iluminada, de su boca penumbrosa, tenían la entonación de una conseja:

> «…Yo era el otro camillero, pero que quedé tras un recodo, para ver qué pasaba. El pobre Matías Ortega se quedó entonces a solas, como él lo había pedido con su voz cavernosa, con el churón Ocampo. Sacó de debajo de la frazada una mano que hasta ahora me espanta. Era una mano de muerto, y sin embargo, esa mano se movía. Bien terrosa y con las uñas crecidas y enlutadas. Se le habían afilado de un modo atroz. Le amarilleaban a lo lejos, como pata de gallina o como si fuera de azafrán. Y con esa mano se ayudaba para rogar».
>
> «—¿Te acuerdas, churón Ocampo, de cuando me botaron porque el gringo Mac Gregor me encontró prendiendo la dinamita con mi cigarro, y tú sacaste la cara por mí… y me restablecieron en mi trabajo?»
>
> «-Sí.»
>
> «¿Te acuerdas de cuando nos fuimos juntos los cuatro paisanos a la huelga, Carlos Botado, recién llegado todavía, Joaquín Reinoso, tú y yo, y lo que nos daban bala, y lo que casi me matan?»
>
> «-Sí».
>
> «¿Y que los dos éramos los mejores amigos que había en el campamento de Curipamba, y que no nos conocíamos camisa?»
>
> «-Sí…»
>
> «—Bueno, churón… ¿Verdad que sigues siendo mi buen amigo?»
>
> «—El de siempre, Matías».

«—Entonces, churón Ocampo, mátame».

«El churón se sentó en un bordo, casi en cuclillas, y se cubrió la cara con las manos, denegando. El pobre Matías había levantado la cabeza a duras penas, y sonreía, solitario, pues Ocampo no lo veía. Y era una sonrisa que, como la mano amarilla, tampoco puedo olvidar. Le brillaba con el sol. Tenía una dentadura blanca, sumamente blanca. Se veía que esos dientes eran huesos, huesos… En los demás hombres, en los que estamos sanos, no me ha parecido nunca que los dientes sean huesos… pero en Matías eran huesos disecados. Y se sonreía con una gran dulzura».

«—¡Churón Ocampo! —llamó—. ¡Mátame!»

«La cabeza de Ocampo seguía denegando».

«Para eso había sido lo que, todos los días, quería quedarse a solas con el churón Ocampo, y éste hacía despejar, para darle gusto al pobre enfermo».

«El churón, desde que salimos, venía con un revólver en la cintura y una hachuela de mano para abrirse paso. El pobre Matías no le apartaba la vista del cinturón, y la cacha del arma era el objeto de su ansiosa mirada. A ratos también era el machete, que descansaba debajo de la mano izquierda de Ocampo».

«—¿Verdad que eres mi amigo, churón?… —le preguntaba, entre esas penosas interrupciones de tos que tenía. Parecía querer quejarse, y tener recelo de hacerlo, para no enternecer acaso al churón, o porque le daba vergüenza de quejarse siendo hombre—. ¿Verdad que eres mi amigo?… Entonces no me niegues este favor: no puedo más…»

«El churón no decía nada, pero seguía con los ojos entristecidos la mirada del pobre Matías. Esta mirada del pobre Matías, no hacía otra cosa que ir del arma a la cara del churón Ocampo. Cuando encontraba los ojos de él».

«Matías hacía un leve movimiento de cabeza, insistiendo, y movía la mano también. De cuando en cuando tosía, escupía, y se fatigaba

horriblemente».

«La cabeza, en un falso movimiento, se le salió de la camilla y quedó colgando. El churón Ocampo entonces, de un salto, se acercó al enfermo para volver la cabeza de Matías a su sitio en la chacana. De este movimiento se aprovechó el pobre para mover esa misma mano amarilla y echar mano al revólver del churón. Cuando éste se hubo dado cuenta, el arma estaba apuntándole en el pecho, y los ojos amarillos también brillaban, como los de un loco»:

«—Mátame, o te mato —le gritó con una voz cavernosa. El churón Ocampo, ágil como un tigre, se abalanzó, con el machete desnudo, para hacerle caer, de un planazo, el arma, pero antes de que lo alcanzara, sonó un tiro. Ocampo, ofuscado por la violencia del ataque, se precipitó sobre el pobre Matías, cayendo encima de él con todo su peso para desarmarlo. La camilla se descuajó entonces, y ambos descendieron, con la fuerza del salto, el uno sobre el otro. Oí crujir los huesos de Matías como cuando se arranca de raíz una planta de yuca que está bien cargada, así: truc… truc… truc…, y la última sonrisa de Matías para su amigo le cubrió los dientes blanquísimos con una sangre espumosa».

El narrador del mentón iluminado hizo una ligera pausa.

«Es la primera vez que he visto llorar al churón Ocampo —añadió».

«Me quiso matar —nos contaba a nosotros, los camilleros, cuando hacíamos a machete una cruz para ponerla sobre la sepultura del pobre Matías, el primer hombre a quien enterramos en el camino…»

—Vámonos de aquí —díjole Ocampo a Reinoso, empuñándole un brazo convulsivamente—. Vámonos más allá… a esa otra fogata.

Y avanzaron.

Pasaron algunas fogatas casi apagadas, donde el fuego parecía dormitar enterrado en una capa de ceniza. Suspiros humanos, algún ronquido, el rumor de un cuerpo que cambia de postura durante el sueño, arrullos reprimidos… y en el aire, el mismo olor fresco, contaminado a veces por el humo empireumático o por el vaho humano de cuerpos hacinados, en zonas que se cortaban

bruscamente alternando con otras en las cuales el aire estancado era muy puro.

Oyeron de paso una conversación lánguida:

> —Y entonces… nos hemos de casar, hijita. Ya lo sabes: te doy mi palabra de honor…
>
> —¿Y lo que me da miedo del hijo que puede venir y de que lo lleguen a saber mis padres?

No pudieron ver a la joven pareja que se amaba. El embozo de la niebla oscura les cubría. Solamente las voces apagadas, como envueltas en algodones, llegaban hasta Ocampo y su compañero.

> —Yo tengo pensado establecer un trapiche de palo para hacer raspaduras —decía más allá un hombre invisible—. ¿Qué tiempo demorará la caña hasta hallarse en estado de zafra, por estos lados? ¿Un año será? ¿Será año y medio? Yo creo que en esta tierra, que es tierra virgen y húmeda, con dieciocho meses será más que suficiente.

Pero su interlocutor parecía estar preocupado de otra cosa:

> —Reinoso —decía— que ha estado tanto tiempo aquí, le ha dicho a Baltasar que no se han enfermado con el paludismo ni la mujer, ni él, ni el pituzo. Reinoso dizque dice que este clima es muy sano. Si no hubiera paludismo estaríamos muy bien. Don Salvador dizque le había preguntado también de la disentería. «No me ha dado tampoco, ni le ha dado a mi mujer» —le había contestado Reinoso—, ¿Y las gripes? —dizque había vuelto a preguntar don Salvador—, Pero si aquí no hay semilla de la gripe —había dicho Reinoso—. ¿Y la garrapatilla en los potreros? «Pero si aquí no hay potreros, don Salvador» —le había contestado Reinoso—. Los potreros tienen que hacerlos ustedes ahora y la garrapata ha de haber venido con los ganados que han traído. Entonces es lo que don Salvador dizque se había puesto triste, y había dicho que si el clima de Palanda es así de bueno él iba a tener que morirse de hambre, por no tener a quién curar.

La neblina, más allá, parecía tener una voz propia: era ya impenetrable, y esa voz, que salía de sus algodonosas paredes, decía así:

—Yo no soy ningún brevas… Buena se la he jugado a los cuidadores. Me he venido hartando de frutas todo el camino.

También les he robado huevos en cantidad. Vengo bien hartado sin que me cueste un centavo. ¿Por qué venir a ración, como los pendejos? Es que yo no soy pendejo. Soy vivo, muy vivo. Y tengo la panza llena de golosinas. ¡Allá otros con el ayuno! ¡A mí no me manda nadie, y a ayunar menos!

Ocampo y Reinoso encontraban extraño oír estas conversaciones tan cerca de sus propios tobillos. Parecíales que salían del suelo mismo que estaban hollando. La costumbre es que nuestros interlocutores nos hablen desde lo alto de su estatura o cuando menos, de su posición sedente, a alguna distancia del piso. Pero aquí, en la niebla oscura forrada a los fogones mortecinos o definitivamente apagados que iban sorteando, las voces emergían de cuerpos yacentes que tenían a la tierra como lecho y les sugerían la idea de que brotaban de aquélla con la presión de sus pasos.

Una de esas voces a ras de suelo, voz muy conocida para ambos, se refería a un profundo deseo; pensaba sin duda en la nueva vida que comenzaría para los aventureros al día siguiente, y no cesaba de exclamar:

—Quiero ser desde mañana cabrón… Quiero ser desde mañana cabrón… Quiero ser desde mañana cabrón…

Era el hombre más mal hablado de la comarca, el bocón Camilo Isidro.

Dando un rodeo, para evitar el encuentro con un hombre armado, prosiguieron su caminata sigilosa.

Voces de mujer, al pie de un fogón casi apagado, alcanzaron a escuchar. El sonido de las eses era un suave silbido intermitente.

—Los chicos deben desde ahora aprender de un modo diferente. Hay que tener en cuenta que pertenecen a un mundo diverso del que fue el nuestro. Estamos obligados a educarlos conforme al medio en el que van vivir. Lo primero que pienso pedir en la reunión de mañana es que hagan una buena casa de escuela. Y así cómo hay todavía que rozar el bosque para levantar la casa de escuela, también hay que comenzar un nuevo cultivo en el espíritu de los niños. Es preciso explicarles esto que nos ha

ocurrido, y por qué hemos venido para acá, a fin de que aprendan a conocer la historia de sus padres y a conocer a sus enemigos. También deben aprender con un nuevo sentido a amar la tierra y la patria. Sin esto, aun cuando la patria haya sido tan huraña con nosotros, no podrían ellos vivir… Todo esto y otras ideas más me propongo decirles mañana en la ceremonia de la fundación, para conseguir que construyan, desde el principio, un buen local…

La otra voz era más apagada, y la cortaban golpes de una suave tos senil.

—Lo mismo de siempre, hijita… ¡Cuj, cuj, cuj! Lindos discursitos has preparado siempre para el día del examen, ¡cuj, cuj, cuj!… Y llega el día del examen y te pones a tartamudear, ¡cuj, cuj. cuj! No he visto mujer más vergonzosa, ¡cuj, cuj, cuj! Y total: que nadie te toma en cuenta, sino que haces el ridículo, ¡cuj, cuj, cuj! Llevas años y años de profesora, y no has podido hasta ahora dominarte, ¡cuj, cuj, cuj!… ¿Quién va a creer en tu talento entonces?

—Y por acá está —indicó Ocampo señalando otro sitio, mal iluminado, —una jorga de mozos que me ha venido dando que hacer, pero que ha trabajado al fin—. Difícil era avanzar sin que ellos se dieran cuenta, y los exploradores redoblaron su cautela para ponerse a tiro de voz con respecto a los terribles muchachos. Que se hacían bromas tremendas, se echaba de ver. Se tiraban, por ejemplo, brasas encendidas de un extremo a otro y gozaban con hacerse el quite por medio de los esguinces más dislocados y audaces que se pudiera imaginar, sin que el cansancio de las interminables caminatas haya hecho nada por rendirlos. No se estaban quietos un solo instante.

Especialmente arreciaban los ataques contra los muchachos que trataban de arrebujarse en algún rincón, con ánimo de dormir. Un silbido delgadito anunciaba peligro por los aires.

Al silbido delgadito seguía un zapato que cruzaba en veloz parábola por el espacio mal iluminado, con una fuerza viva de saetazo, o una rama desgajada lanzada como por una catapulta por algún brazo furtivo o un desconsiderado tirón de la manta donde el mozo había tendido sus espaldas, que dejaba a éstas en el suelo húmedo de hojas chafadas y el petate en las manos del travieso agresor… De rato en rato, en medio de la chacota, que calmaba

instantáneamente cuando el centinela se acercaba, surgían conversaciones transidas de seriedad y consideraciones trascendentales.

Un muchachito, que Ocampo identificó como hermano menor de ese adolescente conirrostro que, junto a otra fogata, hablaba en voz confiada pero exigente de su pasión por figurar entre los fundadores de la nueva población, para pasar a la historia, enderezaba a los jóvenes de la pandilla una pregunta que caía en el vacío y en la algazara.

—Bueno, pero yo quisiera saber qué es eso de comunismo. ¿Tú lo sabes, Abdón?

El que respondía a este nombre le contestaba, cuando se dignaba contestar:

—Déjeme en paz. De eso yo no sé ni una palabra.

Mas el hermano menor del mozo con cara de pájaro seguía con su cantilena.

—¿Y tú, Juan de Dios, sabes de eso?… Porque yo quiero saber —explicaba, mientras el centinela observaba con curiosidad crítica al grupo juvenil de traviesos— por qué el gobierno dice que nosotros somos comunistas. ¿Será porque hemos querido defender lo que era nuestro?

Pero Juan de Dios parecía ser uno de los que quería dormir a todo trance:

—Hazme el favor ¿entiendes? de no fregarme con tus latas a estas horas ¿entiendes? Y se envolvía en la cabeza su cobija, bajo el fuego graneado de bromas, de cuchufletas y de ocasionales proyectiles.

—Ustedes son mayores que yo, y deben de saberlo. Mi padre todo lo que me ha dicho es que se trata de una cosa de los gringos que quieren quitarles a los otros lo que tienen demás, para darles a los que no tienen. Pero si fuera así… nosotros no éramos comunistas, porque lo que hicimos fue reclamar lo que nos robaron. ¿O será comunismo eso de no dejarse robar los ejidos por los ladrones?

—¿Por qué no le preguntas, carajo, a don Vicente Muñoz, que lo sabe todo, o vas a que te corrompa Juana Villalba, que también sabrá de estas cosas, en vez de venirnos a jorobar con esta cuestión, como si fuéramos el oráculo o el Sabio Salomón? —argumentó otro gruñón de perro

humor, en un afán de obligar a cerrar el pico al curioso—. Lo único que sé, Juan Majadero, es que se trata de una cosa que se hace cuando se tiene hambre.

—Entonces, —glosó una voz— yo en este momento estoy comunista.

Siguieron unas frases más, pero las ahogó el silbido preventivo que anunciaba que un zapato cruzaba los aires vuelto proyectil, y el ruido del impacto sobre alguna espalda desprevenida.

Damasio Sánchez, más allá, y en una impresionante oscuridad, cantaba en voz muy baja. Su voz era de las que se levantaba del suelo mismo. Era una voz que brotaba de la yerba, y a fe que les pareció extraño percibir un canto a ras de tierra. Nada le acompañaba como instrumento musical, como no fuera la resonancia de la noche húmeda, elástica para las vibraciones como un tímpano, y el susurro del viento que se daba trompicones contra los árboles familiares y contra los transeúntes extraños que no hallara en la noche anterior. Pero ese concierto de voces de la naturaleza, en un seno musical sensibilizado por la noche, ese rumor oscuro e indistinto de rebaños desvelados, aquel coro de toses insólito, confluían en una integración sonora y ancha, en la cual el canto pianísimo de Damasio Sánchez, el odiado cantor a quien su rival Betancur hubiera querido ver cien veces muerto, transitaba por el fondo como el devanado de una melodía.

La canción que Ocampo y Reinoso oyeron tenía saudades obvias. Erase una vieja canción.

Cuando salí de mi tierra
de nadie me despedí…

Las nubes lloraban sangre
y el sol no quiso salir.

Me pediste que te deje:
el corazón te dejó.

Mi sombra te ha de hacer falta
cuando te fatigue el sol.

Cerca quedaba el inmenso silo donde se amontonaban las semillas que don Elíseo Aliaga, con su pierna anquilosada, condujera hasta allí. Alcanzaban a divisarse, vagamente los contornos redondos de las alforjas panzudas, de los grandes zurrones semienterrados, de los sacos repletos en informe hacinamiento. Entre las hileras de carga y el fogón pasaban de rato en rato algunos hombres que todavía se mantenían en vela, proyectando su sombra brusca y saltarina contra los rimeros de semillas, y contra los troncos de los árboles también. No era difícil distinguir que, sobre el montón, algún cuerpo yacente cambiaba de postura. Los olores que la noche elaboraba por aquí tenían la fórmula de otros ingredientes.

Recordaban vivamente el perfume casero de víveres acopiados, de frutos en colección, de abacería, de plaza de mercado. Y a buen seguro, les parecía a los dos hombres, que nada de urbana plaza de mercado tenía este silo a medio hacer, instalado en un campo abierto al infinito y aplastado por una noche cerril que no tenía un tejado sobre qué detenerse. Por ahí, sin duda, estaría ese insigne bebedor de aguardiente que, según sus líricas palabras beodas, «unió su destino al destino de Yangana», pero los furtivos observadores no le vieron. La conversación, en este corro, tenía una forma peculiar. Era un cuestionario en el que cada cual formulaba alternativamente una pregunta, que nadie contestaba. Y en esa forma, iban reviviendo pasajes que se venían a su memoria.

—¿Se acuerdan de que esos mismos cuarenta hombres prendieron candela a las casas de la plaza, ya cuando todos nosotros estábamos al otro lado de la quebrada del Destrozo?

—¿Y se acuerdan que en seguidita pasó la candela al barrio de los Leones, saltando la casa de don Pedro Mejía y la de don Tomás Ramón, y que la emprendió con la más vieja de todas, allí donde dizque espantaba porque había un entierro muy grande, que localizó el idiota ese de Serafín Armijos y que nadie pudo lograr?

—¿Y se acuerdan de que la casa de tayta Lisandro Fierro ardió voluntariosamente antes de que le toque el turno?

—¿Y se acuerdan de la pena que nos entró cuando empezó a arder la casita de don Baltasar Zárate, y después la de don Vicente, y esa de dos pisos que el cholito Presentación Quille tenía en la población?

—¿Y se acuerdan de que después los hombres recibieron la orden de destruir las sementeras y las cosechas que no se podía llevar, y que de esa sentencia solamente se salvó la huerta de don Elíseo Aliaga?

—¿Y se acuerdan de que el convento, con ser tan viejo, quedó casi enterito, y que solamente se desplomó una ala del techo, del lado de la iglesia?

—¿Y se acuerdan de lo que moqueamos casi todos cuando vimos desde el portachuelo de Cararango, el valle de Yangana, y los ejidos, y los campos ennegrecidos por las quemazones?

—¿Y se acuerdan de lo que tayta Elíseo Aliaga se puso a llorar más que nadie allí mismo, y que llamaba a gritos a sus árboles, como si fueran perritos que iban a seguirle para Palanda?

—¿Y se acuerdan de lo que Ocampo, que es tan atrevido, en ese mismo sitio, le mostró el puño a la cruz que había en el portete de Cararango?

—¿Y se acuerdan de lo que la campana que fundió tayta Toro se quedó guachita en medio del pueblo destruido, y que no pudimos lograrla?

—¿Y se acuerdan de lo que José Clemente Piedra, dándoselas de primo de la cabezona, se le había estado gateando en las barbas mismas del chino, en la primera noche que dormimos a campo raso?

—¿Y se acuerdan del pobre Matías Ortega, a quien el churón Ocampo le dio pronto el pasaporte al otro mundo?

—¿Y se acuerdan del puente de Yangana, donde todos nosotros, de muchachos, poníamos nuestros nombres con tiza en el maderamen, aun a riesgo de caernos de las vigas al agua?

—¿Y se acuerdan del día en que llegó el periódico a Yangana, y la noticia de que venían a vengarse con nosotros las fuerzas del Gobierno, diciendo que éramos comunistas?

Quedaban en pie pocas fogatas. La inspección tocaba a su fin. Estaban cerca del punto de partida, y el quinto centinela, el que vigilaba la delgada y sinuosa tonsura que llevaba al río, y que había trasquilado la diaria caminata de Joaquín

y su mujer, desde hacía tiempo, sentado en un tronco de árbol, completamente inmóvil, parecía dormitar, contra un fondo que era rojizo, negro y blanquecino, el fusil entre las rodillas.

Muy de rato en rato, el vientre de cocuyo de su cigarro encendía una diminuta linterna sorda a dos dedos de sus labios. Esa brasa que se quemaba tan cerca de una cara cobriza era la única señal de vida que daba el centinela.

—Lo principal nos aguarda —dijo Ocampo, muy quedo—.

En su tolda todavía está despierto don Vicente… Y con algunas personas también.

—Desvelado es el veterano —comentó Reinoso—. ¿Será que está leyéndoles alguno de sus libros?

—Dándome la contra, sin duda alguna estará —aventuró Ocampo, con un leve tono de rabia—. No hay que hacer: no nos podemos tragar.

No les fue difícil oír la conversación, ni identificar a los interlocutores. Era vigorosa y franca la luz de la fogata en ese lado.

—Lo único que me gusta en don Vicente es que no es hipócrita —comentó, después de una pausa, el propio Ocampo—. Hace y dice las cosas de frente…

No había duda: justamente hablaba ahora del churón Ocampo.

> —No podemos negar que se ha portado bien —iba diciendo don Vicente Muñoz—. Nos ha traído acá y ha administrado con energía y honradez, lo que le hemos confiado. Su idea de abandonar y destruir las casas y las huertas necesitó poner una gran energía para imponerse, y de ello fue admirablemente capaz. Ha sido exigente con la disciplina y no ha tolerado derroches en la comida, que es lo que más tenemos que cuidar si no hemos de pasar hambre en lo venidero, puesto que el maíz, los frejoles, el arroz y la yuca están aún por sembrar… Los animales y las semillas han venido, gracias a él en gran parte, sin mengua ni maltrato. El precio que ha pagado ha sido caro. Ha tenido que amanecerse de claro en claro, no descansar un momento cuidando tanto la delantera como la retaguardia, vigilando el transporte y la apertura de las picas, olvidarse de que tenía hijos y mujer a quienes cuidar; gritar mucho y rabiar más y hacerse de algunos enemigos ocultos, que no le perdonarán los castigos que ha impuesto, porque a ratos, algunos de los más alzados querían armarle camorra y hacer de las suyas… Pero no servirá para autoridad

de la población nueva. Eso es otra cosa. Todo en su orden. Así como en tiempos de guerra conviene que los militares manden, porque para tiempos de guerra deben ser los hombres de guerra, en tiempo de paz son los civiles quienes han de mandar. Nosotros hemos estado en campaña desde que hemos salido hasta hoy que hemos llegado. El jefe indiscutible era entonces él. Ahora tenemos que pensar en las autoridades que regirán la población para las jornadas de paz y de construcción. Y esas autoridades han de ser honorables, bien preparadas y saber lo que al pueblo le conviene más.

Ocampo, agazapado con su amigo Reinoso en la oscuridad, le tentó a éste la mano, con un ademán violento.

—¿Oyes, Joaquín? ¿Lo oyes? No soy honorable…

Don Vicente, entretanto, continuaba:

—La autoridad militar reposa sobre el valor, sobre la temeridad, sobre el don de imperio en el ánimo de los demás ante el peligro… La autoridad que pudiéramos llamar civil debe residir en la confianza, en la preparación, en el tino y en la honestidad de antecedentes y de procedimientos. Ocampo, que resultó excelente como cabecilla de nuestra aventura hacia la tierra prometida, fracasaría metido a autoridad. Le falta equilibrio y le sobra imaginación. Y tiene errores en su vida pasada que tal vez ya no pueda remediar en lo futuro…

El brazo de Reinoso seguía sintiendo de rato en rato los dedos engarfiados del aludido, que sin querer hacían una presión convulsiva.

—Yo propondré —proseguía don Vicente— en la junta que tendremos mañana, que cesen las facultades para Ocampo y que se elijan autoridades. Me gustaría el nombre de don Baltasar Zárate para primera autoridad. Ustedes me han hablado del problema que resultaría de elegir a otro que no fuera Ocampo, por el temor de producir en él un profundo disgusto y el descontento de sus partidarios. Pero yo debo decirles que ese problema tiene a mi modo de ver una solución bastante sencilla. Haremos a Ocampo jefe de la fuerza organizada que debemos seguir manteniendo aquí.

> Subordinado, eso sí, directamente, al mando de una primera autoridad civil. De don Baltasar, por ejemplo. Entendámonos: esa fuerza organizada no la hemos tenido nunca, porque no la hemos necesitado. Pero es que nunca nos habíamos visto en las circunstancias excepcionales en que ahora nos encontramos. Tenemos por delante el trabajo de construir una población. Y no por cierto mediante el esfuerzo aislado. «Todos a una». De manera que cuando nos pregunten: «¿Quién hizo a Nueva Yangana?» nosotros podamos contestar: «Todos a una»… Ocampo a órdenes de don Melchor: he aquí una fórmula aceptable.

—¡Eso no! —musitó indignado Ocampo dirigiéndose a su compañero—. Subordinado a don Baltasar, y de jefe de gendarmes… ¡nunca! Prefiero regresarme, o hundirme en la nada, antes que eso. ¿De modo que yo he sido un bribón bueno solamente para traerlos aquí, y una vez aquí, en lugar seguro, a darme la patada en el trasero diciéndome: hasta aquí no más te necesitábamos?

Pero la voz de don Vicente, en medio de la profunda atención de los oyentes, aún no callaba:

> —Creo, desde luego, que a Ocampo debemos nuestro más rendido agradecimiento. Ha sido el héroe de la travesía hasta llegar al término de nuestro viaje. Esto le ha rehabilitado ante los ojos más exigentes. Pienso proponer mañana que, como un testimonio de esa gratitud, el pueblo que vamos a fundar aquí tenga una plaza pública que se llame ,«Plaza de Ocampo», en su honor. Así lo recordará siempre la gente que él trajo, y lo recordarán también sus renacientes con orgullo. ¿No les parece esto un medio de ganarnos su voluntad, al propio tiempo que hacemos honor al mérito y le recomendamos a la memoria de las generaciones? Además, como dijo Montalvo…

Ocampo sacudió el brazo de su amigo, y le dijo con mal disimulada excitación:

—Sigamos. Ya este viejo imbécil va a empezar con sus citas de Montalvo… Te invito a beber. Quiero que bebas, y que hablemos. Tenemos que hablar, Joaquín. Te necesito, y necesito hablar.

Empezaron a caminar ya sin desembozo. Y el centinela más próximo, dándose cuenta de que dos hombres caminaban cerca de él, poniendo en

prevención su carabina, les gritó:

—¡Quién vive!

A lo cual Ocampo, con todo el imperio que pudo añadirle a la voz contestó:

—¡Yangana libre!

Y tuvo deseos de increpar como imbécil al centinela que recién se estaba dando cuenta a esa hora de su presencia, y que además le había irrogado la injuria de desconocerlo.

Pero le pareció que no había en el vocabulario humano palabras suficientes para denostarlo como se merecía, y prefirió seguir adelante, reprimiendo el estallido de su cólera.

De pronto, creyó percibir sin saber a cuento de qué, una voz mimosa y cantarina, voz que él amaba, que le dijo, como dándole un consejo:

—No sigas de jefe de esas gentes… Vuelve a ser lo que fuiste antes… Mejor es que los dejes… Mejor para ellos, y también para ti…

Se dirigió entonces a su amigo Reinoso:

—¡Qué cosas tienen a veces las mujeres!

Y se sintió un poco más aliviado. Como era el relevo de la guardia, en los distintos ángulos del campamento se oían las consignas marciales. Y el grito de «¡Yangana libre!» fue repetido diez veces.

POSTLUDIO:
El horizonte de una mañana distinta

1

Tobías Ocampo (a) el churón, con las copas ingeridas, sentía una especie de lucidez un tanto extraña. Estaba ligeramente excitado, estaba en ese momento en el cual la borrachera incipiente es, si se quiere, hasta luminosa. Creía ver muy claro las cosas, «las piedrecitas del fondo aun cuando el agua esté turbia», como acostumbraba a decir él de su propia perspicacia, y sentía nacerle la decisión de hablar sin preámbulos al amigo de aquel su oculto afán.

—Tengo aquí la visión de lo que la ciudad llegará a ser en el futuro, hermano Joaquín —decía, señalando la vega con un gesto anchuroso—. La plaza la trazaremos teniendo como punto de referencia tu casita. Las calles serán anchas.

Alrededor de la plaza levantaremos los edificios públicos.

Más allá, a pocos pasos, el río, navegable en balsas, nos llevará a comerciar nuestros productos con la gente extranjera que vive allá abajo. Nuestras huertas cubrirán los márgenes.

Habrá numerosas invernas para que los ganados pasten libremente, sin cerramientos que les corten el camino al bebedero. Defenderemos a ese ganado común, para que ninguna plaga, ¡ninguna plaga! nos lo aniquile. Obligaremos a los curanderos y brujos a que descubran el remedio para curarlo de las pestes desconocidas. Libres ya los ganados, en las grandes invernas que les haremos, serán muy numerosos y relucientes los rebaños. Mejoraremos la cría de mulares y de caballos, que para eso hemos podido traer lo más escogido que teníamos. La vega en esta orilla derecha es inmensa y alta. Y al otro lado, hay tierra anegadiza: allí sembraremos el arroz. De acá, haremos los extensos sembríos de plátano y de caña de azúcar. En el primer desmonte sembraremos maíz. Mañana

mismo se buscará tierra adecuada para fabricar adobes, tejas y ladrillos. La madera para la construcción de casas la tenemos en las narices, nos estorba. Esto que nosotros hagamos tiene que volverse una ciudad grande, Joaquín. Y han de pasar los años sobre nuestras cabezas, Joaquín, y hemos de irnos poniendo viejos viendo desarrollarse la población que nosotros fundamos aquí. Y cuando haya pasado mucho tiempo, el pueblo culpable habrá sido perdonado, y podrán entonces nuestros hijos hacer un camino a la ciudad, uno de esos caminos sumamente difíciles, que ni el gobierno se atrevería nunca a emprender, para que los renacientes puedan traer los carros por primera vez. Mientras esto llegue a ocurrir, deber nuestro será conservar la memoria de lo que fuimos y de lo que hicimos, y mantenerlos libres y disciplinados, y criar a nuestros hijos enseñándoles a sentir el orgullo de ser nuestros descendientes. Harán, por fin, ellos las paces con la nación ecuatoriana y tendrán la gloria, sí, amigo Reinoso, tendrán la gloria de pertenecer a un pueblo activo, que prefirió el destierro colectivo al despojo de lo suyo.

Y Joaquín Reinoso, con las copas ingeridas, sentía un deseo malsano de penetrar de golpe en las intenciones que latían detrás de las palabras de su amigo, pues estaba seguro de no engañarse al creer que el largo preámbulo tenía como objetivo preparar un estado de ánimo, un ambiente propicio para ciertas confesiones extremadas y profundas, y había que precipitar a Ocampo a que las haga, antes de hora.

Por lo cual, demostrando una frialdad que quizá no sentía, expuso a su amigo:

—¿No podríamos ir al grano? Porque yo comprendo que no me habrás traído acá para que hablemos a semejante hora de lo que puede llegar a ser o no el pueblo que aquí ustedes fundarán, ni para hacerme oír lo que ha estado diciendo la gente desvelada. He oído lo que me has contado sobre el viaje de ustedes, y yo, claro está, he tenido mucho gusto en escuchar al viejo amigo todo cuanto me ha dicho. ¿Pero no podríamos ahora, de una vez, tratar de lo que en realidad me quieres decir? Porque tú recordarás que, cuando nos hallamos frente a la tolda de don Vicente, me manifestaste de urgencia que necesitabas decirme algo, y también que necesitabas de mí. Bueno, pues: ¿en qué puedo servirte?

Y había, en las últimas palabras de Reinoso, una como estudiada cortesía, agresiva, un si no es burlona.

Pero Ocampo se obstinaba en seguir hablando de su visión del futuro:

—Tenemos además que llegar a ser mejores de lo que éramos. ¿Qué fue Yangana? Un pueblo que durante muchos años permaneció rezagado, estacionado, incomunicado. Esto mismo, por lo pronto, tiene que seguir ocurriendo con nosotros, en estas tierras nuevas. Debemos estar rezagados, abandonados, solos, entregados a nosotros mismos, incomunicados. Pero estacionarnos, imposible.

Yangana, a mi modo de ver, estaba en franca decadencia: parecía un pueblo cocinado. No había crecido desde hacía largo tiempo. Esto, en cambio, tiene que crecer a nuestros ojos. Ninguna enjambrazón dejaremos que se separe de la colmena: aquí no habrá gente que salga. Debemos multiplicarnos, debemos ser fecundos, debemos poblar.

Haremos una campaña con todas nuestras fuerzas al paludismo, si es que hemos traído enfermos, porque aquí me han dicho ustedes que no lo hay… Pero hemos de vivir de otra manera, de una manera mejor. Y pensar a cada instante en que somos un mundo aparte, que nada ha de esperar de afuera. Y que debemos resolver, como propietarios que somos de él, nuestro propio destino. Ahora bien, Joaquín: ese destino tiene que ser grande. No hay otro remedio: tiene que ser grande.

La voz de Ocampo, iba poco a poco subiendo de tono y volviéndose declamatoria. Si al principio las frases habían salido en dicción lenta, ahora empezaban a brotar precipitadas y llenas de emoción. Empero Joaquín se obstinaba en seguir averiguando a su amigo a qué le había traído a este sitio, a aquella hora, si no iba a franquearse con toda confianza, tal como lo había dejado entrever frente a la tolda de don Vicente Muñoz, cuando le dijera que necesitaba hablar con aquél y que necesitaba también su ayuda.

Y tercamente propuso:

—Bueno, amigo; dame una copa más, que me voy a dormir. No quieres decirme en qué me necesitas, y tengo sueño. Dame esa copa, hermano. Veo que me has perdido la confianza, y en tal caso, estamos también perdiendo el tiempo. Mañana podremos hablar detenidamente.

No era posible que Joaquín se fuera antes de tiempo. Que se beba una copa más, o varias otras, en tanto la botella dure, enhorabuena. Pero que se vaya así como así… Le abordaría entonces, y a fondo…

—¿Conque quieres que te diga para qué te necesito? ¿No lo has comprendido todavía, Joaquín, o es que no quieres comprenderlo? Allá iba, sino que tú te has mostrado demasiado impaciente. Pero bebe…

Y a pico de botella, alzando la cabeza hacia las copas de los árboles, Joaquín deglutió sonoramente tres tragos, y se enjugó la boca con la muñeca.

—Te necesito, Joaquín, porque ese plan de hacer una ciudad aquí, ese plan de echar las bases de lo que será mañana una verdadera ciudad, y trabajar unificadamente, sin desmayo, con toda ambición, para que nos proveamos de mucho más de lo indispensable, pensando en el ensanche futuro, necesita de un ejecutor que se ha de imponer de todas maneras a la indolencia de los otros, de los perezosos que querrán que esto no sea otra cosa que la Yangana vieja trasplantada a otro terreno, y nada más… Aquí hay, al contrario, según lo creo yo, que trabajar hasta reventar. Si pudo ser penoso el desarraigo y la huida, más lento y duro es tener que bregar años y años en hacer algo que debe estar hecho no a la medida de lo que somos actualmente, sino a la medida de lo que llegaremos a ser cuando esto sea más grande, muy grande, inmenso… Y porque ese ejecutor quiero ser yo, Joaquín Reinoso. Quiero ser yo, Joaquín.

—Pero…

Ocampo, vehemente, ya en plena exaltación, le cortó la palabra:

—Ya te habrás dado cuenta, Joaquín, de lo que está pasando en el campamento. Se quiere y no se quiere que yo siga como esa persona con mando único. Nadie más opuesto a esto último que don Vicente. Tú mismo lo has oído. En los días que ha durado el viaje, he notado que se han formado dos bandos. Uno, a mi favor. Otro, en favor de don Vicente. Él trabaja para que se me despoje del mando así como el viaje termine, y para que se haga una administración que él llama civil, en la cual la primera autoridad sería don Baltasar Zárate, con un grupo de vejestorios que harían de lo que don Vicente llama consejeros. Hasta quiere meter en la merlina al mismísimo don Leandro Fierro, que está hecho una callampa de viejo…

Y yo, por mi parte, de puro orgulloso y soberbio, no he hecho nada positivo para granjearme la voluntad de buen número de gentes. He creído suficiente muestra de mi valor y capacidad lo que he venido haciendo con la gente que se puso, cuando menos lo soñaba, bajo mi mando, en la hora de mayor peligro. Pero con mi actitud he ido perdiendo terreno y partidarios. Se murmura que

pienso alzarme con el mando, y eso parece que es lo que más temen. Por eso es lo que don Vicente trata de entrar en componendas, y de darme un caramelo para que me entretenga, y me haga la ilusión de que se me agradece y se me distingue. Jefe de los gendarmes quieren hacerme, es decir, quieren degradarme como premio a mis esfuerzos. Pero yo creo, te diré en confianza, Joaquín, que todavía no cabe aquí otra cosa que el mando único. ¿Estamos o no en tiempo de campaña?

Claro que sí. En la campaña tiene que haber un solo jefe.

Nosotros estamos aún en campaña, y en campaña hemos de vivir largo tiempo, hasta que el plan de levantar una nueva vida donde ahora no existe nada todavía, se realice. Para eso, necesitamos una sola voluntad que mande y que haga.

Hasta aquí, hermano, esa voluntad ha sido la mía. Para serte franco: estoy interesado en mantener mi puesto, y lo que es más, he resuelto defenderlo en cualquier forma contra quien o contra quienes quieran quitármelo. Tengo la seguridad de contar con toda la fuerza armada que vino a mi mando, y también con los sobrevivientes del pelotón suicida, quienes, según datos que he recibido reservadamente, ayer mismo estuvieron a punto de darnos alcance en el camino. Necesito de ti, Joaquín, te decía por eso. Necesito que me sostengas mañana en la primera reunión, donde va a plantearse con toda seguridad la cuestión prórroga o cesación de las facultades que me concedieron. No tengo carácter para hacer mi propia alabanza y decir a los demás el esfuerzo que me ha costado el viaje y los méritos que he demostrado en esa prueba.

¿Puedo contar contigo, hermano Joaquín?

Reinoso no soltaba prenda, al parecer:

—¿Y por qué te empeñas en ser tú esa única persona, y aun cuando sea por la fuerza? ¿Serías capaz de derramar sangre si ellos no cedieran de buenas?

Ocampo hizo un gesto de impaciencia, pero dominándose ante la inesperada terquedad de su amigo, siguió:

—Voy a darte una explicación que, en otras circunstancias, no te la habría dado nunca. Además… ya comencé a decirte mis cosas, y tendré que hablarte de todas ellas. Hasta aquí, hermano Joaquín, te diré, en confianza, que he sido una bala perdida, un calavera. Nunca he servido para nada serio, y me voy poniendo viejo. Los mejores años de mi vida los he pasado sin que nada de bueno y

sensacional haya ocurrido en ella. Las oportunidades como ésta no vienen todos los días. No siempre es posible encontrar ciento sesenta familias que hayan decidido irse a la montaña a fundar una nueva población. Nadie ha creído en mí, excepto tal vez una sola persona. Ni siquiera mi propia madre. He sido para mi pueblo un aventurero audaz y andariego, pero sin honradez: bebo a conciencia cuando me pongo a beber, y no pago mis deudas, porque, según ellos, prefiero beberme ese dinero de los otros. Hago negocios dudosos… Y ahora, ya en esta edad en la que no me queda tiempo que perder, me ha entrado la ambición de demostrarle a mi pueblo, a ese pueblo que me miró siempre como a un perdido, lo que puedo llegar a ser para él: un hombre indispensable. Quiero por eso seguir teniendo sobre mis hombros el peso de su presente y de su futuro. Eso quiero yo, Joaquín; esto quiero. (Y aquí se daba golpes con las dos manos en el pecho.) Y si hay en la historia de lo que fue Yangana, en la historia de esas ciento sesenta familias, el borrón de un delito y la hazaña de una huida valiente, quiero ser yo el principal responsable de la gloria o el fracaso de su resurrección. Para eso es lo que, hermano Joaquín, me haces falta… una gran falta. ¿Puedes ayudarme?

Mas Joaquín, en su impenetrable terquedad, devolvió la pregunta:

—¿Pero la verdadera razón es ésa? ¿No hay otra? ¿Cuál es el grano en todo esto?

Reinoso hablaba del «grano» con implacable insistencia.

—También hay, por otro lado, te lo diré de una vez— respondió Ocampo metiendo las manos en los bolsillos y ahuecando la voz—, que odio rendirle cuentas ni siquiera a Dios. No soporto el que nadie me las pida. Toda la vida he sido así. ¿No sabes que soy tramposo de profesión? (Se notaba un poco de amargura en el tono.) Entre estos santos conspiradores del otro bando no faltan, lo sé muy bien, gentes que quieren pedirme cuentas de la muerte de Matías Ortega, porque, con buena o mala intención, han hecho circular el rumor de que lo asesiné con un hachazo en la cabeza, y de la violación de la hija mayor del carnicero Medina, noticia que, muy por lo bajo, han tenido el cuidado de que llegue a oídos de mi mujer. Y en el fondo, lo que hay es que algunos están que destilan veneno porque los he puesto a ración en el camino y los he hecho sudar el quilo, y he castigado a los que robaban provisiones para hartarse la panza, y de ellos, y de los viejos que se las dan de santos, es lo que sale una oposición descarada en contra mía.

—Pero, dime una cosa, hermano: ¿cuál fue el convenio que hicieron al salir de allá, de Yangana?

Ocampo, un tanto mortificado por la respuesta en carencia de su taimado amigo, se revistió sin embargo de calma, y explicó:

—Una cosa muy sencilla: que yo los trajera a las vegas de Palanda, y que yo sea el único qué ordene y mande, con poderes supremos. Ellos me entregaban todo lo que tenían, y se comprometían a obedecerme. "Hasta la última jornada.

Pero es el caso, hermano, que estimo que la última jornada no es ésta todavía. Aún no hemos llegado. Todavía estamos en marcha, y el final está lejos. Yo creo que puedo hacer mucho por mi pueblo. Y cuando ya haya obra, entonces es lo que yo mismo, sin que nadie me lo pida, voluntariamente, he de llamar a las gentes que me dispensaron en un principio su confianza, para decirles: "Eso que les entrego, eso lo he hecho yo, con la cooperación de ustedes.

Les devuelvo, ahora que ha pasado lo más difícil, lo más penoso de las interminables jornadas del comienzo, eso que me entregaron una vez, allá, en Yangana, en un día terrible". ¿Me ayudas? Porque si no me ayudas, hermano Joaquín, tendré que hacerlo sin ti. Y pase lo que pase. No creo que te banderizarían a su lado. Yo tengo que hacer lo que te digo, de todas maneras. Si hay oposición, me impondré con la fuerza que tengo. O me eligen, o me hago elegir. No hay otro camino. Así hubiera que eliminar a alguien. Eso queda ya de cuenta de ellos, y ellos tienen la solución…

—¿Y si nos tomáramos unas copas más de ese buen fuerte?…

Y Ocampo, excitado, y Reinoso impenetrable, bien entrenado en la bebida el primero, desentrenado por un largo tiempo de carestía el segundo, volvieron a besar, alternativamente, la boca de la botella, levantando la cabeza hacia la copa de los árboles.

2

Joaquín Reinoso se había «aprovechado» mejor, no obstante beber más o menos cantidades iguales. Un pausado adormecimiento recorría sus espaldas y sus hombros.

Tenía la lengua como dormida. Y cuando a Reinoso parecía dormírsele la lengua…

Cuando la lengua se le dormía a Reinoso nadie sabía de un expediente más eficaz para desentumecerla que su propio dueño. Consistía en ponerse a hablar en la forma en que lo hacen los norteamericanos que empiezan a chapurrear el castellano. En consecuencia, viéndose Reinoso en ese trance, decidió curarse y dio en hacerse «el gringo», sintiéndose deliciosamente cómodo y rebosando afecto para su viejo compañero de aventuras, a quien había hecho rabiar poco rato hacía, ostensiblemente, quedándose sin contestarle una sola de sus preguntas.

—Tú comprender, «cholo», que yo estar mucho alegre contigo… A mí no importar que Yangana venga quitarme yucas que yo tener sembradas. A mí no importarle pasar hambre compañía mis amigos de Yangana. ¿Conque político no morir cuando yo meterle velas?

En la mina había aprendido a maldecir en inglés. No sabía de ese idioma sino algunas malas palabras e interjecciones.

Y es que el gringo Mac Gregor, que era el capataz del nivel donde trabajaban Reinoso, Ocampo y el pobre Matías Ortega; ese gringo inmenso, de «cinco pisos", que andaba siempre metido en unos zapatos muy grandes de suela de caucho blanca y puesto de un calzón azul ridículamente alto -"salta-charcos", calzón que solamente le "daba al ombligo, calzón de "cagar parado», como le decían los mineros en su propia cara—, en las cuatro visitas diarias que verificaba en los rebajos que ellos hacían con sus pistolas a pulso, no hacía otra cosa que proferirlas.

—All right! Son of a bich! —proseguía Reinoso—. Ustedes venir quitarme cuanto yo tener para comer. Pero traer animales y yo tener cómo darle mañana hijo mío. ¿Verdad?

God damn! No haber qué dar ganado, porque aquí no haber potreros. ¿Me

comprende? Tumbar árboles, cosa difícil ser… ¿Recordar míster Mac Gregor? ¿Recordar pipón Mitmann? ¿Recordar que pipón Mitmann tener un ojo de vidrio, y que yo engañar Matías Ortega mintiéndole que gringo Mitmann tener no solamente uno sino ambos ojos de vidrio? O. K.!

Había abandonado las reservas de hace una hora, y daba fuertes palmadas en el hombro de Ocampo.

— ¡Churón Ocampo! Tú contarme que gente ingrata querer cambiarte con otros; tú estar furioso porque gente decir que estuvo bueno churón Ocampo para traerla acá, pero no estar bueno para dirigir fundación. Yo, churón Ocampo, creer que tú si estar bueno para mandar aquí. Yo estar listo, God damn!, para ayudarte contra cualquiera. Yo ser buen amigo tuyo, como antes, pero yo pensar que ya no debe correr más sangre. ¿Comprende? No más sangre. All right!

A pesar de su borrachera, Joaquín permanecía en cierta manera vigilante. Tantas noches y tantos días en acecho le habían aguzado el instinto de montar guardia así estuviera dormido o despierto. En esa como hipnótica situación tenía los sentidos muy abiertos. La frescura de la noche y ciertos rumores del bosque le hablaban confusamente. Escuchaba con vacilante atención ese lenguaje oscuro, y pudo advertir que algo empezaba a ocurrir en la extensión que los ceñía con su embozo de niebla.

Ello es que se puso de pie, trastabillando un poco, y que, con una mano torpe, que cayó sobre el hombro de Ocampo, sacó a éste de su caviloso escuchar, y lo atrajo hacia sí, obligándolo a levantarse. Avanzaron entonces lentamente, Ocampo sosteniendo sobre el hombro izquierdo los bamboleos de su amigo.

—¿A dónde me quieres llevar, Joaquín? —preguntóle.

—Yo querer, «cholo», llevarte mirador, que estar bien cerca, ¿comprender?

El mirador era un otero que parecía una inmensa tola rodeada de palmeras y coronada por una piedra negra de proporciones desmesuradas. No era difícil llegar a la cúspide del ciclópeo pedrusco, pues la superficie era rugosa y áspera.

Después de un cuarto de hora de jadeo y de lenta ascensión, los dos amigos alcanzaron el pedestal, y vieron cabecear a sus pies las copas flabeladas de las palmeras, semi-cubiertas por la neblina.

—¡Churón Ocampo! —exclamó Reinoso, apartando un rato su brazo derecho del cuello de su amigo, y clavando su índice recto y agudo contra el aire, en una dirección que él previamente buscara dándose vueltas sobre el pedestal—

Atención, churón Ocampo, God damn! Mirar allí, yes. Mirar allí… All right!

Y le señalaba, a picotazos de índice, una tenue claridad que se vertía a través de la niebla, a lo que parecía, bastante lejos.

Tobías Ocampo (a) el churón, ya con la cabeza más despejada y tragando con delicia el aire fresco y untuoso de niebla húmeda, se frotó los párpados pesados, y miró…

3

En la vasta sabana blanca, hacia la derecha y la izquierda, emergía, como rompiendo la espuma que cubría la hondonada, una que otra cabeza de cerro de un color negro azulado. Eran ramales suaves de los Andes, que descendían a morir muy lejos, hacia el Amazonas. El tono de la niebla, alrededor de esas eminencias que se envolvían el cuello con sus cendales, no era el mismo. A la espalda parecía ser más denso, por ejemplo. El río hacía llegar hasta ellos su estrépito hondo, pero se mantenía invisible. No obstante, su áspera y ruda canción denunciaba el cajón de su guarida.

Ahora bien: en ese lado por donde les parecía ver menos tupida la cortina de niebla, una luz difusa iba derramándose lentamente, muy lentamente, como si fueran encendiendo uno a uno fanales inmensos provistos de un filtro que difuminara y deslustrara los efectos luminosos detonantes.

Luego, en ese mismo lado casi transparente, de vidrios esmerilados, se rompió algo semejante a un cuadrilátero por donde se vertió un torrente de neblina mejor iluminada, que aclaró la silueta de las palmeras y les permitió verse mejor los rasgos fisonómicos en la oscuridad.

Ocampo se sentía deslumbrado por la visión, y con los brazos cruzados sobre

el pecho y engallado altivamente, se enfrentó a ella.

Era una visión grandiosa, pero tranquila, y Ocampo, dándose cuenta de que no se trataba de desafiar a nadie, que no era una provocación ni una amenaza, hundió el pecho, soltó los brazos, y se quedó mirando, sumisamente.

—¿Qué quiere decir eso, Joaquín? —preguntó maravillado.

—Ser la aurora —respondió Reinoso dulcemente, con esa dulzura que sólo los borrachos y las mujeres enamoradas pueden poner a veces en la frase y en la actitud, y volvió a señalar el inmenso cuadrilátero por donde, como si se tratara de una represa a la cual acabara de levantarse la compuerta, se vaciaba la neblina iluminada.

—¿Conque ésa es la aurora? —inquirió Ocampo nuevamente.

—Yes, «cholo»… Eso ser la aurora. ¿Me comprende? Eso ser el amanecer —contestó Joaquín, dando un traspié—.

Nosotros, «cholo", dejarnos coger por el día, habernos amanecido bebiendo… Y ahora, darse la vuelta, y ver acá detrás, "cholo». ¿Comprende? Ver dónde estar nuestra gente.

.. Eso también ser una aurora, un amanecer.

Ocampo, desde encima del picacho, sentía vagamente el nacimiento de una nueva vida en torno. Para el enjambre que acababa de hospedarse en este trozo de manigua, con sus voces, sus costumbres, sus temores, sus semillas y sus rebaños, el pasado luctuoso quedaba ya lejos, carecía de presente y no tenía por delante otro camino que el del porvenir.

Y era preciso decidirse acerca de ese porvenir.

¿Con él como jefe, o sin él, o en contra de él?

¿Utilizaría, si fuera preciso, la fuerza para imponerse a la gente que se confiara en él como a un capitán para la travesía, y que ahora iba quizá a rechazarlo como un trasto servido? ¿Acabaría con la oposición mediante el puño de hierro, arrasando, si la resistencia se corporizara con mayor empuje, todo valladar que se resistiere a sus mandatos personales? ¿Debería desbaratar el grupo que encabezaba don Vicente? ¿Le convenía alzarse con el poder aprovechándose de que la gente armada está a sus órdenes y respetaba su valor y su don de mandar? ¿El pueblo que iba a fundarse ahí podría prescindir, sin grave quebranto, de su concurso? ¿Qué resultaría mejor para los intereses supremos del pueblo, su renuncia o su proclamación? ¿No estaba su espíritu lleno de fervor y

de esperanza, no era recién ahora que había encontrado un norte a su vida un campo de labores para su exceso de vitalidad? ¿Tendría que dejar justamente en los actuales momentos un puesto que le había hecho sentir cuánto valía como cabeza y como autoridad suprema? ¿Qué le dijera Rosa Elvira, la confidente amada y mujer de su mejor amigo, con esa su voz mimosa, insinuante y cantarina? ¿No había por ahí un refrán que decía que el consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma, un loco? ¿Tendría razón ella, cuando le dijo que mejor era que dejara el mando, y volviera a ser lo que fue?

La niebla iba disolviéndose en una rociada lenta, que se aplastaba sobre las frazadas de la gente que dormía a campo raso, en el amplio desmonte que hiciera la antes solitaria mano de Joaquín.

—Y la aurora —continuaba éste— ser blanca, mucho blanca, por estos lados… La aurora aquí no tener sangre…

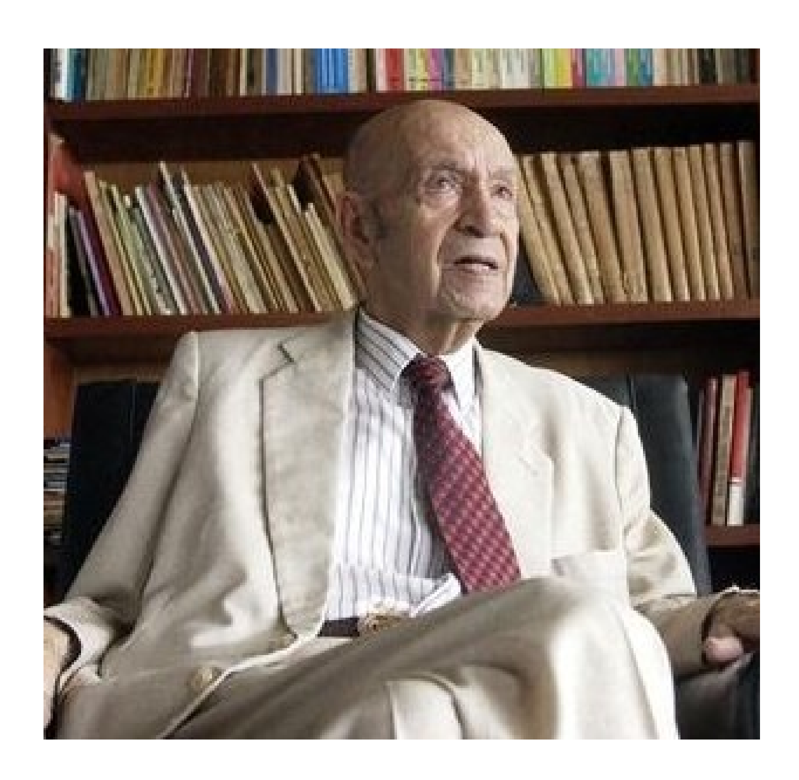
¿Me comprende? Fijarse mucho… ¿Ya? All right, son of a bich! La aurora ser aquí mucho blanca, y la aurora ser también el Pueblo Nuevo que tú venir trayendo… God damn! Oye, «cholo»: así como aurora no tener aquí sangre, Pueblo Nuevo tampoco derramar sangre. ¿Comprende? All right! Debe ser como este amanecer… blanco… mucho blanco… ¡Sin sangre! Damn it!

—Yo no quiero que corra sangre, Joaquín —respondió Ocampo, con voz firme, después de una pausa, comprendiendo todo el alcance de la obstinada porfía con que su amigo lo trajera al mirador—. Yo no quiero que corra sangre.

Y no correrá… Volveré a ser lo que fui, a emborracharme cuando quiera y a trampear las deudas a mis vecinos. Tienes razón, hermano Joaquín. Me has convencido. La aurora no debe tener sangre. Debe ser blanca, muy blanca, como lo quería también anoche Rosa Elvira, tu mujer, Joaquín, como lo quería Ella.

Y con ese súbito arranque de desinterés de los ebrios generosos, y retrepado en su plinto de piedra negra, y teniendo a la vista, un tanto irritada por el relente de la noche, la represa de luz que se desbordaba en el oriente, y las palmeras resonantes a sus pies, y la neblina que huía enredándose en las copas de los árboles, y los picachos que sacaban la aguda cabeza a través de algodones húmedos, y los manchones de las fogatas y de las frazadas, y el hacinamiento de los hombres y los animales en el descampado, y la cara, ya bañada en luz nuevecita, de un amigo embriagado que le enganchaba el brazo y se hacía el gringo al hablar, gritó:

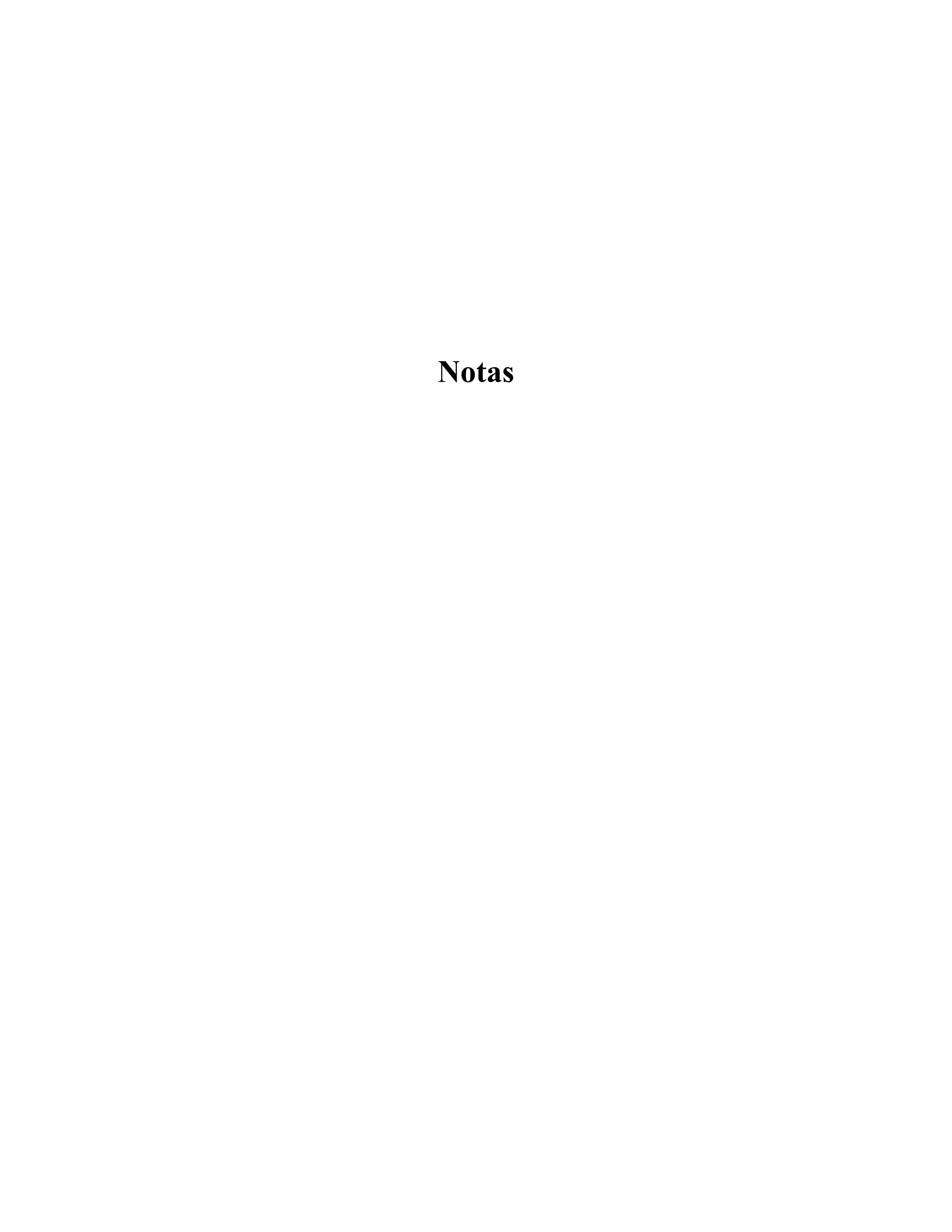
— ¡Viva Pueblo Nuevo!



Ángel Felicísimo Rojas (21 de diciembre de 1909 - 21 de julio de 2003) fue un escritor y articulista ecuatoriano nacido en Loja. Su madre fue una maestra rural con quien aprendiera las primeras letras, y su padre abogado. En Loja siguió sus estudios y más tarde se graduó de abogado en la Universidad de Loja aún cuando inició sus estudios de leyes en la Universidad de Guayaquil a donde volvió más tarde a ejercer su profesión. En esta ciudad se incorporó al «Grupo Guayaquil» que era entonces el foco más vigoroso de la nueva novela ecuatoriana.

Vivió aquellos años entre la creación literaria, militó en el Socialismo y por controversias con el gobierno de entonces, estuvo en prisión por algunos meses, a fines de 1941. En el año 1944 desempeñó el cargo Contralor General de la Nación. En 1944-46, Catedrático de la Universidad Central de Quito.

En tiempo del Gobierno del General Gillermo Rodríguez Lara, formó parte de la Comisión Legislativa Benjamín Carrión.



Notas

[1] Véase las notas del Apéndice del Traductor en la pág. 171.- N. del T. <<